

Arturo Reynal O' Connor

Doctor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Capital Federal,
ex-Catedrático de Literatura del Colegio Nacional de Buenos Aires y de
Derecho Internacional Marítimo de la Escuela Naval de la Nación, Miembro
Honorario de Sociedades Científicas y Literarias nacionales y extranjeras, etc.

Crítica Literaria

Estudios Biográficos y Sicológicos

Los Poetas Argentinos

(DOCTORES D. JUAN B. MAZIEL

D. MANUEL J. DE LABARDEN, D. PANTALEON RIVAROLA

Y FRAY CAYETANO J. RODRIGUEZ)

Precio: 10 Pesos

BUENOS AIRES

IMPRESA DE JOSÉ TRAGANT, BOLIVAR 319

1904

128-5-16

[Handwritten signature]



Dedicatoria

A la Patria Literaria

Fuera de la soberanía, del gobierno propio, de la nacionalidad, las libertades y las tradiciones, que el guerrero, el político y el tribuno defienden con su espada, con su pluma y con su palabra, hay otra patria, - patria moral de un cielo diáfano, donde las ideas arden con la intensidad de los astros. Esa eres tú, patria literaria, y tus soldados son los jurisconsultos, los sociólogos, los filósofos, los poetas, los literatos y todos esos pálidos pensadores que fortalecen la inteligencia y la conciencia públicas, despertándolas á sus grandes destinos, honrando la patria general, universalizando su genio y dándole un asiento en el concierto intelectual del mundo con lo que la nacionalidad tiene de más poderoso y divino: el pensamiento!.....

Simple escritor de aquella legion luminosa, dejo, respetuoso, en tus altares, el primer fruto de esta obra, que pongo bajo tu santa advocacion, destinada á estudiar una raza intelectual y darle entrada en la galeria de las celebridades argentinas. Es mi granillo de arena, para propender á que seas prepotente, libre y feliz por la idea y la conciencia de tu fuerza, contra los avances del éxito y del militarismo que embrutecen á los pueblos. Aceptadlo, siquiera por el propósito trascendental que me inspira. Es más que mi sangre: mi alma tambien, - porque las dudas, las ansias y los dolores de la impotencia van mezclados á los desvelos que abaten y matan.

Tu humilde hijo

El Autor.

Al

Espíritu Inmortal

del

Dr. D. Juan M. Gutierrez

¿Te acuerdas, maestro, cuando en el 1877 fui á verte y te pedí nuevos datos para una biografía del bardo Balcarce? Estabas, como siempre, sentado en tu bufete, pensando, escribiendo, rodeado de libros y documentos. Jamás me habria imaginado, al verte tan amable, tan brillante y resplandeciente de esperanzas, que la muerte te erpiaba para hacerte luego su presa! ¡Oh, nadie tampoco...! Fulgurante tu rostro de ideales, parecías bien lo que eras: el representante clásico del patriotismo literario y de la raza porteña, y descansábamos en que vivirías siempre. . .

Medio siglo pasaste así en el otracismo y en la patria, dedicando tus últimos veinte años á tomar datos y escribir apuntes, noticias y pequeñas biografías de nuestros antiguos poetas. Comprendo tu amor; fueron nuestra gloria intelectual,—los que mantuvieron viva la inspiracion,—los que honraron el genio argentino ante propios y extraños,—los que celebraron las victorias del pasado,—los que enardecieron á los ejércitos y á los pueblos con los ecos de la trompa épica,—y tú los

veías olvidados, oscuros y caídos en el polvo del camino. Tú nos hiciste conocer á Maziel, á Labarden, á Rivarola, á Rodríguez, á Luca, á Rojas, á Lafnir y sobre todo á Miralla. Militarizada la historia, y absorbidos por la política agitante, el criterio moderno no ve más allá de la acción; no se percibe aun la intelectualidad, que ha sido la fuerza dinámica del mundo argentino,—y si no fuese por ti, ignoraríamos aun quiénes fueron Juan Cruz Varela y Echeverría.

Desapareciste en instantes que la Nación, obedeciendo á los impulsos de su organización definitiva, rompía su molde tradicional para expandirse y transfundirse en todas las razas. En Atenas, por tu patriotismo y aticismo, se te habría transfigurado en mármol,—tu estatua estaría en el Partenon ó en el Forum,—pero transformado el espíritu social por un progreso enorme, cada vez más creciente y las ideas y sentimientos de una nueva nacionalidad, solo hemos hecho un culto de tu memoria los discípulos que te comprendimos y amamos y los que, en medio de este espectáculo doloroso, nunca visto en la historia, seguimos representando la antigua raza, las tradiciones, tendencias é ideales propios. ¡Oh, puedes seguir tranquilo en la inmortalidad!... Ellos te aman, y estás seguro de la rehabilitación de tu gloria, de tu gloria radiante y pura. Fui de tus admiradores,—y vinculado por una pasión ingénita á los queridos poetas patrios, recoji los datos, noticias y apuntes que sobre ellos arrojaste al pasar. Creía rendir así el mejor homenaje á tu abnegación intelectual. Seguía hasta tu sombra, y guardando cuanto dejaste, lo acumulé como un avaro. Esta es nuestra herencia literaria, — me dije, — y considerándome, por el momento, más que tu legatario, tu albacea, para liquidar, en el reparto de la gloria intelectual, la sucesión de nuestros poetas, púseme á trabajar para aumentar el cau-

dal biográfico y levantar en la historia literaria tu soñado panteon. Tú,—que desde lo alto todo lo ves,—sabes hasta donde fui,—mis pasos en las tinieblas,—mis traspiés,—cuanto obtuve,—mis desalientos,—mis reacciones y los años que perdí, vagando de la sombra á la luz. Felizmente andé tanto, que adelanté algo. Descendi á los arcanos de la historia y de la vida civil del coloniaje; revisé archivos,—busqué documentos, y arrojaba los datos nuevos en un cofre. Con todo mi descorazonamiento, no pude menos al fin que asombrarme ante mi trabajo. Era la cosecha, el panal,—y hallé muy lógico que la naturaleza, que dió alas al águila y fuerzas al leon, no negara á la indefensa hormiguita la pobre paciencia y perseverancia para sobrellevar su carga.

Fué entonces que me dije: «Voy á realizar tu sueño, tu delirio. —¡Qué gustazo no te daré!»—y ante el promontorio de papeles, resolví emprender la obra antes que desapareciesen por un fósforo ó se extraviaran. Principié por biografías sueltas,—especie de globos de ensayos que soltaba en nuestra prensa (1). Tuvieron tal aceptacion, que muchas de ellas vime forzado á reimprimir en folleto (2). No puedes imaginarte las felicitaciones de palabra y escrito que recibí. No soy vanidoso,—comprendía tambien que aquéllas no eran sino palabras de aliento, destinadas á impulsar la consecucion de una obra patriótica, con más beneficio público que personal; los elogios,—para mí,—no valen sino principian por obtener la sancion de la propia conciencia,—pero eran tan numerosos, tan autorizados, que me dije: «Mal, sobre todo, no voy á hacer». —y me decidí á encarar la tarea cronológicamente y de la manera vasta que ahora la ejecuto.

(1) Reflérome á las publicadas sobre Maziel, Rojas, Luca y Laftnur en folletines en *El Nacional* en 1892.

(2) Maziel y Laftnur.

Tú no empleaste treinta años persiguiendo datos, para que con ellos zurciésemos biografías; nó,—para ello las hubieses escrito tú. Sacrificaste abnegadamente tanto tiempo, porque conocías tu olfato y sabías que nadie emprendería tan ingrata tarea, sino para que fuesen aumentados los datos, y despues de estudiados trascendentalmente y al través de la sicología experimental y de la vida social de su tiempo, se hiciesen ensayos de critica moderna; estudios á lo Bourget, y no biografías á la antigua española. Tú cavaste hondo,—algunas veces hasta el agua,—y con los huesos que tenía sobre mi mesa, fruto de mis excavaciones y exploraciones sombrías y lejanas, mi deber era, aunque no completase los esqueletos, reconstruirlos siquiera idealmente. Así lo exige la experiencia, que trabaja para suplir la vida orgánica, imitarla y remedarla con el movimiento. Basta un dedo hallado en la vía, para con él en la mano, mirándolo científicamente, ir, de deducción en deducción, hasta averiguar la edad, el sexo, el temperamento, el carácter y la existencia de su dueño, vivo ó muerto. La sicología es tan penetrante, que lee en las pupilas, tan aparentemente inconcientes, hasta el pasado de un individuo. Es un nuevo mundo abierto á la investigacion, y ello es tan cierto, que, instintivamente, el criminal baja la mirada, y el sér virtuoso, que ha derramado el bien entre sus semejantes, la levanta y la ofrece como su mejor biografía.

Este género de estudios, amado maestro, eran desconocidos en tu tiempo,—y aunque tú, por tu pasión á nuestros viejos poetas, eras capaz, con tu entusiasmo literario, de crearlos entre nosotros, preferiste la tarea sombría del excavador, del precursor y del iniciador. Hé ahí tu gloria, tanto más pura cuanto más abnegada, porque trabajabas para ellos, para nosotros. Tú levantaste los cimientos; yo hago el edificio. ¿Qué

placer,—me dije,—no experimentarias al ver á nuestros queridos poetas agitarse en su tiempo, respirar su ambiente y sentarse en las gradas de la historia al resplandor de la gloria! Es todo un Parnaso,—habiendo descubierto en mis investigaciones que todos sus representantes fueron al mismo tiempo políticos, tribunos, filósofos y publicistas en épocas legendarias y de organizacion institucional. Aunque operaba toda una resurreccion, justa, ansiada, olvidaba mi fruicion para pensar en la tuya. He vivido y he escrito veinticinco años bajo tu vigilante mirada; ¿cómo hoy, al enviar á la imprenta los originales del primer tomo de esta obra trascendental, no me he de acordar de tí? Te tengo presente; te llevo en mi cerebro y en mi corazon; me siento vinculado á tí por ese cariño científico del discípulo y por la responsabilidad del que se ha hecho cargo de un ideal, para aumentarlo, darle forma más amplia y levantarlo á la altura de sus nobles fines.

No puedo mirar al cielo sin ver tu faz. Sin tus primitivas investigaciones, no me habria animado á emprender estos trabajos; sin la idea de realizar tu sueño, no los habria sobrellevado, y sin el patriotismo literario que me inculcaste, no los habria perseguido hasta aquí. Fueron fuerzas que me alentaron en todos los instantes,—me impulsaron al estudio, á la investigacion sincera, convirtiéndose despues en pasion histórica, científica y en la obra patriótica que hoy me anima. Esta carta, pues, no es un rasgo de vanidad, para unir en la posteridad mi nombre al tuyo; nó,—la inspira un sentimiento más elevado, desconocido hoy: la gratitud,—porque creería,—en este instante solemne para mí,—ser ingrato si no pronunciara tu nombre. ¿Y cómo pronunciarlo,—habiendo nacido para manifestar mis ideas y sentimientos,—sin dar rienda suelta á lo que experimento por tí, á lo que me inspi-

ras desde hace treinta años! ¿Cuántas veces,—condensando tu influencia póstuma,—no me dije: «Sin ti, no habría emprendido esta obra,—magna por su extensión y responsabilidad!»—y grato á tu recuerdo, gozaba con declararte, moralmente, autor de mi impulso inicial.

El mundo se mueve,—sí,—pero ¿quién movió el mundo? Hé ahí la gran cuestión todavía, porque es la eterna cuestión. Si á la naturaleza debo mis pobres facultades, y á la perseverancia, mis conocimientos en la materia, tú me lanzaste y me trasmitiste el gusto literario. Y cuando pienso que pueda dar cima á esta obra, agregó que á ti deberé los rumbos y el destino de mi inteligencia. Mucho he pensado; mucho he sufrido también, sobre todo cuando, por falta de datos, quedábame en suspenso, como si la tierra, en una de sus rotaciones, me hubiese dejado en el vacío,—cuando, impulsado por el sentimiento de la verdad histórica, me retraía de sustituir, sin facultades de creador, la fantasía á la realidad, y cuando pasaba por esos dolores terribles del escritor, en que, por cansancio ú oscurecimiento de la mente, nada se ve, y al tropezar contra los muros sin salida levantados en las noches insomnes, creése chocar contra la propia impotencia. ¡Oh, horas crueles, que arrancaron girones del alma, felizmente pasaron! Gracias, gracias, maestro. Tú me inspiraste, como la naturaleza, en sus prismas, al poeta,—como Homero á Virgilio,—como Sócrates á Platon y como Miguel Angel á Rafael.

Voy á darte una ligera idea de mis adelantos. El poeta Labarden, no es el Dr. D. Juan Manuel, Auditor de Guerra durante el periodo de Ceballos, sino su hijo el Dr. D. Manuel José. El primero nació en el alto Perú, y lo segundo recién lo supe á los quince años de estar en el error general. De Maziél, obtuve mayores datos, y Rivarola ha dejado de ser una sombra: es

una figura de carne y hueso, con todos los rasgos de la vida y se mueve en su tiempo y camina en la historia; Fray Cayetano José Rodríguez, con las nuevas luces de Fr. Pacifico Otero (1), se alza, entre sus contemporáneos, agitado, sin perder la amabilidad ingénita de su apostolado; el obispo Molina, no es un enigma: es un obrero de su tiempo, activo y celoso de sus deberes; el padre Castañeda, un elemento vivaz y centelleante de nuestra democracia inorgánica; Miralla, un peregrino de la libertad; Lafinur, un reformador filosófico; Luca, un tierno elegíaco; Rojas, un bardo épico de notas de bronce, y así todos los demás, caracterizados al fin, de una manera determinada y distinta, por mis excavaciones y observaciones pacientes. Dar vida á esas figuras,—animarlas con el soplo de la inmortalidad, y reconstruir, por el conjunto, el Parnaso, para que, en nombre de la justicia póstuma, tomen su asiento en la historia ¿no era más de lo que ambicionabas?....

¿He llenado mi propósito? No puedo afirmarlo, porque recién principio. Este tomo no es sino una minina parte del todo; sería juzgar el árbol por una rama,—pero como al fin es un producto, puede dar una idea de lo ulterior, aunque recién despues el pensamiento, excitado por la época contemporánea, trabajará ampliamente ayudado por los fecundos elementos del movimiento y de la vida real. Refiérome, en consecuencia, más al método, y conociendo las dificultades del camino y sus asperezas, declaro que no he podido hacer más. Es mi consuelo. No he ahorrado tiempo, esfuerzos é investigaciones, y dada la falta de datos, estos trabajos son, hasta el presente, los más completos, y como no dudo que despues ótros, con mayores elementos y superiores facultades,

podrán sobrepasarme, quedará mi archivo igualmente como un legado, para que, si caigo en la demanda, mis sucesores me adelanten con ventaja para las letras patrias. Soy el primero en anhelar esto último, porque no busco sino el fin, el fin general. ¿He recogido tu herencia, la he guardado bien, la he centuplicado,—la tengo lista para traspasarla á los que me sobrevendrán, como yo te precedi á ti? Es lo que queria dejar sentado.

Ampara, maestro, esta obra, ejecucion de tu pensamiento, y que muchas veces, en las horas de delirio, la habrias ideado. Aliéntame,—aliéntame con tu patriotismo literario, tan necesario para proseguir, porque, como el buey, veo el camino áspero y desolado. Ved mi primer fruto; modalidad esencialísima de mi sér, es cuanto he podido producir, supeditado por los escasos elementos históricos, en medio del misero espectáculo en que se debaten todos los egoismos del siglo y en que el ciudadano es simple espectador. La tarea, en los momentos tempestuosos y desgarradores, me ha sido un refugio, sirviéndome el pasado de sombra y consuelo. Nacido despues de las grandes causas,—en una época de lucha para aplicar al fin la teoria de las grandes revoluciones que han transformado la sociedad moderna, llevo, como idealista, la tristeza en la frente ante la violacion de los principios y las ideas. «¿No hemos nacido para practicarlos?—me he dicho.—¿Quedarán siempre en la abstraccion? ¿No los disfrutaremos nunca?»—y sin creer que no hemos nacido para ser libres, espero el porvenir de efectos étnicos y de la educacion política.

Reconstruyamos entre tanto el pasado,—agregaba,—como una enseñanza y un estímulo en la ascension fatigosa de la montaña,—porque si nuestros padres ejecutaron, desprovistos de todo medio, el audaz proyecto de libertar un mun-

do y crearon pueblos nuevos, nosotros, con los poderosos elementos de la civilización actual, bien podemos cumplir, para nuestro exclusivo bien y provecho, el modesto destino de gobernarnos á nosotros mismos. Hemos, entre tanto, arrojado al mar, como en un naufragio, la nacionalidad, las tradiciones, las costumbres, los usos, las ideas y sentimientos que caracterizaban una civilización propia y que hacían á un pueblo feliz y orgulloso de sí mismo. Salvemos siquiera la soberanía, y mientras se funda la nueva nacionalidad, únicamente la patria literaria puede, por la idea, salvarnos, formando la cohesión moral que une los espíritus, los mancomuna y los impulsa hácia un ideal común. La idea es el vínculo más poderoso de la humanidad. Produce ciencias, artes, literatura; las difunde; levanta el espíritu social sobre todas las miserias y dolores; hace pensar y levantar la mirada al cielo; liga los ciudadanos al Estado con nobles propósitos y sublimes aspiraciones; nacen los sabios, los filósofos y los pensadores, y la virtud, tan reclamada para la república, conviértese en verdad espontánea, positiva, eficiente, porque el hombre científico, en el fondo, es siempre virtuoso.

Una sociedad está perdida en cuanto la ciencia deja de gobernarla. No es la república de Platon, ni el gobierno de sabios que deseaba un filósofo de Alejandria; nó,—los sabios quedarían en sus cátedras y gabinetes,—pero el espíritu general de la nación, nutrido por la jurisprudencia y difusión de las especulaciones morales, sociales y económicas, produciría los verdaderos estadistas, con ideas propias y delirantes de convertirlas en leyes y hechos. Las pasiones y los intereses espúreos, huirían, porque ellos solo imperan cuando las ideas no existen. No es un sueño, en medio del egoísmo contemporáneo; es la manera, por conveniencia general, de practicar la democracia ingle-

sa, que entiende tambien que una patria es tanto más libre, poderosa y feliz cuanto más ilustrada y pensadora. La ciencia producirá igualmente el patriotismo, patrimonio de los pueblos civilizados. Y cuando vemos en los males contemporáneos, que más parte tiene la ignorancia que la venalidad, comprendemos cuan urgente es enseñar que todo hombre tiene una patria, y el alma, la inmortalidad.

Soldado raso, amado maestro, de la patria literaria que tu fundaste, no trato sino de aportarle, sin vanidad ni pretensiones ulteriores, el contingente de mis pobres fuerzas. Y si me empeño en demostrar su fecundidad, es porque si todos los intelectuales le llevasen su tributo, el fuego sagrado arderia siempre en sus altares, y las ideas, esas chispas divinas, ennoblecieran la vida, haciéndola tan bella, tan rica y generosa como Dios lo ha querido. Los ideales son la constelacion del espíritu humano y está arriba de todos los huracanes de la tierra. ¡Maestro, ruega por la patria literaria! Hasta pronto (1). Tu compatriota:

A. R. O.

(1) Renan, en la primera página de su Vida de Jesús, recuerda con intenso afecto y dolor á su hermana Enriqueta, que dejó enterrada en Byblos y le acompañó de Secretaria en su viaje á Jerusalem. Si no le escribe una carta, se dirige á su ALMA PURA. Ignoro si hay algun autor que haya escrito cartas á muertos; con todo, la presente no es una originalidad mia, porque la forma, no importa; la cuestion, es la evocacion del alma despues de la muerte, para unir la memoria del ser querido á la obra que hemos ejecutado en la tierra. ¿No se habla con los muertos en el cementerio y en las dedicatorias? ¿No se evocan las almas de los próceres en la inauguracion de estatuas y en los centenarios, para presentarlos como ejemplo á los contemporáneos? ¿El alma es ó nó inmortal? Si existe, podemos comunicarnos con ella, y el que, como yo, cree en su inmortalidad, no comete ninguna ficcion, y, mucho menos, falsa, al dirigirse á ella en cualquier forma. Soy lógico con la ciencia y con mi creencia, y creo dar, en estos tiempos de decreimiento, un ejemplo de espiritualismo al dirigirme á un alma ilustre que mora en la eternidad, recordando y otorgándole el honor de la iniciativa al precederme en estas tareas.

Prefacio

La poesía es una manifestacion de las creaciones del Universo. Brilla en el astro, al levantar la mirada,—en el cielo diáfano ó profundo,—en la nube que arrastra el viento,—en la ráfaga que cruza,—en la pradera, en la montaña,—en el vallado, poblado de greyes sin cuento,—en el bosque, en las flores,—en el mar airado, como en los arroyuelos que entonan las armonías de la soledad,—hasta en la yerba que pisamos,—y el hombre la describe y la siente, y con la fantasía y el sentimiento, la admira y la canta. Es una modalidad de las cosas. El hombre la interpreta, dándole calor, movimiento y vida, y la respeta, porque comprende que nació para amarla y complementarse con ella. Es que el espíritu humano es una fuente inagotable de poesía. Transforma y anima cuanto toca, y al convertir el trozo de mármol en estatua, se ilumina y resplandece como el astro en las noches.

Cuando no tiene la naturaleza por delante, sueña, y al traves de la distancia y el tiempo, la agiganta, la dora y la destiende al infinito, es decir, delira, crea. Es otra creacion, y él, otro creador. Constituye el mundo moral,—el mundo moral para complementar el universo, y cuando á impulsos del sentimiento ó la fantasía cierra los ojos para mejor ver íntimamente, abre cauce á raudales riquísimos y fecundantes. Hasta el dolor se convierte en musa. El dolor es la noche del alma, y las ideas y sensaciones, por la mayor oscuridad, brillan como las estrellas con más intensidad. La poesía es el resplandor, el perfume de la creación entera, y el hombre, al expresarla en un lenguaje igualmente divino, entona uno de los himnos más armoniosos.

Los pueblos, que no son sino el hombre colectivo, al amar la poesía, la incorporan á su sér, y constituye su inspiracion. Crean el espiritua-lismo, y contemplando la vida al traves del alma, se consuelan de los afanes y fatigas, opo-niendo el mejor baluarte al materialismo inva-sor. Los Persas, los Arabes, los Romanos, los Griegos, los Celtas y los Galos la admiraron en su infancia, extendiéndola á los acontecimientos y los héroes, que forman la historia.

Así ha nacido la poesía. Es la manifestacion más sublime del espíritu y la gloria de la lite-ratura. Encierra todas las tradiciones populares, y nacida del alma, es universal y tan antigua como el hombre. Apareció en Oriente como en

Occidente y en los países recién formados ó descubiertos. Diferénciase sólo en el carácter; en los pueblos del Norte, es mística y soñadora, y en los del Mediodía, más lírica, expansiva y desbordante, correspondiendo á sus géneros subjetivo y objetivo. Está en relacion con el clima y los atributos físicos de las regiones respectivas. El sér, á medida que siente mayor frío y que el cielo y la pradera se sombrea, se recoge más en sí mismo, piensa y medita, y donde brilla el sol, encantado ante la yerba reverdecida y el éter chispeante, es más descriptivo. Sus fuentes de inspiracion son el alma y el mundo exterior, y en una ú otro, tiñe, segun su vision, el pincel.

.....

Recuerdo, á mi pesar, estas vulgaridades, porque la poesía, por el materialismo, está, por decirlo así, fuera de la ley y de la educacion moderna. Se la considera una banalidad, y la prensa, que creése en el deber de ser en lo malo un eco de la opinion y no un corifeo de los ideales, la ha proscrito por lo pronto de sus columnas, y el poeta, con toda su mision gloriosa, se halla sin puesto en la vida, fuera del mundo y poco menos que avergonzado. Los versos no son una nota discordante en las sociedades absorbidas por el movimiento comercial é industrial; los creemos más propios de España, Colombia y otros pueblos latinos, porque desconocemos la lengua inglesa; tengo en este instante sobre mi mesa de trabajo varios volúmenes de

literatura norte-americana, y cuento más de cien poetas de esta nacionalidad,—la mayor del bello sexo,—y casi todos viven entre los aplausos de sus compatriotas,—lo que prueba que sus acentos no son ahogados por los silbatos de las usinas, de las locomotoras y fábricas. Son voces de nuestra atmósfera, que vuelan á impulsos del movimiento comercial é industrial, y que, por la desnacionalizacion operada en la sociedad, la vida se precipita en corrientes vertiginosas y sólo va tras goces materiales é inmediatos. ¿Dónde está la verdad? Donde está siempre: en lo moral, que es lo eterno.

.....
.....

Así hemos pensado y sentido antes, cuando el alma nacional inspiraba á nuestro pueblo. Tuviese por fuente las tradiciones ó la naturaleza, derramaba, por medio de sus poetas, raudales de poesía, que todos leíamos con unción y recogimiento. La prensa le abría los abrazos y tenía un coro de admiradores.... La poesía endulza el alma,—alivia las penas,—apaga el dolor, y en las épocas materialistas impide que naufraguen las ideas y sentimientos más caros; pero es, principalmente, la pasión de la juventud.... Erase en aquellos tiempos....; hace poco: veinte, treinta años...., verdaderamente grandes, porque eran realmente argentinos. Palpitaba en todas partes el alma nacional.... Recien salido de la niñez, y con una intuición espiritual y

sublime por la poesía, le dediqué mis mejores horas: aquellas de descanso y molicie, en que, por la placidez del ambiente, creése estar bajo un cielo tropical. La poesía no es una facultad; es su exaltacion, su inspiracion por el impulso de una fuerza extraordinaria, como la tempestad que produce el viento,—pero nunca,—ni sugestionado por la lectura imaginativa,—pensé siquiera hacer un verso. Lo juro,—seguramente porque tenía de antemano la conciencia de mi prosaisismo.

El poeta es el ser más genial,—sin embargo, al mismo Byron habríale negado la superioridad de sentir, apreciar y saborear mejor una estancia inspirada. Un verso soberbio, brillante y nervioso como una onda del Plata,—el hallazgo de un poeta desconocido,—considerábalos más que perlas: loterías,—y las celebraba con una intensa alegría. «El valor de la poesía no estaba tanto en hacerla como en comprenderla!»—decíame,—á punto á creerme un perito en el nuevo arte que creía descubrir.

Aunque en el fondo haya mucho de verdadero, es casi, por su exageracion, una fantasía, y la traigo confidencialmente á cuento, porque con todo de tener sus raíces en la adolescencia, veo allí el génesis de esta obra,—la más íntima que produciré,—ciego tributo que pago á mi vida de ensueños, y porque en este mundo hay tambien cosas que nos hacen sufrir, que nos persiguen y son menos ciertas aun.....!

¿Por qué no decirlo, ya que estoy de confesiones, y al lector, en materias tan subjetivas, debe sérsele franco! A pesar de avanzarme las canas á las sienes, «soy de los empecinados, de los que conservan, á pesar de la edad, los gustos literarios de la juventud.» Tal decía hace once años en el *Prefacio* de *Lafinur* (1), pretendiendo explicar, ó, mejor dicho, disculpar, con un rasgo de franqueza, un estudio crítico sobre un noble poeta patrio en esta época que persigue á la poesía como á un delito.

Preferí la poesía inglesa, porque ninguna ostentaba genios tan fuertes y personales como Shakespeare y Byron,—y en Lóndres, sabiendo en 1878 suficientemente el inglés para comprender el dialecto sajón, principié á escribir un vasto trabajo sobre Chatterton (2), llevado por mi antigua simpatía á literatura tan expresiva y á los estudios de sicología íntima. Terminado aquí, á mi regreso, estaba ya en prensa, cuando una evolucion en mi vida, que me puso más en contacto con la realidad de las cosas (3), me hizo entrever anti-patriótica mi conducta, diciéndome al oído que si gustaba tanto de la crítica de los poetas, debía principiar por los nuestros. Bastó-

(1) *Lafinur*,—publicado en 1892.

(2) Grueso volúmen de gran formato, estando impreso la cuarta parte. Casi todas las poesías de este genio exhuberante, están escritas en sajón.

(3) Refiérome á haber dejado en 1880 mi profesion y cátedra de Literatura en el Colegio Nacional para entrar de Oficial Mayor en el Departamento del Interior.

me esta advertencia para virar hácia la literatura patria.

Había publicado ya en 1878 en *El Correo de Ultramar* el referido ensayo sobre Florencio Balcarce y otro sobre Jorge M. Mitre,—tiernos bardos que me inspiraron siempre recuerdos melancólicos por sus presentimientos fúnebres y malogrado fin,—pero sin pretensiones ulteriores y mucho menos de sujetarme á un plan. Con mis ensayos sobre Rojas, Luca, Lafinur y Maziel (1), entraba, de consiguiente, en terreno conocido,—pero inclinado á sujetar los trabajos á un sistema, mi afan era formar una galería de poetas, principiando por los del coloniage y que encerrara sus almas, ni más ni menos que las tumbas á sus cenizas olvidadas. Encallé, porque no poseemos una historia civil del pasado; el doctor don Juan María Gutierrez, que fué el primero y único que se ocupó sériamente de los antiguos poetas patrios, apenas obtuvo datos incoherentes sobre Maziel, Labarden, Rivarola, Rodríguez, Molina, Castañeda, Miralla, etc., etc., desapareciendo sin dejarnos muchas biografías prometidas; encallé,—repito,—pero simplemente en la prensa,—continuando en privado las investigaciones con perseverancia y paciencia, sin ahorrarme trabajo, tiempo y obstáculos de todo género. Hoy, á riesgo de no salir á luz nunca, ofrezco este primer tomo, que contiene estudios

(1) Publicados en folletines en 1891 en *El Nacional* y los dos últimos ademas en folletos.

sobre Maziel, Labarden, Rivarola y Rodríguez. Los presento por orden cronológico, porque como no existe aun una historia de nuestra literatura, servirán, en su parte poética, de escalones para subir al parnaso, dándose cuenta el lector de las gradaciones en el tiempo y de las evluciones de la inspiracion argentina.

No tengo necesidad de explicar este género de producciones. Todo el mundo sabe, dado el adelanto de la crítica moderna, que la biografía es hoy más sicológica. . . Dáse más importancia á los móviles de las acciones, que á las acciones mismas, es decir, á las ideas y sentimientos que inspiran y agitan el alma, á impulso de la ciencia que penetra en todas las investigaciones, para conocer las causas que mueven á la humanidad y la hacen marchar, entre flaquezas y tumbos, adelante. Es muy distinto ser mercenario á apóstol sincero de la libertad, y sólo tienen derecho á la inmortalidad los que pueden servir de ejemplo á los demas. Respecto á los poetas antiguos, queremos, sin trastornar este método, que aparezcan lo más nutridos de hechos, porque desde que al fin viene un argentino á ocuparse especialmente de ellos, me ha parecido oportuno salvarlos antes de la justicia histórica que los mantuvo fuera de su propio escenario y olvidados.

Si alguien cree que me extralimito en el estudio de los protagonistas y toco cuestiones extrañas, diré que la biografía es rama de la his-

toria, y dada á echar la sonda en el espíritu humano, se relaciona con las ciencias morales y políticas, entrelazándose con vastas cuestiones abstractas é ideológicas. La crítica, que ha sacado la biografía del poder de la escolástica, es más valiosa á medida que la investigación es profunda. Es una de las más grandes conquistas de la literatura moderna. Nada importa, por ejemplo, dónde y cuándo nació un poeta y quiénes fueron sus padres, sino su alma, para hacer su autopsia y ver lo que encerraba de divino ó puramente humano.—sus ideas y sentimientos, para seguir su curso en la vida,—los ideales que lo agitaron,—las energías, que rebotan de savia sobre-humana,—los desengaños que ruedan, arrastrando girones del corazón,—las frentes que se somborean y los cabellos que blanquean y vuelan arrancados por las ráfagas del mundo,—y lo mismo digo del lector moderno, que querrá conocer más la substancia moral del biografiado, que sus accidentes físicos ó transitorios; mis maestros, en fin, no son los desgraciados escolásticos, sino ideólogos, puros ó sensualistas, como Macaulay, Taine, Sainte-Beuve, Planche, Janin, Zola, Bourget, etc., etc., que tienen su origen en el viejo Johnson y en Stendhal,—lo que no impedirá que, según mi propósito patriótico, preste especial atención á los hechos, tratándose de nuestros poetas antiguos.

El Dr. Gutierrez se ocupó en 1860 del Dr. Manuel J. de Labarden (1), y al tratarlo despues más extensamente (2), le da por nombres Juan Manuel, confundiéndolo con el padre éignorando algunas de sus poesías; tras de Miralla anduvo treinta años, y cuando se le escapaba del Perú, aparecíasele en Colombia, para, despues, en la Habana, no presentando desde 1860 hasta 1875 sino un personaje fantástico y sin pruebas de su númen poético (3); así de muchos ótros, como Maziél, Rivarola, Rodriguez, Vera y Pintado, Lafinur, etc., etc., porque de la historia argentina sólo se han escrito las partes militar y política. La civil, de la que la literatura no sería sino una rama, es un misterio, —una noche alumbrada apenas por algunas contribuciones deficientes, que hacen de estrellas. Tan lamentable vacío está excusado por falta de tiempo, á punto de que ningun pais ha producido tan pronto obras como las de Mitre y Lopez, que son verdaderos monumentos. Dignos de elojio son tambien los esfuerzos de Lamas, Trelles, Carranza, Pelliza, Frejeiro y muchos otros que han enriquecido los anales históricos,

(1)—*Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*, pág. 145.

(2)—*Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX*, pág. 35

(3)—Porque de Miralla el Dr. Gutierrez tiene dos estudios; uno, publicado en los *Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*, pág. 95, y otro en *La Revista del Río de la Plata*, con el título *Un forastero en su patria*, Tomo 9, pág. 300.

—pero todos han descuidado la parte civil. Este es el hecho. Entretanto, nuestra historia se halla completamente militarizada. Los mismos políticos, que fueron protagonistas, hacen un papel de segundo orden, y sus páginas son preferentemente relaciones ardientes de batallas, discusiones y luchas intestinas,—y lo peor es que, en general, considérase concluida la tarea y que sólo falta perfeccionarla con datos.

Ni como exageracion patriótica podemos admitir tal afirmacion, porque por mayor eficacia que se asigne á la guerra ó á la anarquía, la ciencia moderna enseña que la accion es producto de la idea y que donde quiera que hubo héroes y políticos, los precedieron pensadores. ¿El movimiento de Mayo fué un motin militar ó una revolucion política? Lo segundo, indudablemente. ¿Dónde se ha visto entonces una revolucion sin filósofos? Hasta el último historiador de la Revolucion Francesa le asignó al *suizo* Rousseau el hermoso título de padre, é investigando, investigando, porque la verdadera historia es filosófica, halla su primer generador en Plutarco, que lo saluda, al traves de los siglos, como á un Moisés. ¿Y cuando esos hombres civiles fueron catedráticos, profesores, periodistas, filósofos, escritores, sacerdotes, tribunales...?

«¡Qué encanto cuando halléme frente á una generacion que presintió la emancipacion desde el coloniaje,—con todo un clero ilustrado y virtuoso, que educó en el liberalismo á la juven-

tud,— que fueron los maestros de los insurrectos de 1810 y los patriotas del primer Cabildo,— con toda una generacion, en fin, de escritores, oradores, poetas, periodistas y filósofos, entre los que figuraban prelados y catedráticos de San Carlos! Fueron los precursores de la Revolucion, los que la arrojaron á las auras populares, manteniendo, con su patriótico entusiasmo, airado el brazo de los combatientes, y todos dieron ejemplo de civismo en la prensa, en los juntas gubernativas, en los campos de batalla, en el púlpito y en el destierro! ¡Qué dolor cuando los vimos, por la militarizacion de nuestra historia, sepultados y oscurecidos bajo sus escombros! Es toda una raza intelectual (1). «¡Ellos son los verdaderos padres, y la mejor manera de honrarlos, mientras viene la historia científica del porvenir, es hacerlos conocer de los contemporáneos, contrarrestando al mismo tiempo el militarismo, que es el mayor enemigo de la paz y del progreso de los pueblos sud americanos,» —agregaba.

Para contribuir á fin tan trascendental, bástame tambien incluir entre los poetas nacionales á todos los que escribieron en verso en el coloniaje y la emancipacion, tanto más que casualmente la mayor parte de ellos, por patriotismo ó amor al arte, cultivaron las musas. El genio y la inspiracion, no son, muchas veces,

(1) Palabras del Prefacio *Lafinur*.

todo en el poeta; la causa que defiende,—el momento, que produce transiciones sublimes en la historia,—los acontecimientos que impulsa con sus cantos, dan, como á Chenier y Derouléde, tan hermoso título. En las ciudades, las odas épicas, las canciones y los himnos son lo que la trompa guerrera en los campos de batalla, porque las muchedumbres necesitan ser enardecidas. Producen los soldados, la opinion pública y el resplandor universal de la causa, y es necesario mantenerla en constante agitacion y ardor. Todas las revoluciones, todos los grandes periodos históricos han tenido sus poetas, porque si los principios é ideas son tan eternos como los astros, los hombres, con sus pasiones, los envilecen, la sangre los mancha, y requiere-se el entusiasmo altruista y los pensamientos divinizados por el verso, para mantenerlos puros brillando en el cielo de la patria.

La raza argentina y, especialmente, la porteña, que ha dado más poetas, desaparecen por el flujo de las inmigraciones, y la raza es la nacionalidad, que arrastra, en la evolucion, política, sociabilidad, religion, filosofía, ciencia, arte, moral, historia y tradiciones propias. ¡Y la nacionalidad es la patria!,—y el hogar vacío queda convertido en un simple edificio,—que los extranjeros ocupan, convirtiéndolo muchos en conventillo. Los últimos porteños lloramos como naufragos, apegados al terruño, á los compatriotas muertos y el triste porvenir de ser absorbidos. Es

el destino del argentino, mientras los demas ciudadanos de la tierra viven felices entre los suyos, porque ven cada día mayormente consolidada su nacionalidad en el presente y en el futuro. ¡Por la nueva nacionalidad!, — exclaman todos, brindando en este banquete en que se queman todas las tradiciones. ¡Por la vieja!—digo yo, entre lágrimas, porque nos dió patria, y á ella debemos todo, y, para su gloria, únicamente lo bueno.

Estas últimas consideraciones, y el misterio de esas existencias ante la facilidad de zurcir una biografía de un capitán vicioso de la Independencia, me inducen á ser con ellos lo más biográfico posible, sin dejar de darles también por marco su época y averiguar con el escalpelo de la sicología lo que contenían de íntimo. Son sentimientos de justicia póstuma, inspirados en el amor á los antepasados, y constituyen, con las ideas enunciadas, la levadura de este libro, que, sin su aliento, sería quizá un pan ácimo.

Confesaremos que algunos trabajos, por los vacíos de la historia civil, principian por no contentarnos,—pero los incluimos con cariño, en la esperanza de que otros escritores los perfeccionarán, para que esos poetas, inspirados ó nó, ocupen algún día el puesto que merecen en el escenario patrio por sus servicios é influencias y sobre todo por no haber hecho sino bien, sin derramar una gota de sangre ni una lágrima. Este tomo es también el más pesado, no solo porque es el más fundamental, sino porque de

cuatro biografiados, tres son, casualmente, religiosos, y abatidos por la desgracia ó en el convento, la similitud los hace aparecer más ríjidos todavía en la vida estrecha del coloniaje. Ya vendrán, con la revolucion y el liberalismo moderno, las figuras ámplias y vívidas,—y ¡gracias que aquéllas, como producto monárquico, no fueron téticas! . . .

No abrigo ninguna pretension histórica; depongo sólo en las cruces de estas tumbas solitarias una modesta corona de siemprevivas, y contrariando el egoismo literario, hago los votos más patrióticos por que ótros me superen. Para facilitar esta esperanza, no he querido sacar todo el partido que habría podido de muchos documentos. No puedo tampoco dejar que cada biografía tenga más de ochenta páginas, so pena de que la galeria tome proporciones alarmanantes (1). En la imposibilidad, por otra parte, de presentar elucubraciones perfectas, conténtome con que sean, en nuestra incipiente literatura, lo más completas que existen hasta este instante. Es mi modesta satisfaccion, y ¿qué más puedo ambicionar! . . .

Pensar y escribir en los momentos quitados al descanso, es trabajar por la patria. La patria es tambien literatura, mucho más cuando la patria yace en el pasado y trátase de honrarla con los que la emanciparon y organizaron,—al me-

(1) Así mismo, no será menos de quince tomos, calculando cuatro biografías por tomo.

nos mayormente que contribuir á su corrupcion y esclavitud, convirtiendo la política en industria.

Clásicos ó románticos nuestros poetas, verdaderos ó titulados tales, todos han propendido á crear un ambiente social más puro y patriótico, iluminándolo con sus ideas y ejemplos fecundos. Fueron un grupo de patriotas y caballeros que nos dignificaron siempre y deleitaron la sociabilidad con sus nobles acciones y producciones: el virtuoso Maziel, el caballeresco Labarden, el abnegado Rivarola, el patriota Rodriguez, el infatigable Molina, el gracioso Castañeda, el aristocrático Vera y Pintado, el inspirado Lopez, el genial Miralla, el clásico Varela y el liberal Don Juan María,—constelacion iluminada por los genios de Andrade, Gutierrez y Guido Spano, digna de honrar la mejor de las patrias. Una inclinacion más afectuosa y patriótica hácia los poetas antiguos, me induce á prestarles mayor benevolencia. Sin arte ni maestros, todo fué obra de ellos, de los acontecimientos del momento y mientras empeñaban su tiempo y mente en nobles causas: Maziel era orador sagrado,—Labarden, especulador desgraciado,—Rivarola, Rodriguez, Molina y Castañeda, sacerdotes patriotas,—Lopez, Luca, Rojas y Lafinur, militares,—Miralla, revolucionario, y los medimos por la impresión local que produjeron, retrotrayendo nuestra alma á tiempos y acontecimientos más gloriosos,— y,—agregaremos,—

á hombres tambien. . . . más queridos. Fueron superiores á sus obras, y exentos de vanidad literaria, llenaron cumplidamente, sin pensamientos preconcebidos ni ulteriores, su alta mision pública, y es deber de la crítica tomar en cuenta todas estas circunstancias. ¿No sería una mala accion ponernos á juzgar el Himno Nacional y los cantos de Luca y Lafinur á Maipú académicamente, sin considerar que fueron escritos en medio del entusiasmo del instante y para celebrar glorias que no se creían tan trascendentales? Es como si nos pusiéramos á discutir si no existen mejores colores que el celeste y blanco que eligió Belgrano para nuestra bandera en el rio Juramento!

.

Conozco cuanto escribió el doctor Gutierrez. Viniendo enseguida de él, he creido de mi deber, siendo más jóven, sobrepasarlo en datos, y he revisado todas las fuentes: Archivo Nacional, de los Tribunales, Curia Eclesiástica, Iglesias, Cementerios, etc., etc. He conversado ademas con el General Mitre, Don Andrés Lamas, Dr. Vicente F. Lopez, D. Manuel R. Trelles, D. Cárlos Guido y Spano, Dr. Manuel F. Mantilla, D. Angel J. Carranza, D. Clemente Frejeiro, Dr. Manuel Mansilla, D. Mariano Pelliza, Dres. Adolfo Saldías, Vicente S. Quesada, Ernesto Quesada y Don Adolfo P. Carranza, D. José J. Biedma, D. Julio Migoia García, D. José Arturo Scotto, (1) etc., etc.,

(1) Este diligente bibliógrafo, está formando un vasto Archivo de datos oficiales y particulares, que será importante en lo futuro, y me ha facilitado algunos de carácter parroquial.

por sí podían decirme algo nuevo. No he descuidado á los que, por sobrevivir á su época, podían por sí, por sus relaciones patricias ó recuerdos de familia, ayudarme en la tarea, como la Señora D^a. Agustina Rosas de Mansilla, Dr. Patricio Ramos, Sres. José C. Borbon, D. Miguel Cuyar, D. Cárlos Casavalle, etc., etc.

.....

Allá va, por último, este primer tomo al oleaje de la publicidad, alentado precisamente por mis ideas literarias, sin otra pretension que ser sobrepasado en datos, erudicion y concepciones, para bien de los biografiados y de la patria literaria.

Conocedor del espíritu contemporáneo, sé que, no obstante cuanto expusimos al principio sobre la poesía, no evitaré que muchos, al mirar el título de esta obra, dirán: «¡Poetas!»—con un gesto de desprecio,—porque la humanidad, alentada por sus pingües ganancias comerciales é industriales, todo lo quiere medir y pesar, como si se tratara de géneros ó azúcar, y relega á la basura lo que no produzca dinero, mucho dinero. Como estas ideas han convertido en industria la ciencia divina de la política, opondremos á su materialismo pernicioso el espiritualismo consiguiente á toda sociedad civilizada. No hay más que una aristocracia: la intelectual, porque el dinero, á su lado, confiesa su inferioridad y pónese en ridículo,—y el poeta, en esa corte de elegidos, es todavía el superior. Es el Júpiter

tonante, armado de rayos, para imponer las ideas eternas, y, si es necesario, silencio tambien. Representante del espiritualismo, marcha á la vanguardia de la humanidad para enseñarle la senda de su destino, y la alienta en sus desfallecimientos. Es el defensor de los principios,—el admirador de los dogmas y de las ideas abstractas, para contrapesar la influencia del materialismo, y en su divina lengua, canta los nobles sucesos, triunfos y victorias, para perpetuar su celebracion y estimular el alma de la humanidad. Desprecia la fortuna, porque el altruismo no se mantiene sino con el ejemplo,—y perdonádle tanta abnegacion, porque en cambio, con su propaganda, la prodiga á su patria. ¿Qué sería del género humano sin él? ¿Quién cantaríá á los principios y las ideas, que son los reguladores del mundo moral? ¿Quién las mantendrá vivas, resplandecientes? Sin él la vida seria una tiniebla... en todas partes, porque en cualquier rincon de la tierra, es el mismo siempre. Es el único sér que tiene el privilegio de hablar un idioma universal: el de las ideas y sentimientos, y,—lo que es más valeroso todavía,—propaga la verdad.

No tiene más que un enemigo: los materialistas,—pero, ¿quiénes sois vosotros, que os pasais la vida tras del mostrador, y para vender inconscientemente lo que eres incapaz de producir, mientes á destajo? Ved al desnudo la honorable profesion comercial, que tiene el desenfado de haber creado el honor mercantil, cuando

no es sino la eterna depositaria de la mentira, que, como la caja de Pandora, infesta la sociedad actual en todo el universo. Calláos sátrapas, fariseos de la vida; seguid mintiendo sobre aceites, grasas, sebo, jabon, tabaco y otras preciosuras,—falsicando alcoholes para envenenar al prójimo, y dejad las ideas para los que han nacido para pensar; vosotros, en cambio, teneis brazos y piernas más robustas, y sobre todo, mejor lengua para la charla infusa. ¿Qué más queis? ¡Son las partes más importantes de vuestras personalidades! No necesitáis más. Dejad, pues, que el poeta se pasee soberano por la tierra, contemplando los astros y admirando las maravillas de la creacion.

Con sus cantos, mantiene vivo el sentimiento de lo bello y el respeto á los principios y á las ideas, que constituyen la tradicion gloriosa de la humanidad, y sin éellos,—creed traficantes,—por los nihilismos, anarquismos, socialismos, comunismos y huelgas que habeis creado, os robarían la bolsa como en los caminos. El es la valla del materialismo, y así como empuña la trompa épica en las victorias, en los momentos de desaliento, de conflagracion, de dolor, de ruina, señala á Dios, y todos levantan la mirada al cielo, porque lo ven en la cúspide, realmente superior é iluminado por la inspiracion divina. Hasta sus formas, en la armonia universal, concurren á su sublime mision; si no es bello, resplandeciente como Byron, tiene el apóstrofe

de Esquilo, la sentencia de Shakespeare, el corte de Lamartine, el gesto de Hugo ó la bondad de Daudet, porque tambien se vence en esta vida conquistando los corazones. ¿Creeis que exajero, que trato de deslumbraros arrojando á vuestros ojos un puñado de arenilla de oro? No tal; hablo la verdad,—la verdad que, precisamente, sólo se profiere en los momentos de prueba, bajando al fondo del alma humana,— y si no creeis todavia, preguntad á la humanidad quién es su primer hombre, y os dirá que es Homero. Por él conocemos, en versos admirables, la guerra de Troya. Preguntad á Alemania, Inglaterra, Francia é Italia, que marchan á la vanguardia del mundo, quiénes son sus glorias más caras, y os dirán: Goethe, Shakespeare, Hugo y Dante. Para la vieja Albion, el primer libro es la Biblia, y el segundo, las obras de su gran dramaturgo, y si no hubiera aparecido Jesús, sería el predilecto. Los guerreros y los políticos, por más que hayan dado glorias á su patria, vienen despues, y muchos son discutidos, odiados y repudiados. Son, luego de pensados, aceptados á lo sumo. Solo el poeta mora en el corazon del pueblo. Es el único amado. Son sus ídolos, é Inglaterra, por Shakespeare, por el mismo Byron, que tanto persiguió en vida,— Italia, por Dante,—Francia, por Hugo, y España, por Cervantes, tendrían guerras más encarnizadas que la de los Aqueos y Atridas. El poeta es la divinidad del espíritu humano. Aunque

no tenga genio, ¡atrás mercaderes!, para que pase el defensor de las tradiciones, de los principios é ideas inmortales,—el cantor de las glorias,—el mantenedor del fuego sagrado,—quien nos hace amar la belleza, el amor y todo lo que es digno,—haciéndonos aborrecer los vicios,—lo que es innoble,—impuro, y que nos deleita las horas con sus cánticos, aliviando la vida y tornándola más suave y amable ⁽¹⁾.

Encabezo los estudios particulares sobre los poetas con una *Síntesis y Evolucion de nuestra poesía*, para que lo abstracto preceda á lo concreto, y si el lector, por último, desea saber por qué escribo, lea el *Prólogo de Mi Año Literario*. Allí verá que no es la vanidad literaria, que motiva casi todas las especulaciones cerebrales, la que inspira mi pluma, sino algo más íntimo y más noble, que me retrae en el silencio: el pensamiento, el amor al pensamiento, para olvidar el realismo político y social, que presenta el espectáculo de una verdadera traición de los principios y las ideas. En cuanto

(1) Despues de Maziel, Labarden, Rivarola y Rodriguez, me ocuparé de Molina, Castañeda, Vera y Pintado, Lopez, Luca, Rojas, Miralla, Lafinur, Godoy, J. C. Varela, Ascasubi, F. Varela, de la Vega, Inurrieta, Real de Azua, Balcarce, Echeverría, Domínguez, Huergo, Rivera Indarte, Cuenca, Cantilo, J. M. Gutierrez, Mármol, Mitre, Guido y Spano, Zuviria, del Campo, Hernandez, Chassaing, R. Gutierrez, Andrade, Lamarque, Jorge M. y Adolfo Mitre, Mendez, Obligado, Oyuela, etc., etc. Con los del parnaso juvenil, no son menos de cincuenta, y calculando[que en cada tomo trataré cuatro poetas, resulta que esta obra alcanzará quizá á quince volúmenes, como dije en la nota de la página 29.

á la obra en general, hállase precedida por una documentacion de veinte años, paciente, oscura, y con todo mi amor á la forma, el estilo es apurado. No puedo, como Flaubert, entretenerme en lapidar frases. Tengo miedo que el tiempo me falte....; en fin, el lector, con mejor gusto, juzgará....

Síntesis

y

Evolucion de Nuestra Poesía

Todos los pueblos, al aparecer á la vida, traen consigo el sentimiento de lo bello, que los inspira en las creaciones de la naturaleza. El ideal, cual una inspiracion, lo impulsa,—y nazcan en los llanos ó en las cumbres, su fantasía atraviesa los espacios, vuela, hasta apagar en el horizonte su sed de ansia infinita, como si el alma necesitara la inmensidad para vivir.

Los astros, en las noches calladas, rutilan como si lloraran; las vastas soledades, holladas por generaciones, repiten, en cálidas ráfagas, sus imprecaciones solitarias, y el mar, iracundo, cansado, parece que arrojara en la playa sombría ilusiones vencidas... El mundo, como un templo ardiente, encierra rumores de expansiones

profundas, que el tiempo desplegó en eternal idilio, para demostrar que son la voz de los siglos. ¡Es el idealismo!,—porque el hombre cree ver las ideas en las estrellas, en las sublimes maravillas y en los ecos del viento, y fiel á su delirio, henchió su pecho en las alturas, doblegó la frente en los abismos y estremeci6se al estampido del rayo como ante su propia conciencia!

De esta íntima union surgió la poesía, pasión divina que ennoblece la vida y levanta el alma, salvándola de la duda y el dolor. Los pelagos se inspiraron en los torrentes de la Iliria, entonando himnos á Orfeo; los griegos, en sus radiantes olimpiadas y heroicos combates con los persas; los romanos, en la vida pública que produjo el foro, la elocuencia y la sátira, precursores de su grandeza,—y la civilizacion recogió, como un patrimonio universal, la belleza, la fuerza, la gracia, la libertad y las creencias en un destino superior. El cristianismo, al emanciparla de la filosofía pagana, la iluminó con la fé, esa fuerza incontrastable que levanta los siglos en ondulaciones inmensas, formando combas más profundas que las del océano para arrancar las ideas del cielo. Hoy es creyente, porque ha comprendido que sólo es verdadero y bello lo que es eterno.

La poesía es también el sentimiento que produce el amor, el dolor, la tristeza y las nobles pasiones. Busca las alturas, porque el hombre,

perseguido por la duda y debatiéndose con su propio egoísmo, sólo puede ofrecerle sus ambiciones y vanidades efímeras. Son las alas del alma, y los pueblos, al remontarse sobre su propia historia, adquieren la conciencia de su fuerza, de su destino y del verdadero ideal. Fué, antiguamente, su religion, impidiendo que cayeran, por sus excesos, en la abyeccion, y la vida, entristecida por el tiempo, sería hoy lúgubre, si, á modo de ráfaga, no la levantara sobre las miserias de la tierra.

La América, aparecida en un momento providencial de la historia para salvar los principios fracasados en Europa, era un mundo ofrecido tanto á la poesía como á la geografía. Las gigantescas montañas revestidas de verdura y reflejando en sus nieves eternas los prismas del arco-iris; sus ríos fecundos y ardientes como mares; sus pampas de esmeralda, magestuosas, solemnes; sus varios y benignos climas, bajo un firmamento azul como el záfiro indiano; sus prados y selvas perfumadas desbordantes de riquezas; sus minas que descubren las venas y derraman en los arroyuelos sus doradas arenas; sus cataratas y torrentes, que se despeñan irguiéndose en fantásticos mantos de neblina; sus estrellas, que en las noches celestes descienden á dormir en los lagos; la inocencia de sus bosques y la ternura de su vegetacion, cantadas por sus pájaros ébrios de gozo y con las alas desplegadas en el éter.—produjeron un coro de poetas que

enriquecieron el ingenio humano, encauzándolo en las fuentes de una inspiracion regeneradora.

La vieja Europa, con el estro de sus antiguos vates, había poblado el espacio de lamentos, demostrando el cansancio de su núnmen, y eran nuestros pueblos vírgenes, aparecidos recién á la vida, los que debían comunicarle el aliento vivificador. Longfellow, levantando, en nombre de la democracia, la cerviz humana, para enseñar la realidad de la vida y la espiritualidad del alma; Heredia, que se absorbe ante el Niágara y, arrebatado, pide su lira, comparando la voráGINE al tiempo que se desvanéce en la eternidad; Olmedo, que celebra la victoria de Junin, recordando el suelo estremecido por el empuje de las huestes de Necochea y Suarez; Sor Inés de la Cruz, que abre su corazon á las auras del cielo; Plácido, que expira en el cadalso por la libertad de su patria, maldiciendo á sus verdugos; Bello, que muestra, envanecido, con su blanca mano, los campos cuajados de frutos y flores por el calor ecuatorial; Echeverría, que hace un mundo del desierto, encantándolo con sus quejas desoladas, y Mármol, que ilumina con sus destellos el romanticismo y lanza á la execracion las furias de sus fantásticos tiranos,— eran raudales de un continente nuevo, abierto á las sublimes expansiones y que vigorizaban el espíritu social de la vetusta Europa. La oda épica, desbordante de libertad, patriotismo y abnegacion, sucedió á la elejía quejumbrosa, y la literatura, preñada

de estrofas heróicas, recobró su energía primitiva á impulsos de la nueva sangre que regeneraba su alma. Es que la América, redentora de dogmas y de la humanidad oprimida,—destinada á ser, por su propio esfuerzo, la patria de todas las razas,—jóven y sin la melancolía del génio del Dante, que sólo es fruto de los siglos, pudo ofrecer á la inspiracion otra musa más bella aun: ¡la gloria!,—para demostrar que entre la tierra y el cielo hay algo más digno que el dolor en esta vida dura y desesperante, que clama por los alientos de la esperanza...! ¡La gloria, sí, que expiró en los lábios de André Chenier, ¡canto del cisne que se apagó á los pies de un cadalso. porque no nació para alabar los tronos carcomidos, sino los lagos azules y florestas adormecidas!

El siglo XIX escuchó con amor estos cánticos, que iniciaban, junto con la independendencia de veinte pueblos, una época de regeneracion en el espíritu humano. La América, dueña de sí, previó su destino, y reveló, al calor del sentimiento de la patria, desde el Paraná al Magallanes y del Pacífico al Plata, la conciencia de su personalidad. ¡Oh, la patria,—ínclita pasion que enseñoera pueblos, ensancha el corazon y fascina desde el cielo hasta la yerba,—robusteció la literatura con la originalidad de su númen, matizada por el encanto de diversos climas! De todas sus regiones, exuberantes y pintorescas, nacieron ideas y sentimientos que levantan el alma,—y el amor á la naturaleza, á la libertad

y al porvenir humano, se convirtieron en nuevas musas, que la poesía contemporánea celebró con hosannas, semejando el despertar de una creación. Una fé profunda en sus destinos fué su honra y su fuerza, acompañándola constantemente en la vida,—iluminándola en la felicidad y sosteniéndola en el infortunio,—en las tiranías y en las horas caóticas de la anarquía.

La República Argentina, á pesar de su carácter industrial, determinado por su extension feraz, ha contribuído á producir esta evolucion que ha enaltecido el pensamiento. Lopez, que al dotar de un himno á su patria, rompe en acordes marciales con el clasicismo colonial; Rojas, Luca y Lafinur, que enriquecieron la poesía heróica, lanzando á los vientos de la fama los nombres de sus próceres; Juan Cruz y Florencio Varela, que recuerdan la Arcadia y el aticismo antiguo; Echeverría que, por la idea de inmensidad, hace amar la pampa desolada; Dominguez, cuyos versos, por la rítmica armonía, remedan hilos de agua que se deslizan del Paraná en el Plata; Ascasubi, que arranca al gaucho del desierto para ligar dos civilizaciones, y Florencio Balcarce, que lloró la vida, al sentir, en plena juventud, el frío de la muerte, son expresiones íntimas de nuestra intelectualidad, desarrolladas al impulso de una naturaleza vírgen, generosa y fecunda.

Estas manifestaciones, como todos los esfuerzos orgánicos de los pueblos y que descansan en sentimientos inmanentes, robustecen su solidari-

dad, pero no son visibles sino por sus efectos. Producidos, entran, á manera de factores, en el espíritu público, revelándose en las diversas épocas por sus rasgos característicos. La ley histórica preside así el progreso de las naciones.—y más tarde, cuando se pueblen nuestras comarcas, el contingente que enviaremos al extranjero será tan complejo, que no se limitará á la enorme masa actual de materias primas, sino al perfeccionamiento de las ideas y las industrias. Propondamos al adelanto universal, que trabajaremos, en virtud de las leyes sociales, en bien de nosotros mismos. Todo poseemos: inteligencia, sentimientos é ideales puros: naturaleza fascinadora y que impulsa la fantasía en sendas fecundas; juventud, energía y conciencia de un porvenir seguro, comun, porque tras de las generaciones que desaparecen, está la inmortalidad del pueblo. Sólo nos falta que, por respeto á la nacionalidad, conservemos nuestras tradiciones étnicas, incólumes las glorias patrias y la pureza de la lengua, para que la República Argentina, representante del génio latino en el nuevo mundo, pueda luchar con razas antagónicas, concurrir al concierto intelectual y favorezca el destino de la humanidad.

No trataremos ahora, aunque parezca propósito, la enunciada cuestion de la existencia de una literatura nacional. Confesaremos, no obstante, que no la poseemos aun, como un punto de partida de nuestras observaciones, tenden-

tes á demostrar que, por el sistema implantado de poblacion, no la tendremos jamás, terminando bien pronto por destruir todos los elementos de la nacionalidad y que nos han caracterizado como pueblo americano. La escasa y pobre que apareció con la primera imprenta, era colonial, española, y la de la emancipacion, aunque heroica é inspirada por sucesos domésticos, desarrollóse tambien al amparo del clasicismo de la metrópoli. é impidió, con su escolasticismo, que la inteligencia tomara el vuelo necesario para crear. La fantasía, tierna, dúctil y apta para iluminarse con fulgores nacionales, creció ríjida y raquíta como las plantas en el estrecho hueco de una vasija. Eran solo prodromos de la que debía aparecer más tarde. Recien con el himno patrio surge el espíritu argentino, acallado por una lucha cruenta y tenaz,—libre, expansivo,—demostrando á propios y extraños que aparecía una nueva nacion, dotada del sentimiento de su personalidad y de grandes destinos. Tal composicion. cual un manifiesto nacional, nos declaraba libres, sellando á la vez nuestra independenciam literaria.

¡Honra inmortal de la poesía! Su fuente de inspiracion era el patriotismo. Poderoso y propio de aquellos días, era la pasion más aparente. por su espontaneidad, para encauzar las ideas y sentimientos y darle á la literatura un carácter nacional. La forma, conforme al espíritu público, surgió ardiente, heroica y expansiva, pero

por falta de arte que la despojara de los resabios coloniales y la dotara de los secretos de la estética moderna, aparecía, aun en sus más sinceros cultores, inconsistente, desaliñada, burda é incorrecta.

Se requería que un espíritu elevado encarnara la reaccion, así como en lo militar y político fuéronlo respectivamente San Martín y Rivadavia. Debimos, por falta de escuela, carecer fatalmente de él, pero el hado, que siempre fué nos propicio, nos lo presentó en la persona de Don Juan Cruz Varela. Educado en San Carlos, supo, como todos sus profesores y discípulos, escapar al escolasticismo, y fiel á los principios de la revolucion, que emancipó el espíritu por el liberalismo, habría sido capaz de ser el iniciador del romanticismo. Escritor por vocacion, en vez de tomar las armas como Lopez, Rojas y Luca, para seguir el itinerario de la guerra, prefirió el ostracismo sublime del estudio, porque consideró más fecundos sus sacrificios sombríos. De allí salieron las traducciones de Virgilio, Arjia, Dido y numerosas composiciones que atestiguan la formacion de su gusto estético en los autores griegos y romanos, que inspiraron, con el primitivo clasicismo, el renacimiento italiano, el teatro de Racine y Corneille, el brillante período de Isabel, el siglo de oro de España y el trascendentalismo aleman. Ejemplo tan edificante cundió en su hermano Florencio, que no tardó en lucir una pureza ática, digna de las eras

de Pericles y de Augusto,—y tan nobles primicias, que marcan la primera etapa literaria, diseñada con rasgos sobresalientes, quedaron relegadas y sin imitadores, debido á las convulsiones de la época.

Al período clásico de la independencencia, sucedieron la anarquía, las luchas fratricidas y la oposicion al gobierno de Rosas. Domínguez, Balcarce, Rivera Indarte, Godoy, Mitre y Már-mol, que pudieron ser los continuadores de aquella evolucion, consagraron su núnmen á sus afectos ó á las luchas populares del instante. Un sólo hombre se destaca en este intérvulo, llevado, como Juan Cruz (1), por un ideal ulterior: Echeverría, que por contrarrestar también con el militarismo y la política, entregóse á la meditacion que robustece y da forma al espíritu, para propender al progreso social con la influencia trascendental de las ideas.

Los hombres y los tiempos habían cambiado. Echeverría no era, como Juan Cruz, un artista que buscara molde para condensar su espíritu: poseía genio, y bastábale la naturaleza y la vida para desplegar su vuelo. El destierro y la cruzada contra Rosas, originados por el año 40; las aspiraciones generales, enervadas por el dolor y la ausencia, hacía una patria feliz,

(1) Suprimo el apellido, como los franceses con Rousseau, porque quiero contribuir á crear la familiaridad con nuestros ilustres antepasados, que no está reñida con el afecto y el respeto que les debemos.

grande y consolidada; el cuarto de siglo trascurrido, que había convertido la colonia atrasada, recién redimida, en el presentimiento de una gran nación, llenando, por sus riquezas, de unción á sus hijos y de codicia al extranjero: la noble esperanza de paz y libertad, para levantar los cimientos de una civilización próspera y duradera; el desierto, que convidaba á la riqueza, y la inmigración que, con las ideas políticas de la Europa, cambiaba nuestra faz económica, hicieron del autor del *Dogma Social* un inspirado de la futura sociabilidad.

Dominado por el encanto de la naturaleza y el sentimiento americano, reveló, con la sensibilidad de Lamartine, la acción fecunda de la democracia y el ideal que palpitaba en el pueblo. Representó, adaptando al clasicismo nacional, las tendencias de la escuela romántica, triunfante á la sazón en Francia, y si el Doctor Gutierrez no hubiese caído, por falta de genio, en el clasicismo de los Varela, nos habría legado así mismo la influencia de esas ideas. Poseía el doctor Gutierrez, como Echeverría, el sentimiento americano que hacía entrever para nuestros pueblos una emancipación literaria. pero sin el poder creador de éste, no pudo impulsar la acción regeneradora del romanticismo y que exigía, por las ansias de una civilización naciente, fecundidad y fantasía inagotables. Artista y trabajador infatigable, contúvose, por su ecuanimidad, en un justo límite,

que lo presenta, á la vez, discípulo de Juan Cruz y de Echeverría, pero sin el vuelo magestuoso y amplio de la escuela de Macaulay y Sainte-Beuve, que Planche y Janin abrigaron con páginas gloriosas.

Del romanticismo, que hemos visto marchar paralelo al clasicismo, desprendióse un gajo bien florido. Especie de pseudo-literatura, nunca constituyó escuela. Tuvo por teatro á la pampa y, por protagonista, al gaucho, su habitante primitivo, con sus costumbres y lenguaje congénitos. Podría titularse literatura gauchesca,—y aunque en los anales del Plata, aparece Hidalgo como su creador, Ascasubi es su legítimo representante. Ella ha desaparecido junto con Del Campo y Hernandez, sus dignos discípulos, por falta de sucesores, así como el personaje pintoresco que la fecundaba, absorbido también por la civilización trashumante y esencialmente industrial, que viene arrasando con todo lo que es psicológica y mentalmente argentino. Ascasubi es nuestro Tom Moore, cuyas canciones los chacareros escoceses repiten como himnos nacionales. Fué un genio en tan difícil género,—y semejante al viejo Dumas por su físico y actividad febril, todo debiósele á la naturaleza.

Nuestra literatura, cual la pampa, solo ofrece, en la extensión de un siglo, unos pocos escritores característicos, que han crecido solitarios como los ombúes: los demás, se han nutrido de sí mismos, lejos, cual si hubiesen querido huir

de sombras protectoras. Luca, Lafinur, Rojas, Miralla, Balcarce, Dominguez, Rivera Indarte, Cuenca, Cantilo y Del Campo, exhalaban relámpagos geniales,—pero el lirismo arbitrario, el personalismo y el desaliento, obligaron á cada uno á producir segun su idiosincrasia. ¡Efectos de la falta de una literatura nacional! La solidaridad intelectual, fundada en la comunidad de ideas, desaparecía, cuando le habría servido de inmovible cimiento para que surjiese robusta del seno social y acentuada con los rasgos que la destacarían orgullosa. Ha tenido tambien sus fatalidades: Luca, Lafinur, Rojas, Miralla, Balcarce y Chassaing, desaparecieron en plena juventud; la independencia del Estado Oriental nos arrebató del parnaso á Juan Carlos Gomez, poeta romano por excelencia, potente, armonioso, altivo, y una despedida, jamás bien llorada, incorporó al español, por carácter, tendencia y gustos, nada menos que á Ventura de la Vega, que habría hecho de los vates un linaje aristocrático.

Quitemos á Mármol sus cantos contra Rosas, que sólo le presentan como víctima de una tiranía, y nos quedará el poeta personal, vagabundo, perdido en la estrecha esfera de sus sensaciones, cuando, por su ardor y vuelo, pudo ser un digno continuador de Echeverría. Nada diremos de Andrade, Ricardo Gutierrez y Guido y Spano, que han ido respectivamente á buscar sus inspiraciones en Victor Hugo, Byron y Grecia, como si la pródiga naturaleza americana no fuese capaz,

al traves del patriotismo, de mantener, por la sucesion de las ideas, bien alta la enseña del espíritu nacional. La historia de nuestra independencia literaria, termina en Echeverría; despues, nuestras letras, enriquecidas por Juan Cruz Varela, aparecen interrumpidas como una Babel por la confusion de ideas extrañas, antagónicas, verdaderamente extranjeras, y si exceptuamos, por su eclecticismo, al doctor Gutierrez, sólo hallamos en Rafael Obligado, demasiado jóven para exigirle cuanto nos ofrecerá, un rayo del alma del cantor de *La Cautiva* que, por no extinguirse en la inmensidad, ha preferido trasmigrar en la individualidad más nacional de la poesía contemporánea.

En frente de Obligado, preséntase encarnando la tradicion de los Varela y Gutiérrez, el doctor Calixto Oyuela, con el noble propósito de defender la pureza y precision de nuestra hermosa lengua de la intemperancia del romanticismo y avances del cosmopolitismo. Igualmente jóven para cifrar halagüeñas esperanzas, ambos representan actualmente, á pesar de vivir Mitre y Guido y Spano, las dos escuelas que han dominado al traves del tiempo el campo literario, comprobándose así, por la fisiología social, la sucesion de las ideas en las generaciones. No obstante sus dotes intelectuales, ¡qué diferencia con sus maestros! Igual pasa en lo militar, político y religioso, y cuando comparamos á San Martin, Belgrano, Balcarce, Alvear,

Las Heras, Alvarado, Arenales, Paz y Lavalle, —á Rivadavia, Moreno, Guido, Dorrego, Pueyrredon, Rodríguez y López, y á Maziel, Rodríguez, Rivarola, Chorroarín, Alberti, Castro Barros, Santa María de Oro, Funes, los Gomez, Agüero, Achega y Molina con los que brillan actualmente en estos tres órdenes, no dudamos que nuestro pequeño mundo marcha,—pero el cielo se oscurece. Todo el progreso contemporáneo, enorme, asombroso y honrosísimo para las fuerzas vitales de la economía física, es material é importado, por no decir extranjero, y á costa, —esto es lo más sensible,—de lo intelectual y moral. ¡Otra época,—¡otros hombres!,—porque éstos, con su sicología, son los que producen las evoluciones sociales. ¿No creéis? Barred, mentalmente, los hombres, y veréis en lo que quedan las sonadas épocas. ¡Es una de las tantas mentiras que hemos alimentado con nuestra paciencia!

Es que perdemos lo que más aman y defienden los pueblos: la nacionalidad. Después de la federación de esta ciudad, iniciamos una era de riqueza, y en vez de que las libertades personales fuesen el plinto del Estado, para que, á su turno, se tornasen en base de las públicas y políticas, á fin de que viniesen las razas que condensan las fuerzas superiores de la humanidad y fundasen en nuestro suelo sin par otro Estados Unidos, formidable por la cohesión y la fuerza,—en la seguridad é injusticia, vinie-

ron, entre las corrientes inmigratorias, avalanchas de residuos de razas inferiores, renegados dentro de sus propios países, incapaces de crear la libertad y que representan más la barbarie europea. Nos desnacionalizamos, y nosotros, que teníamos el derecho de esperar á que nos civilizasen, por representar el desierto, retrocedimos. El gas, la electricidad, el suave afirmado, el ferrocarril y demás obras públicas que nos deslumbran de bienestar y modifican completamente la existencia, son simples manifestaciones del progreso y de un progreso importado, tributario y á que debemos nuestra decadencia moral y financiera,—y el progreso es material,—la civilizacion, moral, y consiste en el desarrollo complejo del espíritu público para escalar las gradas del perfeccionamiento,—sublimes, porque nos acercan á Dios.

La nacionalidad es la patria, y fuera del suelo, todo es obra de la raza, que crea, en la vida y en la historia, tradiciones, religion, ideas, sentimientos, creencias, costumbres, ideales, filosofía, literatura y arte. En Buenos Aires, por el empeño de querer formar una nueva nacionalidad, cuando teníamos la vieja porteña, orgullo de la España en América y que produjo la independendencia, las glorias nacionales y la organizacion difinitiva, solo nos vá quedando de la patria el terruño y los antiguos campanarios. Los porteños la ven desaparecer con la melancolía del astrónomo á los cometas en las tinie-

blas,—y en el afan de reconstruccion, levantamos engreídos un palacio encantado por la electricidad y otros fuegos fátuos, pero echamos abajo la casa solariega de amplios patios y corredores, que son aire, luz, sombra y salud, y sugestionados por el lujo sibarita, nos avergonzamos de las lozanas enredaderas y de la vieja abuela que hilaba con gafas en la rueca. «¿Y Andrade, Ricardo Gutierrez y Guido y Spano?» —preguntareis. Eran de la vieja cepa y del buen viejo tiempo. No hemos sustituido á los que faltan. ¿Los sustituiremos?...

Nuestra literatura, con la desaparicion de la raza de Mayo, se desnacionaliza, y Buenos Aires, que se alzó con treinta y cinco mil habitantes para redimir un mundo y cumplir su genial mision de independizar al Paraguay, Estado Oriental, Bolivia, Chile y Perú, ha perdido con ochocientos mil su inspiracion intelectual, juntamente con el predominio político. Antes era la República Argentina; hoy no es ni el cerebro, ni el brazo. No es que haya menos talento y ciencia; existen en mayor proporcion,—pero falta el espíritu nacional, que forma la homogeneidad de las ideas y sentimientos, haciendo pensar y sentir con una misma alma y con un alma popular, yendo la Nacion concientemente hácia un porvenir fuerte y comun. Agregad ahora el materialismo importado por las inmigraciones, que han arrasado las tradiciones, los ideales y desnudado el alma de cuanto es argentino, y os

explicareis este mutismo poético, que algunos sociólogos querrán achacar à la evolucion. Dije que nuestro cielo se oscurecía. Es que las ideas, fuente é inspiracion de la mente, se han apagado como astros en la noche. Guido ya no canta: Andrade y Gutierrez expiraron en el silencio, y solo Rivarola de vez en cuando, como pájaro que sueña en la fronda, extremece la fría tiniebla con sus acentos.

Convenzámonos: la literatura es una manifestacion de la nacionalidad, y esencialmente moral, sólo nace definida, robusta y caracterizada por sus propios rasgos, fecundada por el alma nacional. El patriotismo la anima y la agita con su soplo poderoso, y como la locomotora que sale de la sombría estacion para atravesar mundos iluminados, él es su fuerza creadora,—pero no olvidemos: la barbarie es la noche, y la civilizacion, el sol que rasga las tinieblas é irradia luz,—luz que tambien es calor, germinador de las ideas,—semillas doblemente poderosas, porque encierran la verdadera riqueza de las naciones: la riqueza moral, fundada en las energías del alma nacional. En la noche, solo brillan los astros, para que no nos quedemos completamente á oscuras: la tiniebla no existe,—es una abstraccion: pero hasta las aves se recogen en el bosque,—el hombre descansa y el insecto duerme, personificando una de las modalidades del silencio eterno.

La política, que expresa, en los pueblos li-

bres, el propio gobierno, puede, con su inmenso y absoluto aliento, encauzar el alma nacional en las corrientes del pensamiento, propendiendo con el ejemplo al imperio de las ideas y con el estímulo á la produccion intelectual. Los ciudadanos, al contemplar la libertad, la justicia, el derecho y demas principios reguladores de la existencia, brillando como astros en el cielo de la patria, pensarían, se recogerían en sí mismos, creerían, y aunque no se sintiesen homogéneos, llevarían su contribucion al caudal de cuestiones morales, estéticas y simplemente decorativas que agitan la época contemporánea. El arte brotaría por doquier,—lo admiraríamos en todas partes,—la atmósfera se poblaría de armonías, y el sér, ademas de ciudadano, sentiríase hombre, es decir, pensaría y se agitaría al empuje de su supremacia avasallada, honrando las ideas y difundiendo la belleza, porque tras lo necesario, viene lo accesorio. El lujo no se admitiría sino por el amor al arte, y la gente letrada, á estilo de Londres y Estados Unidos, fundaría Academias, Institutos y Clubs, donde nace el estímulo, se excita el cerebro y se preparan las obras de aliento. La prensa no sería mercantil, y nacerían numerosas Revistas; los gobiernos favorecerían la reaccion literaria con subvenciones, premios y suscripciones; los espíritus selectos y cultos, estudiarían,—serían infusorios de luz, y los poetas, al sentirse redimidos por la gloria, soñarían con la inmortalidad. ¿Y

el pueblo?... El pueblo, arrebatado por el espiritualismo, creería,—creería que la vida al menos no termina en el sepulcro,—y en la cumbre, más cerca del cielo que de la tierra, vería á Dios, creándose el vínculo necesario entre el Creador y la criatura.

Sin nacionalidad definida, y que produzca, por patriotismo, política de principios, no habrá, por último, inspiracion. Nacerán poetas bucólicos ó descriptivos, que admiren las magnificencias de nuestra naturaleza,—culteranos,—pero no subjetivos, de carácter nacional, que representen, en la ponderacion del espíritu humano, la fuerza prepotente é inspiradora de un pueblo, encarnado, ingénitamente, en una raza propia. ¿Dónde están hoy las glorias, los grandes acontecimientos y los hechos sublimes representados en héroes y mártires? ¿Dónde están las libertades y el imperio del derecho, que hacen fuertes y felices á los pueblos y concientes de su destino? Falta el ambiente espiritual y radiante de liberalismo. Los palacios y el progreso material, no inspiran; el humo de las usinas, los martillazos en el yunque, los silbatos de las locomotoras y el ruido babilónico de los talleres y las fábricas, ahogan las odas épicas y hasta las de sus excelsos panegiristas; el pasado histórico, por más glorias que encierre, no basta: el alma quiere vivir,—ansía la vida universal,—manifestada primeramente en los actos y leyes de la vida pública, como aliento de

un pueblo que busca su grandeza en el culto de los principios, para elevarse, inspirarse, admirarlos y sentirse feliz. La sicología contemporánea ha distendido tanto su ámbito, que la felicidad es más que una aspiración legítima: una necesidad de la mentalidad,—porque el pensamiento es una religión; no basta levantar la mirada al cielo; es necesario que sea pura, ungida de espiritualismo,—y el dolor es una debilidad en este siglo, sólo fecundo por la acción y la energía. Se llora sobre las tumbas, y los pueblos quieren cantar sus hazañas y su destino, inspirados más por su porvenir, que los empuja adelante y siempre adelante. Los pueblos viriles viven del presente y de la esperanza, que constituyen su destino, dejando al pasado, como dice Longfellow, la tarea de enterrar sus muertos.

Ansiosos de que algún día continúen las evoluciones paralelas de Echeverría y Gutiérrez, para que eslabonen nuestra literatura y sea en la historia una modalidad de la vida social, gratos estamos á los frutos de Obligado y Oyuela. Si no llegaron á la altura de sus maestros, fué porque se agitaron en un medio ambiente contrario y sofocante. Nada perturbó el idealismo del cantor de *La Cautiva*, y el doctor Gutiérrez estuvo medio siglo en su bufete, consagrado á sus estudios predilectos sin levantar la frente. El vate de escuela lo necesita propicio, como el pampero que hincha las

velas, y nada más asfixiante que la época presente, ahogada por el lucro, porque las ideas se metalizan y el espíritu plega sus alas. ¿Y las exigencias materiales? Hé ahí otro tirano que subyuga. ¿Con cuántos poetas sin versos no tropezamos á cada paso, que se hallan bien léjos de su parnaso? ¿Cuántas veces no he pensado en las influencias sociales contrarias al desarrollo del genio? ¿No tenemos á Castellanos, que iniciòse tan inspirado, absorbido por la política, y á Coronado, tan lírico, Escribano! La existencia, con sus crueles tiranías, traiciona los más bellos destinos, y en los países cosmopolitas, invadidos por inmigraciones materialistas, desaparece hasta la esperanza de una literatura comercial.

Obligado debè; como Echeverría, tocar la guitarra en la ciudad y cambiar las faldas del Paraná por la pampa. Aquí hallará al gaucho verdadero, que busca la inmensidad y teme hincarse con los espinillos. A Oyuela le advertiremos que la cultura en el lenguaje no veda inspirarse en asuntos patrios, para contribuir, como argentino, al fomento de una literatura nacional, desde que el doctor Gutierrez, parodiando á Chenier, probó que se puede hacer muy buenos versos antiguos con argumentos nuevos.

El arte moderno es científico, y los poetas deben ser pensadores, apóstoles de sus creencias y exteriorizarlas como los Varela, Echeverría, Gutierrez y J. C. Gomez en el Plata, y Byron,

Gœthe, Lamartine y Victor Hugo en el viejo mundo.

Encina y Chassaing no han sido bastante deplorados; el primero, por su carácter científico y abstracto, y el segundo, por su escasa producción y predilección á la política. El último, discípulo de J. C. Gomez, encabeza el parnaso juvenil, enriquecido con los inolvidables nombres de Paz, Lucio V. Lopez, Jorge y Adolfo Mitre, Lamarque, Diana, Noguera, Behetty, Martinto y otros que aun cantan con Obligado y Oyuela, como Garcia Merou y Rivarola, en medio del silencio de Castellanos y Coronado.

Si Andrade, Ricardo Gutierrez y Guido y Spano, no han sido poetas nacionales, á pesar de provenir del coloniaje, es porque han rayado en las puertas del genio. El genio es personal, universal, y en el sentido de las ideas, no tiene patria,—ni depende del medio ambiente. Asi hemos visto al primero vivir en el caos, presenciar el surgimiento de las montañas, pasar por todas las edades prehistóricas, arrojarnos con moles de granito y ponernos en contacto con los cíclopes. ¿Quién no recuerda su aire desasegado, tembloroso como un azogado y hablando en monosílabos! Semejaba tan antiguo como sus cánticos, y su enorme cabeza, de ojos inmensos, aplastados y uraños á la luz, dábale el aspecto de un gigante de la era cuaternaria. El segundo, cerró los párpados como Shakespeare, para mejor ver dentro de su alma, y con

el acento de Byron, nos hizo conocer todas las escalas de la pasion y sus íntimas palpitaciones. Guido y Spano ha vivido como About en Grecia, y llevado de la tendencia á plasmar sus ideas, ha celebrado la redencion de Méjico, entonado elegías á las desgracias de Francia y llorado el martirio de Cuba. Ha pensado y sentido, cual verdadero poeta, con el alma de la humanidad, y cuando en 1871 convirtióse Buenos Aires en un hospital, nadie, en nombre de la fraternidad, desafió la muerte con mayor abnegacion.

El privilegio de sustraerse el genio al medio ambiente y vivir impasible, inalterable contra todas las corrientes, nos salvará como pueblo intelectual en el porvenir, si por falta de cohesion étnica no condensamos y fortificamos la literatura nacional. Aparecerán otros Andrade. otros Gutierrez, otros Guido, como otros Balcarce, Echeverría y Varela, porque la variedad, en los matices intelectuales, es infinita, pero enriquecerán más el pensamiento humano que las letras patrias.

¿Acaso Andrade, Gutierrez y Guido, son, intimamente, muy inferiores á Hugo y Byron? Prontos á menospreciar lo propio, creemos herejía comparacion tan relativa, tratándose sobre todo de verdaderos genios, que han llenado el siglo XIX: sin embargo, parecen enanos al lado de gigantes: ¡el tamaño del teatro, la mayor produccion y los millones de espectadores que pa-

gan mejor! ¿Tiene Byron ó Hugo algo superior á *La Hermana de la Caridad*, á *El Nido de Cóndores* ó *América*? Sabemos bien que esto no nos autoriza á creer unos Byron ó Hugo á nuestros tres poetas contemporáneos,—pero afirmamos que, á haber visto la luz en Londres ó Paris, habrían escrito cien veces más y reemplazado á aquéllas celebridades en sus tronos. ¡Da lástima recordar quiénes sucedieron á Longfellow, Tennyson, Byron, Lamartine, Hugo y Gœthe!

¡La lengua, la lengua! El castellano es el idioma más bello,—tambien el más puro, porque es el único que se escribe tal cual se pronuncia y viceversa, pero nuestras repúblicas del continente, con España á la cabeza, por vivir fuera del concierto universal, no consiguen inmortalizar obras de ingenio. Es el mundo quien ha glorificado á Cervantes. Si Andrade, Gutierrez y Guido, hubiesen escrito en Europa en inglés ó francés, serían apreciados en lo que valen. ¿Cuál es, actualmente, el primer poeta del mundo? Nuñez de Arce, ⁽¹⁾—y Europa, que es el mundo mismo, lo ignora absolutamente . . . por la lengua! La lengua aisla tanto á España en Europa, como si estuviese en América, y comprendiéndolo así, no tiene, para la exportacion intelectual, otro mercado que nuestras repúblicas. Estamos, juntamente con España, excluidos del concierto universal del pensamiento; hablamos solos, y pocos nos leen;

(1) Escribimos estas líneas en vida del ilustre poeta y cometemos la ficcion de creerlo vivo para tener el honor de considerarlo como el primero de todos.

otros pueblos no nos quieren entender, y esta situación, regida por el egoísmo, significa vivir más separados aun. Si mañana apareciese nuevamente Jesús y hablase nuestra sublime lengua, bien podría sacrificarse: sería renegado, porque Europa cree que en español solo pueden decirse trivialidades. ¡Qué injusticia! Como raza, hemos producido á Ciceron, Virgilio, Horacio, Tácito, Ovidio, Séneca y Plinio, que son el orgullo de la humanidad, y en castellano está escrito el Quijote, la obra más ingeniosa de los siglos y otras numerosas que vencerán al tiempo.

¡No importa! Las dificultades enaltecen á los pueblos fuertes, y nuestro país, dejando cada día de ser menos tributario de la Europa, imponiéndose por su inmensidad y riquezas, recibirá su civilización genuina y la incorporará á su fecundo seno; el istmo de Panamá y la prepotencia universal de Estados Unidos, galvanizará, con su protección y tratados, los pueblos de este continente, sofocando las luchas intestinas y enardeciendo las energías y los ideales; nuestra América será siendo sajona y latina, obedeciendo al empuje de las dos razas que representan el poderío del mundo, y los sudamericanos, por nuestras propias fuerzas, al amparo de la teoría de Monroe, seremos siempre independientes, y por el trabajo y el tiempo, continuaremos libres, imponiendo á las inmigraciones las tradiciones y las costumbres.

Salvaremos la nacionalidad y especialmente la lengua, que es la herencia más hermosa del

coloniaje y con la que se han inmortalizado innumerables ingenios del espíritu humano. Con ellos salvaremos la patria, é inspirándonos en sus espléndidas magnificencias y grandioso porvenir, pensemos y cantemos para probar que las avalanchas de inmigraciones no amenguan nuestras fuerzas y que llevamos en las venas la sangre de Virgilio, el fuego de Suetonio, la profundidad de Cervantes y la elevacion de Nuñez de Arce. Que los clásicos cuiden la pureza del idioma, mientras el romanticismo abre y explota las vetas de nuestro genio exuberante, y nosotros, que creemos que en las márgenes del Plata existe una raza histórica, representante de la civilizacion argentina y que no merece desaparecer, exhumemos, entre las alabanzas á la nueva nacionalidad, á los cultores de su poesía y que nos handado un digno puesto entre los pueblos intelectuales de ambos mundos. La República Argentina tiene genio; lo ha demostrado en todas las faces de la historia; se lo reconocen las razas más antagónicas; sólo necesita conservar su nacionalidad, para caracterizarse entre todas las naciones, y propender así, por la ley histórica, al desenvolvimiento del espíritu humano. Y en esta lucha contra los elementos étnicos y sicológicos, será el pendon la lengua de Castilla, que triunfará para honra de la humanidad (1).

(1) Este capítulo es el único que no es inédito. Apareció en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, dirigida por el Dr. Zeballos, en los números correspondientes á los meses de Diciembre de 1903 y Enero de 1904.

Dr. Juan Baltazar Maziel

I

Hijo del desierto, ambicioné, como el que más, las inmigraciones europeas para que nos civilizasen, y ante su desastroso fracaso, despues de habernos desnacionalizado, me retraigo, desesperado del presente y excéptico del porvenir, á la vieja aldea de las blancas casitas, que se miraron tres siglos silenciosas y coquetas, al resplandor de la luna y de las pálidas mañanas, en el espejo de sus aguas. Es la sangre, que clama, en la orfandad, por el hogar, para consolarse entre los suyos! «¡Tódos han muerto!—La casa solariega ha sido convertida en conventillo!»—dice el viento, en fúnebres zumbidos. ¡Sí, tódos han muerto! La familia es la patria, y habiendo desaparecido hasta las toscas del río, no sé donde llorarla.

De este antiguo bardo sólo existen unos apuntes biográficos del Dr. Juan M. Gutierrez en sus *Noticias Históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza Pública Superior en Buenos Aires*, pág. 673, y en 1892 publiqué sobre él varios folletines en *El Nacional*, que reimprimí enseguida en folleto. Este trabajo, es el tercero que se escribe sobre Maziel, y, con mayores datos, es completamente nuevo y distinto al anterior en el fondo y la forma. Mitre y Lopez, en sus respectivas obras, hablan, al pasar, sobre él, pero sólo como sacerdote ilustrado. Quien lo hizo conocer como poeta, fué el Dean Funes en su *Ensayo Histórico*, t. II, pág. 291.

«¡La aldea querida de las blancas casitas iluminadas, *la ciudad de las siete lomas!*»—me digo, para volver á exclamar: «¡Aquí nacieron y vivieron nuestros antepasados! Esta es la patria de los porteños, que fueron toda una raza, y lo mejor, por su belleza, caballerosidad y abnegacion, que ha producido la España en su vida conquistadora». Vivo con el corazon deshecho, inundado de lágrimas, en el pasado. Esto sólo bastaría para reconciliarnos con España, si no viera ademas en las tradiciones un estado social basado en hogares patriarcales, amorosos, felices, amasados con la religion, la filosofia, la moral y la virtud,—con nobles costumbres y usos encantadores. No debió ser tan malo, cuando fué la cuna de una generacion de próceres, que produjo, con su sangre y virtud, la patria é independizó pueblos, emancipando un mundo. Los campanarios, apuntando al cielo con sus flechas,—las campanas en el clásico barrio de Santo Domingo, llamando, de mañana y tarde, á los fieles,—las vastas fachadas con torreones,—los amplios patios,—los sombreados corredores,—las enredaderas escalando los muros y sirviendo, en el fondo, de paisaje,—los azahares y jazmines, lanzando, por los zaguanes, bocanadas de perfumes,—las pálidas bellas, de cabellos de azabache, regando sus plantas en el patio ó paradas, vestidas de blanco y adornadas de rosas, en las puertas de calle ó en las ventanas voladas,—las armonías del piano brotando de los salones abiertos de par en par y que las ráfagas brindaban al pasar por las veredas en las tardes de estío. ¡Qué sociabilidad: «¡Qué encanto!»—digo. Aquélla era, realmente, vida,—vivir. La familia nacía y crecía á la sombra del amor,—los hijos respetaban á los padres, y los padres amaban á los hijos,—existía la amistad,—las relaciones políticas, económicas y sociales se desarrollaban con patriotismo, honorabilidad y franqueza. La vecindad era un vínculo, y el cristianismo, con su fraternidad, alumbraba esta tierra ver-

daderamente *bendecida por la fecunda mano del Creador* (1). La religion, por su austeridad, era respetable, y las salidas de misa, encantadoras por las mantillas y el contraste con las palideces brillantes; el estrado, solemne, verdaderamente aristocrático; las reuniones, familiares, atrayentes; la sociabilidad, amena, y el trato, sencillo. Ofrecíase con facilidad la casa, y donde quiera hallábase el huésped como en la propia; tratábase de conquistar más con el corazón y el encanto, que con el temor, y la vida, dominada por el alma, sentimental, deslizábase tranquila, sin ambiciones, como los remansos del Paraná y Uruguay que se desbordan, preñados de estrellas, en la cuenca del Plata. ¿Y el clima, la luz y el aire? Los habitantes despertábanse de mañana en el bosque de las casitas blancas, cantando como pájaros,—y alegres, felices por la existencia, exclamarían arrodillados al orar: — «¡Dichosos de nosotros, Señor, que tales días nos haceis ver!» Las frescas mañanas surjían perezosas entre los gritos de los aguadores, lecheros, pescadores y panaderos que se excurrían volando sobre sus mulitas con árganas; los días eran espléndidos, claros ó tibios; las tardes serenas, plagadas de cánticos y armonías, y sublevadas por las ráfagas, llevaban en sus alas, turbiones de hojarasca; las noches, azules, plateadas y cristalinas, ó oscuras, tenebrosas, sin otra compañía, en las calles desiertas, que el sereno, las candilejas, las iluminarias y los tristes faroles de aceite de potro. El paseo de la Alameda,—los baños en el río y sus crecientes; las cabalgatas al bajo de la Recoleta,—pescar en las toscas,—cazar en los alrededores,—el panbazo de San Roque,—los comestibles legítimos, sanos,—los ricos dulces, las sabrosas empanadas y pasteles de las familias y las monjas,—y las golosinas y los vinos generosos que calentaban la sangre..... Las flores crecían en los bordes de las veredas. ¡Hasta las lluvias y los huracanes eran bellos!

(1) Estéban Echeverría. *Obras Completas*, poesía á Tucuman.

Las aguas corrian por los terceros, y el pampero, con sus poderosas alas, desgarraba las nubes y aclaraba la atmósfera, dejando ver enseguida el cielo azul y diáfano. Los domingos vestíase la gente con su mejor traje, iba á misa y despues á Punta Chica, á los alrededores, á henchir los pulmones en el aire del desierto, embalsamado de trébol y gramíneas. Dormíase la siesta, y en esa existencia tranquila, sin afanes y sin prensa, soñábase con realidades presentes ó pasadas, que serenaban el alma, porque simbolizaban felicidad. ¿Había nada más sublime que bajar la barranca, en una noche de insomnio, y contemplar el Plata adormecido por el silencio é iluminado por la luna? ¿Y la pampa, la inmensidad? ¡Galopar al resplandor de los astros! ¡Qué éramos más atrasados!; materialmente, pero éramos más felices. ¿Somos ahora siquiera libres? La ciencia política, con la organizacion del Estado, no trata sino de resolver este gran problema humano: la felicidad. Estudiando la naturaleza del sér, no la ha hallado sino en la libertad,—y dado nuestro ensayo político, ó mejor dicho, fracaso, colossal, espantoso, que ha desatado contra los pueblos, por herencia ó incapacidad, todas las plagas sociales y tiranías imaginables, desnacionalizando la raza, las costumbres, la religion, las tradiciones, el gobierno, las leyes y reduciendo la patria, que fué principio, idea, sangre, nacionalidad, al terruño é hipotecando despues las rentas (1), no hallo, en mi desolacion, mejor refugio que la aldea de las blancas casitas extendidas sobre las *siete lomas*. Sólo allí veo el hogar macizo, adornado de torreones y enredaderas, de nuestros antepasados.

La patria propia, soñada con la mente y el cora-

1—Inglaterra nos ha quitado Las Malvinas, á Chile se le ha entregado luengas fajas de tierra, y en estos últimos veinte años se ha aumentado la deuda externa á más de 1.000.000.000 de pesos, que es poner en peligro la soberanía nacional ó esclavizar al pueblo y las futuras generaciones.

zon, al traves del patriotismo, ha muerto; más fácil será todavía reconquistar las islas Malvinas, y como quien se arrodilla en el día de los muertos, en los dinteles del sepulcro de sus padres, exclamando: «¡De ellos, en la tierra, no quedan sino sus cenizas: ¡Adorémoslas!»—de la misma manera, alzo los brazos al pasado, porque allí la hallo más que en la actualidad....! ¡Esas matronas patriotas y abnegadas, esas bellas pálidas, de negro cabello y espirituales, y aquellos porteños de ojos azules, delgados, de patillas, sanos, corteses, vestidos de negro y aristocráticos como lores ingleses, no volverán!

Mucho sufrirán los que no tienen vínculos con las nuevas inmigraciones: ¡están condenados á presenciar la desnacionalizacion de su raza!,—y como no se puede vivir sin patria, los que creen haberla perdido, la adoran, á falta de imágen, en la historia, encarnada en sus hombres, instituciones y costumbres. La nacionalidad argentina principia en 1535 con Mendoza y termina en 1880 en los Corrales, no porque se federalizara á Buenos Aires á cañonazos, sino porque se abrieron sus puertas á las razas inferiores que arrancaron de raiz y de cuajo todo lo que es argentino, sin civilizarnos, desnacionalizándonos, arrebatándonos el alma nacional y hasta el patriotismo.

Manifiesto, en consecuencia, mi abierta oposicion á todos los historiadores patrios que han pintado al coloniaje como á un purgatorio y á nuestros antiguos habitantes penando y redimidos al fin por la Revolucion. La independenciam es un ideal y al que deben tender todos los pueblos dignos; mejor es gobernarse, que ser gobernado; nunca es tarde ni temprano para emanciparse de España; pero ser colonia y administrarla sencilla y patriarcalmente como acostumbraron todos los gobernadores y vireyes, no es un desgracia. ¿Somos acaso ahora ciudadanos? ¿Nos gobernamos hoy? Seguimos siempre gobernados; el Estado se ha fundado sobre la confiscacion de las libertades; no hay libertad personal, seguridad,

ni justicia; no existe otro derecho que el de trabajar para sostener con impuestos inícuos é insoportables una oligarquía oficial, despótica y corruptora, y el ciudadano de la República, háse convertido en un esclavo greco-romano.

La prensa, el comercio, las industrias y la sociabilidad, que, por la civilización, deberían significar libertades, son tiranías,—tiranías insoportables; la mentira ha sustituido á la verdad, y cuando pronunciais ésta, la gente os mira hipócritamente, escandalizada, y tódos quieren explicar la atmósfera letal, sofocante, cargada de farsas y delitos, por la vida febriciente de la evolucion. ¡Maldita evolucion, si ha de arrojarnos primeramente en la corrupcion y la criminalidad! La civilizacion no es un gusano para nacer de la putrefaccion del organismo social. No hay tal vida febriciente, porque la lucha precisamente es para escapar á la ley del trabajo, obteniendo prebendas en perjuicio del pueblo, y no comprendo cómo la criminalidad y la tiranía, productos de los vicios y la degeneracion, puedan ser escalones para regenerar un pueblo y fundar una patria libre, próspera y feliz. Hemos perdido, entretanto, la nacionalidad, y en el avance hácia horizontes desconocidos, arrojamos, como en un incendio, nada menos que tradiciones, glorias, costumbres, afectos, ideas y cuanto personifica la patria, nutre y alienta el alma humana. Somos ciudadanos sólo en el nombre, y como la libertad es el ejercicio de un conjunto de derechos positivos, indispensables para la existencia, éramos, en el coloniaje, más libres, aparte de la satisfaccion de vernos entre los nuestros, imperando la dignidad de las ideas y sentimientos, el carácter y los usos nacionales, que constituyen la felicidad y hasta el encanto de vivir. ¡Es que importamos la barbarie europea!

No creo que por esta senda y con tales elementos, se funde en el porvenir nada digno, sobre todo nada argentino, y cuando busco el espíritu nacional para con-

solarme siquiera de las desgracias contemporáneas, sólo hállolo en el pasado, en el pasado mil veces querido por tan triste circunstancia. ¿Cómo aborrecer, despreciar la época de la colonia! Nó, amarla,—y aunque bendigo el grito de Mayo de 1810, aquélla, ante la raza desaparecida, es uno de los pocos refugios del argentino sin patria, que la soñó, como cualquier otro ciudadano, constituida y consolidada únicamente con los suyos. ¿Por qué ha de desaparecer para entregar su suelo? ¿Ha sido vencida en algún combate? ¿Se ha rendido? ¿Por qué ha de ser condenada á vivir entre razas extrañas, diferentes, que han desnaturalizado la vida y trastornado sus ideales? Sólo á él, en el globo, pásale tal anomalía!

Peregrino de la libertad, que búscola, ansioso, en la patria,—si la hallo más bajo una monarquía, siendo súbdito que ciudadano,—si encuentro, por la mayor bondad de las gentes, menos delitos, atentados y violaciones,—mejor justicia, más seguridad y, de consiguiente, más libertad personal,—si por la religion, filosofía, tradiciones y costumbres, respétase á Dios, los principios, la virtud y la moral,—no diré que prefiero el vasallaje á la independencia,—pero nadie me hará detestar la colonia, ni hacer comprender que fuimos entonces esclavos. Súbditos,—vuelvo á repetirlo,—eramos más libres, y, sobre todo, más felices. España, por otra parte, ha sido la primera potencia del mundo; no nos dió libertades, porque no las tuvo para sí, pero es más que nosotros: una nacion con nacionalidad propia, caracterizada, entre todas, por usos y rasgos peculiares,—tiene ciencia, artes y poesía con tradiciones inmortales, Academias, Institutos, historia, obras maestras, mientras que nosotros no hemos producido ni un diccionario! ¡Qué su gobierno colonial fué estrecho!; sólo Inglaterra, que educa á sus colonias para la libertad, ofrece franquicias,—y á pesar de las leyes prohibitivas y restricciones, íbamos formando una civilizacion propia, más adelantada que la de Oriente. ¡Qué

no teníamos libre navegacion de los rios, libertades económicas y otras conquistas modernas! Guardad,—diría,— todos los adelantos modernos, y respetad tan solo la seguridad, la justicia y la nacionalidad, para ser siquiera libre personalmente entre los míos y poder gozar de las delicias de la vida nacional! Se habla del atraso del coloniaje. ¿Dónde estaba entonces el progreso? Admito que España, por su inferioridad ingénita, estuviese á un nivel más bajo de la civilizacion dominante en Europa, pero no tanto que, á pesar de las leyes prohibitivas, falta de franquicias y restricciones impuestas á las colonias, no trocara aquí el desierto en poblaciones y la barbarie salvaje en un espíritu liberal que condensaba y atraía todas las aspiraciones é ideales modernos. ¡La ciencia, el arte, que contribuyen á la felicidad! ¿Florezcan en Europa? Únicamente la pintura y la escultura, que sobresalen preferentemente bajo las tiranías, como háse comprobado y lo demuestra el mismo Velazquez. ¡La dominacion religiosa! ¿No emigraban de Inglaterra,—el país más libre del mundo,—por no decir el único,—los puritanos á millares y cruzaban el océano en frágiles embarcaciones para fundar los Estados-Unidos? ¿Destruyóse acaso el escolasticismo de las aulas de Occidente, á pesar de *El Método* de Descartes? La Europa no tenía cloacas, aguas corrientes, afirmados de asfalto, gas, vapor, ferrocarriles, tranvías y electricidad, para que fuese posible exigirlos á una pobre colonia española. Las iluminaciones del virey Vertiz fueron un progreso, y las calles de Londres ó Paris no estaban entonces mejor afirmadas.

Sólo como una obsesion vemos un purgatorio en el coloniaje, y, civilmente, se halla más allí nuestra fisonomía social, fundida en el molde tradicional de nuestros antepasados. Ellos querían que fuésemos españoles, y en virtud de esta idea, que implica pasion por el destino de de la propia nacionalidad, rechazaron gloriosamente á

los ingleses en 1807. ¿Por qué? Porque la raza es la nacionalidad, la verdadera patria. Los colonos del siglo XVIII, súbditos españoles, tenían un concepto más exacto de la patria,—mientras Nápoles principalmente sustituye hoy en lo que fué la antigua metrópoli (1).

¿Hemos ganado en el cambio? Esta no es la cuestion. La nacionalidad no se debe entregar nunca, y lo peor es que nos degeneramos con inmigraciones inferiores todavía, y jamás nos libertaremos de ellas, porque nos han tomado con armas peores que el cañon y el fusil, como la azada, el comercio y las industrias, sin formar una nacionalidad nueva, para el porvenir, propia, legítima, homogénea, que crée el sentimiento nacional y el patriotismo y funde en nuestro espléndido suelo un estado social bajo la base de las libertades, seguridad y justicia, para que nazca la verdadera civilizacion moderna.

Bajo estas ideas, estudiaré á nuestros queridos vates del pasado (2), dándole á cada uno por marco su época, como prometí en el Prefacio, para hacerlos conocer de los contemporáneos, amar de sus compatriotas nuevos ú originarios, y á muchos, darles vida, y á otros, forma, porque, sucesivamente, yacen ignorados ó confusos, desfigurados por la pasion ó por el tiempo. Tódos contribuyeron á producir y sellar, con su pensamiento, en la soledad, en la prensa, en el destierro y en los calabozos, aun á riesgo de su vida, nuestra inde-

(1) Hablo con respeto, porque conozco la alta importancia en ciencias, artes, etc., etc., de esta ciudad, y me refiero sólo al sentimiento expresado en el 2.º párrafo de la pag. 71 de ver cambiada la nacionalidad, sin considerar si se gana ó nó.

(2) Lo que llamo el pasado, termina en 1880, en que se abre nuestro país, con motivo de imponerse á cañonazos la federalizacion de Buenos Aires, á la desnacionalizacion del pueblo.

pendencia literaria,—múchos contribuyeron al génesis del dogma de la revolucion de Mayo,—ótros, vestidos de soldados (1), enardecieron, en las filas patriotas, los bríos de la victoria, y los que no tomaron las armas, por continuar su accion en las juntas gubernativas, los parlamentos, la prensa y la tribuna, templaron el espíritu público, manteniéndolo, en los días aciagos (2), ardiente, valeroso, para contrarrestar los reveses y celebrar los triunfos, llegando los écos y las hojas sueltas de las odas épicas y las canciones guerreras á las filas de los combatientes. Maziel murió por haber pensado; algúnos fueron desterrados por haber escrito, y la mayor parte sufrieron por haber ejercido solamente la libertad del pensamiento en holocausto de la creacion de la nueva patria. Los del coloniaje, fueron precursores, y tódos, como hombres civiles, yacen entre las ruinas de nuestra historia, militarizada más por las leyes que deben fatalmente rejirla,—porque la historia, al principio, es objetiva. Sólo vense pasiones, luchas, combates y batallas. Ya llegará el instante de filosofar sobre los hombres y los sucesos que produjeron la emancipacion con sus ideas y accion intelectual!

La literatura tambien tiene patria, y á esta patria literaria, que independizaron nuestros vates principalmente, venimos á rendirle el homenaje intelectual de nuestra admiracion y cariño patrióticos en la personalidad de sus actores. La literatura es, ademas, una manifestacion de la nacionalidad, y como producto orgánico del pueblo, es igualmente un reflejo de la sociedad bajo la influencia de las ideas y las pasiones del tiempo; quiero decir, que es un producto vivo, y, por lo tanto, un factor más en la civilizacion argentina, considerado trascendentalmente ya en sus obras y en sus hombres.

(1) Juan Ramon Rojas, Estèban Luca, Juan C. Lafinur, etc., etc.

(2) Lopez, Molina, Castañeda, Rodriguez, Miralla, etc., etc.

II

El doctor Maziel fué una víctima de su tiempo. Murió de pena en el Presidio ⁽¹⁾, á donde fué arrojado cruelmente por el virey Loreto por querer defender su autoridad y dignidad elesiásticas, y si el doctor don Juan Maria Gutierrez últimamente no lo hubiese hecho conocer como poeta, el público no lo tendria sino como uno de los tantos dignos prelados que honraron el coloniaje con sus virtudes. ¡Y de dónde le hemos sacado: ¡de entre las ruinas de la historia, sepultado por su militarizacion! A haber sido militar, siquiera con el grado de teniente, no dude el lector que los archivos habrían ofrecido numerosos legajos para demostrar minuciosamente su accion en el más insignificante encuentro,—pero era civil,—*menos* todavía: clérigo,—y hemos tenido que buscarlo con linterna entre la selva enmarañada, que cavar y arrancarlo del seno de la tierra como á un megalithium, para mostrarlo á la luz contemporánea.

Se ha principiado á hacer la historia nacional. ¿Qué vése al primer golpe de vista? La patria, convertida en colonia, subyugada, y, para redimirla, no bastó el grito de Mayo de 1810, sino una guerra cruenta, gloriosa, pero llena de reveses. A no haber sido el brazo esforzado de sus hijos y la sangre derramada en las batallas, incierto habría sido el giro de la gran revolucion,—no lo dudamos. Los militares, entretanto, aparecen como los únicos autores de la independencia,—y muchos creen que, á no haber venido San Martin, estaríamos aun dependientes de España. Esta exageracion, que raya en error, debido al desconocimiento de la fisiología de la historia, crea la adoracion y los falsos dioses, que entrañan el militarismo,

(1)—Así llamábase entonces á Montevideo.

más funesto que el fanatismo. A parte de que ello es impropio de un pueblo republicano, que debe considerar su historia obra de sí mismo, de su vida orgánica y que nada hay superior á su soberanía, despiértase, con estas leyendas, el amor á la gloria militar, pernicioso á países nuevos, que todo lo esperan del trabajo, el comercio y las industrias y que llevan en sus entrañas, desgraciadamente, por atavismo, la idiosincracia de la revolucion y la anarquía.

Y, científicamente, se falsean las leyes de la historia, porque siendo la accion producto de la idea, debe comprenderse que no fué sino su ejecucion,—que nació despues,—que el génio estuvo en los cerebros que la crearon, y que si hubo gloria ademas del patriótico deber cumplido, débese compartir con los predecesores, que, por lo menos, fueron políticos, legisladores, tribunos, escritores, periodistas, filósofos y pensadores. Todos fueron igualmente patriotas, ciudadanos ilustres que pusieron tambien en peligro sus vidas por trabajar en la sombra ó á la luz del día bajo la dominacion española por el *crimen* de libertar á su patria. Ellos fueron los creadores de la idea sublime,—los que la arrojaron al mundo, á la historia,—sus inspiradores, y, más tarde, sus ardientes y constantes incitadores,—y si la revolucion fué un acontecimiento político, producido por el pensamiento y la filosofía, ellos fueron los verdaderos autores. Si hubieron ejércitos que lucharan en los desiertos y las concavidades de los Andes, obedecieron, por último, á órdenes de gobiernos, que los dirijieron desde la Plaza de Mayo. Sólo Napoleon condensó en su persona el dualismo de la idea y la accion, y Bolivar, es admirado más como político, legislador y organizador que como militar. Jesús mismo reparte su divina gloria con sus apóstoles,—y el triunfo definitivo al fin fué popular, del pueblo civil que se armó para conquistar en la guerra su soberanía!

¡Benditos sean San Martin, Belgrano, Lavalle, Las

Heras, Necochea, Olavarría y Paz!,—pero ¿oyes,—lector, —alguna vez los nombres de Guido, Monteagudo ó Rodríguez Peña? Importante fué sin embargo su *accion* en los sucesos históricos, á punto de decidirlos más de una vez en las juntas, los parlamentos y el gobierno,—pero... ¡no cargaron espada!,—y esta falta ante las multitudes, débiles ante el espejismo y el azar de las armas, mantiene á aquéllos patricios fuera de su admiracion y cariño. Es que principiase por creer que la independenciam fué una cuestion militar y no de principios,—que triunfó más la fuerza que el derecho, y que, á haber sido derrotado, seríamos aun colonia, como si España, aplastada por Napoleon, hubiese podido resistirnos y no fuésemos la obra del equilibrio político del mundo. ¡Somos más aun: ¡la herencia de la civilizacion moderna!,—y Colon arrancó este continente del seno misterioso del Océano para la democracia y que sus pueblos se gobernarán por si mismos! ¡Pobre Washington!,—con este criterio, sería una sombra!....

¡La suerte que, á pesar de las obras de Mitre y Lopez, que son verdaderos monumentos, la historia definitiva no está escrita aun! Ha de llegar el día del juicio trascendental, científico y verdaderamente histórico, y entonces veremos á los tribunos, los escritores, los políticos, los filósofos, los pensadores y los poetas confundidos entre los militares en el gran cuadro de la Revolucion y ocupando sobre todo en nuestro corazon el puesto elevado que le asignará el amor por sus esfuerzos y sacrificios. Triunfará, en nombre de la ciencia, la verdad; un patriotismo conciente, con orígenes históricos en el pasado, velará por la nacionalidad, irradiando su influencia civilizadora en el porvenir, y la historia científica sucederá á la escolástica en las escuelas en beneficio de la patria, porque la juventud es la esperanza...!

III

El Dr. Maziel tenía otro mérito: pertenecía al clero argentino. ¿Conoceis su importancia en el pasado? Al revés de los demás cleros católicos del orbe, inspiróse, por patriotismo, en la libertad, y tutor, por un resabio antiguo (1), de la juventud, educóla para la Revolución, templando su espíritu en las doctrinas de Plutarco y Rousseau. Las ilustres aulas de San Carlos, Córdoba y Charcas, son la cuna del liberalismo argentino. Es que sus preclaros prelados, eran, en primer lugar, compatriotas,—poseían espíritu nacional,—y en vez de ambicionar el poder temporal para dominar el mundo, soñaban con la emancipación de este continente para darnos patria y libertar pueblos (2). Cristianos sinceros, eran liberales, y patriotas, supieron mantener los sentimientos de libertad, igualdad y fraternidad, que vinculan á Dios con el hombre y al verdadero cristianismo con la patria. Maestros de los revolucionarios de Mayo, convirtieron el púlpito en cátedra de principios, y de nuestras viejas y humildes iglesias, erijidas por el despotismo, salieron la matronas que convirtieron sus hogares en centros de conspiraciones, excitando á sus esposos é hijos á partir á la guerra. ¡Cuántas de ellas no se desprendieron después de sus joyas, para contribuir al triunfo de las armas patriotas!

Filósofos, comprendían que la independencia era un acontecimiento político y trascendental, para el que había que preparar primeramente al pueblo, y con fé profunda en su destino, fueron los precursores de la revolución; acompañaron á dar el grito de Mayo, y en

(1) La enseñanza, antes del Colegio de San Carlos, se dictaba en los Conventos.

(2) El Dr. Miguel Luis Amunátegui ha escrito una vasta obra titulada: *Los Precursores de la Independencia de Chile*. Santiago 1870.

cuanto triunfaron su discípulos, brillaron en las juntas gubernativas, en los parlamentos y en los campos de batalla, hasta protestar por la monarquía en las asambleas de Tucuman. Todo lo arrojaron: la persecucion, la miseria, el destierro y la muerte, como si hubieran querido demostrar que el cristianismo es el apóstol más celoso de la libertad!

¿Dónde están entretanto? ¿Dónde está el alma del Dean Funes, que irradió en el parlamento y la historia su elocuencia y saber? ¿Hay algun republicano más sincero que Fray Justo Santa María de Oro? ¿Háse visto nada más patriótico que el Presbítero Castro Barros, Presidente de la Asamblea de Tucuman,—que el vicario Molina, y el presbítero Navarro, animoso combatiente en San Lorenzo! ¿Dónde están el capellan Rivarola, cantor de las invasiones inglesas,—la sátira ardiente del padre Castañeda—el entusiasmo de Chorroarin,—la elocuencia de García y el liberalismo de del Corro? No se oye ni los ecos de los pasos del presbítero Juanzaras, primer Rector de San Carlos, que se alejaba de su cátedra para entregarse á las tardes en nuestros cercos á su estudio psicológico y á la contemplacion de la naturaleza!

Todo es silencio,—y si se abre la historia, sólo vemos guerreros, batallas y hosannas á la fuerza. ¿Hallamos sus nombres siquiera en el cementerio? Apenas en las lápidas sepulcrales, vemos algunos borrados entre los de Alberti, Saenz, Agüero, Iturri, Achega, Zavaleta, Gomez y Segurola, para evocar recien entre los que los conocieron el recuerdo de sus acciones y virtudes. ¡Qué injusticia!,-—porque historia es justicia... tambien!

Mientras llega la historia científica del porvenir, que dará apropiado lugar á los acontecimientos y los hombres, digamos que el Dr. Juan Baltazar Maziel encabeza

aquella falanje inspirada y figura dignamente al lado de sus contemporáneos Funes y Labarden (1). Una conspiracion de olvido pesa sobre este noble argentino, dice el Dr. Juan M. Gutierrez; sí, pero se extiende á todos los sacerdotes de su tiempo y sus sucesores que bendijeron las banderas de los regimientos patricios antes de salir á la calle á vencer las armas británicas. Todos acompañaron con la cruz á la revolucion,—porque nuestra revolucion fué cristiana,—desde la Plaza Mayor hasta el Ecuador, sin arredrarse por el fuego de los combates y las derrotas, como una de las tantas expiaciones del militarismo en este continente. El Dr. Maziel fué, efectivamente, desgraciado,—pero esta es otra cuestion,—cuestion puramente personal, que sólo se refiere á él,—porque como no se adquiere la gloria en este mundo sino á costa del sacrificio, á semejanza de quien expiró en el Gólgota, aparece hoy en nuestra historia filosófica cual el primer mártir del liberalismo que se rebeló contra el poder español representado aquí por los vireyes.

Sin el destierro, que le ocasionó la muerte, sería sólo uno de los tantos prelados olvidados, y si el Dean Funes y el Doctor D. Juan M. Gutierrez no lo hubiesen recordado (2), tal vez fuera imposible sacarlo de entre los escombros de la historia. ¡La gloria á precio de la vida!,—y si no existiesen los *Papeles del Dr. Segurola y la Donacion Olagüer Feliu* (3), no tendríamos hoy pruebas de su estro. ¡Cuán difícil sería hoy nuestra tarea! Le habríamos per-

(1) Dr. D. Juan Manuel de Labarden, padre del poeta.

(2) El primero, en su *Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucuman y Paraguay*, pág. 291,—y el segundo, en sus *Noticias Históricas sobre el Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires desde la época de la Extincion de la Compañía de Jesus en el año 1767, etc., etc.*, en una biografía especial.

(3) Así se denominan estas colecciones de documentos. Existen en la Biblioteca Nacional.

dido como poeta,—y cuando pensamos que la gloria es justicia tambien, porque es el juicio de la posteridad, creemos en la adversidad de su destino. El Dr. Maziel fué el primer precursor de los redentores de la patria. ¡Presentir la independencía desde el púlpito, es tener en la libertad fé tan profunda como en Dios,—adorarla—y sólo el patriotismo puede hacer ver luz en las tinieblas! ¡Es que miraba con el corazon, que cree en lo que siente y en lo que aspira!

El Dr. D. Juan Baltazar Maziel nació en la ciudad de Santa Fé el 7 de Setiembre de 1727. Provenía de una familia distinguida. Sus padres fueron D. Manuel Maziel, Maestre de Campo y Doña Rosa de la Coisqueta. Tuvo un hermano llamado Joaquin, que fué Teniente Gobernador de aquella ciudad, y un sobrino, Juan Manuel Maziel, que fué aquí Miembro de la Hermandad de la Caridad ⁽¹⁾.

Hizo sus estudios en el Colegio de Monserrat, en Córdoba, dirijido á la sazón por los padres jesuitas. Formaba parte del cuerpo docente el ilustrado padre Gaspar Pfitzer, que el Dr. Maziel recuerda con alta consideracion. Obtuvo allí el título de doctor, —pero como era simplemente en Teología y nuestro vate deseaba dar á sus conocimientos caracteres más mundanos, trasladóse á Santiago de Chile á continuarlos en su famosa Universidad (2).

(1) El Dr. Juan M. Gutierrez, en una nota de la pág. 574 de sus *Noticias Históricas sobre el Orígen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires desde la época de la extinción de la Compañía de Jesus en el año 1707, etc. etc.*, inserta integra la partida de bautismo del Dr. Maziel.

(2) Se examinó del primer libro de Institutas el 10 de Julio de 1752; de la primera parte del segundo libro, el 3 de Setiembre del mismo año; de la segunda parte del segundo libro, el 3 de Diciembre del mismo año; del tercer libro, el 9 de Marzo de 1754, y del cuarto libro, el 20 de Julio del mismo año; recibe el grado de Bachiller en Sagrados Cánones, el 25 de Octubre del mismo: tiene la

En 1754 recibióse de doctor en ambos derechos (1) y regresó en el mismo año á esta ciudad. Tenía entonces veinte y siete años, y dada su erudicion y nuestro incipiente estado intelectual, abríasele un amplio porvenir en cualquiera de las dos carreras.

Sin duda por temperamento y aficion de sus primeros años, prefirió la eclesiástica. Era más bien un espíritu liberal, á punto de que el Dean Funes, al recordar su paso de Santa Fé á la Universidad de Córdoba, piensa que debió sufrir al sentirse *enredado entre los lazos de Aristóteles y las trabas indisolubles de la escolástica* (2). Imaginase las torturas de su *grande alma nacida para la verdad y lo bello*, y triunfando el amor á la ciencia sobre su primera educacion, el famoso Dean tuvo la satisfaccion de verlo enseguida *purgado de las antiguas preocupaciones por la crítica, el estudio de los padres, la historia y los libros amenos* (3). Por su saber, *fué el oráculo de Buenos Aires, y con su elocuencia de púlpito y de foro, tuvo en su mano el ejercicio de las pasiones*, agrega el doctor Funes (4). No es posible darle mayor influencia intelectual, y si se piensa que hasta 1769 había sido Asesor de dos ilustrados obispos de Buenos Aires, Provisor,

leccion pública el 15 de Noviembre del mismo; saca veinticuatro puntos, habiendo presentado el 22 de Octubre del mismo su solicitud para agraduarse de doctor en leyes, etc., etc. (Véase *Anales de la Universidad de Chile*). En Madrid publicóse en 29 de Julio de 1763 un folleto de pocas páginas, titulado: *Relacion de la literatura, grados y méritos del Doctor Don Juan Baltazar Maziel, Clérigo Presbítero, Abogado de las Reales Audiencias de Charcas y Chile y Examinador Sinopdal del Obispado de Buenos Aires*.

(1)—Así se decia antiguamente de los que, despues de haber cursado los cánones, terminaban los estudios de Jurisprudencia.

(2)—*Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucuman y Paraguay*, por el doctor D. Gregorio Funes, tomo II, pág. 291.

(3)—Id. id., tomo II, pág. 291.

(4)—Id. id., tomo II, pág. 291.

Vicario y Gobernador del Obispado del Rio de la Plata, Comisario del Santo Oficio de la Inquisicion y Canónico magistral de la Santa Iglesia Catedral, justo es hallar lógicos los elogios de su ilustre contemporáneo.

En conflictos de jurisdicción con la autoridad civil, fué abogado de los ilustrísimos prelados de la Iglesia, los señores D. José Antonio Basurco y D. Manuel Antonio de la Torre, haciendo triunfar, en los ruidosos debates que se suscitaron, los derechos de estos dignatarios.

La posición que dióle mayor nombradía, fué la de Maestrescuela de la Catedral, no sólo por ocuparla hasta el día de su destierro, sino porque, defendiendo en ella el derecho de una causa justa, fué la que ocasionó su desgracia y su muerte.

Es sabido que á los Maestrescuelas les está encomendado la supervijilancia y enseñanza de las ciencias sagradas en las diócesis, y en cumplimiento de sus deberes subía á menudo al púlpito de la Catedral y daba conferencias en San Ignacio. Cedía tambien al impulso irresistible de propagar la fé y sus ideas entre los fieles. No debemos ocultarlo: amaba la elocuencia,—porque se sentía orador,—y confesaremos: lo era, y el mejor que aparecía en el vireynato. Y tenía dignísimos competidores: el Arcediano Rigles, D. Juan Cayetano Fernandez de Agüero, el Dr. Montero, Pantaleon García y el Padre Julian Ferdriel que hacían resonar en las bóvedas de nuestros templos sus arranques inspirados!

Sabía que la elocuencia conquistaba los corazones. En aquellos tiempos los hombres asistían más á las iglesias, no perdían sermones, y al calor de la fé, el púlpito convertíase en un poder social. Agregad ahora nuestra mujer creyente é impresionable,—con su legitima influencia sobre el hogar por su virtud y cordura,—y tenemos, en pleno oscurantismo, el verdadero pastor del

alma que ilumina las sombras con el espiritualismo. Su voz cruzó como meteoro, despertando las conciencias y embelleciendo la vida, y el señor D. Manuel R. Trellés, que recojió sus ecos del pasado, nos ha referido que su fama y prestigio fueron insuperables.

Fué nuestro Bossuet,—pero participaba del estilo insinuante y, algunas veces, patético de Massillon. Conocía el corazón humano. Hé ahí su fuerza,—y poniéndola al servicio de su misión, trataba de emancipar las almas. Había que iluminar primeramente la conciencia,—despertarla,—para enseñar después que en el universo sólo Dios es superior al hombre,—y á media noche, la aurora estaba lejos aun...! Esto era principiar á trabajar, psicológicamente, por la República. ¡Principiar á trabajar!,—es decir, arar recién, para que otros arrojaran la semilla...!

Su elevada estatura y lenguaje noble y sencillo cautivaban á los fieles que lo escuchaban y se arrodillaban con devoción para saciar su sed de verdad religiosa. ¡Ah!,—pero el sacerdote también tiene alma,—y siempre en el púlpito, en las conferencias y embargado por su ministerio, debía sentirse huérfano, huérfano de afectos. Sólo el goce de los sentimientos podía endulzar su vida intelectual, tan dura, tan triste, cuando, como en su caso, iniciaba en una colonia atrasada, subordinada al régimen monárquico, ideas de simple despertar de almas... No podía avanzar más, y al llegar á su hogar, veía, en su copiosa biblioteca, á Flechier, Bayle, Bossuet, Fenelon, Massillon y aun Voltaire. Separado por tanta distancia de su tiempo, más solo debía sentirse todavía en el hogar. Experimentaría frío,—ese frío intelectual, que no halla mejor calor que el pensamiento.

V

Poseía la mejor biblioteca de esta ciudad, que ascendía, al tiempo de separarse de ella, á 1099 volúmenes,

y abarcaba todas las ciencias religiosas, morales y políticas: teología, filosofía, historia, literatura y jurisprudencia. Figuraban numerosos libros sobre geografía y ciencias físicas, y otros en griego, latín, italiano, portugués y francés, demostrando que tales materias é idiomas no le serían desconocidos. Sobresalían los enciclopedistas. Fué, indudablemente, nuestro primer bibliófilo. Vivía en la calle Bartolomé Mitre, entre San Martín y Reconquista, á espaldas de la Catedral, en una casa de ocho habitaciones, cuyo terreno tenía veinte varas, más ó menos, de frente, por treinta y cinco de fondo. Mansion de dos departamentos, debería tener en las piezas á la calle la librería y la sala, y en las interiores, su dormitorio, el comedor, etc., etc.; los muebles eran de jacarandá y de pié de cabra; el lecho lucía colgaduras de damasco amarillo, y en las piezas internas, yacían tres esclavos, que constituían su servidumbre y única compañía (1).

En el fondo, ¿qué creéis que tenía? Su coche y cuatro mulas mansas, es decir, su cochera y caballeriza, como decimos hoy (2).

(1) El doctor Maziel dejó tres esclavos: uno llamado Antonio, mulato, de 40 años; otro, José, de 45, y el 3.º, también José, de 28. El 1.º, después del fallecimiento del *amo*, fué á poder de don Antonio Olaguer Feliú, y lo compró don Gaspar Santa Coloma por 250 pesos fuertes; el 2.º era su cochero y fué al de su sobrino político y albacea don Nicolás del Campo, poniéndose después muy achacoso, y el 3.º, de oficio sastre, era reclamado por doña Margarita Calderon, esposa de don Juan Manuel Maziel, ausente en España, como de su propiedad, y murió en el Hospital de los Betlemitas en 1797 á los 28 años de edad (Expedientes de la referencia).

(2) Este coche, después de la muerte de su dueño, lo tuvo su amigo don Miguel Azcuénaga guardado 6 años en su cochera, y enseguida fué depositado en la cochería de don Joaquín Fernandez, donde, por estar á la intemperie, apenas se salvaron la caja y algunos fierros (Expediente iniciado por el depositario, D. Juan P. Joubert).

¡Todo un personaje colonial,—un personaje de campanillas!,—y equivocado estaría quien creyese que le presentaría un monje, un monje conventual ó encerrado entre las cuatro paredes de su hogar. Tal mansion, situada en la parte más central, ofrecería, con las puertas abiertas, su entrada á los pasantes, mientras en las horas de descanso, sería su refugio intelectual. ¡Oh, los libros! ¿Cuánto no los debería amar! Los cuidaría con el esmero del estudiante,—pero, verdadero sábio,—como dice el Dean Funes,—su compañero inseparable era la modestia, tan atrayente á la amistad. *Gozó como ninguno,—agrega—de este primer bien de los mortales,—ganó con la bondad el corazon de todos y su morada fué un dulce comercio de sociedad con muchos sujetos de mèrito* (1). El hombre intelectual, por más activo que sea, necesita, despues del trabajo diario y el recojimiento, la sociabilidad; es la mejor higiene cerebral, para mantener el equilibrio físico y moral, en que se funda la salud, y el corazon de un sacerdote, ágeno á las pasiones mundanas, requiere, más que ningun ótro, el calor de la amistad. Desde el arzobispo hasta el humilde cura de aldea, todos tienen su tertulia; en ella, despues de la cena, conversan, se expanden y preparan un descansado sueño; cultivan sus sentimientos y se convencen de que, teniendo amigos, no están tan sólos en el mundo.

Ser sólo, es bien triste, y la cuestion, entonces, es engañarse, viéndose en el hogar, despues de las horas de pensamiento, acompañado, aunque sea unos instantes. Su reuma impediríale salir de noche; las noches, en invierno, son largas y frias, y su bien situada mansion invitaba tambien á convertirla en el centro de otros tantos como él, vecinos ó amigos, que no podrían recojarse sin charlar un rato. En aquellos tiempos, huérfa-

(1)—Gregorio Funes.—Ensayo Histórico, etc., etc., pág. 292.

nos de diversiones públicas, reunirse, despues de comer, en casa de algun amigo ó vecino, y pasar, aun en una trastienda, un par de horas, era una necesidad moral, para escapar á la nostalgia de la sociabilidad, y si ese dueño de casa, poseía, como el Dr. Maziel, mueblaje confortable, estrado, buenos libros, mates de plata y de fragante palo santo, ofrecía mayores é incitantes atractivos. Allí irían de noche D. Juan Cayetano Fernandez de Agüero, D. Vicente de Arroyo, D. Manuel Basavilbaso, los Dres. Lino José Chorroarin, Vicente Juanzaras, Juan José Passo, Pantaleon Rivarola, Cárlos García Posse, Matías Camacho, Juan Manuel y Manuel J. de Labarden, Francisco Baldovinos, Miguel Azcuénaga, Nicolás del Campo, etc., etc., compañeros de tareas, seguramente amigos, y, la mayor parte, españoles americanos, como se llamaba entonces á los nativos (1).

Tal pasaría las noches el Dr. Maziel, cuando no iba á las conferencias de la Catedral ó de San Ignacio. ¿De qué conversaban? Ante todo, en este género de reuniones, por más humildes que fueran, no se *mataba el tiempo*, porque los concurrentes eran profesionales activos, y en vez de descansar, conversarían por sociabilidad, que no deja de ser, para las gentes doctas, otra gimnasia intelectual. Por lo pronto, nada de la vulgar pregunta: «¿Qué se dice de nuevo?»,—erigida en sacramental, para hablar en seguida de *eso* que nos atrevemos á llamar política, porque consiste, precisamente, en la traicion de sus principios y en mantener al pueblo fuera de las leyes y sus derechos para explotarlo y esclavizarlo. Diálogos

(1)—Los dos primeros eran Curas, 1º y 2º de la Catedral, respectivamente; el 3º, Administrador de Correos y Síndico Procurador; el 4º y 5º, Rectores de San Cárlos; el 6º, 7º, 8º y 9º, Catedráticos de San Cárlos; el 10º y 11º, abogados, y el último, del Tribunal de Cuentas. Tenemos en nuestro poder cartas del Dr. Maziel de su destierro, y en ellas recuerda á Baldovinos, Arroyo y á su sobrino D. Nicolás del Campo. ^

pausados, serenos, en vez de discusiones apasionadas, irritantes, que inyectan los ojos de sangre y hacen exhalar alientos agrios, como que nacían de almas sanas; nada de chismes de barrio tampoco; crítica de algun acto administrativo del Virey ó del Tribunal de Cuentas, opiniones sobre algun conflicto de jurisdiccion entre las autoridades, elojio de algun sermon de Sotelo en San Nicolás ó de Suero en Monserrat; programa de la próxima conferencia de la Catedral ó reflexiones sobre alguna poesia de Góngora ó Moratín, para expandir el espíritu y levantarlo sobre las pequeñeces de la realidad. Relaciones modestas, sencillas, pero incomparablemente más puras que las de la actualidad, como que las inspiraban la virtud y un patriotismo ideal. Ellas bastaron para nutrir aquella época, porque sus generaciones, sin vivir en la edad de oro, estaban, por su sicología é ideas dominantes, más arriba de la avaricia y egoismos contemporáneos.

La civilizacion es moral, y se funda en el desarrollo del espíritu. Si los progresos materiales producen las comodidades, sólo aquélla, el perfeccionamiento y la felicidad. ¿Quereis algo más que ser feliz? Es el supremo ideal cuando no se es libre. Seamos avaros con los sentimientos; ellos nutren el corazon; con él gozamos ó sufrimos y somos felices ó desgraciados. Cuando pienso que eramos dichosos siendo estudiantes, con sólo reunirnos media docena de noche en un cuarto á tomar mate y fumar cigarrillos, aquellos hombres, que representaron la civilizacion de su época, no podían, sérios y virtuosos, considerarse desgraciados por falta de teatros y paseos. ¿Sociabilidad? ¿Qué más recibos que esos, en que á la sombra de la franqueza y la sinceridad, se hablaría de literatura, de poesia, de administracion, de comercio..., de todo..., menos de política!

¡Oh, amistad, que endulzas las horas de la vida y doras la vejez con tus divinos rayos! Y cuando pienso

que escasea más, á medida que abundan los progresos materiales, parece que está en pugna con la verdadera civilizacion. ¿Cómo maldecir aquellos tiempos que honraron el alma humana con la más sublime y desinteresada de sus pasiones? ¡Qué importa que fuéramos colonia! El corazon no es político; busca la felicidad, y si la halla en una aldea, quédase tranquilo, quietecito, prefiriéndola á una Babilonia iluminada por la luz eléctrica, porque tal es su destino. ¡Oh, noches de invierno, oscuras y tenebrosas, sólo á la grata sombra de la amistad podían pasarse! Si picaba mucho el frío, pondrían un brasero en el estrado, y colocándose todos al rededor, se calentarían las manos al fuego y se las frotarían, mientras la plática continuaría de la misma manera. Ahora me explico que, por gozar de sus encantos, se saliera con la lluvia, y un esclavo alumbrara por delante el paso con una candileja! ¿Y cuando en las noches de estío se sacaban las sillas á la vereda! ¿Y cuando sentados, bajo el emparrado del patio, oían piafar á las mulitas en el establo, mientras la luna surcaba el firmamento! Despues de la sabrosa plática, todos se irían á dormir tranquilos, mientras que hoy el sueño, por la avaricia y las cavilaciones, es febriciente, agitado, y el habitante se levanta pálido y nervioso. ¡Acompañarlos hasta la puerta de calle! ¡Qué silencio despues de irse los amigos! Grato en las noches de luna, el alma no se atemorizaba en las tinieblas, porque sabe que se oscurece á medida que las luces iluminan el paso.

¿Y los placeres materiales? Aunque sólo hacen la felicidad de la bestia, diré que aquella vida era mejor que la de las estancias, porque ademas de carne y aves en abundancia, había pescado, legumbres y frutas más baratas, mejores que hoy y ofrecidas en la puerta de casa (1).

(1) Hoy no hay hombre,—dice Concolorcorvo, en el *Lazarillo de Ciegos Caminantes*,—«de medianas conveniencias que no tenga su quinta con variedad de frutas, verduras y flores, que formaron

Imagináos una salida en coche con las mulitas á predicar un sermón en San Nicolás, Monserrat ó la Piedad, á llevar el viático á algun amigo ó á otro servicio extraordinario. ¿Y las viejas campanitas de la Catedral, que serian el solaz de su oído, tañendo á la oracion, con la melancolía de las sombras! Los días tenian tambien sus encantos. Imagináoslo en mañanas de primavera paseándose bajo sus corredores, mientras alguno de sus esclavos cebábale mate, ó revisando manuscritos en su escritorio y con el oído amenizado por las exclamaciones peculiares de los viandantes. Nada de gritos de *pra-papas* ú otros extraños, que hoy desafinan el alma y espeluznan, sino familiares y gratos. El sol ha salido; parece que golpeará las ventanas, y el Dr. Maziel, al abrirlas, para que entrara, veria, por las rejas voladas, á los chalanos vendiendo pescado y perdices, á los aguadores, en carros arrasados por bueyes, y á los mozos gañanes, en direccion al bajo á cortar leña. El panadero bajaba de un brinco de su mulita con arganas, franqueando alegre el zaguan con la cesta de junio rebosante de pan caliente;—las lecheros, descalzos y con poncho, pasaban al trote en sus caballos sudorientos y vaporosos, ofreciendo, despues de haber cruzado ríos, leche pura y pastosa; chinas corpulentas y silenciosas, con sus trenzas á la espalda, llevaban, como las egipcias, botijas de barro sobre sus cabezas, ofreciendo aceitunas, y entre las barandillas de caña de alguna carretilla desvencijada, marchando al paso de bucy, un criollo montaraz alabaría á gritos sus zapallos y duraznos del monte. ¿Y los negros congos, que vendían, entre chanzas, tabaco más puro y barato que el de hoy? Era una poblacion que se despertaba alegre como las aves del bosque, y gorjeando

algunos hortelanos europeos con el principal fin de criar bosques de duraznos, que sirven para leña, etc., etc.—Impreso en 1773, pág. 10.

sus acentos primitivos, demostraba que las ambiciones no habian roído su alma, ni arrebatado la virginidad que la mantuvo feliz en el letargo de su civilizaci3n (1).

¿Qué vemos hoy en la calle? Ni un negro pastelero, ni un lechero á caballo, ni un pescador de caña,—ninguno de esos vendedores ambulantes que amenizan las mañanas con sus trajes y pregonería peculiares. Todos andan en vehiculos: los carniceros, en grandes carros con toldo,—los panaderos, en jardineras, y los lecheros, fruteros y verduleros, en carritos, haciendo, en castigo, de bestias, porque vienen de Europa, donde los hombres son más abundantes. ¡Qué figuras ridículas! ¡Y qué gritos tan destemplados, extraños é incomprensibles! Y si sales, tropiezas con grupos de transeúntes que os estorban el paso y hieren el oído con dialectos verdaderamente bárbaros. Las calles parecen cubiertas de trasatlánticos que cruzan el canal de Suez, que indican, por la bandera, una nacionalidad determinada, pero llenos de turcos, arjelianos, franceses, italianos, belgas, húngaros, austriacos, bávaros y suecos.

(1) Dice Concolorcorvo, en su *Lazarillo*, «que la carne está en tanta abundancia que se la lleva en cuartos á carretadas á la Plaza, y si, por accidente, se resbala un cuarto entero, no se baja el carretero á recojerlo, aunque se lo adviertan, y aunque por casualidad pase un mendigo, no la lleva á su casa, porque no le cueste el trabajo de cargarla. A la oracion, se da muchas veces carne de balde como en los *mataderos*, porque todos los días se matan muchas reses, *más de las que necesita el pueblo*, sólo por el interés del cuero. Todos los perros, que son muchísimos, sin distincion de amos, están tan gordos, que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles á tomar el fresco en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y tambien se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y capones se venden en yunta á dos reales; los pavos muy grandes, á cuatro: las perdices, á seis y ocho por un real, y el mejor cordero, se da por dos reales. Agrega que cree no pasen de 16 coches los de la ciudad.

Marchas con el corazón oprimido, porque os parece andar en otro país, mientras Maziél, aunque súbdito español, no veía, donde quiera que se dirijiese, sino compatriotas mancomunados por el sentimiento de la nacionalidad. Idéntico oríjen, robustecido por la tradición,—ideas y sentimientos semejantes,—una misma alma en todos, vinculada por ideales comunes, y una visión propia del porvenir, esa es la patria, y no solo el pedazo de tierra, que puede desaparecer mañana por un terremoto ó tragado por el mar, porque el hombre no es planta, que nace de las entrañas de aquélla, sino producto de su raza, que le da el carácter y lo caracteriza entre las demas de su especie. ¿Quereis una prueba de la felicidad de aquellos tiempos? Dormíase siesta, y á pierna suelta, es decir, la gente, despues de almorzar, volvíase á desnudar y se metía en cama, mientras hoy, á la hora de la canícula, pasan los más poderosos por esa misma vereda chorreando de sudor como bestias de carga, apurados.... por ganar dinero! Cuando el sol se había amortiguado, se continuaba nuevamente el trabajo sin los innumerables convencionalismos de hoy, despues de tomar,—se entiende,—una buena docena de mates. ¡Una vida ideal!,—al menos, preferible á la presente, desde que no ha de ser nacional.

V

El ilustrado y liberal Cárlos III, despues de dotar á su reino de todo género de adelantos, decretó la expulsión de los padres jesuitas de todos sus dominios, para emancipar la enseñanza de la juventud del escolasticismo (1). El virey Vertiz puso enseguida en ejecución esta pragmática (2), y para demostrar que

(1) Cédula de 27 de Febrero de 1767.

(2) 2 de Julio de 1767.

la corona no tuvo el propósito de enriquecer su patrimonio con los bienes temporales de la Compañía, pasó pocos años después á los cabildos eclesiásticos y seculares un estado de la renta anual que podían producir los bienes secuestrados y su opinion sobre su mejor aplicacion en beneficio de *la enseñanza y educacion* (1). Los cabildos, compuestos, en su mayor parte, de *españoles* americanos, aconsejaron inmediatamente la creacion de un *Colegio Convictorio* y una *Universidad*. De aquí nació el Colegio San Carlos ó Carolino, denominado así en homenaje al monarca que lo instituyó. Su inauguracion se verificó el 3 de Noviembre de 1783, y fué nombrado Cancelario y Director el Canónigo Magistral Dr. D. Juan Baltazar Maziel, *de notoria instruccion, aplicacion y celo por la buena lectura...* (2).

El impulso que dió á la instruccion superior fué importante. Después de contribuir, con sus consejos y propaganda, á su instalacion, dedicó toda su enerjía á organizar principalmente los estudios morales y científicos bajo sistemas más razonados y modernos. En Teología, siguiéronse las doctrinas de San Agustín y Santo Tomás; se creó una clase de Gramática y otra de Lógica, además de la de Filosofía, y ésta salió del exclusivismo de la antigüedad, para franquear los dinteles de la discusion libre. Respecto de la Física, que estaba relegada al nivel de la nigromancia, fué el Dr. Maziel tan explícito en su informe al virey, que dijo: *se debían apartar de Aristóteles y seguir á Descartes y Newton y las observaciones de la experiencia en que tan útilmente trabajan las Academias modernas*. Los jesuitas, dedicados especialmente á la enseñanza, son la institucion relijiosa más ilustrada y ávida de ciencia aun contraria á sus fines; han sido los primeros

(1) 16 de Noviembre de 1771.

(2) Párrafo de la memoria del virey D. Juan José de Vertiz á su sucesor el marqués de Loreto, firmada en Buenos Aires el 12 de Mayo de 1784.

lectores de Rousseau, de los enciclopedistas y de Voltaire, —se los han devorado,—pero se los ocultarán á sus discípulos, jurando que ignoran sus doctrinas, para seguir manteniéndolos en el oscurantismo. Son los ilustres estériles, porque, con todo su talento y carácter, no han sembrado ninguna idea, á pesar de haber recorrido el mundo entero!

Este establecimiento, quedó colocado, por empuje tan reaccionario, muy por arriba de la Universidad de Salamanca, la más celebrada de España, que contestó en 1771 al Consejo de Castilla: *que no se podía apartar del sistema del Peripato; que Newton y Descartes no simbolizaban tanto como Aristóteles, y que élla, así como sus antepasados, no se atrevía á ser autora de nuevos métodos.* El despotismo peripatético fué absoluto en la Edad Media,—pero ante una corporacion que insistía en gobernarse por el pasado, como si no existiese el porvenir, la reforma del Dr. Maziel, con todo de merecer el aplauso de la opinion, parecía audaz á los residentes españoles ó demasiado adictos al rey. Como evolucion que inicia una época, este colegio abrió sus puertas, bajo los auspicios del razonamiento, á los profesores más distinguidos, como Montero, Fernandez, Zavaleta y Camacho, teniendo por alumnos á Saavedra, Chorroarin, Tagle, Perdriel, Mantilla, Barañao, Luquesi, Reyes, etc., etc., que fueron revolucionarios en 1810 y dieron días de gloria á su futura patria. Tódos, maestros y discípulos, se vincularon con amor, porque comprendieron la influencia de la cátedra y del liberalismo científico en el espíritu social.

El filósofo de la historia del porvenir, hallará en ese puñado de hombres, separados por la edad, pero unidos por la sed del saber, el verdadero génesis de la revolucion de Mayo, porque la escuela es la cuna de la inteligencia pública. Allí se desarrolla, se nutre de conocimientos, se educa; nacen las ideas, se encienden como luciérnagas y giran en el mundo cerebral,—y el espíritu, en la discusion,

se ilumina, abriéndose vastos horizontes, mientras el compañerismo enriquece el ambiente con el estímulo. Lo que no haga la escuela, ese refugio iluminado por la ciencia, no lo conseguirá el Estado con su poder y tesoros. La escuela es la institucion más fecunda, el poder civilizador por excelencia. Agregad ahora hogares amparados por un Dios verdadero,—con filosofía y tradiciones propias y regidos por principios morales,—gobernados por patriarcas severos y matronas patriotas,—inspirados por el porvenir, y tenéis completada la obra social del antiguo clero, que formaba ciudadanos para la futura patria republicana, y que los fortificaba con su poderoso y fecundo aliento, para probar que el cristianismo sincero es el mejor amigo de la libertad.

El nombre del Dr. Maziel se halla así ligado á nuestra instruccion superior, y el tiempo, que es más justo que el hombre, lo hará despues saber en la historia con caractéres más indelebles, para su honra y de la nacionalidad argentina. La civilizacion es la aspiracion suprema de los pueblos, y como no se realiza con una sola batalla, ¡cuán glorioso es ver que el primer impulso fué debido, en nuestro cosmopolitismo, á un argentino! Es la propia pujanza de la sociedad, que trata, orgánicamente, de perfeccionarse, para cimentar una emancipacion, que principia por ser intelectual para ser eficaz.

VI

El Dr. Maziel, era, ante todo, un alma sacerdotal. Nos explicaremos. El soldado de Cristo, no se convierte, por la consagracion eclesiástica, en un sér superior; sin embargo, nos impresiona cual si realmente lo fuera por el pensamiento. ¿Quién no ha experimentado este fenómeno? Desde niños, crecimos creyendo que nacieron con sotana y sombrero de teja, y el más empecinado de los ateos se so-

brecoje á su lado y baja la vista, como si se sintiese envuelto por el manto de su sombra. No es sugestion simpática, sino el alma que se extremece al verse cautiva y sombreada por el rayo frío de su mirada profunda.

Nos observa en silencio, y en cuanto desplegamos los lábios, sabe á qué género de pecadores pertenecemos. Nos creíamos más fuertes por la inteligencia y la ciencia, superiores á la fé, y vemos que su hábito los realza, aprisionándonos como en dorada red. ¿Por qué ocultarlo! Poseen una fuerza avasalladora, que hace plegar las alas. ¿Es amor, respeto, temor? Nó,—es la dominacion del sér que ha llevado una vida subjetiva sobre los que han vivido de los sentidos y de la observacion externa.

Su vocacion los divorcia de las pasiones é intereses efimeros, y náufragos del mundo, el claustro los recoje y los convierte en sicólogos, haciéndolos vivir de sí mismos. Todo influye en ellos: la patria, la familia, que brillan como recuerdos; la soledad, el compañerismo, la meditacion y el ambiente; los muros macizos, desnudos y las blancas bóvedas que hablan al alma para sobrecojerla y atraerla hasta la muerte! Dios únicamente existe para ellos,—y el alma, que la sienten revelada por el pensamiento, los diviniza mientras más se espiritua-lizan y se acercan á ÉL; todo lo demas, desde la noción del tiempo, ha muerto...! Nacerán despues las ambiciones que quitan el sueño y horadan el alma,—pero ya la educacion claustral los ha habituado al pensamiento, levantándolos íntimamente. ¡Mirádos!,—tienen la conciencia de su fuerza, revelada por los rasgos severos de su fisonomía,—como una coraza para resistir á las asechanzas del mundo!

¿Y cuándo los ataca el *epuduam*,—ese supremo y horrible instante sicológico, en que la fuerza de la pasion hace visibles y aun palpables las ideas! Se revuelcan en el suelo,—se cubren de polvo; quieren remontarse

al cielo, y al convencerse de su impotencia, vociferan frases profundas y tristísimas con el rostro bañado en lágrimas. Inútil nos parece decir que no nos referimos á las grotescas corpulencias, que solo buscan en un retiro egoísta la satisfaccion de sus instintos, sino á esos religiosos enjutos que, inspirados en la doctrina del Maestro, se descarnan cada vez más para purificarse y comprenderlas mejor. De ellos viene Maziel. Representante piadoso de esa raza evangélica, que busca en la tierra, á costa de la vida, el reino de la inmortalidad, fué incontestablemente un espíritu superior que conservó hasta lo último la atraccion fascinadora del claustro. Capaz, por su abnegacion, de ser un misionero ó un benedictino, prefirió, acallando quizá intimos votos, el difícil papel de prelado y ciudadano, creyendo que así cumplía mejor su destino. Más poderoso el patriotismo, que sentiría inconcientemente, primó sobre aquél. Hablamos únicamente del sér moral, porque dueño el clero, en aquella época, de la ciencia y de la política, era comun ver á caracteres arrogantes como Chorroarin y Navarro ser curas de almas y, á la vez, políticos y militares.

No es esta coincidencia, que, en los demas paises, retardó la inteligencia de la juventud, arrojándola en el atraso y la corrupcion, la que creó y aceleró el espíritu revolucionario, porque un mal sistema produce en todas partes idénticos efectos, sino el patriotismo intuitivo de esos espíritus abstractos, que les impidió, como á la aristocracia inglesa, seguir las prácticas de absorcion para usar el poder en emancipar al pueblo. Tal evolucion, no podía operarse sin que el clero reaccionara contra el pasado de la iglesia romana. Era arrojar en su propio seno la semilla revolucionaria; pensamiento peligroso, por el patronato de la metrópoli y del virey; pero volvamos á aquéllas almas perfeccionadas por la meditacion y el recojimiento.... ¿Cómo entrevió

Maziel la patria? Hemos leído detenidamente sus escritos, y especialmente su discurso en la muerte del virey Ceballos, donde se muestra más amplio, para ver si hallábamos la palabra patria, balbuceada siquiera como un avance á sus contemporáneos. No la hemos encontrado, porque el derecho, que produce la independencia y la libertad, no es una idea, sino un producto orgánico del pueblo, que aparece, con la conciencia pública, revestido con los rasgos de su personalidad. Rebosan, no obstante, de aquellas generalidades que exhalan vagos anhelos, semejantes al rumor de las olas, que denotan el mar próximo, cargando la atmósfera de voces y haciendo presentir los sucesos. Aquellos antepasados, carecieron de la idea de la patria; sin embargo, la crearon. Hé ahí su mérito trascendental. A sus discursos con los vireyes, á sus persecuciones y sufrimientos, á la vida estrecha y sofocante de aldea, debemos las primeras manifestaciones de liberalismo, que produjeron la revolución y la arrojaron á las deliberaciones populares!

Maziel soñó la patria con el alma, y la entrevería, en los instantes del *epuduam*, al traves de los cristales del claustro, como á la luna entre los velos de las nubes. ¿Hay nada más puro que la patria así concebida? Es un cáos, es cierto,—pero que se condensó por el amor y el pensamiento antes que por la acción y el sacrificio de sus hijos. ¡Pensar y sentir la patria increada! ¿Quereis nada más sublime? Y á Maziel, que la llevaba en el alma como el desterrado, fuéle dado gozar de tal fruición. Si no la reveló, como Kant á los astros que descubrió desde su bohardilla, la amó con el instinto del huérfano que no conoció á su madre, para probar que hay ideas innatas y que existe cuánto el pobre corazón sueña en la soledad. ¡La realidad al traves del ensueño! Filósofo y poeta, no se la imaginaria encarnecida y perseguida, sino como á una madre comun, bendecida,—rejida por leyes divinas y gobernada por hombres engrandecidos por la

fraternidad. ¡Almas sin patria,—fueron el corazón de la revolución,—como otros después el cerebro y el brazo que la señalaron al mundo y la dieron á luz! La presintieron, la predijeron, y fueron los precursores,—los primeros rayos de luz que iluminaron la eterna noche del coloniaje! Respetémoslos, no porque pensarán ni sufrieran mucho, sino porque llevaron la patria en sus entrañas, y muchos, sintiéndola agitarse como Colón al mundo que atormentaba su cerebro, la clamarían al cielo para poseerla y poderla gobernar. ¡Oh, el alma adivina, ultrapasando la mirada, la vida y la muerte! Si el cuerpo tiene su sombra, el alma tiene su resplandor, más poderoso que los rayos de la estrella y la luz del sol, porque, en el mundo moral, solo penetra lo divino. ¡Raya en las puertas del Eterno! ¡Salud, precursores,—sois los heraldos de la patria!

VII

El alma de un clérigo sicólogo y liberal velada por un sentimiento tan vago é indefinido, no podía hallar, en las horas de soledad, pasatiempo más apetecible que la meditación. El pensamiento, en los seres intelectuales, es tan natural como ver con los ojos; es el mejor descanso,—la función más deliciosa, el único consuelo contra los terrores de la vida, y los que lo han conocido, no lo abandonan nunca. Bajo su amable sombra, escribió la *Defensa* de los Obispos D. Manuel Antonio de la Torre y Don José Antonio Basurco,—la *Oración fúnebre á la muerte de Ceballos*,—un *Dictamen* sobre devolución de una india en cambio de una cautiva, después de oírse á los Padres de Lima,—*Reflexiones* sobre la arenga que publicó en Lima Don José Baquijano y Carrillo, individuo de la Universidad de San Marcos, con

motivo del recibimiento que hizo este establecimiento á su virey Exmo. Señor Don Agustín de Jáuregui y Aldecoa el 27 de Agosto de 1781 é irritado contra el Ministro Galvez por haber creado el vireynato en Buenos Aires, —*Opinion* en la contienda entre dos catedráticos de la Universidad de Córdoba sobre trabajos de los siervos en día feriado,—*Consulta* sobre los matrimonios ocultos ó de conciencia de los empleados públicos, contraídos con asentimiento del Juez Eclesiástico, pero sin licencia del Rey,—varias otras elucubraciones de carácter semejante, que solo contribuirían á hacer más extensa la enumeracion y numerosos discursos. Dejaremos tambien de lado algunas hojas sueltas y sus alegatos acerca del virey y de la Corte de España sobre su destierro, porque obedecen á simples circunstancias, y nos ocuparemos únicamente de sus producciones literarias, que se relacionan más directamente con este trabajo. Felizmente, la mayor parte de aquéllas son poesías.

Aunque no poseía vanidad literaria, porque su pensamiento era una modalidad de su vida subjetiva, sus primeras composiciones aparecen despues de la introduccion de la primera imprenta (1). ¡Tenía razon! Es necesario saber lo que era escribir antes de la importacion del invento de Guttemberg. Había que hacer numerosas copias y se repartían entre los aficionados. Ahí andaban, de mano en mano, escritas en papel grueso, de hilo, con letra española, grande y de caracteres amanerados. ¿Iba á tomarse Maziel personalmente esta tarea, cuando Balzac nos hace conocer los tormentos de la correccion de los orijinales y las pruebas! Imposible, dadas sus tareas y achaques. «Un pendolista» (2), direís;

(1)—Fué otro adelanto del progresista virey Vertiz. La compró con dinero del erario á los jesuitas de Córdoba, y llamóse *de los Expósitos*, porque su producto servía para sostener esta casa.

(2)—Así se llamaba entonces á los escribientes. Despues dióseles el nombre de amanuenses.

inútil tarea, porque la mayor parte de las copias caían en poder de personas indiferentes, que las inutilizaban ó no las pasaban á ótras, ó de afectos simplemente á coleccionar manuscritos, que ni tenían la buena voluntad de hablar de ellos. La idea dormía, y el espíritu, para producir, necesitaba mayormente el estímulo del mundo exterior. Todo estaba tambien en su contra. Buenos Aires apenas contaba en 1778 veinticuatro mil habitantes; la Ranchería no estaba entonces fundada(1), y toda la sociabilidad se reducía á la administracion del Virey, á las funciones del clero, al colegio de San Carlos, á la Junta de Temporalidades, al trato con el Cabildo, el Síndico Procurador, el Auditor de Guerra y á las fiestas civiles y religiosas. La literatura española, que debía producir la nuestra, pasaba, por otra parte, por un eclipse. No solo no poseía ingenios, sino que el estilo y el gusto, á falta de ideas originales, se hallaban dominados por el gongorismo y el estilo gerundiano. Agregad ahora que nos hallábamnos separados del resto del mundo por el idioma y la escasez de comunicaciones, y que con la misma metrópoli, por falta de ambiente y cultura intelectual, el divorcio literario era completo.

¿Qué inteligencia, por poderosa que fuese, podía, en atmósfera tan letal, pensar siquiera en producir algo digno de la inmortalidad? Era imposible. La gloria literaria, ese ardiente estímulo intelectual, no existía absolutamente, y espíritus ilustrados y traviosos como los de Labarden y Banfi contentábanse sucesivamente con proferir chistes (2). La poesía subjetiva nace recién con la Revolucion, y al entrever la libertad, entónale him-

(1)—Nombre dado al primer Teatro, situado en el Mercado del Centro, y que incendióse al poco tiempo.

(2)—Refiérome á don Juan Manuel, padre del poeta, ex-Síndico Procurador y Auditor de Guerra, y del señor Banfi tenemos numerosas composiciones en nuestro Archivo Poético.

nos para confirmar que los poetas son también hijos de su época, mientras que los del coloniaje, no pudiendo escapar á su acción personalísima, se esterilizaron escribiendo loas á las entradas ó muertes de vireyes, fiestas religiosas y panegíricos ó sonetos á los dignatarios, y crearon una literatura palaciega y más propia de cortes europeas. No había vida pública, y la existencia, sin incentivos, corría aletargada por el tedio y sin esperanzas de reacciones. Caracteres independientes sufrían el influjo de semejante estado. Ausente la conciencia popular, el nativo era súbdito, ó menos aun, colono, y el virey, representante del monarca, era la personificación, en virtud de la divinidad del poder, de la soberanía. El era el derecho, la ley, la autoridad suprema, y, de consiguiente, lo absoluto, y las personas, con sus prerrogativas, nada,—un poco más que esclavo,—nada más,—y los que, como Maziel, sentirían, por su liberalismo, algo superior á la generalidad, se guardaban muy bien de publicarlo.

De cualquiera manera, nuestra incipiente literatura no podía ser sino un reflejo de la de la metrópoli. ¿Cuál era el estado de la española en aquéllos años? Conviene saberlo, como un punto de partida de nuestras requisiciones. Dominada en absoluto por la Inquisición, todos los autores eran ortodoxos; Fernando VI solo fundó la Opera, la Academia de San Fernando, y por un concordato con el Papa, restringió el poder abusivo de la Iglesia; recién bajo el reinado de Carlos III, que tuvo ministros como el erudito Campomanes, aparece liberal con el Padre Isla, Huerta, Lopez de Sedano, Sanchez, Sarmiento, Moratin, Cadalzo, Iriarte, Samaniego, Ayala etc., etc. Constituían estos poetas la *tertulia de Moratin*, y se reunían, juntamente con Cerda, Ríos, Ortega, Nuñez y varios escritores italianos, como Pizzi, Conti y Spinelli, en la fonda de San Sebastian, que era uno de los principales cafés de Madrid. Entre los concurrentes, destacábanse, por su espí-

ritu reaccionario, Moratín y Cadalzo, que se empeñaban en propalar los preceptos de Boileau, dominantes á la sazón en Francia; pero entre nosotros no tenían dónde repercutir..., si no era en la supuesta *tertulia* del Dr. Maziel.... ¡La tertulia del Dr. Maziel! No era, ciertamente, la del Café de San Sebastian, dónde, si se hablaba de toros y de muchachas guapas, se leían las obras de los concurrentes, se juzgaban las extranjeras y se amasaba con elementos cotidianos una literatura propia. La tertulia del Dr. Maziel de la calle de Mitre, á espaldas de la Catedral, constituía toda la literatura de aquel tiempo, á punto de que, fuera de los estantes de la biblioteca de nuestro biografiado, existían muy pocos libros!

¿Cuáles eran los preceptos de Boileau? Los mismos propalados pocos años antes por Mayans, Velazquez, Luzan, Nasarre y el padre Feijóo. Oriundos de Francia, traspasaron los Pirineos con la autoridad de su autor, y trataban con la sensibilidad y la imaginación, sin descuidar la propiedad de la expresión y la pureza del estilo, de darle al juicio y al gusto mayor rectitud, profundidad y expansión,—de sustituir, en fin, *El Arte Poética* al escolasticismo ahogado todavía por los terrores á la Inquisición. ¡Atrás los gongoristas, los místicos, Lope de Vega y Calderón, como en Francia los Chapelain, los Pradon, los de Pure, los Pelletier, les Cotin, los Bonnescorse, para dar paso al *legislador del Parnaso* (1), que hizo temblar los muros del venerable palacio de Rambouillet! Dijimos que el Dr. Maziel tenía numerosas obras de los enciclopedistas en su biblioteca (2), y sus sermones solamente, apartándose del rancio lenguaje de los predicadores del reinado de Carlos II, demuestran que había estudiado á Fray Gerundio. Nuestro querido compatriota, á pesar de su modestia, no era espíritu de

(1)—Título dado á Boileau por su *Arte Poética*.

(2)—*Enseñanza Pública Superior, etc., etc.*,—por el Dr. Juan M. Gutierrez, pág. 711.

dejarse arrastrar por la sonoridad de la frase; suficientemente sério para comprender que la palabra solo valdría á condicion de expresar algo, se reconcentraria en sí mismo para animarla con el fuego sagrado del pensamiento y darle la vida que lo inmortaliza. No era espíritu de caer en el gongorismo, en la afectacion, en la hinchazon y demas supercherias del estilo. La correspondencia que de él nos ha quedado, nos lo prueba suficientemente.

Los triunfos del Capitan General D. Pedro de Ceballos en la Colonia contra los portugueses y su entrada en esta Ciudad en 1776 como primer virey de las colonias del Río de la Plata, inspiráronle sus primeras composiciones en verso.

Entrad, héroe, por tanto, victorioso
En este templo de tu Dios augusto
A hacerle de tus triunfos sacrificio.
Entrad.... (1)

En otro soneto, dirigiéndose al flamante Virey en nombre de esta Ciudad, dice:

Hoy ser Roma quisiera, gran Señor,
Donde entraras triunfante y victorioso
A recibir en carro magestuoso
Los aplausos que exige tu valor.

Y en una seguidilla, en que *el pueblo de Buenos Aires agradece á Ceballos la ruina de la Colonia*, expresa:

Alégrense las playas
De nuestro puerto
.....

Numerosas son las composiciones en verso que escribió en honor de Ceballos por sus triunfos contra los

(1)—Soneto: *Papeles de Segurola*, tomo 10, pág. 285.

portugueses, y respecto á la conquista de la isla de Santa Catalina, versifica la conocida frase:

Sin un tiro se rinde consternada
La que de inexpugnable blasonaba

Vemos al Dr. Maziel muy aficionado á los sonetos y á las metáforas mitológicas. No es extraño, porque ambas debilidades alimentaron la poesía española hasta en su *siglo de oro*. No menospreciamos los sonetos de Petrarca y de Heredia,—pero este género de composiciones, al limitarse á cierta medida, contiene el génio poético é impide su expansión. Como el Dr. Maziel no era un poeta subjetivo, soportaba de buen grado tales ligaduras; sobre todo, era la moda . . . , y esta sola idea los hacía simpáticos y creaba imitadores.

Las victorias de Ceballos eran las primeras glorias patrias que presenciaba Maziel y debían entusiasmarle. Hasta en estilo campestre llegó á cantarlas, poniendo sus alabanzas en boca de un guazo. Comienza así:

Aquí me pongo á cantar
Abajo de aquences talas,
Del maior guaina del mundo
Los triunfos y las gazañas.
.....
.....
Perdone, señor Ceballos,
Mi vana, silvestre y guaza,
Que las hermanas de Apolo
No habitan en las campañas (1).

Inútil es decir que esta canción aparece entonada al compas de la guitarra, y cuando se investigue el origen histórico de nuestra poesía gauchezca, se le hallará en estas modestas estrofas. Hé aquí esta décima, de un género más ó menos parecido, sobre el mismo asunto:

(1)—Coleccion del Dr. Seguro. Tomo 10, pág. 291 vta.

A los españoles leones,
Oponen los lusitanos
Una partida de enanos
En un fuerte de ratones.
¿Qué es aquesto, fanfarrones?
¿Así os mostrais como ratas
Despues de tantas bravatas! (1)

.....
.....

Todas estas composiciones y otras de este género que posemos, no son sino entretenimientos privados, con motivo de los sucesos á que se refieren, para matar verdaderamente el tiempo en la soledad colonial. Son apenas decentes, como dice el Dr. Gutierrez; muchas de ellas, son, por su carácter familiar, vulgares y mordaces, —y si las traemos á cuento, es más para probar los orígenes de nuestra versificación. Era uno de los escasos pasatiempos de aquella época sin diversiones, sin prensa y sin sociabilidad. Cualquiera de ellas, ó todas juntas, no habrían bastado, á no ser sus discursos y sermones, para sacar su nombre del olvido,—pero había una, capaz, por su pensamiento y forma, de inmortalizar su nombre y abrirle las puertas del mejor parnaso. Excusado es agregar que era soneto y dirigido á Ceballos. La idea es de una profunda delicadeza: consuela á los portugueses de las derrotas que sufrieron por la reconquista de la Colonia, por haber sido causadas por el brazo glorioso de Ceballos. Está en consonancia con el entusiasmo que profesó siempre al valeroso virey y con la justa causa que defendió. Héla aquí:

Cuando el invicto Eneas vió rendido
Al jóven Lauso que á sus pies postrado,
Sintiendo de su muerte el fatal hado,
Maldice el polvo que mordió vencido.

(1)—Coleccion del Dr. Seguro. Tomo 10. pág. 293 vta.

No te aflijas, le dijo, condolido,
Por ser despojo de mi brazo airado,
Que el mayor timbre de tu orgullo osado
Es ser mi espada la que así te ha herido!
Tal es ¡oh generosos lusitanos!
La gloria que releva vuestra caída
Cuando del gran Ceballos sois trofeo;
Pues mucho gana quien se rinde á manos
De este hijo de Minerva, que la Ejida
Blandió mejor que Ulises y Teseo.

Tendrá sus defectos, no lo dudamos,—pero que otros, menos respetuosos de nuestra antigüedad, los señalen; nosotros preferimos que cada lector aprecie este Soneto á su manera, teniendo en cuenta que la crítica sólo debe juzgar con relacion al tiempo y medio en que se escribió la pieza. Y achacando los defectos que pueda tener, más á su época, no vacilamos en afirmar que en la metrópoli no se producía mejor; al menos, contiene más génio que la carta de Aviles (1). El pensamiento que desarrolla con tanta felicidad, no puede ser más hábil y superior; nos atrevemos á calificarlo de genial; deja atras al gongorismo, y se advierte la evolucion literaria que nos emancipó del lenguaje del siglo XVIII y que preparó el imperio de Moratín y Jovellanos. Ninguna literatura, antigua ni moderna, vése encabezada por un documento más intelectual.

Aquí termina su tarea poética. Parece que no hubiera querido sino principiarla para abandonarla enseguida, tan seguro creyóse sin duda del mérito intrínseco de su soneto. Es Fray Luis de Leon, que se envuelve en el silencio de la meditacion despues del *Cántico de los Cánticos*. Era en 1762.

(1)—Primera composicion que aparece encabezando la literatura española.

VIII

Silencio, silencio poético únicamente, porque, entretanto, escribió todas las composiciones en prosa á que nos referimos con anterioridad. Desempeñó así mismo, en ese intervalo, todas las posiciones que ocupó en la Iglesia ó en el Colegio de San Cárlos; pronunció los discursos con motivo de la muerte de Ceballos y la entrada del virey Loreto,—sus sermones, que le dieron tanta fama, y adquirió el hermoso título de décano de nuestros oradores; presidió las conferencias de la Catedral y San Ignacio, y se mantuvo, con las exigencias de su rango social, en su central mansion. En ese interregno, falleció en la Paz el 20 de Mayo de 1776 el Dr. D. Manuel Antonio de la Torre, que fué Obispo de nuestra Catedral, y el 14 de Enero del siguiente año; al celebrarse sus funerales en nuestra iglesia, pronunció la oracion del caso. Vivió bajo sus órdenes, fué su compañero de tareas, y como era aun reciente la defensa que hizo de él ante el Consejo de Indias, desplegó su elocuencia al calor de la amistad y de los más árdientes recuerdos (1). Así, departiendo entre el púlpito y la enseñanza, derramando ideas, beneficios (2), que despues dieron frutos generosos,—pasó su vida pública respetado, amado; hasta que llegó el año 1786, para él malhadado, porque se desencadenaron, inopinada y bruscamente, los sucesos que alteraron la so-

(1)—Defensa legal y económica de los procedimientos del Ilustrísimo Sr. Obispo de Buenos Aires, D. Manuel Antonio de la Torre, y su Previsor el Dr. D. Juan Baltazar Maziel, en la causa de los Drs. D. José Antonio de Oro y D. Juan Cayetano Fernandez de Agüero, curas rectores de la Catedral de dicha Ciudad, dirigida á S. M. por el Supremo Consejo de Indias el 5 de Mayo de 1775 en 128 páginas, m. s. Papeles de Dr. Seguro, tomo XI.

(2)—Estas conferencias son las mismas que hoy existen semanales de caballeros en algunas parroquias y que ejercen la caridad bajo el nombre de San Vicente de Paul.

ciabilidad colonial y originaron su destierro, sus achaques y su muerte.

Una tarde de Noviembre de aquel año, cruzaba el virey Loreto en su carroza una de nuestras calles, y al ver que un sacerdote conducía á pié el viático para un moribundo, descendió y le hizo ocupar su asiento, á imitación de Rodolfo I, de Alemania, y Cárlos I y II, Felipe V y Alfonso XII, de España. La guardia del Cabildo, el Tribunal de Cuentas y el numeroso gentío que se formó instáneamente, rodearon al creyente magistrado y le acompañaron á pié hasta su morada. Aunque este rasgo no fué sino una de sus acostumbradas extravagancias, corrió de boca en boca y sirvió de tema en las conversaciones durante mucho tiempo.

Maziel, que llevaba el cetro de la poesía, creyó que no debía perder la ocasion de lucir su estro, y escribió dos sonetos realzando la accion del virey. No le sirvieron sino para despertar los celos de los cortesanos, porque, ¿quién no los ha inspirado? El Maestrescuela era un santo varon,—pero ¿creeis que en una aldea era posible tener su posición, su biblioteca, sin incitar siquiera emulacion entre los palaciegos? Era imposible. Recordad que esa gente desocupada vive de intrigas y su mayor placer sería alhagar el oído de sus superiores; tal vez sospecharía que Maziel no era persona grata al Marques de Loreto, y aprovechó la oportunidad para desacreditarlo. ¡Quién sabe que le dirían! Los celos son como las hormigas: basta alborotarlas,—para que se desparramen. Lo cierto es que se desataron contra los pobres sonetos un *turbion de papelones*, segun la expresion del autor. Los tales sonetos no eran gran cosa,—pero los tiros eran más al autor. Los inspirarían ó nó los esbirros de Loreto, lo cierto es que entre el maldito turbion aparecieron unas décimas conteniendo conceptos injuriosos contra Buenos Aires, y sabiendo el Dr. Labarden que eran de un perulero, no pudo contenerse y se estrena en la rima con una

extensa sátira para vengar las musas patrias. Grandes elogios hace Labarden de Maziel en esta composicion; dále el nombre de Ciceron argentino,—que sigue las huellas de Demóstenes y *que su oratoria sube á las estrellas*.

Este incidente disgustó altamente al Dr. Maziel. Hoy, en esta ciudad, no sería nada; el público principiaría por olvidarlo al día siguiente,—pero en una aldea española de aquel tiempo, era para hacer pensar á la víctima, porque sabía que seguiría siendo pasto de la maledicencia. Tódos, á falta de otro entretenimiento, siguieron hablando; los que rodeaban al virey, alhagáronle el oído, y sentiría á cada instante los ecos de la murmuracion. El hombre intelectual, en tales casos, tiene una ventaja: cierra la puerta de su biblioteca y se pone á estudiar. Pensaría que algo sério le sorprendería, porque se puso más grave.

Y sus temores se realizaron. Gobernaba á la sazón la diócesis, por comision del cabildo eclesiástico en sede vacante, el Arce diano Dr. D. Miguel José de Riglos, distinguido prelado con los más brillantes antecedentes. D. Domingo Constanzo, sargento mayor de milicias, había negado á su hija Maria Constanzo que contrajese matrimonio con D. Pedro Martinez. El Juez eclesiástico, fundándose en que el padre era un *mulato conocido* y consentidor del conturbenio que mantenían los contrayentes, declaró irrito el disenso. Constanzo logró audiencia del virey,—ignoramos por qué medios,—y obtuvo una orden contra Riglos para que no innovase. Este célebre eclesiástico,—como le llama Funes,—creyendo que el caso era de su privativa competencia, desoyó la pretension del virey y celebró sin mas tramite el matrimonio.

Loreto era un hombre vulgar, soberbio y neurótico. Detestaba á los hijos del país, no desperdiciaba ocasion de imponer su voluntad, contrariando la agena y cometiendo arbitrariedades. Una crueldad, más ó menos semeiante á la que cometió con Maziel, da una

idea de su alma fría y carácter despótico. Nos referimos á la que ocasionó con poca anterioridad al Coronel D. Ignacio Flores, Presidente de la Audiencia de Chuquisaca, con motivo de la sublevacion del populacho por los desmanes del dragon Alonso Perez, del regimiento de Extremadura. Intrigado por el Oidor D. Lorenzo Blanco Ciceron, el Fiscal, D. Domingo Araoz y el Asesor de la Intendencia, D. Francisco Cano, terminaron por formarle un proceso con testigos falsos, y despues de hacer circular libelos infamatorios é irritar en su contra la guarnicion de la ciudad, fué traído aquí en calidad de preso por órden de Loreto, principiando por nombrar en su reemplazo á D. Vicente Galves, tratado de tirano por el Dean Funes. Estas injusticias, las supone este ilustre historiador inspiradas únicamente por la odiosidad que abrigaba Loreto hácia los americanos y manifestada innumerables veces públicamente, porque en ese mismo instante, mientras Flores entraba á la prision, nombraba al europeo D. Joaquín de Alos, Presidente de la Intendencia del Paraguay, que originó, con sus escandalosos robos en Chayanta, la justa sublevacion peruana. Premiaba el crimen, mientras castigaba el valor y los méritos relevantes de un patriota como Flores, que, sintiéndose enfermo durante la sublevacion de Chuquisaca, bajóse del caballo y se tendió en un catre en el zaguan del Cabildo, donde siguió los trances de la refriega, dictando todas las órdenes para dominarla y obtener la tranquilidad pública. Y á este hombre, cargado de servicios, y á quien Funes llama inmortal, el virey Loreto, mientras ejecutaba sus crueldades con los presos de Oruro, lo trató con desden y dureza, dilatando con pretextos su causa para impedirle que justificase su inocencia. Semejante injusticia, al desvanecer tan justa esperanza, aumentó sus males, y bajo el látigo del dolor, expiró en la cárcel en 1786. Sigamos con Riglos, ó, mejor dicho, con Loreto.

Acostumbrado el virey á la obediencia pasiva, se encolerizó, y se dirigió al Cabildo, solicitando nada menos que la destitucion del Arcediano. Componían ademas este cuerpo el dean D. Pedro Ignacio Picazarri, el chantre Dr. D. José Luis de Leon, Maziel y el Canónigo de gracia, Dr. D. José Ramon Cabezas. Leon y Cabezas, dice Funes, eran unos ignorantes y débiles, y puesta á votacion la antojadiza pretension, despues de considerada en Asamblea, se empataron los sufragios en el primer Cabildo. En este estado, tomó la palabra Maziel para inclinar la balanza á favor de la justicia; dijo, principalmente, que en ausencia de Riglos y sin probarse su culpabilidad, era una iniquidad desafortarlo de su cargo, y agregó que era violar las mismas leyes y cánones que todos debían respetar. Era inútil, porque había el propósito de complacer al virey, y como debía resolverse el incidente por pluralidad de votos y nó por el derecho ó la razon, el Cabildo optó por la separacion de Riglos. Este protestó, y pretendiendo sin duda recurrir de hecho ante el virey para patentizar más la injusticia, pidió al Cabildo que entre tanto no innovase. Fué inútil, el dean Picazarri despreció la solicitud y citó á Asamblea. Viendo Maziel que se iba á consumir la iniquidad, dijo que tal procedimiento era una conspiracion contra la misma regencia, en cuya representación ejercía el virey el vicepatronato, y se fundó en los principios de la materia. Nada consiguió,—tratándose, en cambio, del reemplazante,—y ¿quién creéis que fué nombrado? Picazarri pues. Ahora se explicará el lector su interés en esta emergencia, y para dejar patentizada su indigna conducta, diremos que él votó por sí mismo! Casi,—puede decirse,—él se eligió, porque no tuvo sino dos votos, y el otro, fué de Cabezas! Picazarri era tan topo, segun el Dr. Juan M. Gutierrez, que en veinte años no pudo aprender la celebracion de la misa.

Terminado así el asunto del pobre Riglos, quedaba

en pié la conducta de Maziel, que Loreto no era hombre de dejarla impune. No importaba que hubiese defendido las leyes, los cánones, el derecho y hasta su propia autoridad; había contrariado su voluntad, su real voluntad, porque pidió bien claramente la destitucion de Riglos, y debía saber que sus caprichos, por más inícuos que fuesen, eran leyes.

El caso tuvo una resonancia inmensa, á pesar de tener por orijen el matrimonio de dos plebeyos, como se decía entonces. En el coloniaje pasaba como en los trigales: un fósforo causaba un vasto incendio. Todos hablaban, murmuraban, y como duraba aun la tempestad de los sonetos, el virey debía tener las orejas bien ardientes contra Maziel. Nuestro poeta, ni ante la hoguera se habría echado atrás; era hombre de principios, y protestó contra el proceder de Picazarri. Nada le importaba que se obrase por satisfacer á Loreto; quedó, pues, muy tranquilo, porque reposaba en su conciencia. ¡Ah, la conciencia del hombre de bien! Es su refugio, porque aunque estén todos los malvados en su contra, sabe que tiene á Dios, que atraviesa su alma con la mirada, en su favor. Esto le bastaba en su afliccion, porque este suceso, que alteró la paz de su vida, conmovió tambien su alma.

Uno de los dolores más irritantes en este valle de lágrimas es el de la injustia,—y cuando parte de la autoridad, es intolerable, porque ¿no ha sido instituida para defender al ciudadano y sancionar la justicia? Maziel, hombre de principios, paseariase tranquilo bajo sus corredores, aunque temiese la venganza de Loreto, porque no esperaba justicia sino de Dios. Para ello era sacerdote. ¡Oh, si temía!,—y los temores no eran infundados, porque conocía bien al virey. Ahí estaba, para atestiguarlos, su reciente conducta con el Coronel Flores.

IX

Así se defiende la libertad, representada primeramente en todas las leyes de fondo y de forma que amparan al ciudadano

El virey Loreto no era persona de dejar impune el ejercicio de tal derecho, que consideraría atentatorio á su absoluta soberanía. Supo por Picazarri todo lo ocurrido; masticaría un sin número de venganzas, á cual más inquisitorial, y al fin se resolvió por la muy benigna de mandarlo preso á Montevideo. Había primeramente que arrancarlo de sus puestos de Maestrescuela y Cancelario de San Cárlos; no importa: ¿eso era trivial!...

Maziel seguía,—como dijimos,—tranquilo, cumpliendo con todos los deberes de su vida pública, cuando en la tarde del 11 de Enero de 1787, mientras dormía la siesta el silencioso vecindario de Buenos Aires, se presentó en su casa el capitán D. Baltazar Rasoy y su ayudante al frente de una partida y le intimaron orden de prision. Estaba enfermo, convaleciente de un ataque de gota. «¡Qué se levante, y venga inmediatamente con nosotros!»—fué la intimacion que gritó el Capitan, del patio. Lo esperaba en la puerta el coche que debía llevarlo hasta el embarcadero. Todo estaba pronto. Viendo que no había recurso de apelacion, púsose de pié y principió á vestirse. «¡Esperen!»,—gritó tambien, desde adentro, y fuése á su biblioteca. ¿A qué creis? A llenar de libros su equipaje. Puso doscientos veinte y ocho. ¡Ved lo que es el hombre de pensamiento! Temió más la desnudez del alma que la de su cuerpo viejo y enfermo. Sabía que eran consuelo en la adversidad; se acordaría de Silvio Pellico, que lo salvaron en los Plomos, y cargó con ellos en el coche. Así, y escoltado por la partida de granaderos, bajó hasta el embarcadero á la vista de todo el mundo, que se aglomeró en las calles para verlo pa-

sar. Al llegar, guardó cuidadosamente sus queridos libros, mientras, maltrecho y dolorido, arrojóse sobre cubierta. ¡Allá se fué, hácia el horizonte! El barquito, con su vela desplegada, parecería una gaviota que seguía las combas de las olas. ¡Pobre Maziel! Las nubes, al verlo tendido, lo tomarían por un náufrago,—y era verdaderamente un náufrago de tierra, vencido por la injusticia, llevando en su pecho jadeante el alma de sus fieles. Era una de las tantas víctimas de esta vida, y de noche, al ver rodar al austro las constelaciones de estrellas, les enviaría un ósculo de amor. Tres días duró la travesía. Os supondreis cómo llegó.

Os supondreis también el escándalo y consternación que causaría este acontecimiento, que alteró la monotonía de la vida colonial. «Al primer rumor de este hecho, todo el mundo saltó de la cama y corrió á la playa del río, para ver lo que nadie quería creer»,—dice un documento de aquél tiempo. Felices aquéllos compatriotas: ¡dormían á las 3 p. m.!—mientras hoy, por las preocupaciones y ambiciones, ni de noche podemos conciliar el sueño! Fué entregado, al arribo, al gobernador D. Joaquin del Pino. A Montevideo llamábase entonces el *Presidio*, porque se deportaban allí los presos y criminales. En una ciudad desconocida para él y que toda era cárcel, no tenía donde parar; habríase muerto de frío y hambre en algun hueco, si el sacristan mayor de la iglesia D. Manuel Echeverría, no comete la caridad de recojerlo. «Rindióle los oficios que inspira la humanidad hácia un desterrado», y por su verdadero cristianismo, se hizo *sospechoso* á sus superiores. El dean de la Catedral, principió á desconfiar de él, é interceptó su correspondencia; en una de sus cartas, halló unas bromas inocentes contra algunos prelados del Cabildo, y lo condenó, sin más trámite, á reclusion en el claustro de los Recoletos franciscanos en esta ciudad. Adujo, para prorrogar el cumplimiento de la órden, el mal es-

tado de su salud, comprobándolo con el testimonio de los médicos que lo asistían,—pero nada valióle: fué traído casi moribundo.

En la otra banda, parece que se cocían también las habas á calderadas, pero ¿qué motivos dióle Maziel al virey para sus crueldades? Los expuestos solamente,—más para un espíritu como el de Loreto, absoluto y celoso de su poder, bastaron. «El debió tener para mí la más favorable prevención, pues tuve el honor de predicarle en su pública entrada sobre el amor, obediencia y respeto que se le debía, como á lugarteniente de Vuestra Magestad (1).» ¡Ingénuo! Por lo mismo que fué su panejirista, los émulos del marques se agazaparon tras sus flores retóricas para desvirtuarlo, temiendo su ulterior influencia, fundada en méritos reales y resaltantes. Maziel, dado su patriotismo, tenía que ejercitar sus facultades en pro del bien público, y ellos, extranjeros y traficantes, querían que la administracion tomase torcidos rumbos para satisfacer sus ambiciones é intereses. El marques de Loreto, no necesitaba que lo incitaran mucho, y bastóle que se hubiese opuesto, en cumplimiento de su deber, á la injusta destitucion del Arcediano Riglos, para decretar su expulsion y sacrificio, so pretexto de que era rebelde á las atribuciones privativas de su vice-patronato. Medió otra circunstancia personalísima: Maziel era, por su rango social y en el clero, un caudillo intelectual, y despertaba, con sus numerosos libros y relaciones, la envidia de la vulgaridad. Hé aquí la verdad. ¿Por qué negarla!....

Estamos seguros de que si la ilustre víctima alzara del polvo su perfil romano, sonreiría de lástima ante tan indigna victoria...., porque ¿qué valen ante la inmortalidad, las injusticias terrenales? Por ellas se conquistó el cielo. Ellas provocaron su digna protesta, y

(1)—Memorial á la Corte de España.

nopor ser justa y defensora de prerrogativas, consideróse en palacio menos sediciosa. Ellas dieron tambien, á su su vez, lugar á que el clero entero protestara ante Su Magestad de la expulsion de tan virtuoso prelado, divorciándose públicamente de la autoridad del virey. ¿El filósofo del porvenir, que rastreará el orijen de los hechos, no hallará, en esta iniquidad, el primer enojo del pueblo con el representante de la metrópoli y que lo derrocó en 1810 en la Plaza Mayor? ¡Qué gloria!,—porque todo requiere un principio!

Las manifestaciones públicas más amplias obedecen algunas veces á las causas más triviales,—aunque las tropelias cometidas con Maziel eran bien ignominiosas é injustas y capaces de conmover cualquier sociedad. Por menos ha habido guerras, y naciones, en defensa de sus súbditos, han bloqueado y bombardeado puertos. Agregad ahora que éllas causaron su muerte, y tenemos todo un mártir, capaz de sublevar, con su dolor, el espíritu de una época y lanzarla á la reconquista de su libertad,—porque una violacion basta para expresar el despotismo.

El fanatismo querrá ver en este suceso un decreto de la divina providencia, que pone á prueba del dolor una alma evangélica y acrisolada por una vida virtuosísima. . . ¡Ah, la resignacion! ¡Rendicion ante el destino, abatimiento de la frente en nombre de la fé!—pero nosotros, que creemos que nada se pierde en el mundo, vemos su infortunio, orijinado por la persecucion de Loreto, como la primera etapa de la redencion futura. No es el derecho lo que causa la libertad, sino el despotismo, y ¡cuántos, al indignarse y ver á las mujeres y niños con las lágrimas en los ojos por su injusticia, no pensaron que era fruto de la monarquía y que era mejor tener un gobierno propio, liberal! No creemos que el árbol de la libertad debe regarse con sangre,—pero sí que el mal entra como el bien en el fin general de la

humanidad. Loreto arrojó la primera piedra,—y Maziel fué el primer mártir de la patria, que produjo, con su completo y solemne sacrificio, la revolucion de Mayo. Si no ofreció su sangre, derramó lágrimas,—abundantes lágrimas, que son, en las luchas terrenas, muchas veces más fecundas. Se vence tambien muriendo. Rindió su vida, envuelta todavía en las ráfagas de la calumnia. ¿Qué más puede deponer un ciudadano en los altares de su futura patria?... Sigamos.

¿En qué ocupó su tiempo en el destierro? En curarse, pensar y sufrir. ¿En qué pensó? Primeramente, en vindicarse ante la opinion pública. La idea únicamente de que se le hubiera podido creer culpable del error más insignificante, lo atormentaba,—no lo dejaba vivir. Nada valióle que su amplia conciencia le dijera que era inocente. Es la preocupacion del hombre honrado: ambiciona que todos lo consideren tal,—y perseguido por esta nube sombría, púsose á escribirle una comunicacion al virey Loreto. Fechada el 17 de Enero de 1787, colijese que, desde que lo mecieron las olas, ibalá meditando.

¿Qué le dijo? Que la extraccion de su hogar fué ignominiosa, que se le embarcó como á un *facineroso*, y, de consiguiente, queria saber qué crímenes habia cometido para desterrarlo y privarlo de los ministerios sagrados que ejercía con la más legítima autoridad. Desafiábalo con demostrar su inocencia, así como al *mundo todo*, y lo emplazaba para el día de su defensa. ¡Pobre alma ingénua! Creía que, porque se le habia arrebatado todo en una hora, hasta su reputacion y la tranquilidad, que se abriría un juicio para sus descargos. Ignoraba sin duda que los vireyes, no obstante las recomendaciones paternales de las Cartas de Indias, procedían en las colonias segun su capricho. «Entretanto,—agregaba,—yo tengo necesidad de que V. E. manifieste las causas que han movido su celo para un

procedimiento tan ruidoso y que en el día de su ejecución arrojó todo ese pueblo al escándalo y consternación que hasta ahora lo tienen sorprendido. Sírvase, pues, V. E. indicarme los crímenes que me han hecho reo y constituido bajo de su privativa autoridad; cuáles son las reconvenciones y correcciones con que he sido perseguido y que por su desprecio y reincidencia me han colocado en la clase de incorregible y armado finalmente el brazo de su poder para poder descargar sobre mí los rudos golpes que, á pesar de mis sagrados fueros, ha arruinado en un momento la opinión y crédito de mi buen nombre. El Espíritu Santo me encarga el cuidado de éste en unos términos que no me deja arbitrio para abandonarlo. Y yo, siguiendo el concepto de las divinas escrituras, sagrados cánones y santos Padres, debo preferirlo á mi propia vida, que sacrificaré gustoso en su defensa». Maziel debía tener, seguramente, muy desarrollado el sentimiento de justicia ó juzgaba á los demas al traves de su alma. No se explica, de otra manera, tanta ingenuidad. ¡Ah!,—es que era un hombre de ciencia, y el pensamiento recoge el espíritu dentro de sí, apartándolo del movimiento diario, que arrastra tantas virtudes como iniquidades! Sufrió el atentado más brutal que se cometía en la mansa existencia del coloniaje y carecía de experiencia para apreciarlo debidamente.

Suponed que repite: «Por tanto, no puede V. E.—hablando, con el debido respeto,—negarse á la manifestación que pido, pues de ella depende el que yo cumpla con lo que Dios me manda, y por otra parte V. E., con expresión de semejantes causas, hará á todos manifiesto de los motivos de su proceder contra mi persona, y que en su justificado ánimo no influyó otro espíritu que el de la justicia pública que interesó su celo en el remedio,—porque V. E. no ignora que no solo debemos responder á Dios de nuestras operaciones, sino satisfacer

tambien á los hombres, ó para edificarlos con el ejemplo de nuestras buenas acciones ó para reparar el escándalo que hayan concebido por causa de las malas. Yo estoy enteramente persuadido de que no tengo que responder á Dios por crimen alguno público y capaz de autorizar á V. E. para proceder como ha procedido contra mí; pero viéndome á descubierto respecto de los hombres por los ruidosos procedimientos que tan públicamente me han vilipendiado, me veo indispensablemente necesitado de dar á V. E. y á todo el mundo una pública satisfaccion de mi inocencia....»

¿Sabeis lo que contestó el virey, — no á él, sino al gobernador del Presidio? Que *se abstudiese de contestar con su superioridad*,—y en cuanto á las satisfacciones que exigía, se las darían *quiénes y cuándo se las pidiesen*. Felizmente, enseguida, para su tranquilidad moral, el clero de Buenos Aires, representado por cuanto tenía de más granado, dirigió al Rey la comunicacion á que nos referimos anteriormente. Decía: «Todos los clérigos sacerdotes que abajo firmamos, por un preciso estímulo de la verdad, certificamos en la más bastante forma para que conste y á todos sus tribunales que la conducta del Señor Maestrescuela, Doctor D. Juan Baltazar Maziel, ha sido y es irreprochable por cualquier respecto que se considere.... Certificamos tambien, porque nos consta, que no avaro de su exquisita literatura, ha procurado difundir sus singulares conocimientos en el clero, tanto en las materias morales y disciplina eclesiástica como en la historia de la iglesia y oratoria cristiana, inclinándolo al buen gusto en tan importantes y útiles objetos. A este fin, le hemos visto cultivar una tertulia de eclesiásticos los más hábiles, en la que con frecuencia se trataba de todo lo que podía conducir á su esclarecimiento, franqueándoles su abundante, copiosa y muy exquisita librería. Luego que con el gobierno del obispado se le proporcionó ocasion de excitar al clero al estudio de las ciencias propias de su estado

estableció en esta Santa Iglesia Catedral las conferencias morales que el mismo maestrescuela presidía, y de las que resultaron muy útiles consecuencias en la práctica é iguales progresos en la instruccion de sus individuos. Así mismo certificamos, porque nos consta, que para los estudios de gramática, filosofía, teología y cánones, que, por la expulsion de los jesuitas, se establecieron en el Colegio Real de San Carlos, se le encargó el respectivo reglamento de estas facultades y latinidad, y que, por ser notoria su inclinacion al aprovechamiento de la carrera de las letras, se le nombró tambien por Cancelario para celar la observancia de los mismos estudios, propender al aprovechamiento de los jóvenes y atender á la económica direccion de ellos, como hasta ahora lo ha practicado sin sueldo ni participacion alguna, sin que sea de extrañar esta circunstancia, cuando es igualmente constante á todo este vecindario, su desinterés y ejemplar desapego de los bienes perecederos, como tambien el amor y buena acogida que han hallado en su corazon los pobres miserables que han llegado á valerse de su proteccion, no siendo la prenda menos apreciable en el referido Maestrescuela el aprecio, estimacion y respeto que profesaba á los jueces y ministros reales, ya en darles el lugar que les corresponde, ya en servirles en las continuadas consultas que le han hecho, fiando á su sabiduría el acierto de las más árduas resoluciones y ya desempeñando con el mayor lustre la direccion de sus respectivos juzgados. Todo lo cual certificamos, atestamos y aseguramos, como dicho *motu proprio* y por solo nuestra libre voluntad, movido únicamente por el estímulo y amor á la verdad...» Fué una verdadera protesta legal, como se estila hoy, porque se extendió ante el Notario Mayor de la Curia Eclesiástica, el 24 de Enero de 1787, es decir, siete dias despues de dirigirle su nota al virey.

¿Quiénes,—os imaginais,—firmaban ese documento?

Nada menos que D. Miguel José de Riglos, Arcediano de la Catedral,—D. Juan Cayetano Fernandez de Agüero y D. Vicente de Arroyo, Cura y Teniente Cura sucesivamente de la misma iglesia,—D. Joaquín Sotelo é Hipólito Ortega, Cura y Teniente Cura de San Nicolás,—D. Francisco Javier Zamudio, Cura de la Piedad,—Francisco Arturo de Suero, Cura de Monserrat,—D. Nicolás Fernandez y Alonso de los Ríos, Cura y Teniente Cura de la Concepcion,—D. Juan Crisóstomo Suero, Sacristán de la misma iglesia,—D. Luis Chorroarin, Prefecto de San Carlos,—D. Márcos José Salcedo, Capellán del Real Hospital,—D. Pedro Miguel de Araoz, Catedrático de Filosofía de San Carlos,—D. Juan Leon Terragunt, Cura de Maldonado,—D. Roque Illescas, Vicerector de San Carlos,—Pedro Fernandez, Pasante de San Carlos,—Don Francisco Lopez, Teniente Cura de la Catedral,—D. Bartolomé Luquesi, Capellán de las Monjas Capuchinas,—D. Simon Bustamante, Teniente Cura de la Piedad,—D. Eugenio Cueli, Capellan de Coro de la Catedral,—D. José Antonio, Beneficiado de la Catedral,—D. Baltazar Sorva, Sacristan Mayor de la misma,—D. José L. Planchon, etc., etc. Fué un bálsamo indudablemente saber en su prision que, en su ausencia, los dignatarios más distinguidos de la iglesia, entre los que entraban profesores de San Carlos, protestaban de una manera tan valiente de su injusticia ante el virey,—pero las heridas profundas, que sangran interiormente, no se curan con calmantes: requieren rehabilitaciones completas ante la sociedad ó perdon ante la sombra de la cruz del Gólgota. Incapaz Loreto de volver sobre sus pasos, siguiólo persiguiendo á toda costa. Había perdido la juventud, la salud y la tranquilidad; no le restaba de la vida sino la honra, y ésta, empañada...! ¡Cómo no había de tratar de devolverle su antiguo esplendor!...

La conciencia es inmensa,—el mejor consuelo,—el amigo más leal; pero es simple refugio, — el refugio

supone culpa, y la inocencia quiere resplandecer pura ante la luz como una moneda recién bruñida. ¡Ya veis sino tenía en que pensar! Una alma digna no podía tener mejor preocupacion. Ante la fría crueldad de Loreto, que se negaba aun á escuchar sus justas quejas, resuelve dirigirse al Rey. «El me hará justicia»,—se diría,—tanto más que la protesta del clero bonaerense servirá de plena prueba al fallo,—y con fecha 31 del mismo mes le envió un extenso memorial.

Principiaba así: «Señor: Si no fuera tan acerba la tribulacion en que me hallo, no me atreviera á arrojarme á vuestros pies con la ignominia que tanto me deshonra. Yo me veo repentinamente expulsado de mi iglesia, donde acababa de recibir la dignidad de Maestrescuela á que V. M. se ha servido ascenderme desde la Magistral que había obtenido por espacio de diez y siete años. Con el golpe de esta separacion se me ha privado del cargo de Comisario del Santo Oficio que he ejercido tantos años y del empleo de Cancelario de los reales estudios de Gramática, Filosofía, Teología y sagrados cánones que se establecieron en aquella ciudad bajo los los reglamentos que formé y he cultivado por espacio de catorce años con la actividad y acierto que demuestran sus copiosos frutos. Un estrago de esta naturaleza fué la obra de un momento en que vuestro virey de Buenos Aires, el marques de Loreto, dispuso desterrarme sin haber precedido antecedente alguno capaz de influir en semejante efecto, ni que yo hubiese comprendido que se trataba de venir á efectos tan funestos...» Cuenta enseguida los pormenores de su prision y que lo «condujeron sin necesidad por la Plaza Mayor escoltado de la tropa y seguido de un numeroso pueblo que llamó el ruido de tan extraño procedimiento y llenó la plaza de gentes no menos consternadas que sorprendidas con un espectáculo nunca visto y que hizo verter á todos copiosas lágrimas. Escrita y firmada esta comunicacion,

partió acto continuo á la Corte, y él quedose más tranquilo, porque, humanamente, había hecho en su obsequio cuanto le era dable. Había protestado, publicado su inocencia, recorrido todas las instancias, cumplido con las exigencias sociales y escrúpulos de su conciencia. No podía hacer más, y puesto su asunto en manos de los hombres, no le quedaba, aunque envolvese su honra, otro recurso que esperar y esperar con serenidad, con calma.

¡Ah, pero no se arranca tan fácilmente el dolor cuando proviene de una preocupacion! Horada el alma como la gota de agua á la piedra, y hasta las almas de piedra se sienten traspasadas por su dardo frío y fatal. El Dr. Maziel seguía pensando, sufriendo, sufriendo en su injusto destino, que quizá no le deparara sino morir en la prision como un criminal. ¡Oh, pensaba tambien en el pedazo de tierra que abandonó, en el hogar desierto, en el clero, en sus fieles, en la amistad y en sus discipulos, que fueron el encanto de su vida solitaria! Tantos y tan caros bienes componen, en la ausencia, la dulce idea de patria, y nunca se comprenden mejor que cuando se han perdido. Entonces sus calles y veredas aparecen iluminadas por un eterno sol; se olvidan las amarguras pasadas, y aparece, á la distancia, como un vaso dorado, que solo contuviese miel y miel de Paros.

Sus reticencias sobre el Colejio de San Carlos descubren que su puesto de Cancelario era el que más lamentaba. ¡Cómo nó! Amante de la libertad, fundaba en ese establecimiento sus mejores esperanzas de reaccion, tanto más que se veía víctima del despotismo. No dudaba que allí debían formarse los hombres de 1810, al ver figurar, entre ciento de discipulos, nada menos que á los Belgrano, á los Vieytes, á los Castelli, á los Zavaleta, á los Fernandez, á los Castex, á los Beruti, á los Basabilbaso, á los Darregueira, á los Balcarce, etc., etc. ¿Y los Catedráticos? Allí estaban sus queridos compañeros

y amigos: Juanzaras, Montero, Garcia Posse, Rivarola, Passo, Chorroarin, Fernandez, Araoz, Andrade y muchos otros, que serian tambien sus tertulianos. Era tiempo de vacaciones, y pensaría en el descanso, en las quintas de los alrededores y próxima apertura de los cursos. ¿Temía que San Carlos no pudiese marchar sin él? Nó; allí estaban Juanzaras y Montero para sustituirlo; quejábase de cariño á la reciente institucion y porque extrañaba sus idas de mañana, sus claustros y la bulla de sus alumnos. ¡Oh, la costumbre!,—y en cuanto á él, su destierro habíale alterado en un instante toda su vida. Y para que no faltase en este drama la ironía, la familia del virey estaba ligada á la de de Maziel, porque su sobrino D. Nicolás del Campo se hallaba casado con Doña Juana Maziel, sobrina del canónigo. El marques de Loreto se llamaba Nicolás del Campo.

X

¡Cuán fuerte es el cuerpo humano!,—exclama Daudet, al ver sufrir tanto á Jack,—pero Maziel era anciano y enfermo. Sustraído violentamente á sus ministerios, achacoso, sintióse, al verse en su prision, vencido por el dolor; agregad la calumnia, que corroe el alma, y no extrañareis que sus males se reagrasen y que su cuerpo decayera. Sentirse morir abandonado en la soledad, es un consuelo, y si se ha apagado la esperanza, un bien inefable, que refresca el alma!

¿Fué irremisiblemente condenado? Nada sabía sino que se le confinó allí. No se le formó juicio, y despues de la brusca contestacion de Loreto y las protestas á la Corte, hizose, á su alrededor, por falta de comunicaciones, un profundo silencio. Nada sabía, como si estuviese en otro planeta, y desencantado de la justicia humana, solo confió de Dios. ¡«Él me hará justicia!»,—se diría,—y

como quien se apronta para el eterno viaje, resignóse, envolviéndose en esa niebla de paz y dulzura que precede la partida de las almas verdaderamente cristianas al mundo superior que se les ha prometido. Recrudescían sus males,—no podría aguantar sus sufrimientos,—lo cierto es que, á los pocos meses de su prision, díjole á un tal José Eusebio Gonzalez, que estaba á su lado: «Compadre, alcánceme ese Cristo que le quiero ver la cara», y se entregó á exclamaciones tan tiernas y elocuentes, acompañadas de acciones fervorosísimas, que aquél salió de la pieza cubierto de lágrimas! ¡Era otra vez el *epudum*, al traves del cual vió y sintió la patria ideal! Y expiró enseguida, estirándose largo á largo como quien va recién á descansar. «¿De qué murió?»—se preguntará. Yo diría: «de dolor.» Sí, se muere de dolor cuando el sér ha perdido en la tierra toda esperanza y solo cree en la justicia divina. La muerte viene entonces como una ráfaga y levanta el alma al cielo sobre todas las miserias de la vida. El dolor mata también, y lo produce la ingratitud y la crueldad humanas.

El Dr. Maziel entregó su alma á Dios el 2 de Enero de 1788, y ¡qué coincidencia!, el 1.º de Setiembre del año anterior, el Ministro D. Antonio Porlier le dirigía de San Ildefonso una nota que decía nada menos que lo siguiente: «Enterado el Rey de cuanto expone Vd. en su representación de 31 de Enero próximo pasado &, &, ha resuelto que se comuniqué Real Orden, como se ejecuta por esta fecha, al virey de esas provincias Marques de Loreto, á fin de que reponga á Vd. en su silla inmediatamente. &. &.» No podía ser el fallo más satisfactorio y terminante; pero la víctima había ya partido á mejor vida, doblegado por sus enfermedades y penas.

Contrista verdaderamente pensar que un esfuerzo más de voluntad le habría salvado, dando lugar á recibir la orden real de su libertad y rehabilitación. El clero y la población le habrían hecho un caluroso recibimien-

to; talvez Loreto hubiese caído, y en lugar del triunfo de la arbitrariedad, se admiraría el de la inocencia,—pero,—¡tal era su destino: ¡morir léjos de la patria, perseguido y acusado!

Esta justicia póstuma, fué más completa todavía, por que enseguida D. Nicolás del Campo, casado con su sobrina Doña Juana Maziel, se presentó ante el Juez ordinario demandando al virey Loreto por indemnizacion de daños y perjuicios causados por su destierro y pérdida de sus empleos. Esta demanda no solo fué tomada en consideracion, sino que en el expediente respectivo se le condenó, con fecha 14 de Marzo de 1791, á que se trasladasen las cenizas de la víctima á su costa y á dos mil pesos de indemnizacion á favor de sus herederos. Estos sobrinos, en otra reclamacion ante el Consejo de Estado, obtuvieron tambien que se celebraran en la Catedral los funerales correspondientes á su rango y dignidad.

Las satisfacciones y reparaciones, no podían ser más cumplidas y completas,—pero á su memoria, porque el causante estaba ya bajo de tierra. Tal lo exige el destino cruel, para que triunfe la injusticia; si no, no habría víctimas ni verdugos.

El abate Iturri, que se hallaba en un convento de Roma, escribió á quien le trasmitió la noticia: «De toda la América no podía venirme noticia más infausta que la muerte de mi venerado y amado paisano, el Dr. Maziel.... Su muerte ha sido una pérdida pública en ese vireynato, donde deja un vacío que no podrá llenarse. Yo con la carta de Vd. en la mano y oprimido del más vehemente dolor, entré en la iglesia de San Carlos, donde tributé á su memoria, oraciones, lágrimas y cuanto es natural á una separacion tan dolorosa, eterna, de un amigo que yo amaba tiernisísimamente, que apreciaba por sus grandes méritos, cuyo destierro me igualó en la suerte y que finalmente pierdo para siempre (1).» Afirmo

(1)—Francisco Javier Iturri, nació en Santa Fé, y era un pa-

ma el poético jesuita, en la misma carta: «que la naturaleza, la gracia y el cultivo habían reunido en él cuanto dividido en muchos basta para conciliarles nombre y reputacion. Sus talentos, sus virtudes y sus letras podrán tener émulos envidiosos, más no tendrán sucesores en ese Vireynato. Maziel era uno de aquellos modelos en que trabajó la naturaleza siglos enteros y con el cual muestra de tarde en tarde sus fuerzas, su valor y maestría en la formacion de un hombre que destina á la gloria de la especie humana y á picar la emulacion de la humanidad.» ¿Quereis conocer la opinion del dean Funes sobre Maziel? Dice que *fué formado para el cultivo de las letras y que estaba dotado de un entendimiento profundo, de un genio vasto, de un exquisito gusto, de una memoria feliz y de una elocuencia irresistible en el foro y en el púlpito.* El Dr. D. Juan M. Gutierrez, lo considera un talento ma-logrado y lo trata de ilustre.

Este es el compatriota que, por ser expulsado injusta é ignominiosamente, murió de pena en el Presidio.

Es nuestro Homero, no porque compusiera otra Iliada, sino porque fué el primer argentino que escribiera en verso en nuestra divina lengua, y el destino, para completar el símil, hizo de su vida una verdadera odisea que terminó en el martirio. Sin embargo, ¿quién sa-

dre jesuita expulsado en 1767 con los regulares de la Compañía. Prefirió establecerse en Roma, y allí, en la vida claustral, dedicóse á escribir para engrosar nuestra literatura histórica. Ha publicado en Madrid dos volúmenes de cartas sobre crítica histórica americana, y uno de ellos lo reimprimió aquí en 1818 el Dr. Soloaga, íntimo amigo del autor. Torres dice que, teniendo muy avanzado su *Ensayo*, leyó en Herras y Panduro que había terminado una Historia sobre nuestro país. El Dr. D. Juan M. Gutierrez, dice que los manuscritos de esta obra, deben estar en algun colegio de jesuitas de Roma ó Boloña. Iturri era un espíritu literario, impregnado de filosofía. El Dr. Funes, lo trata de sábio *ntimamente desconfiado de sus producciones*, adornándolo, sin quererlo, de la primera cualidad de los escritores superiores.

be que fué autor del inspirado soneto en que consuela á los portugueses por haber sido vencidos por un héroe como Ceballos? ¿Quién sabe que fué el decano de nuestros poetas? Muy pocos, por no decir nadie. Desterrado del Parnaso, otros usurparon injustamente su glorioso puesto, hasta que nuestra incipiente historia le dejó, por su militarizacion, relegado entre los escombros del pasado.

Hasta sus pobres bienes, siguiendo su sino fatal, fueron perseguidos. El alcalde ordinario de Montevideo, invocando la real cédula de 27 de Abril de 1784, los inventarió en la casa mortuoria. Su sobrino D. Nicolás del Campo, que lo asistió hasta su último momento, protestó; probó que su tio había fallecido bajo testamento, nombrándole su albacea y heredero; pero fué en vano, porque el Fisco, más por agradar al Virey Loreto que por avaricia, continuó su persecucion. Fueron declarados vacantes. Sus sobrinos, con este motivo, siguieron un costoso y enmarañado pleito, que duró largos años; la casa habitación fué, al fin, vendida, más para abonar los costos y costas de la litis, así como la biblioteca y demas bienes muebles, entre los que entraban cuatro cuadros al óleo de varios santos y debidos á artistas de Roma. Supóngase el lector que en 1800 fueron sacados á remate y no hubo postores. ¿Se deterioraron, se perdieron? El coche, ó los restos de él, fueron dados en pago del depósito y los esclavos se diseminaron. ¿Y las cuatro mulitas? Fueron las primeras en desaparecer en seguida de su destierro, para que no pudiesen de hambre. ¿Ingratas tambien? Alguien se las llevó por codicia, porque eran blancas y aseadas como armiños.

El Dr. Maziel pasará á la posteridad como un carácter,—como un carácter valiente, que no se arredró, por defender los principios, ante ningun temor ni castigo. Irritando las iras del virey Loreto, no desafió al destino, y en los momentos más aciagos, no habría retrocedido ante la hoguera. Alma sin miedo, inspirábase

en su sacerdocio, y cifraba toda su esperanza en el cielo; desprendido de todos los bienes materiales, todo lo daba á sus amigos y á los pobres,—llegaba hasta solicitar dinero prestado para socorrerlos,—y su correspondencia revela, íntimamente, un espíritu manso y bondadoso, altivo y enérgico, expansivo y humorístico,—pero sincero siempre y reflejando, en sus alternativas, los matices de la vida. La firmeza era su su distintivo,—y puede creerlo el lector, porque era propio de aquellos tiempos. ¡Ahí está la protesta de todo el clero ante la Corte! ¿Y qué diremos de la demanda por indemnización contra el virey Loreto y especialmente de la sentencia que ordena la traslación de sus cenizas á su costa y al pago de dos mil pesos de indemnización, con más los costos y costas? Victoriano Villalba llamábase tan digno juez. Sin entrar á averifuiar si hoy, bajo un régimen propio y republicano, serían capaces estas mismas autoridades de encararse contra el Jefe Supremo del Estado, acusarlo y condenarlo, diremos que la conducta de aquellos antepasados demuestra entereza y espíritu democrático. ¿Qué extraño es, pues, que Maziel, en pleno Cabildo eclesiástico, sostuviera al Arcediano Riglos y protestara de su destitución? Su actitud caía como una semilla en terreno preparado, y sus distinguidos contemporáneos, con su altivo ejemplo, protestaron despues contra el representante de Su Magestad. ¡Honor á ellos! Mucho más sabríamos de la época colonial, si no apareciese, por falta de datos, como una noche. Así se forma el espíritu público,—así se prepara para las grandes causas, que constituyen épocas,—pero bajo la base del carácter individual, que ampara la dignidad y respeto á las personas, porque es el contrapeso principal contra los desmanes del poder.

Con hombres libres, fácilmente se forman pueblos libres. Se crean por si mismos, naturalmente, en virtud de la fisiología social, y no tardan en declarar

su derecho al propio gobierno, en lo que consiste, políticamente, su libertad. ¡Gloria al que dió el primer grito! Muchos fueron los iniciadores, los impulsores de este gran movimiento, que todos los pueblos, en nombre de la dignidad humana, intentan para su rehabilitacion y poderio. Esencialmente político, recibe sin embargo su sancion generalmente en los campos de batalla,—pero antes lucharon mucho los periodistas, los tribunos, los oradores, los escritores y todos esos filósofos para que la idea se convierta en accion. Muchos han sufrido; otros han muerto en los tormentos, en el destierro, en las cárceles y cadalsos. En la historia, llámanse los precursores,—y en nuestro país, donde el clero, por condensar con sus manos la instruccion pública, constituyó la principal jerarquía social, el sacerdote era la primera influencia política, y el púlpito, la tribuna popular. ¡Honor al clero argentino del pasado que, fiel al cristianismo, puso su ingenio y accion al servicio de los principios!

Hé ahí la gloria de Maziel: perteneció á aquella pléyade luminosa,—y por su gerarquía y facultades, fué digno y valeroso representante de sus ideales,—pero ¿qué son los principios, en política, sino la libertad de la patria? La defendió con calor, con conciencia y heroismo. Fué más que un mártir: un precursor, el primer rayo del sol de la libertad argentina! Murir fusilado como Dorrego ó en sombrío rincon con el rostro ennegrecido por el infortunio, es igual: el sacrificio se consume siempre en holocausto de la redencion de sus hermanos. No hay gloria sin sangre ó sin lágrimas. Así lo quiso la fatalidad, más injusta que equitativa. Los pueblos son hijos del dolor de sus antepasados, como las flores más bellas nacen en las tumbas, para demostrar que hasta la muerte contiene gérmenes de vida y produce en la historia los más grandes acontecimientos.

XI

Termino aquí estas líneas, deuda histórica para con este ilustre varón que los griegos habrían calificado de sabio y prudente. No fué un talento, ni un poeta,—pero levantamos con orgullo la frente ante su sér moral, porque á pesar de la revolucion, que ha cambiado la faz social, no hemos producido nada más austero y conciente de su mision. Hoy mismo sería, con la virtud y el ejemplo, una figura luminosa en la cátedra, en el clero ó la política. Honraría el alma argentina, demostrando que, si actualmente estamos más adelantados, no poseemos mayor amor á los principios. Sacerdote por vocacion, supo, sin ajar sus vestiduras, propender con sus facultades al triunfo de las libertades; pastor de Cristo, creyó con fé sincera; ciudadano, pensó y balbuceó profecías que brillaron como esperanzas; hombre, fué, en todas las circunstancias, humilde, moral, fuerte, paciente, resignado y severo. Todo lo prodigó: corazón, vida y muerte; mordió con lágrimas el negro pan de la proscripcion, y expiró sin saber que era una víctima de su época. ¡Mártir oscuro, la justicia es el del porvenir! Sí, Maziél fué más que una máscara de bronce, que aparece llorando su destino,—y la historia espera al mágico que iluminará con su linterna su silueta sombría en un lienzo más vasto.

¡Cuántas veces, en la noche, al comenzar este trabajo, no me sentí en su compañía! Como si hubiese evocado su espíritu, parecíame, al dejar la pluma, que se despedía de mí, y en el silencio de la soledad, interrumpido sólo por el péndulo del reloj, creía oír los rumores de su vestidura flotante. ¡Alucinaciones ó ilusiones de una fantasía errante en el misterio! Las ideas absolutas se pierden como luciérnagas en la tiniebla, y no se ve, desde el hombre hasta el árbol, sino séres que se tranfor-

man. Se niega el tiempo, y la vida no es sino un instante en la eternidad, un sueño. ¿No lo veis en la historia? Pasan las generaciones como bandadas de aves..., y apenas tenemos tiempo de alzar la frente para contemplar su vuelo, porque se han perdido en la inmensidad. Así otras y otras, como si fuese necesario morir para vivir.

Y el alma, en este mundo sin esperanzas, se salva por el pensamiento ó la accion. Ellos la divinizan, incorporándola á la esencia del espíritu humano. Su nombre se eterniza en el tiempo. Todos pueden conquistar este galardón. Existe una causa eterna: la civilización. El que no es guerrero ni pensador, tiene el carácter, que abre, con las inspiraciones del corazón, la gloria inmortal del sacrificio. Los que han expirado en esta cruz viven en el recuerdo y en el corazón de la humanidad. A ellos pertenece Maziél,—y no por haber desaparecido en un calabozo, es menos digno de la posteridad y del cariño de su patria... ¡Murió devorado por el dolor, como las palmas tranquilas del desierto por las ráfagas candentes (1)!

(1) Al principio de la pág. 79, digo, refiriéndome á la influencia perniciosa del militarismo: «pero, ¿oyes,—lector,—alguna vez los nombres de Guido, Monteagudo ó Rodríguez Peña?... Esto es inexacto respecto de Guido, porque cargó espada y bien. Llegó hasta el grado de General, siendo Secretario de San Martín é hizo toda la campaña de los Andes,—pero lo incluyo precisamente para demostrar que sino hubiese brillado tanto en la diplomacia, en los parlamentos y las letras, su nombre sería más popular que los de Las Heras, Lavalle, etc., etc., como si el talento y la ciencia, por el militarismo, tuvieran influencia tan letal hasta en la historia.

Dr. Manuel J. de Labarden

I

Hé aquí otro desenterrado de la historia. Muerto en los ardientes días de la Revolución de Mayo, el Dr. Juan M. Gutierrez, al cometer la obra de caridad de extraerlo de la oscuridad, lo confunde con su padre, y aparece disfrazado de Regidor, de Síndico Procurador y de Auditor de Guerra, con el grado de Teniente General, y, de consiguiente, militar con espadín y otras tantas campanillas que, no por ser postizas, sonaban menos. ¡Pobre nuestro poeta!... ¡El, que quería aire y luz al salir del sótano, cae cual mosca en red espesa y enmarañada...! ¿Cómo es eso? Sí,—el padre se comió nada menos que al hijo, y al arrojarlo despues de medio siglo, solo recibimos los restos de la digestion. ¡Antropófago! Perdonáldo; fué uno de esos *delitos* históricos en que el más favorecido aparece tan inocente como la víctima, por la sencilla razon de que tambien estaba muerto. El autor fué otro,—un vivo,—y, en el presente caso, está tambien excusado, porque,—llevado del patriótico fin de

hacer conocer la vida del Dr. Manuel J. de Labarden,— abre nuestra historia y sólo ve figurar en esos mismos días un solo Labarden, Dn. Juan Manuel, también Doctor, y no pudo menos de decirse: «Es el mismo». Es tan lógico el *quid pro quo*, que marchando siempre, en este terreno histórico, con toda desconfianza, como en un tembladeral, pasóme lo mismo. Toda mi vida creí que el poeta Labarden fuese el Dr. D. Juan Manuel, á pesar de que el *Telégrafo Mercantil*, al publicar por primera vez en 1801 la Oda al Paraná, y *Doña Maria Retazos* y la *Lira Argentina*, al reproducirla sucesivamente en 1821 y 1825, llamáronle por su verdadero nombre. Atribuyo la confusion con los nombres de Manuel José á que, siendo dos, el Dr. Gutierrez los invertiera usando el segundo simplemente con la inicial, como se acostumbra, y tomando al de José por el de Juan,— y ¿á quién se atribuiría la Oda al Paraná sino al Doctor Juan Manuel de Labarden? Suponíasele vivò, por ignorar su muerte, y concordaba ella tanto en su erudicion y conocimientos literarios, que solo él, en su tiempo, pudo haberla escrito, así como las demas que corren bajo su apellido. Fué un pez grande que se tragó á un pequeño,—por que verdadaramenté solo un Labarden letrado aparece en los anales de nuestra historia,—y fué necesario que bajase á sus profundidades, para que al fin hallase *por casualidad*, despues de trece años de investigaciones, la muerte de D. Juan Manuel en 1777. Solo así colejí que debía haber dos Labarden y que otro de este apellido sería el autor de las poesias escritas hasta en 1801.

¿Cómo se llamaba? Manuel José,—tal cual lo dicen las firmas puestas al pié de éllas en nuestros antiguos periódicos hasta 1825. Vienen las invasiones inglesas,— la Revolucion, sus épocas aciagas y belicosas,—las luchas fratricidas para fundar un gobierno estable, y todavía se conserva el nombre del Dr. Manuel J. de Labarden. Aparece como legítimo autor de la famosa Oda

al Paraná; pero el Dr. Gutierrez, en su noble afan de dotar de biografías á nuestros vates, lo toma, en las tinieblas de la vida civil,—como dijimos,—por el Dr. Juan Manuel, engañado todavía por las más sugestivas apariencias,—y el error se produce materialmente y circula en la inocente vida literaria. Soy el primer escritor, despues del Dr. Gutierrez, que viene á hablar detenidamente sobre el poeta Labarden (1),—pero ¿cuántos, al nombrarlo, no le han dicho Juan Manuel? Tódos, tódos, porque los conocimientos se heredan,—hasta que la verdad surge, entre el turbion, como el corcho ó sacada de la oreja por Mandinga. Vuelvo á repetirlo, para despojarme de todo mérito personal: todo, en este caso, fué debido á la casualidad, leyendo las Actas originales del Cabildo, aunque el investigador histórico no tiene otra manera de corregir los yerros propios ó ajenos,—pero digo casualidad, porque rastreaba los diferentes cargos que fué ocupando sucesivamente el Dr. Juan Manuel de Labarden en la vida colonial, cuando, de repente, tropecé con su fallecimiento. Fué una luz inesperada para mí.

La culpa, á mi juicio, la tiene la Lira Argentina, porque, al reproducir la *Oda al Paraná*, dale á D. Manuel J. el título de Auditor de Guerra del Ejército Conquistador de Buenos Aires. Si en 1825, á doce años más ó menos de su muerte, principiase por discernírsele los empleos paternos, ¿qué extraño es que no la imite un escritor en 1865, teniendo por delante una historia que sólo contiene un Labarden, que llena toda la vida intelectual de su tiempo? Aquí está el orijen histórico de este injerto de personajes, que prospera y florece á pesar de su monstruosidad chocante, y tan lo causó el saber y no la ignorancia, que el mismo Dr. Gutierrez, al publicar cinco

(1) En rigor, puede decirse, que soy el primero, porque, con esta rectificacion histórica, recién viene á tratarse la vida y obras del Dr. D. Manuel J. Labarden.

años antes unos simples apuntes biográficos de este poeta, le da su verdadero nombre (1).

Y no se trataba de ningún filósofo misántropo como Diógenes, que viviera dentro de un tonel, sino del primer poeta de su tiempo,—sér expansivo, activo, que pasó sus días en plena sociabilidad con sus contemporáneos. Era tan afamado entonces, que el Dr. D. Vicente Lopez, en su introducción á *El Triunfo Argentino*, le dice *Hijo de Apolo*, y le ruega suspenda *su sublime canto*, para exclamar: *¡Mi trompa es débil, celestial la tuya!*, enfurecido por la segunda invasión inglesa. No es posible elojio que significara más respeto y admiración. Y Labarden estaba vivo, es decir, yacían de por medio los recelos naturales entre cólegas y no la tumba que se abre para hacer justicia. Manuel J. de Labarden era tan popular hasta la Revolución como Racine y Corneille en el Renacimiento y más que Shakspeare bajo el reinado de Isabel. ¿Cómo entonces, apenas pasado medio siglo, un sabio en la materia, historiador y literato, confúndele con otro de su apellido? ¡Ah, la eterna dificultad, dado el estado embrionario de nuestra historia, para estudiar á los hombres civiles, supeditados por el militarismo!

¡Dios me libre de fundar méritos históricos ó literarios en corregir la plana al Dr. Gutierrez! Admirador ardiente de su nombre, lo considero mi maestro,—su error, como se ha visto, es el mismo mío, el de todos,—pero no me es posible, hoy que he descubierto al verdadero poeta entre los Labarden (2), seguir diciendo que lo era el Dr. D. Juan Manuel. No es que ame más la verdad que á Plauto, sino que no puedo ser, á sa-

(1)—Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina, por el Dr. D. Juan M. Gutierrez (1860).

(2)—El Sr. Manuel R. Trelles dice que había entonces tres Labarden. Yo he conocido cuatro, pero dos sin la *de*.

biedades, un circulador de moneda falsa; no basta tampoco decir que el amado maestro se equivocó; es necesario demostrarlo, — y de ahí viene, sin bulla, esta enmienda en bien sólo de nuestra historia literaria, á punto de que los que quieran más detalles y saber cómo dimos con el mentado descubrimiento, pueden leer la biografía del Dr. D. Juan Manuel de Labarden inserta en *Mi Año Literario* (1).

Enemigo del militarismo, porque pospone la idea á la accion, originando el predominio de la fuerza y cruentas desgracias á la patria, guíame un propósito más elevado: probar que, por no haberse hecho aun la filosofía de nuestra historia, los hechos, coronados por el éxito, dominan el escenario, mientras los hombres civiles de la Revolucion, que fueron sus generadores, por ser los filósofos, los tribunos, los publicistas y verdaderos pensadores, yacen en el olvido, y hay que sacarlos, como en un terremoto, de entre los escombros. ¿Se ha venido abajo nuestra historia? Por el contrario; recién nace,— pero víctima de una lógica aparente, principia por el principio, y sólo rinde culto á lo exterior, perfilando á los hombres y acontecimientos sobresalientes, cuando otros fueron, científicamente, sus autores. Nuestra tarea es arrancarlos de la tumba, para que ocupen en el sublime cuadro de la emancipacion, como dijimos, el lugar que les pertenece por sus facultades y su accion tambien, tanto más meritoria cuanto que fué intelectual,—sus sufrimientos y su muerte, porque dieron el impulso inicial. Descartes dice que, aunque el universo se hubiese hecho á sí mismo, necesitó una fuerza superior que lo hiciese andar, y fundándose en esta ley del movimiento, creó la prueba física de la existencia de Dios; nosotros, á su imitacion, decimos que aquellos patrios originarios dieron el primer impulso al mundo

(1)—Tomo I, año 1903, pág. 277.

que hoy gozamos, y sin crear una mitología argentina, afirmamos que fueron nuestros dioses,—pero no dioses paganos, porque, por la fé y revelacion de los principios increados, merecen el nombre de apóstoles. Manuel J. de Labarden fué uno de ellos; precursor de Mayo, amó la filosofía,—hombre intelectual, pensó y contribuyó á crear la patria, y poeta, reveló las magnificencias y riquezas de nuestra pomposa y exhuberante naturaleza, haciendo nacer la idea de poseerla toda entera y para nosotros solamente. Despertó el espíritu nacional, que produce el patriotismo, y asistió al génesis de la revolucion, siendo uno de los primeros rayos vivificadores del sol de Mayo.

II

El Doctor D. Manuel J. de Labarden nació en esta ciudad el 9 de Junio de 1754 (1), y fueron sus padres el Dr. D. Juan Manuel de Labarden (2) y D.^a Josefa Aldao (3).

(1)—Hé aqui al fin la deseada partida de bautismo del poeta, que prueba su identidad: «En nueve días del mes de Julio de 1754 con mi licencia el Dr. D. Joseph Ignacio Valladares puso óleo y crisma á Manuel Joseph de un mes de nacido, á quien dicho doctor privadamente bautizó el día 11 de Junio próximo pasado, hijo legítimo del licenciado y Abogado de la Real Academia de las Charcas, D. Juan Manuel de Labarden y D.^a Josepha Aldao. Fué padrino D. Jacinto Quiroga. B. Joseph de Andrújar. (Catedral al Norte).

(2)—Presumimos que nació en la Paz, porque se doctoró en teología en la Universidad de Chuquisaca. Vistió su hábitos clericales y se los quitó para recibirse de Abogado. Despues de trabajar tres años en su profesion, llegó aqui en 1748. Fueron sus padres Francisco de Labarden y D.^a Rosa Rita Urquiza y Larragoyti.

(3)—Fueron sus padres D. Jacinto de Aldao y D.^a María Teresa Rendon y Lariz y falleció el 3 de Setiembre de 1809. Está enterrada en Santo Domingo. Era hermana del Dr. D. Antonio de Aldao,

El distinguido autor de *Pehuajó* (1), en el deseo de atribuir á este apellido raíz aristocrática, lo escribe con *v*, haciéndolo descender del Mariscal Lavardín. No tiene disculpa, porque, cayendo en el antiguo error (2), bien sabía que el Dr. D. Juan Manuel usó en su apellido invariablemente la *b*, como lo prueban sus firmas puestas en numerosas actas de sesiones del antiguo cabildo y otros documentos (3), y si D. Manuel José prefirió algunas veces la *v* á la *b*, no hace al caso, porque entonces era tal la corrupción ortográfica, que, indistintamente, usábase una ú otra letra (4). No se salvaban ni los apellidos de las personas más cultas (5),—y si á un hijo se le antoja corregir el suyo, creo que un autor debe respetar el del padre, tanto más si se refiere á él y está bien escrito. ¡Labarden descendiente de nobles! Puede ser, por la *de*,—pero si lo hubiese oído al autor de *Pehuajó*, habríale dicho como Napoleon: «No amigo, cada uno es hijo de sus obras». Es cierto que de con-

Abogado de Chile y de la Audiencia Pretorial de Buenos Aires, propietario de una gran chacra en la costa de San Isidro, adquirida despues por el Dr. D. Juan Angel Lazcano. El Dr. D. Antonio Aldao era viudo de D.^a Josefa Aragon y murió de un accidente apoplético. En esta chacra vivió D.^a Josefa Aldao largos años despues de fallecido su esposo el Dr. D. Juan Manuel de Labarden.

(1)—Nos referimos al Sr. D. Rafael Hernandez, que en 1896 publicó un libro de 155 páginas titulado: *Pehuajó, Nomenclatura de las Calles. Breve Noticia sobre los poetas argentinos que en ellas se conmemoran.*

(2)—Mia fué la culpa, porque yo le di á nuestro compatriota el Sr. Hernandez todos los datos para la confeccion de su mencionado libro, y entre ellos el poeta Labarden era el Dr. D. Juan Manuel, porque aun creía que era el padre. Véase páginas 5 y 10 de *Pehuajó.*

(3)—Véase los numerosos que existen en el Archivo Nacional sobre su mision á Corrientes para la expulsion de los jesuitas, etc.

(4)—Zabala por Zavala, Zubiria por Zuviria, Cavildo por Cabildo.

(5)—Hemos visto hasta Lavalle y Rivadavia así sucesivamente escritos: la Valle y Ribadavia.

turno, sombrero de tres picos, capa, puños y cuellos de batista, parecía más un marques,—tal vez el mismo marques de Lavardín, Embajador de Luis XIV y ex-comulgado en Roma por Inocencio XI,—pero era en extremo liberal, familiar y expansivo, y en cuanto á su padre, basta decir que fué acusado por el Síndico Procurador D. Manuel de Basabilbaso, porque, siendo Regidor, presentábase la más de las veces en Cabildo vestido de color y con baston en vez de vara de la real justicia (1).

No tratándose de un apellido indígena, habría sido más práctico investigar su nacionalidad. En efecto, ¿era francés ó español? A nuestro juicio, es vasco, de origen cantábrico, y si la *de*, que acusa patriciado, causa extrañeza, diremos que, precisamente, es muy comun en las concavidades de los Pirineos (2). No hace al caso que las otras dos familias argentinas que he conocido de este apellido careciesen de la *de*; significa, á lo sumo, que existía sin dicha preposición, y la *de* era propia de la del poeta. Otra presuncion del origen vascuense de este apellido, es la abuela del poeta, Da. Rosa Rita Urquiza y Larragoiti, desde que es sabido cuán afectos son los cántabros á no cruzarse sino entre ellos.

El poeta Labardén tuvo seis hermanos: Gregoria Josefa (3), María Celedonia (4), Martina (5), Juana Jus-

(1).—Véase *Mi Año Literario*, pág. 296, —por el Dr. D. Arturo Reynal O'Connor y *Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX*, pág. 42,—por el Dr. D. Juan M. Gutiérrez.

(2).—Urquiza, Irigoyen.

(3).—Nació el 8 de Mayo de 1756 y fué bautizada el 11 del mismo mes y año por D. José Ignacio Valladares, Cura y Vicario del Partido de Santa Cruz de los Quilmes, siendo su padrino el Sargento Mayor de Forasteros D. Alonso de Arias.

(4).—Nació el 1.º de Marzo 1759, siendo bautizada tres días después por el mismo presbítero, Dr. Valladares. Fué padrino su tío, Dr. Antonio Aldao.

(5).—Nació el 15 de Noviembre de 1761 y fué bautizada con licencia del Dr. Miguel de Loria por el Dr. D. José Ignacio Valla-

ta (1), Maria Justa (2) y Juan Pedro Celestino (3). El era el primogénito. Dados aquellos tiempos sencillos, nació en cuna de oro: su padre fué Regidor, Síndico Procurador y Auditor de Guerra con el grado de Teniente General, Abogado, protegido de Ceballos é indudablemente la persona más ilustrada de su tiempo (4), y su señora madre estaba ligada á las principales familias y poseía algunos bienes. En su niñez no había colegios; toda la enseñanza estaba en manos de los jesuitas ó en los conventos, y era presumible que, tributario de su tiempo, su educacion fuese, en un principio, religiosa. Dadas sus ideas avanzadas ó ilustracion general, me atrevo á afirmar que su principal maestro fué su propio padre. ¿Quién mejor que él, jurisculto, hombre erudito y de consejo, para instruir su inteligencia? Lo atestigua su liberalismo. Sólo él pudo inculcárselo, y las semillas plantadas por los padres, no son estériles.

¿Temía un próximo fin? Quizá, dada su vida tan combatida,—y pensando en el porvenir de su hijo, re-

lladares. Fué su padrino el Dr. D. Antonio de Aldao. Casóse con D. Pedro de Arco, y era prima de Liniers, porque habiendo perdido su hijo en las invasiones inglesas de 1807, le escribía dándole tal tratamiento y rogándole que en su parte no olvidase su sacrificio.

(1)—Nació el 4 de Mayo de 1765, y fueron sus padrinos D. Pablo Thompson y su esposa D.^a Francisca Aldao. Casóse por poder con D. Ramon de los Reyes, Capitan del Regimiento de Burgos y graduado de Teniente Coronel. Falleció el 15 de Octubre de 1791, enterrándose en la Iglesia de San Ignacio.

(2)—Nació el 17 de Julio de 1766, y fué bautizada el 26 de Agosto del mismo año en la Catedral por el Arcediano Dr. J. Miguel de Riglos.

(3)—Nació el 19 de Mayo de 1778 y fué bautizado el 27 de Julio del mismo año en su propia casa por D. Cipriano Villota, siendo su padrino D. Juan Andrés Arroyo.

(4)—Véase la biografía del Dr. D. Juan Manuel de Labarden en *Mi Año Literario*, pág. 277.

solvió hacerlo Abogado. Primogénito, quería que fuese el heredero universal de su nombre y tradicion intelectual. La Universidad no existía aun (1),—la de Córdoba sólo expedía diplomas de Teología, y preferiría sin duda la de Charcas á la de Chile. Allí crióse y agregaba mayor lustre á los estudios. ¡Los sacrificios de los padres por los hijos,—esa manera de pensar al traves del cariño! Nuestro poeta no dejaría de comprender que su ilustre padre tenía razon y que debía sustituirle en la familia. ¡Qué aprestos aquéllos!,—y sobre todo ¡qué viajes: en diligencia, en carreta, y despues en mula! Fuése no más entre el repiqueteo de las campanas de San Ignacio y San Francisco, que, en ese instante, pareceríale triste y despiadado, y se perdió como una ráfaga en las altiplanicies del Alto Perú, camino de Chuquisaca (2). Allí estaba su título de doctor, que vería á la distancia, con la fantasía, enarbolado en los musgosos torreones de la clásica Universidad, como un militar á sus charreteras en los estruendos del triunfo. ¡Los claustros en que se educó su padre y tantos argentinos ilustres!,—exclamaria al entrar, al compás de las palpitaciones del corazón.

En Chuquisaca, los estudios de jurisprudencia constaban de dos años. Otorgábase, despues de cursados, el título de Doctor, pero para el de Abogado, exijíase dos años de práctica forense, previos exámenes ante las mesas correspondientes. ¿Qué extraño, de consiguiente, es que le veamos de regreso en 1778 Examinador en las pruebas anuales del curso de Fisolofía á cargo del doctor D. Carlos García Posse? ¡Ah, pero su padre acababa de morir! Había muerto el año anterior, triste,

(1)—Abrióse recien en 1821.

(2) La Paz, La Plata, Charcas ó Chuquisaca son sinónimos de la actual ciudad de Sucre,—solamente que, cuando se hace referencia á la antigua Audiencia ó Universidad, úsase respectivamente con preferencia los dos últimos nombres.

abatido, poco menos que perseguido, sin tener el consuelo de cerrarle los ojos. Cuando llegó, encontróse sólo con su sonoro apellido hinchado por los recuerdos de la justicia póstuma y á su madre y hermanos que lo esperaban ansiosos. No era espíritu de doblegarse; comprendía que un nombre ilustre era la mejor herencia, y su familia, al necesitar su apoyo, templaba su espíritu. Los corazones bien puestos se confortan en el deber y en la lucha.

Examinador no era puesto, ni una posición,—pero á los veinticuatro años significaba una distinción. ¿Era filósofo? ¿Estudiaba el principio y fin del universo? Reflexivo, buscaba en los fenómenos visibles de la naturaleza la razón de su existencia y se apartaba de las aberraciones que dominaban la ciencia; ve en las proposiciones debatidas un progreso sobre el escolasticismo reinante, y al afirmarse que los hombres no eran máquinas y que sus movimientos podían explicarse por medios más que mecánicos, experimenta una íntima satisfacción y se conmueve. La fantasía estaba preparada; en cuanto entró, los claustros, iluminados por el sol patrio, trajéronle á la memoria recuerdos de su padre, porque cinco años antes aconsejó, á pedido de la superioridad, que la cátedra de derecho romano se refundiese en la de Civil. Espíritu grave, gustaba de las economías. ¿Dónde iría entonces, en esta ciudad de Santa María, que no hallase recientes huellas de sus pasos? En el Ayuntamiento, en el despacho de los vireyes, en el Tribunal de Cuentas, en la Junta de Temporalidades, en la Auditoría de Guerra, en todas partes las encontraba bien profundas del doctor D. Juan Manuel de Labarden. Y las ideas emitidas le interesaron sobremanera, porque significaban un progreso sobre la escuela sensualista de Condillac y Tracy, dominante en ese instante. No se inspiró en Laromiguiere, que no se había trasladado aun á París á resplandecer amplia-

mente en la Facultad de Letras; tampoco era un filósofo que hiciese profesion de fé de doctrinas,—pero sí un espíritu práctico, tendente más á buscar el fin de las cosas.

Sentióse sér espiritual, y comprendiendo que el Estado sólo puede fundarse en doctrinas que ligen á Dios con el hombre y al hombre con la inmortalidad del alma, renegaba de toda especulacion sensualista, digna de naciones envejecidas; para su jóven patria, ligada á los destinos de América, ambicionaba la fé en creencias superiores, y tuvo el honor de ser el primero que abriese á la juventud argentina las puertas del espiritualismo y precediese en las aulas á Lafinur, para incorporar el idealismo al espíritu público. Ve un adelanto en la ciencia,—piensa en la patria engrandecida por el pensamiento, y toma la palabra. Su primera frase fué para congratular públicamente al maestro. Venía de la primera Universidad del nuevo mundo, de escuchar las lecciones de sus más eminentes maestros,—sabía cuanto importa la meditacion para la juventud, y quería para la nuestra una direccion sábia y severa. Principió congratulándose del advenimiento de las ciencias en nuestro suelo, y dijo:

«Yo veo con el más vivo regocijo de mi corazon que las ciencias, que en otro tiempo estaban encarceladas en un rincon del Oriente, viajan ya por el mundo en libertad. Los romanos, en todo vencedores, sacaron este gran depósito de las codiciosas manos de los griegos. Ellos, ó menos avarientos en este punto que sus rivales, ó ansiosos de lucir su preciosa victoria, las pusieron en soltura, para que corriendo por el orbe, pregonasen su triunfo. Sin embargo, las ciencias llevaban por todas partes el carácter de esclavas. Siglo hubo en que se vieron precisadas á mantenerse ocultas, hasta que la fortuna, contra su estilo ordinario, las ha preparado un sólio dominador... Ellas llegaron (qué felicidad) á este suelo, y aquí han encontrado la acogida que mere-

cian. Gran ventura, sin duda, *paisanos* míos (1), es la de que hayan llegado á nosotros tales huéspedes, pero mayor sin comparacion es que hayan venido en oportunidad de encontrar un patron (2) que, como pocos, las sepa cotejar...» Enseguida dice:

«Uno de los medios con que las ciencias facilitan el conocimiento de Dios es el estudio de la naturaleza. La perfecta coordinacion del Universo, la armoniosa correspondencia de sus partes, la conformidad de sus efectos, la perfeccion de la más mínima cosa, está manifestando la sábia mano del supremo artifice. Pero este no es el fin principal de la filosofía. Vista una bella máquina, nadie puede dudar que hay un autor que la ha hecho. La hermosura del mundo dice desde luego que hay un Dios. Los sermones que se han recitado, los gruesos volúmenes que se han escrito para probar esta existencia, son de alguna manera injuriosos á los oyentes y á los lectores. Ellos son, al menos, voces perdidas, porque se dirijen á ateos ó á hombres indignos de que se les dirija la palabra. El buen filósofo concluye con sus observaciones en sencillos reconocimientos á vista de la unidad de Dios, de su poder, de su sabiduría, de su bondad y de su providencia. ¡Qué bella escuela ésta en que se nos instruye por nuestros mismos ojos y en que la verdad previene nuestras indagaciones, presentándose ella misma para dirigirnos hácia sí! Bien conoce estos principios el erudito Doctor Cárlos García Posse, quien, ocupando un ministerio digno de él, dirige á sus alumnos al mismo perfecto conocimiento. El les hace no despreciar el pequeño insecto; él los eleva á admirar el extendido firmamento, y en prueba de sus exquisitas indagaciones, ha encontrado, contra

(1)—*Paisanos* se decía entonces en vez de compatriotas, y ello prueba que este discurso era de nuestro biografiado y no de su padre, que había fallecido hacía un año.

(2)—Refiérese al Dr. Cárlos García Posse.

el sentir de un grande hombre, que los brutos no son meras máquinas, sino que están dotadas de cierta luz de razon. Nadie crea que esta asercion es una temeridad escolástica; ella es el efecto de una séria contemplacion...»

El Colejio de San Cárlos ríjido todavía por el escolasticismo, debió sin embargo sentirse entusiasmado, porque en ningun pueblo americano la juventud estaba más preparada para el liberalismo. Presajiaría su destino,—comprendería que debía pensar en su emancipacion,—lo cierto es que no hubo idea científica ó política, por adelantada que fuese, que no penetrara fácilmente en su cerebro. No tenía ningun interés público que oponer; todos, por el contrario, estaban á su favor; ahí estaba el clero, monárquico, absoluto en todas partes, liberal, convirtiendo el púlpito en tribuna popular y á la grey en pueblo, para recibir el verbo democrático,—y nos imaginamos, por los anhelos instintivos del delirio, los aplausos tempestuosos que ahogarian sus frases. Era un filosofo práctico, que no comprendía los hechos sino como ejecucion de las ideas, y al impulsar un cambio intelectual, daba orientacion al porvenir. Nadie pensaba en insurreccionarse aun contra España; pero la filosofia es la madre de la política, y si se piensa que solo son permanentes las revoluciones morales, vémosle abrir los cimientos de nuestra emancipacion. La armonía, en el mundo del pensamiento, es vasta y más lógica; Condillac fué maestro del Duque de Parma, — Laromiguiere de Cousin, y éste, combatiendo á los filósofos del siglo XVIII, propagó el espiritualismo y fué uno de los precursores del movimiento de 1848.

Así aparece en la escena el Dr. Labarden. Gobernados y sin prensa, no podía, dada la exigüidad de la administracion, surgir bajo mejores auspicios, porque la ciencia es la fuerza del espíritu humano. Todos los

estadistas que, en los pueblos civilizados, han gobernado, pasaron por las Academias ó Institutos; allí se formaron y adquirieron el derecho á gobernar, fundado en la superioridad; bien lo sabía, y con todo de no ser San Cárlos una Universidad, constituía la cuna y la fuente del saber colonial. Todo lo que poseíamos de más intelectual en el foro y en el clero, que eran las dos principales faces de la intelectualidad, estaba allí; en la catedra: los Maziel, los Juanzaras, los Chorroarin, los Montero, los Camacho, los Fernandez, los Zavaleta, los Gomez, los Achega, los García Posse, los Rivarola, los Passo, etc, etc, y en las bancas, los alumnos eran nada menos que los Vieytes, los Andrade, los Castelli, los Castex, los Planchon, los Salcedo, los Beruti, los Darregueira, los Balcarce, los Tagle, los Lasala, los Belgrano, los Anchoris, etc, etc, que constituían la juventud dorada y destinada á influir tanto en el movimiento de Mayo. Recordad que quebró la frialdad hipócrita del claustro, que hizo uso de una elocuencia amplia y liberal, y, por su fascinacion, todos levantarían la mirada á las regiones de la investigacion. Nos parece oír los aplausos.

III

¡Ah,—pero todo lo que brilla no es oro! Su padre, el ilustre Auditor de Guerra, no le había dejado sino honorabilidad, y al entrar al hogar, no veía sino horfandad. ¿Qué le iba á ofrecer su madre? Lágrimas, nada más que lágrimas, y el sentimiento de la responsabilidad crecería al pensar que era el amparo y la esperanza de su familia. ¿Cuánto no necesitó, en ese instante, una mano bienhechora? ¡Son tan difíciles los primeros pasos en el mundo! Agregad que carecía has-

ta de un centavo, porque todo el patrimonio de la familia pertenecía exclusivamente á la madre por herencia de sus padres, y consistente en bienes urbanos, la renta era exígua.

A duras penas alcanzaba para vivir. Baste decir que en 1781 tuvo ella que presentarse solicitando pension por los servicios de su esposo, y el Virey, no pudiendo menos que reconocerlos numerosos é importantes, le concedió á los cinco años setecientos cincuenta pesos anuales, imputándolos al Montepío de Ministros (1); pero había que sostener tambien el nombre y la posicion social de la familia, mantenerlos con la antigua dignidad,—y ya que el apellido era criollo, incorporarlo á la sociedad en que vivió. ¿Vanidad, presentimientos de los futuros sucesos de la historia? Nó, simplemente justos anhelos de no descender socialmente, honrando, si era posible, la memoria del jefe desaparecido; lo demas, estaba librado á lo que el buen Dios quisiera conceder.

No inscribió su nombre en la matrícula de Abogados. No existían entonces propiamente los Estudios; los asuntos, por el escaso valor de las cosas, carecían de importancia; los letrados despachaban en sus casas ó merodeaban por el Cabildo, haciendo ó firmando donde quiera cortos escritos, y muchas veces los honorarios, despues de fastidiosas y casuísticas discusiones, no pasaban de una yunta de gallinas, eso sí, bien gordas. El foro era rudimentario,—los procedimientos, rutinarios,—y su elástico espíritu, chocando con las deficiencias y vetusteces, se apartó del callejon de Ibañez.

¿Prefería las especulaciones científicas? ¿Creía, como los estadistas europeos, que las academias son las mejores escuelas de gobierno? Seguramente, porque en 1781

(1) Véase en el Archivo Nacional el espediente de su referencia, iniciado por la viuda doña Josefa Aldao.

le vemos nombrado, junto con los Dres. D. Marcos Salcedo y D. José Miguel Carballo, Examinador de los estudiantes de Gramática (1). ¿Qué estudiaba? ¿Por qué no se presentó al concurso de filosofía en 1785, juntamente con los Dres. Pedro de Araóz, Felipe S. Reynal, Juan José de Andrade y Miguel Laguna (2)? Amaba bastante esta ciencia, como lo hemos visto en su discurso de 1778 en San Carlos con motivo de los exámenes del curso del Dr. García Posse,—pero prefería las positivas, que ponían á contribucion el pensamiento y producían leyes para la vida real de la sociedad. Espíritu práctico, habría sido, sin renegar del espiritualismo, un Comte, porque sólo veía en la ciencia un medio para resolver el bienestar social. No era carácter de emplear su tiempo ó pensamiento en abstracciones; ciencia que no era de utilidad inmediata, relegábala al desprecio; era un verdadero positivista, en el vasto sentido de este concepto.

¿Era discípulo de Saint-Simon? Nó,—el jefe de los sansimonianos no había publicado aun *El Nuevo Cristianismo*, ni Bentham su *Introduccion á los principios de Moral y Legislacion*. Labarden era cartesiano; *pienso, luego existo*,—se diría,—aunque separaba, por la conciencia, al hombre de los brutos,—pero se conoce que había leído el *Novum Organum*, de Bacon. Este libro figuraba en las bibliotecas, y no faltaría seguramente en la de su padre, hombre erudito y pensador independiente. El famoso canciller quería sustituir la lógica de Aristóteles, basada en el silogismo y en principios *a priori* aceptados arbitrariamente, por una nueva y nacida de la induccion, y

(1)—Véase el expediente correspondiente en el Archivo Nacional.

(2)—Obtuvo la cátedra por oposicion el Dr. Juan José Andrade y en 16 de Marzo de 1786 fué nombrado Catedrático de Filosofía por el Virey marqués de Loreto (Véase el expediente de su referencia en el Archivo Nacional). Los demás compatriotas eran tambien abogados conocidos en aquel tiempo.

el Dr. Labarden, enemigo del escolasticismo, vería la iniciación de una reforma en el campo de la investigación y que abría una nueva época en las ciencias morales y metafísicas. Espíritu sincero, buscaba la verdad, —pero la verdad experimental,—y desechaba toda imposición que no naciera del razonamiento. ¿Dónde implantar estas teorías? El coloniaje fué un mundo cerrado á la especulación intelectual, y recién en la cátedra de filosofía de San Carlos, á impulsos del Dr. García Posse, entraba un rayo de luz. Dominaban las tradiciones aristotélicas, y la juventud, que apenas sentiría ansias de liberalismo, seguía prefiriendo la Lógica á la Psicología y entreteníase en silogismos peripatéticos.

IV

Una de las más grandes desgracias del hombre intelectual, es vivir en una época contraria á sus ideas. Si nace demasiado temprano, está condenado á una esterilidad indefinida, y si despues de resueltos los grandes problemas constitucionales, no vislumbra otro porvenir que el comercio ó las industrias. Labarden debía sentirse incómodo en el coloniaje. Principió por chocar con la profesion de Abogado, y el ambiente intelectual, oscuro, denso y cerrado á toda idea nueva, fuéle sofocante. No era espíritu de silogismos ni de entretenimientos retóricos; pensaba para producir ideas, y prefería, por su idiosincracia, las de utilidad práctica.

Era la mejor manera de ponerse en pugna con sus contemporáneos,—pero, profundamente amable, prefirió retirarse del terreno de las controversias. Fuera por que no existiese realmente la filosofía, no era tampoco un filósofo de profesion; pensador, había entrado en el campo de las investigaciones, buscando, ante todo, ser útil:

creía que las ciencias no eran sino elementos de progreso social,—y aliando el pensamiento con el comercio, ¿qué creís que pensó? La fundacion de un teatro, que fuese, á la vez, entretenimiento é instrumento de mejoramiento de nuestras costumbres por la importacion y difusion de ideas nuevas. Así lo dice la tradicion, recojida de lábios de antecesores. Labarden andaba pregonando por todas partes su idea; activo é infatigable, la defendía entre sus amigos y relaciones, —pero era tan difícil entonces cualquiera empresa por la iniciativa individual! Todo lo habia de hacer el gobierno; faltaba voluntad y valor y, especialmente, lo que se necesita para todo: dinero.

Las únicas diversiones públicas consistian en las corridas de toros (1). En el mes de Diciembre de 1747, siendo gobernador D. José de Andonaegui, tuvieron lugar las primeras representaciones en el Fuerte en celebracion de la elevacion de Fernando VI al trono de España é Indias. Subieron á las tablas las comedias *Las armas de la hermosura* y *Efectos de odio y amor*, y los actores fueron militares del presidio. Despues, una compañía de indios guaraníes de los jesuitas representó allí una ópera de música, que dejó los recuerdos más placenteros, hasta que se construyó un *Corral* á semejanza de los que existian en Madrid (2). Eran los tales corrales lo que indica su nombre: un cercado al aire libre. Solo tenía techo en la parte del proscenio. Allí una compañía de doce personas representó *Primero es la honra* y *La vida es sueño*, de Calderon. Buenos Aires tenía entonces 24.205 habitantes (3); se determinaron los niveles de algunas calles, para el

(1)—Tenían lugar en la plaza del Retiro, hoy General San Martín.

(2)—Véase *Historia de la literatura española* por Ticknor, y en el Archivo Nacional existe una solicitud de un Sr. Maziél, de Corrientes, queriendo arreglar el *Corral de las Comedias*.

(3)—Censo de 1778.

libre desague de las lluvias; se ordenaron las *calzadas* ó veredas de seis palmos de ancho por uno de alto sobre el suelo, construidas de losas ó ladrillos asentados en mezcla terciada de cal para el tránsito público; se recomendó á los vecinos pudientes el empedrado del cuadrado de los frentes de las cuatro esquinas y se estableció la *iluminacion*, para que los transeúntes que no podían hacerse acompañar de un negro con farol ó cargar una linterna en las noches, se librasen de malhechores y caer en pantanos; una ráfaga de progreso, en fin, soplaba en la antigua ciudad de los Adelantados, y Vertiz, que la echó á correr, pensó que un teatro estable, con todas las comodidades reinantes, era una necesidad de la sociabilidad, para su civilizacion y el adelanto de las costumbres. Su producto se destinaria para unos séres que preocupaban al virey: los expósitos, cuya suerte, por la degeneracion de sentimientos, queria poner á cubierto de las inclemencias de la intemperie y hasta de los perros de la calle,—pero Labarden, como dijimos, tenía ya la idea. Si Vertiz la ejecutó como virey, aquél la produjo, dándole el calor de su cerebro.

Esta circunstancia no amengua la accion del virey americano, porque los buenos gobernantes no existen, á pesar del sistema monárquico, sino para ejecutar las inspiraciones populares, y bien sabido es que por y para los pueblos piensan sus personalidades representativas. Y Labarden, por su intelectualidad y posicion, lo era, y Vertiz, en su calidad de virey, ejercia su mision poniendo en práctica lo que otros pensaron. De este consorcio de la idea con la accion, nació la *Rancheria* (1),

(1) Estaba situado este teatro en la esquina de Perú y Alsina, donde está actualmente el Mercado del Centro. Tomó el nombre de la *Rancheria* del gran número de ranchos que allí existían, habitados, en su mayor parte, por negros esclavos de los jesuitas, que tenían enfrente su cuartel general. Por eso se decía: *Rancheria de los Jesuitas*.

que se incendió en la noche del 16 de Agosto de 1792 por un cohete disparado de una fiesta celebrada en el atrio de la iglesia de San Juan, porque ¿de adónde iba á sacar Labarden los nueve mil pesos que costó la construcción? Poco en voga entonces los sindicatos y sociedades anónimas, el gobierno vino á ser así, lógicamente, el empresario. Construyó el teatro un tal Francisco Velarde; las paredes eran de madera y el techo de paja; las entradas se fijaron en dos reales para los blancos y gente pudiente y uno para la gente de color; el alumbrado era con vela, la orquesta se componía de guitarras y flautas y á la platea llamábasele patio. El producto líquido destinábase á la Casa de Expósitos. Los primeros artistas fueron aficionados, estrenando las tablas un llamado Martin Poblet, pero enseguida encárgose á España un actor y una dama. Las piezas pertenecían al antiguo repertorio español, prefiriéndose las de Calderon y Lope de Vega.

Fuese por la poca variedad de sus funciones ó porque la gente prefiriese las corridas de toros, lo cierto es que el teatro pasábase meses cerrado. Creemos que era más bien por falta de actores, y Vertiz, en vez de remediarla, creyó más práctico, para salvarlo de la bancarrota, arrendarlo á un empresario por dos mil pesos anuales, autorizándolo para dar bailes de máscaras. Inútil es decir que se salvó la situación económica, hasta que el franciscano fray José de Acosta, subiéndose al púlpito, anatematizó á todos los concurrentes y los excomulgó. Hubo hasta mujeres desmayadas,— la Ranchería quedó desierta,— y el virey, al ver á los expósitos en peligro de ser desamparados, ordenó al guardian de San Francisco que desvirtuase al sedicioso franciscano y que otro lo desmintiese en el mismo púlpito. Fray José fué á parar á un convento de Catamarca, y el padre Antonio Oliver hermanó á los bailes con la moral, viéndose concurrido

nuevamente el patio de la Ranchería por los adoradores de Terpsicore, que bailaban hasta el Fandango.

Hé aquí la primera etapa del teatro nacional. Labarden, no contento con haber sido su iniciador, como autor de la idea, quería ofrecerle un fruto de su talento, que fuese, á la vez, sazonado y digno de una ofrenda literaria á su patria. Así nació su tragedia *Siripo*, que se representó por primera vez en la Ranchería en una de las noches del carnaval del año 1789, precedida de una *Loa* en verso del mismo Labarden y que versaba sobre la suerte de los expósitos ligada al éxito de la institucion teatral. ¿Puede creerse que Labarden, ante la concepcion del teatro, tenía el propósito de crearlo para representar sus propias obras? No lo creemos, pues *Siripo*, en tal caso, habría subido muchos años antes á la escena, y aunque así fuese, nada más laudable que aparezca el teatro obra de literatos y no de mercaderes, para que él y otros produjeran piezas de aliento y regeneracion social. ¿No fueron empresarios Shakespeare y Moliere? En Labarden, el mérito era superior, porque su patria carecía de un simple tablado para representar el más pobre drama de pasatiempo ó enseñanza. Fué, de su parte, una noble inspiracion, tanto más práctica cuanto que fué coronada por el éxito. Venció todas las dificultades que halló en nuestra sociedad embrionaria, y no obstante de ser sitio preferente de bailes, siempre el empresario, de vez en cuando, daba algunas funciones teatrales por actores ó aficionados. Nació entre tanta animadversion social, que el constructor Velarde temiendo que la hipocresía, por alguna mano oculta, le comunicase fuego, indicó al virey con preferencia el paraje de la Ranchería, porque con la tropa que allí existía se conseguiría vigilarlo mejor, librándolo de un incendio ú otra ruina cualquiera.

V

Labarden era poeta. Aquí está el secreto de su acción, que lo hará aparecer ante la historia como el *promotor* de la primera casa de comedias, y la misma afición á las letras, que lo separó de su profesion, lo impulsó á manifestar en las tablas su intelectualidad. Aunque él no hizo la *Rancheria*, estaba satisfecho con verla funcionar. ¿Era dramaturgo? Lo ha demostrado con *Siripo*, y á haber vivido en Madrid, habría contribuido junto con Moratin y García de la Huerta á abastecer la escena. Era observador, é inclinado, por su carácter, á dar al arte una tendencia práctica, habría resuelto tambien el problema de su vida económica,—pero la *Rancheria*, destinada para bailes públicos, se quemó al fin, y á duras penas principióse en 1804 á construir *El Coliseo* (1).

Treinta y cinco años tenía Labarden, y once hacia de su aparición en público en los exámenes de filosofía del Dr. García Posse en San Cárlos. ¿Qué había hecho entretanto? Despegado de su profesion, nos lo imaginamos, como tantos aficionados á la literatura, haciendo vida de estudiante en el hogar. Pocos libros había entonces,—pero en los que heredaría de su padre ó en la biblioteca de Maziel, tenía los suficientes para nutrir su afición á las letras y enterarse del movimiento intelectual. Su carta á D. Manuel Basabilbaso remitiéndole una *Loa*, para que el censor del *Siripo*, Oidor D. José Marques de la Plata, manifestara su parecer, lo muestra enterado de la literatura española y extranjera. Era moda, á imitación del teatro antiguo, que todo autor dra-

(1)—Levantóse en la esquina de Rivadavia y Reconquista, donde se construyó despues el teatro Colon, llamado entonces el *Hueco de las Animas*. Interrumpida la obra, incendióse en 1832.

mático precediese su obra de una loa, que versaba generalmente sobre algun asunto conexo. Era un prólogo obligado. Labarden, teniendo en cuenta el destino de los fondos de la Rancheria, sacó de allí su argumento, para casar,—segun su expresion,—á Siripo con la Inclusa. «No se vió más apretado Fray Gerundio para encontrar en el Paralipomenon al Mayordomo Cañavate,»—agrega,—pero echándose á soñar, cayó en cuenta que *Hurtado y Lucia producen niños, que caben por el torno de la Inclusa.*

Dice que no ha querido hacerse original, aunque no habría encontrado á mal un diálogo *entre un perro y un marrano, sobre la mejor presa de un chiquillo expuesto.* Figuran entre los personajes: Acracia, Eusebia y Simetrio. Acracia es *violenta*, y Eusebia, *afable*. «Aquella no pinta sino con bermellon; todo es fuerte; estotra, todos son medios colores, y siguiendo el consejo: *sed sencillas como las palomas y astutas como las serpientes*, mete en la red á su contraria, sin que lo pudiese preveer. Simetrio es un buen ermitaño, y el coro es de hombres, esto es, de personas que son del último que habla y solo con un milagro se persuaden.» Implora enseguida «la caridad para el defecto del verso suelto, aunque Steele opina que cuando los versos son buenos, nadie se acuerda del consonante, y cuando malos, no los puede mejorar.» ¿Qué tal nuestro antepasado? No podía, en retórica, aparecer más liberal, y el apoyo de su opinion en el incisivo escritor ingles, demuestra que prefería la literatura libre y revolucionaria. ¿De adónde sacaba esta idea? El Oidor Plata, expresando su opinion sobre la *Loa*, dice respecto del carácter de Acracia: «Tiene mucho de la impiedad y *libertinaje* de los filósofos de *esta* era, entregada á su capricho y corrupcion. Se ve derramado, digámoslo así, el espíritu de *Rusó*, sin que se ataquen sus máximas con todo el nervio correspondiente, para extinguir y aniquilar el veneno que difunden.»

Escribiendo Rousseau el crítico tal cual se pronuncia, ¿cómo no lo había de tener en su contra? *Las Confesiones*, *El Contrato Social*, *La Nueva Heloisa* y *El Emilio* habían producido las controversias consiguientes y yacían en muchos de los estantes de nuestras bibliotecas para regenerar las ideas dominantes. Labarden, espíritu libre y social, sabía, apartando la degeneración moral de Juan Jacobo, sacar de sus obras geniales, todo lo que tenían de ideal y moral, para regular la marcha de la sociedad. Joven y asfixiándose en el escolasticismo de la *era* que maldice el Oidor Plata, distinguía el idealismo de la *impiedad* y la virtud del *libertinaje*, concurriendo al entierro de las preocupaciones añejas, que son las aberraciones del espíritu, para convertirse al liberalismo. Juan Jacobo sabía que era imposible la revolución política, sin precederla de una social en las costumbres, combatiendo las predominantes, desarraigándolas, y Labarden, que veía en muchas de las doctrinas de *El Emilio*, la emancipación de la juventud, se plegaba, desde su humilde retiro en una colonia española, á la evolución que causó aquel genio desde mediados del siglo XVIII.

Labarden nos hace acordar á esos estudiantes que, de la noche á la mañana, se plantan ante su familia y compañeros, exclamando: «¡No sigo la carrera!»,—y seducidos por alguna pasión científica ó literaria, se encierran en su cuarto, y dejándose crecer el cabello, se ponen á estudiar mayormente. Si se trata de filosofía, Hegel es el culpable; si de ciencias físico-naturales, los análisis, y de literatura, generalmente Rousseau. ¡Ah, Juan Jacobo! ¿A cuántos jóvenes no hemos visto por *El Emilio* abandonar los maestros, las aulas y los textos para estudiar en la naturaleza? Allí, en los campos, en la calle, con la observación, meditando, estaba la escuela verdadera y generadora del espíritu. Si Labarden no hizo lo mismo, porque estaba doctorado, sentíase, con todo de tener treinta y cinco años, restringido en todas

direcciones por el estado de la ciencia y el arte, y buscaba, para expandirse, los autores antiguos ó extranjeros, donde hallaba mayor florecimiento.

El destierro del gongorismo por los clásicos del reinado de Luis XIV, bajo la influencia de la dinastía de los borbones, habíase operado decididamente. Racine y Corneille sustituyeron en la escena á Calderon y Lope de Vega; las reglas de Boileau, popularizadas por Lujan, eran leyes soberanas; la imitacion de las ideas y gustos franceses se extiende, y el mismo García de la Huerta, reaccionario de las glorias nacionales, se plega á la evolucion, escribiendo tragedias modernistas,—pero separados por la distancia y subyugados por administraciones atrasadas, que concretaban la vida pública á la judicatura y el mezquino expedienteo, no nos llegaban ni los ecos de tales progresos literarios. La afectacion gongórica, impuesta por Gracian, dominaba; los clásicos, eran los mismos, y los que como él, en medio del letargo colonial, pensaban por amor al arte en las bellas letras, no tenían más espíritus independientes que Rousseau ó algunos humanistas ingleses, porque los enciclopedistas no habían franqueado aun el océano. Quizà hubiese leído algo de Diderot ó D'Alambert, pero como á Juan Jacobo, á hurtadillas, porque estaban poco menos que excomulgados por la hipocresia de la ignorancia.

Tal era el estado intelectual de Labarden en 1789. Lo conocemos por la carta á su paisano Basabilbaso, que es documento irrefutable,—pero tenía ya fama de poeta por varias poesías y sobre todo por la sátira en que se propuso desagraviar á las musas de nuestro parnaso en su

COLECCION
DE VARIOS PAPELES APOLOJÉTICOS
EN PROSA Y VERSO
QUE EN OCASION DE HABER ENCONTRADO
EL SANTO VIÁTICO Y SEGUIDOLE
EL ACOMPAÑAMIENTO DEL REAL ESTANDARTE
HAN CORRIDO EN BUENOS AIRES
ESTE MES DE NOVIEMBRE
DE 1786 (1).

La cristiana accion del virey Loreto en la tarde del 10 de Noviembre de 1786, cediendo en plena calle su carroza á un sacerdote que iba en mula á llevar el viático á un moribundo, dió lugar, como se recordará, á que Maziel escribiera unos sonetos en su loor y que otros le contestaran. Cayó sobre la ciudad tal *turbion de papelones*, que no faltaron quienes tuvieran á menos nuestras musas y el ingenio de sus cultores. Labarden, inquieto, y que no esperaría, en el letal silencio en que se desarrollaba su juventud, más que una ocasion para ensayar sus alas, salió á la palestra, y reuniendo todas esas elucubraciones, formó la mencionada *Coleccion*. Agregó á ella la sátira de su cosecha, que aparece como obra de la juventud (2). Llamábale á Maziel:

doctor que sigue las huellas
Del Demóstenes Italo, que imita,
Cuya prosa se sube á las estrellas.
Porque ello es cierto que el poeta nace,
Y el que no lo sacó del menudillo,
En vano la mollera se deshace.
Por esto hay de Pomponios baratillo,
De galenos el número da grima,
Y teólogos andan á porrillo;

(1)—Con notas al canto de un imparcial y conclicencia del Sr. de Delo

(2)—En la pág. 301, tomo 5, de los Papeles de Seguro, vése este encabezamiento: «Al fin los estudiantes del pais se han cansado de oír desatinos y decir desvergüenzas á su patria y han manifestado su justo enojo contra las musas del Callao, ordenando entre muchas la siguiente sátira.

La manera de principiar esta composicion nos parece muy digna de recordarse:

Yo no nací poeta, ni presumo
Que con las hojarascas del Parnaso
En torno de mi féretro hagan humo.

No creo que he probado por acaso
Las virtudes del agua que concibo
Que sabe á la pezuña del Pegaso.

Los sonetos de Maziel y sus críticas originaron saetazos que hirieron el sentimiento nacional, porque Labarder agrega:

Más cuando los agravios apercibo
Que se hacen á mi patria, me preparo
Excusa racional en el motivo.

Parece que entre los tales críticos hubo extranjeros, porque dice:

Ni que yo espere aplauso será raro
Cuando escucho aplaudir por las tabernas
De Códros trasandinos el descaro.

El gobierno entonces ejercía, por medio de la policía, la censura prévia, y exclama:

¡Oh tú, que dignamente nos gobiernas!
Culto censor de nuestra policía,
Si el celo alguna vez con ocio alternas.

Y llega por acaso la voz mía
A distraer tus graves atenciones,
Ensayá tu nativa bazarria.

Yo te pido, señor, que me perdones,
Si me atrevo á ocupar en tu defensa
Del rústico laud indignos sonos.

Y refiriéndose al motivo que inspira sus estrofas, dice:

Sabe la causa, sabe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria
Por alguno que apoca tu despensa.

Respecto á los individuos que anduvieron mezclados en este pleito literario, agrega:

Y que entre la carnívora centuria
Que evita de su gula los desmayos
Disfrazada en obsequio la penuria,

Al reclamo hospital de tus lacayos
No solo buitres, como yo creía,
Sino tambien acuden papagayos.

¡Mal ensayo tuvieron en nuestra tierra las musas!
¿Acaso porque á un individuo, fuera ó no clerigo, se le antojase escribir unos sonetos sobre un suceso público, muy digno de llamar la atencion de una culta ciudad, había de rayar el alboroto casi en el escándalo? ¿Era la poca costumbre de oír versos? No podía ser la primera impresión, porque en otras partes las alboradas poéticas han sido recibidas de buen humor y como rayos de luz que despiertan los ingenios adormecidos.

Y retrotrayéndose á los sonetos culpables, dice dirigiéndose siempre al Censor de Policía:

Tu no ignoras, señor, que el otro día
Entre sabios y necios comensales
Que corteja y tolera su hidalguía,

Algunos de Helicon seudofiscales
A par de los relieves de tu mesa
Mandaron dos sonetos garrafales,

Parto inmaturo que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un soneto poca empresa (1),

Algun docto con frase comedida
Mostrará de aquella obra los defectos
Sin exceder la critica debida.

(1)—Estas últimas palabras son de Maziel, al defenderse de los sonetos.

Dirá los consonantes incorrectos,
De algunos pensamientos la lindeza
Y los que tal vez haya mal electos.

Acaso notará la lijereza
Al que á las fuerzas de la ciencia fla
Lo que no concedió naturaleza,

Y dirá cuando más sin burlería
Con tímidas razones aunque bellas
Que no se adquiere el don de poesía.

Compara enseguida á Maziel con Ciceron, y refiriéndose á la abundancia de retóricos, médicos y teólogos, continúa:

Más de poetas de cabal estima
Mucho será se cuenten dos docenas
Como no se enumeren los de Lima.

Debían causarle poca gracia los de la ciudad de los Incas, porque se expresa:

Allí, sí, que, fecundas las Cameuas,
Alumbran partos mil cada semana,
Por quita allá ese par de berenjenas;

Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
A su padre, el Marqués, una banana;

Y como el vulgo bárbaro repite
Sus glosas por la calle, se persuade
Que con Quevedo y Góngora compite.

Y comparando con lo que pasaba al respecto aquí, dice:

Por acá es al revés: para que agrade
El juguete más digno de Talla
Es preciso que Febo le traslade.

E inspirándose en el patriotismo, agrega

El pueblo que de libre se gloria,
Produce nobles almas, que á ninguno
Quisieran conceder la primacia.

Comparando siempre, continúa:

No este vulgo vil de color bruno
Que cualquiera sandez de un viracocha
Aunque de todas letras esté ayuno,

Le parece de almibar y melcocha
Y á ensalzaria por juro de conquista
Los beodos gznates desabrocha.

O dígalo del pobre romancista
La musa que con cuatro pelotones
El nido de las águilas atrista.

Diga el escarabajo los blasones
Con que distingue sus hediondas trovas
Un pueblo que por fin gasta calzones.

¡O, musa que sacudes las alcobas
De la casa de locos de mi testa!,
Cuidado como agora te me adobas:

Cuéntame de cada uno la respuesta,
Pues ya que te arrufaldas de divina,
Debes haberte hallado en toda fiesta.

Mi triste chimenea deshollina,
Y si esta diligencia no es bastante,
Sóplame una Febea melecina.

Contraése enseguida á relatar lo sucedido:

Las décimas volaron, y al instante
Resonaron inmensas carcajadas,
Riendo tras los doctos el pedante.

Ocurrieron lectores á manadas
Como en noche de viernes cercar suelen
La que en la esquina fué las pescadas.

Uno dijo al oirlas: «¡Cómo huelen
Las coplas á carnero de la tierra!
¡Si no son peruleras que me enmielen!»

«Mal año para el hijo de la perra,
(Un campestre añadió, dando un corcobo)
¡Y faltan conchavados en la hierra!»

Dijo un escolarcillo que no es bobo:
«De Lobo la mitad tiene el poeta;
Más con otra mitad no será Lobo.»

Un gallego tambien de cuchufletas,
Sin acabar se fué refunfuñando:
«Para gaitas, nun es la chanzuneta.»

Un guarda sus encaros preparando
Gritó. «Favor al Rey, ¡el papel venga,
Que este género es de contrabando!»

Se le lleva si no hay quien le contenga,
Y fué no sé que quidam de peluca,
Que despues de toser hizo esta arenga:

«Señores, esta cosa me trabuca,
Léamos el papel con más cuidado,
Porque se me ha fijado acá en la nuca:

No es poeta el autor por decontado:
Convéncelo el asunto que critica
Como á las Musas poco acomodado.

La diestra vena todo lo amplifica
Y sobre los arrullos de una gata
Versos y pensamientos multiplica.

Aqueste mismo caso que se trata,
¡Cómo lo revelara si quisiera
Algún númen del Rio de la Plata!

Pues no es la de este tal Musa ratera
Que sin criterio ni sin justo tino
Las dulces espinelas adultera,

Acomodando el metro granadino
A la punzante sátira brinda,
Más propia del Itálico asesino.

Y lo que peor es, descomedida
La grosera sentencia de estos versos
Que de un candil ardieran por torcida,

En conceptos vulgares y perversos
Con vapores pestíferos empaña
El honor de cristales más que tersos;

Pues cuando lanza su indijesta saña
Contra pueblo que alguno juzgaría
Grato solar de la civil España,

Zahiere con soez chocarrería
El mérito de aquel que tiene á cargo
Velar sobre la urbana policía».

Mil cosas dijo el criticon amargo
Que yo quiero dejar en el tintero,
Porque apuntarlas fuera cuento largo.

Sólo le ví poner pajizo y fiero
Cuando volvió á leer la bella frase,
(Pueblo incivil) que injiere el majadero.

Temí que de furor se desmayase
O que segun los dientes apretaba
Sin la mitad de su lábio se quedase!

Y temblando el concurso preguntaba:
«¿Quién será el poetilla mendigante?»
Y tamaños ojazos rodeaba.

Hallábase junto á él un estudiante
Y respondió de pronto: «Yo me abismo
Que aun esteis del autor tan ignorante.

Hartas muestras nos da su estilo mismo,
La mestiza dición poco sonora,
Pues el «donde un enfermo» es cholimismo.

Las leyes que citando deshonora,
En odio á nuestra patria, todo ostenta
El tal Duque de Nájera do mora».

«¡Ah!,—dijo el pelucon,—caigo en la cuenta,
Yo no sé el poetastro en qué se funda,
Quitenme ese papel que me revienta».

A trabarse volvió la barahunda:
El guarda le pedía por su fuero
Y mostraba una cara furibunda.

Queríale á revueltas un pulpero
Para envolver ají (no sin justicia)
Y un boticario entraba de tercero.

Métese por los cascos la codicia,
Armase una tremenda sofacoca,
Uno vota, otro llama la justicia;

Más viendo disputar una bicoca,
Y andar muy cerca ya las puñaladas,
Un soldado les puso punto en boca,

Y enviando de vanguardia dos puñadas,
Y mostrando de reserva un gran guijarro,
Llegó Cortés y dijo: «Camaradas,
Yo tomo este papel para un cigarro.»

Esta sátira hizo callar á los aristarcos y orijino el silencio sobre este asunto desgraciado que terminó con el destierro y la muerte de Maziel.

Su concepcion es audaz,—su versificacion, suelta,—su pensamiento, libre de trabas y supersticiones, y demuestra un conocimiento general de los autores españoles. No sólo ha estudiado sus obras originales, sino tambien sus comentarios, y aparece versado en la historia de la literatura peninsular, de la que la nuestra era entonces apenas una rama. Esta era su erudicion, que San Carlos, por su escolasticismo, no podía ofrecerle. Adquirióla solo, en el hogar y con los pocos libros que podría obtener en nuestro divorcio intelectual con la madre patria y el mundo entero. Al atestiguar su sed de saber para desarrollar su gusto estético, fluye de sus ideas un liberalismo con tendencias democráticas. *Un pueblo que de libre se gloria, que produce nobles almas y que á ninguno quisiera conceder la primacia*, es un pueblo dotado, por su orgullo nacional, de un instinto marcado.

á la soberanía. Es libre,—tiene todos los instintos de la libertad; sólo fáltale una ocasion para independizarse. Esto es lo que, sicológicamente, significan esas estrofas.

La independencia política precedió á la intelectual. Científicamente, la preparó Maziel en San Cárlos, al frente de los Chorroarin, de los Montero, de los Camacho, de los Fernandez, de los Gomez, etc., etc., y en el sentido literario, Labarden, relegando al pasado el culteranismo de los Gracian, sigue las huellas de los Alvarez de Toledo y de Lobo, encabezados por el padre Feijóo. La independencia es cuestion moral de una generacion. Producida, la emancipacion viene á ser un fenómeno material, ocasionado por cualquier suceso histórico. Esta es la obra social de los hombres superiores, despertando en sus contemporáneos la inteligencia y la conciencia, y si ese pueblo *se gloria de libre y produce nobles almas*, puja inmediatamente por su soberanía. ¿Cómo se produce esa reaccion? Por medio de las ideas,—y pueblos como el nuestro, sujetos todavía á la tutela del coloniaje, tenían abierto el campo de la ciencia y el arte. Allí, en sus vastos horizontes, espíritus liberales, francos y dotados de la más expansiva sociabilidad como Labarden, abrían ancha brecha. Simpáticos, derramaban la sal de sus chistes ó lucían los relámpagos de sus sátiras, iniciando rumbos. Araban y sembraban.

Cuando pienso en la influencia intelectual de Labarden en nuestras letras, no puedo menos que compararlo á Lujan. Como el autor de *La Poética*, formóse en el clasicismo greco-romano, y enriqueciendo su cerebro en el renacimiento, trata con una literatura liberal de abrir una era al pensamiento nacional. «¡Abajo hipocresías! Todo se puede decir. Dígase lo que se piensa y lo que se sienta.»—parece ser su divisa, y hombre sano, profundamente amable en el fondo, tiene en sus lábios siempre la risa de Beaumarchais. Gracioso por temperamento, el chiste es su arma, que entra y corta sin dolor,

por la sugestion simpática de su bondad. Todo se le podía oír, porque sus frases carecían del veneno de la envidia ó de la maldad, y como, íntimamente, era un filósofo, hallo en los enciclopedistas, inspirados por Voltaire, la raíz intelectual de este libre pensador, que no pretendió invadir el fuero de las creencias, sino simplemente pensar libremente en materias literarias. La literatura era para él, lo que debe ser: un arma social.

¿No es la literatura la expresion de las ideas y los sentimientos? ¿No es la misma retórica un conjunto de reglas del buen gusto y la experiencia? ¡Las épocas!—se dirá. Labarden no entendía de estas imposiciones, que consideraría sugestiones del espíritu público, al ver dominar un culteranismo hinchado de afectacion y falsedad y que pretendía seguir dominando. ¡La escuela de la decadencia!—exclamaría,—al ver á un pueblo vegetando en la contemplacion de sus propios defectos. Esta fuerza, para contrarrestar los errores de su tiempo é imponerse á ellos, sácala el hombre de la vida subjetiva, formándose solo. Allí, en relacion únicamente consigo mismo, nútrese de ideas, se fortalece, adquiere la conciencia de su personalidad, y sale al mundo, libre, soberano, para luchar. Si se abre paso, siembra ideas, y si cae vencido por las preocupaciones, deja siempre, con sus propios pasos, arado el terreno recorrido. De todas maneras, se triunfa: él, recojiendo gloria, y la humanidad, la herencia de su pensamiento, para perfeccionar y agitar á todos los vientos la bandera de la civilizacion. «¡Formarse solo! Vivir solo consigo mismo!» Hallo en estas frases, toda una escuela de educacion,—la escuela de los pensadores, fundada en la perfeccion sucesiva de sí mismos, y en la que espera la humanidad todos sus progresos.

VI

¿Dónde vivió el poeta Labarden? En la esquina de Bolivar y Alsina. Esta casa era entonces de un sólo piso, y pertenecía á su madre, D.^a Josefa Aldao de Labarden, por herencia de sus padres. Era el hogar paterno. Allí vivió su padre y nacieron él y todos sus hermanos. Moraban en comun con la renta de su madre y la pension que les acordó el virey, pasando la existencia de aquellos tiempos, hasta que dos acontecimientos vinieron á quebrar su apacible monotonía. Era el uno luctuoso: el fallecimiento de su hermana Juana, casada con D. Ramon de los Reyes, Capitan del Regimiento de Burgos, el 14 de Octubre de 1791 y enterrado enfrente, en la Iglesia de San Ignacio, y el otro, congratulatorio, pero que ocasionaría sin duda su separacion del hogar. Nos referimos á su matrimonio en 1793 con D.^a Celedonia Manuela de la Quintana.

Largo fué este noviazgo. Como ambos eran primos hermanos, porque Celedonia era hija de D.^a Escolástica de Aldao, hermana de su madre D.^a Josefa, su padre, D. Manuel de la Quintana, Coronel de los Reales Ejércitos, Capitan de Granaderos del Regimiento de Infantería, tuvo que presentarse en 27 de Febrero de 1792 al Cabildo Eclesiástico solicitando dispensa. Así lo exijían los procedimientos, no obstante de tener ella veintitres años (1). Para que os formeis una idea de su lentitud, que puso á prueba la paciencia de los novios, diré que la dispensa otorgóse recien á los seis meses (2). ¿Creís que todo estaba terminado? Faltaba la licencia. Concedióse al fin el 11 de Abril de 1793, es decir, al año y dos meses de iniciado el expediente. ¿Y qué diremos

(1)—Nació en esta ciudad el 3 de Mayo de 1769.

(2)—14 de Agosto de 1792.

de las penitencias? Cada uno debía durante diez y seis días rezar el rosario á María Santísima y ayunar los Viernes; no pudiendo esto último, que hiciesen las oraciones de rodillas; que Celedonia fuese por ocho días al Hospital de San Miguel para servir la comida á los enfermos pobres, haciendo cada vez una cama, y D. Manuel tuvo que ir ocho veces al Hospital de los Betlemitas (1) á lo mismo, además de sus correspondientes camas (2). Lógico es creer que este matrimonio lo separaría del viejo hogar, porque el casado,—como dice el refrán,—casa quiere.

Después viviría en Belgrano esquina Defensa y Belgrano entre Bolívar y Defensa, como nos lo refirió de palabra el Dr. D. Vicente F. Lopez. Contónos el ilustre historiador que estando en el primer punto, una mañana cierta señora que acompañaba á su familia le pidió una jarra para sacar agua, y él solo pudo alargar el brazo fuera de la puerta, porque estaba desnudo. Tenía la costumbre,—decía,—de levantarse en paños menores y envolverse en una capa. Así trabajaba y se pasaba toda la mañana hasta que almorzaba y salía á la calle. En el segundo domicilio, ocurrióme un incidente que quedó grabado por largo tiempo en la memoria de sus contemporáneos. Fué á visitar á su esposa una señora; debía ser principal, porque iba en carroza, y al despedirse élla, los esposos Labarden la acompañaron, como es costumbre, hasta el corredor,—pero el poeta quiso ser más galante: fué hasta el zaguán,—de ahí á la puerta de calle, y al fin hasta el carruaje, donde su mano no pudo menos que alargarse y abrir la portezuela. Fué que la dama caminase despacio por su robustez ó que

(1)—Estaba situado esquina Méjico y Defensa, donde hoy está la Casa de Moneda.

(2)—Véase en la Curia Eclesiástica el expediente de su referencia.

Labarden no guardase bien, al compas del andar, la distancia en estas ceremonias, lo cierto es que, al bajar la vereda, le pisó el vestido de seda. No obstante la sonrisa femenina en estos casos, tan presta siempre para parar disculpas y turbaciones, vió empañados en un instante sus antecedentes caballerescos, y sin perder su habitual sonrisa, que le atrajo la simpatía de todos, hizole una profunda referencia, saliendo del paso con una estrofa improvisada por el suceso y que ponía de relieve la bondad tradicional de la mujer argentina para excusar sin rencor yerros semejantes.

El jóven cumplía cuarenta años y se convertía en hombre, recargada su responsabilidad con su nuevo estado. En una carta dirigida á un amigo, aconsejándole que encaminase á su hijo al comercio, decíale «La teneduría de libros fija naturalmente las ideas, enseña á discurrir con precision y á comparar ganancias y pérdidas,»—y hallándole el «gran defecto de ser despegado al dinero,» agrega: «este es defecto de consecuencia, que debe Vd. tratar sériamente de quitarle». ¿Eran sugestiones sociales? Nó,—así era el Dr. Labarden. Hombre sano, activo, social, alegre y enérgico, amaba la vida cerebral,—pero la vida cerebral que tiene su base en la especulacion y la lucha de los intereses. Amaba el trabajo, el trabajo que hace al sér fuerte y poderoso. El comercio y las especulaciones, con sus alternativas bur-sátiles, eran su destino,—pero sólo aquél existía en el coloniaje y de una manera tan lánguida que no era para atraer un espíritu ambicioso de fortuna. Las industrias no habían nacido, y su amor á la naturaleza llevólo á pensar en hacerse estanciero.

Ya que hablamos de su vida privada, nos referiremos á unos paseos que daba á principios del siglo XVIII. Conversando una vez con el Sr. D. José C. Borbon en su casa acerca de la transformacion del barrio de la Recoleta, nos decía: «Todo esto, en tiempo del coloniaje,

eran montes. Allí, enfrente, había un caballero español, que tenía una gran quinta que daba hasta el bajo...» Como me gustara el personaje encerrado entre los árboles, requerile mayores datos. «Era un rico señor,—me dijo,—que daba comidas y los domingos iban á visitarlo los Doctores D. Domingo Azcuénaga, D. Manuel Basabilvaso, Labarden, Banfi, etc., etc.» «¡Labarden! ¿El poeta?...» «Sí, el autor de la Oda al Paraná. Venía á caballo casi todos los Domingos...» Esta figura de centauro, envuelta en capa, viniendo del centro á la carrera, para perderse entre el bosque de la misteriosa mansion, quedóme impresa en la memoria. ¿Sería porque el Sr. Borbon no podía darme mayores pormenores? Quizá. Así es la imaginacion: prefiere pocos colores, para terminar el cuadro con los de su propia fantasía; lo cierto es que, á pesar de los veinte años transcurridos, cada vez que pienso en Labarden, se me aparece á caballo y se me pierde al galope como un personaje de Byron. No lo puedo arrancar del corcel. Y le sentaba tan bien, que parecía verdaderamente un centauro!

En mi escrito sobre el Dr. D. Juan Manuel de Labarden, dije que, durante lo consideré el poeta, nunca hallé relacion entre su vida ampulosa y séria con sus tituladas poesías; sin dudar, no ví esa trabazon entre los seres subjetivos y sus obras,—pero cuando lo recordaba á caballo, entrando al galope por el portal de la mansion del caballero español, para perderse todo el día entre los talarés y naranjales, parecíame extraño, porque conocía su matrimonio en 1750 y no podía darle entonces menos de setenta años. Exclamaba para explicarme: «¡Es un viejo guapo!»—y si me hubiese oído el Sr. Borbon, quizá, con mayores reminiscencias del hogar, me hubiese agregado: «Nó,—si Labarden era jóven aun,»—y entonces habría nacido tal vez en mi cerebro la sospecha, que produciría despues la duda y al fin al verdadero poeta.

VII

Volvamos á Siripo. Era una tragedia en tres actos. ¿Conocéis su argumento? Es histórico, sacado de la conquista.

El 1.º de Abril de 1526, el marino veneciano don Sebastian Gaboto, al servicio de España, sale de Sevilla al frente de cuatro naves con el propósito de explorar esta parte del nuevo mundo. Entra en el Plata, descubre el Paraná, y funda en la embocadura del Carcarañá, á la izquierda de aquel río, el fuerte de Sancti Spiritus. Clava allí la bandera de Castilla, y deja esta primera posesion de nuestro suelo al mando de Nuño de Lara, remontando hasta las cataratas del Iguazú (1). Poblaban esa parte de Santa Fé los Timbúes, tribu de indios mansos y pacientes. Las relaciones entre los soldados españoles y los naturales seguían siendo cordiales, aseguradas principalmente por la energía de Lara,—pero una pasion salvaje, concebida por el cacique Mangoré por la esposa del oficial D. Sebastian Hurtado, vino á mezclarse de una manera fatal. ¿Qué creís que resuelve? Robarla como los Troyanos á Helena,—ni más ni menos. Urjida la guarnicion por víveres, sale el capitán García con cincuenta soldados á buscarlos, y Mangoré, que expiaba una ocasion favorable, la elije. Presentase á Lara con treinta de los suyos, humilde, protestando sumision y cargado de subsistencias. El hidalgo gefe, incapaz, por su ingénito valor, de creer en felonías, recibió afectuoso á los mensajeros y les agradeció los subsidios. Era la tarde, y Mangoré, á favor de las sombras, imploró hospitalidad. Fuéles concedida, é invitados á cenar en la misma mesa de los españoles, bebieron y brindaron muy sumisos. Cuando el

(1)—Diciembre 22 de 1527.

sueño invadía á tódos, Mangoré sale afuera, donde estaba acuartelado su hermano Siripo con cuatro mil indios armados, y regresa al frente de ellos. Avanza,—prende fuego á la sala de armas, y en combinacion con sus secuaces de adentro, pasa á cuchillo á los cristianos. Los pocos que, como Perez de Vargas y Oviedo, pudieron defenderse, fueron las primeras víctimas,—pero el intrépido Lara tuvo la satisfaccion de traspasar, en combate singular, al felon Mangoré con su espada. La iudiada se retiró á sus aduares, llevando prisioneras á algunas mujeres y niños, únicos sobrevivientes de aquella carnicería.

Siripo, sucesor en el cacicazgo de Mangoré, experimenta, ante la vista de Lucía, la misma impresion salvaje. Despiértanse sus instintos sensuales,—pero Lucía, consternada por su cautiverio y la separacion de su esposo Hurtado, que había partido entre la comision de cincuenta soldados á buscar víveres, resiste á sus seducciones. Hurtado la amaba con frenesí, y al regresar al Fuerte y no ver sino cadáveres, presume, en su aficion, lo sucedido, y se presenta en el campamento de Siripo, decidido á seguir la suerte con Lucía. El cacique, contrariado por su inoportuna aparicion, decreta su inmediata muerte,—pero lo salvan las súplicas de Lucía, bajo la condicion de no mirarse más y elegir él una mujer entre las timbúes. Afirma el Dean Funes que Siripo, por contribuir á ganarse el corazon de Lucía, permitió al fin que se hablasen de vez en cuando. Fuése quizá para medir la profundidad de la pasion y ofrecerles acechanzas, lo cierto es que, sorprendidos en mútuos coloquios, mientras, con las lágrimas en los ojos, se juraban tal vez amor eterno, fueron condenados á morir,—élla en la hoguera, y él, á saeta contra un árbol.

Rota la alianza entre los timbúes y los españoles, este inicuo crimen, en forma de castigo, los separó más aun, á

punto de que el Capitan Mosquera, gefe del resto de las fuerzas, no pudo menos que abandonar á Sancti Spíritu, navegando de costa en costa hasta el puerto Iguá, distante veinticuatro leguas del establecimiento San Vicente de los portugueses. Con esta retirada, quedaba evacuado por tercera vez el Río de la Plata, quedando triunfantes los indígenas y desalentado el espíritu de conquista.

¿Qué tal el argumento! Dentro de un marco de edificante civilizacion, el amor más tierno y desgraciado y lleno de zozobras. ¡Qué ocasion para Shakespeare! El drama Otelo no es más completo. Suponed que Lucía sea Desdémona; Otelo, es Siripo; hay un Yago, que es Yara, y para que nada falte en el paralelo, aparece tambien el padre de Lucía con el nombre de Miranda. Conócese que Labarden ha estudiado al trájico inglés. Téngase en cuenta ahora que nuestro poeta era argentino, que este drama sangriento se desarrolló en su patria, que se trata de la primera sangre derramada en esa conquista, dividiendo para siempre á los cristianos de los infieles, y se verá que no pudo inspirar su númen en mejor episodio de la historia americana. La trama del acontecimiento es completa, trascendental, y con toda la filosofía que comporta la civilizacion en pugna con la barbarie.

Solo existe del Siripo el 2.º Acto, que el Dr. Gutierrez nos ha hecho conocer. ¿Pereció el resto en el incendio de la Ranchería, donde se guardaría el repertorio? Nó,—porque, en tal caso, se habría quemado todo, y en 1813 salió otra vez á las tablas para celebrar las fiestas Mayas, por varios oficiales y aficionados. En la donacion del Sr. Olaguer Feliú á la Biblioteca Nacional he visto una escena de otro acto, y los Sres. Andrés Lamas y Dr. Vicente F. Lopez me dijeron que creían tener una cópia íntegra (1). ¿Qué se ha hecho este primer drama

(1)—Quizá aparezca cuando se vendan en subasta pública la biblioteca y museo del primero, y el segundo me dijo que estaba en poder de su hijo el Dr. Lucio V.

nacional? ¡Misterio! Perfectamente concebido, y ligado por pasiones en todas sus partes, para responder al conjunto y realizar el terrible final, acusa de parte del del autor una maestría que sólo pudo adquirirla, á falta de práctica, en el estudio y meditacion de los grandes maestros. Es tan soberbio y completo este drama, que debía ser la columna del futuro teatro nacional, siquiera en homenaje histórico á la primera sangre pasional de la conquista. No puede este acontecimiento quedar por más tiempo fuera de la escena,—y si el ingenio que debe acometer esta tarea, desmaya, ¿por qué no se completa siquiera el viejo Siripo? Vuelvo á repetirlo: este argumento, con el nombre de Lucia Miranda, Siripo ó Mangoré, debe ser, por su sicología y representacion, uno de los más ricos y magníficos de la escena. Si Skakespeare lo hubiese conocido, formaría á la cabeza de su repertorio, y no sería Otelo sino Siripo el caballo de batalla de su gloria!

Pero volvamos á Labarden. ¿De dónde sacó el argumento? No habiendo aun el Dean Funes publicado su Ensayo Histórico, no pudo sacarlo sino de la Argentina, de Rui Diaz. Bien poco dice este historiador. Skakespeare, al menos, tuvo la novela de Gualdi Cinthio. Así es el genio: toma un puñado de palabras, despreciadas quizá por sus contemporáneos,—las guarda en su cerebro,—las anima,—las sopla y sale un mundo, porque tales son, en la sicología social, un drama ó una novela. No queremos coronar á Labarden con tan supremo atributo,—pero Rui Diaz no le brindó más. Lucia Miranda no es sino la cautiva, que fué en nuestro desierto durante tres siglos el rehen de la lucha contra la barbarie y que inspiró á Echevarría su inmortal poema,—pero con un mérito más: existió, y su sacrificio fué real y positivo,—y esta sola idea arrebató la simpatía del alma, consagrada por el dolor que produce los mártires y los santos.

Miranda es otro cautivo; créelo muerto á Hurtado, y

no piensa entonces, ante la inmediata deshonra de su hija, sino salvarla por medio de la union sacramental con el cacique. Tenía antes que reducirlo al cristianismo. Dificil empresa, no creyendo los timbúes en otro Dios que el Sol. Parece que el español, para sacar de su error á Siripo, le dice que ese sol que adora no es Dios, sino una de sus tantas creaciones, aunque la más poderosa por el calor que presta al universo.

No es nuevo para mí cuanto me dices,—responde, pensativo, el cacique.

Y agrega:

Ni me juzgues de luces tan escaso
Que á la razon me niegue.

Prosigue, filosofando:

Antes de ahora
Mi espíritu buscaba el desengaño,
No pudiendo entender cómo Dios era
El que de otro mostraba ser esclavo.
Veía yo sus efectos invariables
Y que no era su curso voluntario:
Cual mísero mortal le contemplaba
Que procura en la noche su descanso.
Yo lo creo, ya ves: pero no es justo
En daño de mi mismo publicarlo.

Y considerando el cambio de religion respecto de su alta investidura, agrega:

Renunciar á la ley de mis mayores,
Es renunciar á un tiempo el cacicazgo.
Y por no arrodillarme á un Dios finjido
Que no me puede hacer ni bien ni daño,
Humillar para siempre la cabeza
Y en cualquier español tener un amo.

Refiriéndose á Lucía, despiértasele, por el reciente Cacicazgo, de tal manera el orgullo, que dice:

Mucho vale Lucía, más el precio
Que pides por su mano es demasiado
Para quien libre vió su primer día
Y ha empezado á gustar del dulce mando

Dice el Dr. Gutierrez que Miranda, al replicar á Siripo, apela á la honradez que sirvió de base durante cinco años á las relaciones entre españoles y timbúes, y aquél, con toda ironía, contesta:

¿Serán entre vosotros los varones
Que las dóciles hembras más humanos?
La fiereza de tu hija te desmiente.

Es una lástima que el Dr. Gutierrez, si tuvo realmente por delante todo el acto 2.º, no nos haya legado copia íntegra. Parece que Miranda, ante la indecision del indio, dícele que Lucía será suya, si, haciéndose cristiano, se casa con élla. Ahora calla por natural pudor, dice el Dr. Gutierrez. Entonces el indio se adelanta y le pregunta á la cáutiva:

..... ¿Dí, tú Lucía,
Merecedor me juzgas de tu agrado?

La bella española, aprisionada, sin esperanzas, contesta:

Cacique: cuando el nombre valeroso
Que los tuyos celebran, y de pasmo
Llena tus enemigos... Cuando el aire
Guerrero, que pregoná de tu brazo
El esfuerzo y valor..., cuando tus ansias,
Que supiste mezclar con ruego y llanto...,
Capaces no hayan sido de hacer tuyo
Un pecho de otro afecto ya ocupado,
Del honor que obséquioso me conservas
Y que sobre mi vida inútil amo,
La fuerza poderosa me reduce
Y el duro corazón hace más blando.

El perdón de la vida, el cautiverio sin esperanza y los sufrimientos no han arrancado del fiero corazón de la española el amor por su esposo,—pero la han abatido, preparando quizá una futura rendición. En esto, oyesse á la distancia una gritería, dice el Dr. Gutierrez. Es el anuncio de un comisario del fuerte del Espíritu Santo. Todos, en la escena, se perturban, y Lucía se desmaya. El cacique, sospechando, ordena que sus soldados la lleven afuera. El comisario aparece rodeado de indios armados. Es Hurtado,—pero oculta su nombre,—y esta es una novedad introducida por Labarden para aumentar el creciente interés. Su entrada es magistral.

Salud goceis, cacique, el fuerte y bravo,
Que estas playas domina.

Siripo no le contesta con menos arrogancia:

El Dios de España
Te guarde. ¿Dí, qué buscas, buen soldado?

Hurtado finjese emisario de Lara, muerto en el asalto de Mangoré. Quiere Labarden suponerlo vivo, para que Hurtado, invocando sus órdenes y el nombre del Rey Carlos, pueda convencer al cacique que le es preferible someterse al fuerte del Espíritu Santo; de lo contrario, agrega:

A sufrir su venganza preparaos

Siripo contesta que son vencedores.

De miseros dispersos que huyen
La inevitable fuerza de los dardos.

Y no está para humillarse. Repróchale á Hurtado que los españoles, por haber tenido siempre las manos armadas, nunca pudieron tenderles las de la amistad,

y que, desde que llegaron á esas playas, no hicieron sino avergonzarlos con sus grandezas. Dice:

Y las altas almenas de los fuertes
Asombran la humildad de nuestros ranchos.

Echale en cara tambien que arrasaron con todas sus tradiciones:

Los nombres en señal de señorío
Habéis á nuestras cosas ya mudado.
El pariente del mar, Paraná grande,
Es Río de la Plata; el rico lago
Apupen, ya se llama de Santa Ana.
Porque á Sancho del Campo le agradaron
Sus buenos aires, este nombre llevan
Sus fértiles orillas!....

Es la fábula del lobo y el cordero al borde de la laguna, — pero Hurtado, para probar que es emisario de fuerzas aun poderosas, responde con enerjía:

No con falsos
Y aparentes pretextos se disfrazá
La hazaña prometida. Esos dictados
Nuestro descubrimiento solo prueban,
Porque los que son propios ignoramos.
Por defenderos, mal correspondientes,
La cota y espaldar nos han gravado.
Armas que hienden son y no cadenas
Los hierros que os pusimos en las manos:
Hicimos nuestros vuestros enemigos,
Contra ellos fortalezas levantamos,
Que pedisteis vosotros y mil veces
Del peligro y la muerte os libertaron.

Estas razones parecen convencer al cacique, quien ofrece su diestra en señal de conciliacion.

Mi mano es de la paz firme resguardo.

Hurtado, haciéndose de firmeza, contesta con estos dos magníficos endecasílabos:

No es tiempo ya de creeros. No hay remedio:
¡La guerra ó el dominio castellano!

Continúa una escena entre Siripo y Hurtado á solas. Pregúntale el indio, con dulzura y diplomacia:

¿Con que no ha de haber medio! ¿Los agravios
No tendrán nunca fin?

.....

¿Si este día fuera dable,
Que nosotros la fé que profesamos
Por la vuestra dejásemos?.....

.....

.....

¿Arte de persuadir será la guerra?

A esta altura, Lucía aparece por la boca del mismo Siripo. Dice que es una hermosa mujer y que presto va á tener el mando de sus dominios, porque *coronará sus dichas con la guirnalda nupcial*. Hurtado, que hace el papel de ignorar la suerte de Lucía, pregunta sorprendido:

¿Qué española!

.....

¡Dios piadoso!

Y como le preguntara á Siripo si ella lo amaba, él contesta indignado:

¿Qué te admira!

¿No soy uno tambien de los humanos?

¿De un jóven vencedor á las ternezas

Que se rinda Lucía será extraño?

Hurtado usa del recurso de hacer pasar á Lucía por fementida, amando á otro hombre, cuando yace tendido sobre el campo el fresco *cadáver del esposo* (sic!).

Dice:

¿En término tan breve pudo amaros?

Siripo, ignorando que Hurtado sea el esposo, contéstale con este verso terminante:

Para amar un instante solo basta.

Y hace enseguida un retrato encantador de Lucía, agregando que, agradecida al perdon de la vida, no ha querido abandonarlo. Hurtado, ante tal revelacion, entra en sospechas de su fidelidad y quiere verla. El Cacique la manda llamar. Entre tanto, Yara, favorita de Siripo, trata, por celos, de encender la venganza en el corazon de Hurtado, y le dice:

Y si para arrancarle las entrañas
Fuerza te falta, te tendré yo el brazo.
.....
.....

Viene despues una escena entre Miranda y Hurtado, á quien creía muerto,—pero éste, creyendo á aquél consentidor del enlace de su hija con un indio, le desprecia y le hace sérios cargos. Hurtado tambien se queja de Lucía, y dice:

Su perfidia
Los lindes del pudor ha quebrantado.

Miranda exclama, triste:

¡Qué buen acojimiento la previenes
A una mujer del débil sexo lauro,
Que por medio á los riesgos de los mares
Y el furor de las guerras arrastrando,
En tu seguida vino encadenada
Por tu amor a lugares tan extraños!

Hurtado, dice:

Es mujer, y es mudable, y es

Afirma que se ha rendido ante los ruegos ó amenazas de Siripo. Miranda preguntale que cómo cree que tamaña beldad se entregaría á un salvaje tan horrible y asqueroso,—y Hurtado contéstale que él conoce su delito. Aquí el padre protesta y estalla. Dicele:

Comienza tu venganza desde luego.

Y agrega:

Indigno es tolerar agravio tanto.
Para estos casos el honor te ciñe
El duro acero que te pende al lado.

Termina enojándose:

¡Mal mirado rapaz,—exclama,—no son mejores
Que los buenos Mirandas los Hurtados!
¡Ingrato!

Descubierto Hurtado, entra el indio Cayumári, amigo de los cristianos, y le dice que se salve,—y aquél, que conoce ya por Miranda la inocencia de Lucía, dice:

Está inocente y me aconsejas
Que la abandone!

Vienen estos espléndidos versos:

¿Qué es huir, ni de quién? ¿Pensais villanos
Que soy un hombre solo? Apesar vuestro,
Hallareis un ejército en mi brazo.

Cayumári dilece que piense bien lo que va á hacer y que lo espera á la salida del campo. Tú deliras, amigo,—le agrega.

Entra Lucía. ¡Al fin se ve con Hurtado!

Dice ella:

¿Compasivo es mi Dios con una ingrata?
¿Respiras todavía, esposo amado?
¿Aun duran mis delicias, dueño mio?
Mis lágrimas los cielos apiadaron
¿Cómo evitaste á Lambaré sangriento?
Te miro y me parece que es milagro.
Sin duda te herirían (abriéndole la ropilla), y por eso
En venirme á buscar has sido tarde.

Hurtado (lloroso):

Hiciéronme creer mis camaradas
Que murieras la noche del asalto.

Lucía:

¡Qué! ¿tú lloras, mi bien? ¿Y que lá dejas
A mi ternera entonces? Los amargos
Fenecidos pesares no dilátés
Que se tornaron gozos en tus brazos.
Sí, mi bien. Cuando en dulces soledades
De afanes tan crueles recorramos
El recuerdo, serán del amor nuestro
Testimonios que estrechen nuestros lazos.

Hurtado:

¡Oh consuelo infeliz! ¡Consuelo estéril,
El mónstruo del furor has abortado!
Más amargo, mi bien, hace este gozo
De nuestra desventura el triste plazo.
Me perdiste y te pierdo. Ya el cacique
Quien soy sabe.

Lucía:

¡Mi Dios! Más cuando te hallo
Constante y amoroso, esposo mio,
El morir junto á tí será regalo.

Hurtado:

Ello hemos de morir de alguna suerte,
Y, ya que es fuerza, con honor muramos.
Lucía, mi Lucía, muestra el cielo
Que ha tomado nuestra honra por su cargo.
Me mandó á confortarte. Ten presentes
Tu patria y religion y cuánto te amo.

Lucía:

¡Qué! ¿ya no me conoces? ¿Tú me animas?
¿Dudas que alegre moriré á tu lado?

Interviene en el diálogo Miranda, y le reprocha á Hurtado que desee morir. Agrega:

¿Y con tu muerte
Que tu esposa se libre habrás logrado?
Morir conseguirás con el tormento
De revolver los ojos expirando
Al ver á tu Lucía que la arranca
El violento tirano de tus brazos.

Y á ella le dice:

Y tú te gozarás viendo á tu esposo
En su inocente sangre revolcado,
Que al vengativo amante que te oprime
De recreo le sirve hecho pedazos.

Hurtado decide regresar al Fuerte y volver con tropas á rescatar á Lucía. Dice:

Impaciente me aguarda el fuerte Lara:
El tercio de García le ha juntado,
Yo voy á ser su guía, y libertarte
De la injusta opresion. ¡Sabrá el tirano
Que los justos derechos de los hombres
No pueden tan sin riesgo ser violados (hace que se va)!

Miranda:

Marcha pues, hijo mío.

Lucía:

¡Qué! ¿me dejas!

Hurtado:

No es dejarte, mi bien.

Lucía:

Yo no me aparto
De tí: yo he de seguir tu misma suerte.

Hurtado parte al Fuerte, y Lucía, entretanto, llora su desamparo. Ella, desesperada, cree, de repente, que,

al partir, no piensa sino en vengarse de su idea de casarse con Siripo, y dice:

Morir debo.

Yo de mi misma juez, pronuncio el fallo.

El amor lo aconseja, honor lo manda.

Miranda entonces la aconseja que no aumente los pesares con más males. «Ya vendrán otros mayores. No te aflijas.»—la dice. En esto, entra Siripo, furioso, buscando á Hurtado. Dice:

¿El vil engañador dónde se esconde?

¿Esta es la buena fe de los cristianos?

Dirijiéndose á Lucía, la amenaza con esta sentencia:

Y tú, si eres mujer, que más bien creo

Que serás un espíritu, que vago

Viniste á atormentarme, el merecido

Galardon hallarás de tus engaños.

Lambaré:

El español huyó. Tus centinelas,

Que saliese del campo le dejaron,

Finjiendo que con nuevas de las paces

Volví presuroso á sus paisanos.

Siripo culpa á Lambaré de la huida de Hurtado; trátalo de cobarde, *si tu mesmo*,—dice,—*no atiendes al reparo*. Agrega:

Redime, que aun es tiempo, tu delito,

O teme mi furor. Me has engañado.

Elije los timbues más corredores,

Alcanza al fugitivo.

Lambaré:

Voy volando.

Aquí viene una escena conmovedora entre Lucía,

Miranda y Siripo. Ella, cansada,—parece,—de sufrir, prefiere más bien morir, y le dice al cacique:

Tirano, si pretendes encontrarle,
No sufran tus rencores más atraso.
Yo te enseño el camino. En este pecho,
Hallarás á mi esposo aposentado.
Traspásale inhumano. No presumas
Que su lugar ocupes entre tanto,
Que su imágen la tuya hace horrorosa.
Es mas breve la senda que te allano.
Ve que es llegado un día menos triste
En que me sean tus obsequios gratos,
Y me harás el mayor si me libertas
Del enojo á haberte á ti mirado. (Váse).

Miranda, que tiene fé en el rescate de Hurtado, se enfurece y exclama contra Lucía:

¡Yo no engendré tal hija!

Y dirijiéndose al cielo, dice:

Vos la hicisteis.
Pues cuidad tambien de élla!

Siripo, contesta así á Lucía:

Ensálzate arrogante. En breve tiempo
Ese orgullo feroz verás postrado.
Yo sabré hacer de modo que la imágen
Que da á tu corazon valor tamaño,
Con horrible semblante se te objete
Y sea sombra vaga y aire vano,
Que ande con tristes ayes y gemidos
Tu sueño y tu memoria perturbando.

Aquí termina el 2º acto y cuánto nos ha hecho conocer el Dr. Gutierrez de esta tragedia. Nunca nos dijo este crítico de dónde lo obtuvo, limitándose á participarnos que estaba escrito y corregido de puño y letra del autor. Por si nunca llegáramos á encontrar los otros ac-

tos, deducimos que Hürtado vuelve al campamento de los indios al frente de tropas, y vencido en el rescate de Lucía, es tomado prisionero y condenado á muerte. Es entonces que Lucía implora de rodillas y con lágrimas su perdon, y el cacique, al verla humillada,—que es lo que quería,—les hace gracia á los dos del derecho de vivir.

Aquí principia la sicología del drama. Hurtado y Lucía, al verse perdonados, creense libres y pretenden amarse. ¡Qué engaño! El cacique los indultó á condicion de que ambos no se verían más y que él se uniría á una timbú, sin duda para romper entre ambos el vínculo moral. Indio, conocería el poder de los celos, y se diría que ella entonces no tendría inconveniente, por vengarse, de entregársele,—pero se engañaba: ignoraba que Lucía sabía que su esposo sólo podía amarla á ella y que su union con la indígena no era sino un martirio más en su destino. Sólo le restaba sufrir, y viviendo en la esperanza de verse libres algun dia, Siripo los sorprende en los mútuos coloquios que originaron la horrible sentencia.

Como se ve, á Labarden no le basta la triste suerte de Lucía y Hurtado que los precipita á la muerte de los mártires; busca la sicología, que produce íntimamente el verdadero drama, y se vale de los celos, que devastan más que el fuego. ¡Los celos, que devoraron al pobre Otelo y la inocente Desdémona, reduciendo á cenizas hogar, amores, glorias y cuanto hay de más sublime! Se acuerda de ellos y los incorpora al argumento como el mejor incentivo; son su alma,—pero fiel á la verdad histórica, no desenlazan ni echan abajo el mundo del drama como en Otelo, porque mueren siempre por órden de Siripo. El amor, el eterno amor que se juraron, los mata y no los celos. Se amaron tanto, que Lucía se hizo de dos almas, como diría Homero: una, para vencer las asechanzas de Siripo, prefiriendo la muerte á ser su que-

rida, y otra, para no experimentar celos ante el concubinato de su esposo,—todo, todo por el amor y la eterna fé que se juraron. De la despiadada hoguera que consume el mármóreo y hermoso cuerpo de Lucía, no surge, á manera de llama, sino fé,—y sube, junto con las miradas de sus ojos, hasta el cielo,—patria de los amores eternos y de las grandes almas!

Si los celos son las llamas, el amor es el fuego. El amor es tan poderoso, como la ley del movimiento que mantiene la vida universal,—como el viento, que subleva los mares y desata los ciclones..... Es la fuerza de la humanidad, que alienta y enciende en la noche del alma la esperanza. Si produjo á Otelo, inspiró á Romeo y Julieta,—á Ofelia y otras almas celestiales,—y Lucía y Hurtado, que murieron por haberse amado, deben ser los astros del alma americana en las regiones del amor y del ideal!

VIII

Melchor de Jovellanos, amigo de los condes de Aranda, de Campomanes y de Cabarrus y de todos los escritores que empujaban á España en el movimiento general de ideas que agitaban la Francia, estaba en auge. Poeta y dramaturgo, jurisconsulto y estadista, despertó, con sus escritos y la Ley Agraria, el gusto público por las cuestiones de estética y de economía social. Acompañábanle los Moratin, Samaniego, Iriarte, Melendez, Valdés, Cadalso, Cienfuegos y otros espíritus inquietos de reformas. No sólo propendieron al progreso de las letras españolas, sino que contribuyeron á impedir que perdiesen, por la influencia francesa, el carácter nacional y la pureza de la lengua. Este fué el beneficio trascendental que hicieron con sus ingenios á su patria. España, amante del teatro para la exteriorización de sus ideas, tuvo en Manuel de la Cruz el repre-

sentante más genuino de su génio; él, con sus sainetes, salvó la originalidad española; pero si buscamos el origen de esta evolucion, la hallaremos siempre en las ideas que traspusieron los Alpes bajo la influencia de los autores del Diccionario Enciclopédico.

Pero la reaccion de Jovellanos no se conoció aquí hasta principios del siglo XIX, ni Diderot ni D'Alambert formaron tampoco escuela entre nosotros. Apenas Juan Jacobo, por *Emilio*, era conocido, y estamos seguros de que, fuera de Labarden, tenía escasos lectres, porque la filosofía del autor de *El Contrato Social* se consideraba rebosante de *impiedad y libertinaje*. Aquí encontramos su mérito,—el mérito del que, viviendo en una colonia, se instruye solo, y con intuicion de las ideas superiores, las comprende y las proclama, cansado tal vez de esperar que atravesasen el mar. Nuestro paisano, á estar en España, Moratin y su círculo del café de San Sebastian le abren los brazos. Es que él había formado su gusto en los poetas del renacimiento y en los clásicos griegos y romanos. Sabía que allí estaba el florecimiento y la raíz de la literatura, donde el ingenio humano, obedeciendo á impulsos sociales, recobró su poderío para sostener su prepotencia, encauzar las ideas y glorificar épocas por el pensamiento. «Es un génio de orden superior,—decía Maziel,—por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los más bellos conocimientos, revela sobremanera el númen poético de que le hizo gracia la naturaleza. Y la perfecta comprension de todos los preceptos y primores más recónditos de la poesía, le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español.» Así Siripo, inspirándose en Racine y en Esquilo, encabeza á Arjia y Dido, de Juan Cruz Varela, honrando dignamente al teatro argentino y echando las bases de una literatura nacional que condijera con la revolucion de 1810.

Cuando estalló el grito de Mayo, no tuvimos por qué emanciparnos de la literatura española; ya lo estábamos, y, para nuestra honra, por el esfuerzo propio. Así nuestras letras fueron también revolucionarias, no sólo superando, por su liberalismo, á los reaccionarios que representaron Moratin, Jovellanos, Cienfuegos y de la Cruz, sino creando, con el espíritu de la nueva nacionalidad, un romanticismo fundamental y conforme á la emancipación. Respetó la forma, porque el pensamiento, por el preceptismo dogmático, tarda en despojarse de los antiguos ropajes; como la túnica de

Neso, se adhiere de tal manera al cuerpo de doctrinas, que sólo una retórica nueva, nacida de las aulas, puede, á favor del espíritu público, operar el cambio,—pero nadie puede negar la audacia y habilidad con que, á imitación de Jovellanos, manejó el endecasílabo suelto. ¿Y el espíritu? Era innovador, modernista. Dice que el argumento de Siripo estaba «destituido de recursos, pues no tenían cabida en él los auxilios de la pompa palaciega ni los rasgos mitológicos». Referíase al público que, conservando las tradiciones de la poesía pastoril, de las eglogas y de las bucólicas, no podía existir sin Mecenas, sin pajes y sin invocar los dioses del paganismo,—y por eso mismo,—agrega,—«lo adoptó, para hacer prueba de sus facultades inventivas,—de manera que ensayado su ingenio, pudiese ocuparse con desahogo en asuntos más brillantes». Era tal la tendencia á aquellos resabios fastidiosos, que á fines del siglo XVIII, en un instante de regresión literaria, toda la alta sociedad española se hizo egloguista y pastoril. No había poesía sin Filis,—y Carlos IV, sin atreverse á detener el movimiento intelectual de su antecesor, reprimió todas las tentativas liberales y sólo protegió á los eruditos y versificadores pastoriles. Llegó á tal punto la sugestión, que cada uno de los corifeos de aquella literatura tenía su nombre pastoril: Melendez, se llamaba Batilo,—Gon-

zalez, Delio, y el mismo Jovellanos se transformó en Jovino. Contra este espíritu, dominante en los mismos días que Siripo subió á las tablas, fué Labarden.

Su maestro, en las pasiones, era Shakespeare. Ensayando sus *facultades inventivas*, hace á un lado toda la ornamentacion y accidentes fastidiosos, y contrayéndose al argumento, pone en juego el alma de sus protagonistas. Comprende que la tragedia, especialmente, es moral, pasional,—y como buen filósofo, es sicólogo. Todo esto, en el fondo, no eran sino las ideas sobre educacion propaladas por el *Emilio* y fundadas sobre el libre desarrollo de las facultades, ageno á toda traba y en contacto con la madre naturaleza. Labarden, en fin, pensaba á fines del siglo XVIII, en una pequeña colonia amarrada á la tutela monárquica, de la misma manera que hoy en una vasta ciudad republicana y en intercambio intelectual y comercial constante con la Europa civilizada,—debido á haber completado su instruccion superior en la soledad, sin otro maestro que sí mismo y sin más elementos que los libros. Con el pensamiento, que desarrolla y perfecciona el sér intimo, el *yo*, se forma el sistema más fuerte de educacion. Tan antiguo como el mundo, en él se créaron Sócrates, Platon y los filósofos de Alejandría, y será siempre moderno, porque se funda en una ley natural: que el espíritu sólo se desarrolla por sí mismo, adquiriendo, á favor del pensamiento solitario, perfecciones que antes no tenía. Labarden, en una palabra, era escritor de inspirarse en Esquilo, y sin apartarse del endecasílabo de Jovellanos, imitaba á Shakespeare con el desenfado del marques de Alfarache y la audacia de Manuel de la Cruz, para producir en su tierra una reaccion literaria. Tenía toda la fuerza y el empuje del que sale á la palestra con la conciencia de sí mismo, formada en la soledad y enriquecida por el *yo* intimo.

¿Sabéis lo que le faltó á nuestro compatriota? Teatro,

sociabilidad, para expandir, por la comunicacion de ideas, el alma,—más por los impulsos del corazon que por el pensamiento, — porque el sér quiere conversar, charlar *tête à tête*, discutir, para probar las armas afiladas,—sobre todo los que viven consigo mismos. Lo necesitan hasta por higiene para excitar las células cerebrales. Habríale bastado un Café, un Café como la *Fonda de San Sebastián*, como el *Procopio*, de París, ó el Drury Lane, que estaba abierto día y noche y al que iban Hogarth, Garrick, Samuel Johnson, Sir Joshua Reynolds, etc., etc.

El café de la Victoria, de Santo Domingo, de Keen y Faunch, el de Catalanes y el de Mallcos, no existían aun, y si no se hacía acompañar de noche de un esclavo con farol para ir á alguna trastienda ó visitar algun amigo como Basabilvaso, no tenia más que quedarse en su casa, porque Maziel había muerto ya y su biblioteca estaba cerrada, inventariada y lacrada. En el Café Procopio pensó Musset sus mejores poemas; en la Fonda de San Sebastian, Moratin y su círculo discutieron y criticaron toda la literatura de su tiempo,—y haciendo á un lado el abuso del alcohol, del tabaco y los excitantes, ningun local, por la liberalidad, inspira tanta confianza. Allí todos son iguales; el poeta laureado da la mano al jóven liliputiense,—discute con él,—se habla con familiaridad,—se dice lo que se piensa y siente,—se enseña y aprende,—se estimula el cerebro sin los celos de la academia ó de la prensa y se forman los más ardientes proyectos literarios. Y Labarden era apropósito para estas reuniones. Sano, afable, conversador, alegre y chistoso, habría sido el Moratin de la rueda, mientras Don Manuel Basabilvaso ó el mismo Ceballos ó Vertiz, que harían de Jovellanos, protegerían y darían forma pública á estas aficiones intelectuales.

IX

Incendiada la Rancheria en la noche del 16 de Agosto de 1792 por un cohete disparado del atrio de la iglesia de San Juan, donde se celebraba una fiesta religiosa, Labarden perdió toda esperanza de resurgir en el Teatro. Alejado de San Carlos, del foro y sin centro intelectual, que estimulase sus tendencias psíquicas, se aburría soberanamente. Era virey D. Pedro Melo de Portugal y Villena. Debían andar sus finanzas en desequilibrio, porque en 1796 fué nombrado interinamente Mayordomo Económico de la Iglesia de la Colonia del Sacramento ó de los Portugueses, como tambien se la llamaba vulgarmente, en reemplazo de Don Ignacio Rodríguez, que había desatendido los cuidados de dicho puesto. Los quehaceres eran cobrar ciertos emolumentos, que constituían la renta parroquial, y con ellos, despues de pagar los sueldos del sacristan y del servicio ritual, continuar la construccion de la iglesia, porque estos edificios, por no contar con otro presupuesto, nunca estaban concluidos. Así, decir fábrica ó iglesia, era igual, y de ello es un ejemplo nuestra Catedral, que estuvo en construccion desde que se levantaron sus cimientos, es decir, más de tres siglos,—naciendo de allí el dicho *la obra de la Catedral*, que se aplicaba para calificar algo de interminable.

¡El Dr. D. Manuel J. de Labarden, mayordomo de una iglesia de campaña! El destino tiene sus rudezas, y ante la necesidad, que se impone con la miseria, no hay más que resignarse, precisamente para no inclinar la frente. El trabajo digno es siempre honroso. ¿Y quién era rico en aquél tiempo? Circunscrita la vida á las necesidades materiales, se desconocían el lujo y las vanidades, y las cosas, por su escaso saber, carecían de mercado. Hasta el oro, por falta de empleo, hallábase restringido en la circulacion, y no había más monedas

que las disponibles para el intercambio rutinario. ¿Cómo fué á parar nuestro vate á aquél extraño empleo? Todo, en efecto, tiene su causa ocasional. Comisionado meses antes por el virey Melo de Portugal, en su calidad de letrado, para levantar un sumario á unos presos (1), sin duda agradóle, por su soledad, el sitio. Era igualmente argentino. ¡Cuántas veces los escritores que llevan un mundo de ideas en el cerebro, cansados de perder el tiempo en todas las fatalidades de la vida, no se refugiarían en cualquier rincón, para poder pensar y escribir con recojimiento y libertad! Hasta un convento entonces es un ideal. Continuaría sin duda su vida de estudio y reflexion,—y la Iglesia, con su superintendencia, adelantó tanto, que bien pronto granjeóse la simpatía del vecindario. Economizando de sus sueldos ó trabajando en su profesion, logró bien pronto hacerse de algunos reales, y así le vemos comprarle aquí á D. José Nevares Tres Palacios el 9 de Abril de 1796, por ante el Escribano Nuñez, una casa en esa localidad de trece y media varas de frente por vintisiete varas de fondo en la cantidad de seiscientos pesos fuertes. Gustaríale sin duda el paraje; amaría esas suaves y verdes cuchillas, festoneadas en la playa por doradas arenas, y al pensar que el vasto río que las amenizaba con sus ondas era el mismo Plata, no titubeó en sentar allí sus reales. ¡El hombre, cansado al fin, se sitúa y echa raíces donde se siente más tranquilo!

Tres años llevaba el Dr. Labarden de esta existencia envidiable para un pensador, cuando, enamorado sin duda del puesto, se presenta al virey pidiendo se le reconozca Mayordomo titular y se le extiendan los títulos respectivos con las excepciones correspondientes. Aquí fue Troya, porque intervino el titular D. Ignacio

(1)—Véase en el Archivo Nacional los expedientes de su referencia.

Rodriguez, y Labarden, defendiendo la posesion del puesto, dijo que aquél nunca se recibió de los bienes de la Iglesia, ni dió fianzas á satisfacci3n del Cura y terminó por hacer abandono del empleo. Entendi3, como Síndico, el Procurador D. Manuel Basabilvaso, quien, considerando las cosas legalmente, no pudo menos de afirmar que Rodriguez era el propietario de la mayordomía, y como el virey Melo habia fallecido ya en Montevideo, sus reemplazantes, D. Antonio Olaguer Feliú y D. Gabriel de Aviles y de Fierro, no teniendo por qué proteger á Labarden contra los derechos de otro, dejaron que triunfase el titular Rodriguez. Aunque el expediente no tuvo nunca resoluci3n, así se desprende administrativamente y porque enseguida vemos á nuestro vate entre nosotros, dejando abandonada su casita blanqueada y que habria adornado con enredaderas y plantas exhuberantes.

X.

La imprenta, introducida por Vertiz, funcionaba ya con éxito. Aunque sus primeras publicaciones fueron almanaques, pastorales y catecismos, poco á poco, rasgando las sombras de la ignorancia, difundió las luces de su poder maravilloso. El Dr. Diego Estanislao Zavaleta habia publicado su Tratado de Filosofia (1) y D. Manuel Belgrano, que fué despues General, su traducci3n del francés de los *Principios de la Ciencia Política* (2), y con toda la oposici3n que tuvo el invento de Guttemberg,

(1)—Año 1795 *Elementa philosophiæ universæ in gratian studio-sæ juventutis regii Santi Caroli Bonaeropolitani Conoictorii scholarum usilus accommodata*. A Dre. Didaen Stanislao Zavaleta, olim ejusdem convictorii alumnum nunc in codem philosophiæ profeseore. Secunda pars, sen Phisica generalis incepta die tercio Augusti anno Domini millesimi septnigentesimo nonagesimo quinto.

(2)—Es un volumen 8.º de noventa y tantas páginas.

supo triunfar de las preocupaciones, porque es imposible poner puertas al mar, y los que más lo atacaron, vinieron al fin á utilizarlo.

Este progreso, que diariamente comprobaba su eficacia con los frutos más ópimos, atrajo á su alrededor, como la lámpara encendida, á los representantes y obremos de la intelectualidad. Llegaron, entre ellos, los españoles Coronel D. Francisco Antonio Cabello y D. Fausto Casamayor, rodeándolo con el entusiasmo que los caracteriza por la imprenta. La de los Niños Expósitos estaba situada en la esquina N. O. de Perú y Moreno. El primero de aquellos individuos, venía de Lima, y quiso fundar un periódico como el *Mercurio Peruano*. Viendo sin duda poca afición á las letras, trató de asegurarse primeramente de colaboradores y constituyó la *Sociedad Patriótica Literaria y Económica*. La puso bajo la protección del Consulado, que en ese instante, debido al celo de su ilustre Secretario, trabajaba por el libre cambio y otras franquicias económicas, obteniendo de la Corte hasta premios para los que se distinguieran en la agricultura, horticultura, arboricultura y otras industrias del país. Los miembros eran *numerarios* (1), *corresponsales* y *caballeritos alumnos* (2). Entre los primeros figuraron catedráticos de San Cárlos, como Chorroarín y Montero, abogados como los Dres. D. Domingo de Azcuénaga y D. José Joaquin de Araujo, D. Pedro A. Garcia y D. Julian de Leiva, el R. P. D. Julian Pedriel, D. Pedro Antonio Cerviño, D. Manuel Medrano etc., etc., y entre los corresponsales, el Oidor Cañete, de Potosí, el naturalista D. Tadeo Haenke, de Cochabamba, D. José Prego de Oliver, Administrador de la Aduana de Montevideo y D. Pedro Tuella, del Rosario. Labarden estaba entre los numerarios.

(1)—Los llamados hoy *Activos*, residentes en esta capital.

(2)—Especie de supernumerarios, *para que se vayan haciendo y puedan pasar á numerarios por plaza vacante*.

Con este Estado Mayor, dió á luz entonces D. Francisco Antonio Cabello y Mesa el 1.º de Abril de 1801 el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Rio de la Plata*. El virey lo recomendó al Consulado, que se suscribió á diez y nueve ejemplares; su Secretario franqueóle su Archivo particular; doscientos treinta y seis vecinos de esta ciudad y de las provincias del vireinato, se suscribieron, y el primer número fué acogido con avidez pública. Labarden, que consideraría á la Ranchería un fracaso, entregóse en cuerpo y alma á la empresa de Cabello. Fué uno de los más activos propagandistas de la nueva Sociedad literaria y el colaborador más consecuente. El local de la Sociedad *Patriótica* debería ser el del *Telégrafo*, y demasiado formales los socios para constituir una *cabrionera*, formaron un núcleo de ciudadanos ilustrados, y ganosos de saber, quebraron las barreras de la sociabilidad, para acercarse y complementarse mutuamente. Aunque no hicieron sino sostener este periódico,—lo que no dejaba de ser árdua empresa para aquéllos tiempos,—tuvieron el mérito histórico de ser los primeros que se reunieran para convertirse en fuerza intelectual é impulsar el adelanto científico y literario de su patria.

Labarden, al ver la Ranchería cerrada ó abierta sólo para bailes de máscaras, sufrió un intenso desencanto, tanto más que sus paisanos preferían por el momento los toros á cualquiera otra diversion. No deploraba únicamente este desvío público, sino el porvenir de su inteligencia, porque en la carta á don Manuel Basabilvaso, remitiendo la *Loa*, maduraba dos dramas importantes: *La muerte de Filipo de Macedonia* y *La pérdida de Jerusalem*,—«que saldrán del astillero,—dice,—si el Siripo navega con próspero viento, acreditando que tomé buenas medidas para su construccion.» «Por otra parte, no me puedo resistir,—agrega,—á las justas miras de ofrecer á mi patria las primicias de mi musa.» ¿Quereis nada.

más brillante que el enemigo de Demóstenes? Vencedor de los tébanos y los atenienses, prepara su expedición al Asia,—pero cae asesinado en medio de la celebración de las fiestas nupciales con Cleopatra por el puñal de Pausanías, dejando abierto el camino de la gloria á su hijo Alejandro Magno. ¿Y la pérdida de la ciudad santa, que inspiró á Tasso el poema de su redención? Estos dos acontecimientos históricos, quizá los más grandes de la humanidad, trabajaban su cerebro con el propósito de ofrecérselos dramatizados á su patria. ¿Los terminó? Lo ignoramos. Justo, sin embargo, es creer que los principió: por lo menos, porque Labarden, dada su actividad y nervosismo, no era espíritu de detenerse en trasladar al papel sus pensamientos. ¿Dónde están los frutos de estas meditaciones? ¿Se habrán perdido, como los demás actos de Siripo...!

Diez años, más ó menos, transcurrieron desde Siripo hasta la fundación del Telégrafo,—los años más importantes de la vida, porque son entre los cuarenta y los cincuenta, donde el hombre da la mejor sávia de su sér. No aparecen, con todo, señalados por ninguna acción ó escrito. ¿Pasólos aletargado por la esterilidad de la existencia colonial? ¿Fueron perseguidos por el desencanto de la Ranchería? Da pena cuando se piensa que sus escritos, por la vida descuidada de antaño, puedan haberse extraviado,—quizá inutilizados por él mismo ú otros inocentemente, no presintiendo su futuro valor, porque nada más apropiado, para los hombres intelectuales, que estos dolores contemporáneos, de carácter social, para empujar el cerebro á la reflexión y prepararlo á empresas de aliento. El alma, como desengañada, huye del mundo y se reconcentra en sí misma, y allí, en el pensamiento solitario, halla el mejor consuelo, sobre todo cuando se tiene la conciencia que se piensa para su patria. Labarden tenía esta creencia, que constituye, en el proceso intelectual, esta fuerza del escritor que lo sustrae

á todas las tentaciones, haciéndolo afrontar las necesidades y valerosamente el porvenir,—y nos fundamos en estas consideraciones, para afirmar que aprovechó aquel grande y fecundo lapso de tiempo para *ofrecer primicias a su patria*. Hoy no nos queda más que deplorar su pérdida, constituyendo no sólo un vacío en su vida intelectual, sino en la historia de la literatura nacional.

Fruto de aquella existencia meditabunda, pero cerrada á la más aventurada investigacion, es la Oda *Invocacion al Paraná*, que aparece publicada en el primer número del *Telégrafo*. Debe haberla escrito entonces, cuando, sustraído á toda ocupacion mundana, pensaba, recogido en sí mismo, para *ofrecerle primicias á su patria*. ¡Con razon llámale Invocacion! Es tal verdaderamente. Despues de llamar *augusto* al Paraná, *rio sagrado y primogénito ilustre del Océano*, adórnalo de las condiciones más lisonjeras y poéticas. Antes de truncar esta composicion, preferimos insertarla íntegra. Héla aquí:

Augusto Paraná, sagrado rio,
Primogénito ilustre del Océano
Que en el carro de nacar refulgente
Tirado de caimanes recamados
De verde y oro, vas de clima en clima,
De region en region, vertiendo franco
Suave frescor y pródiga abundancia,
Tan grato al Portugués como al Hispano.
Si el aspecto sañudo de Mavorte,
Si de Albion los insultos temerarios,
Asombrando tu cándido carácter,
Retroceder te hicieron asustado
A la gruta distante que decoran
Perlas nevadas, igneos topacios,
Donde tienes volcada la urna de oro
De ondas de plata siempre rebosando:
Si las sencillas ninfas argentinas
Contigo temerosas profugaron,
Y el peine de carey allí escondieron,
Con que pulsan y sacan sonos blandos
De liras de cristal, las cuerdas de oro,

Envidiaran las Deas del Parnaso;
Desciendes ya dejando la corona
De juncos retorcidos, y dejando
La banda de silvestre camalote,
Porque ya el ardimento provocado
Del heroico Español, cambiando el oro
Por el bronce marcial te allana el paso,
Y para la árdua intrépida campaña
Cárlos presta el valor, Jove los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios,
Y coronen la popa de tu carro:
Las ninfas te acompañen adornadas
De guirnaldas floridas entonando
Altos, alegres cánticos, que avisen
Tu venida á los Dioses tributarios.
El Paraguay, el Uruguay lo sepan,
Y se apresuren pródigos y urbanos
A salirte al camino y á porfía
Te apresten á distancia los caballos
Que del mar patagónico trajeron;
Los que, ya zambullendo, ya nadando,
Ostenten su vigor, que mientras vienes
Lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con magestad reconociendo
De tu imperio los bosques empinados.
Extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
Dando placer á los sedientes campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu régia mano
Deudor no se confiese. Tu las sales
Derrites, y tu elevas los extractos
De fecundos aceites: tú introduces
El humor nutritivo y ablandando
El terreno tenaz, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Céres de confesar no se desdeña
Que á tu grandeza debe sus ornatos.
Harás, pues, de manera, augusto Padre,
Que la fertilidad venga anunciando
Tu llegada feliz. Aquí tus hijos,
Hijos en que te gozas y que á cargo
Pusiste de unos génios tutelares,
Que por divisa la bondad tomaron,

Céfiro halagüeños para honrarte
Bullen y te preparan afanados
Magníficos altares en que brilla
La industria popular; triunfales arcos,
Prodigios de las artes liberales,
Y un enjambre de barcos trabajados
De incorruptibles leños, dones tuyos,
Con banderolas de colores varios
Observándote están. Tú con la pala
De plata las arenas apartando
Su curso facilitas. La gran corte
En grande gala espera. Ya los sábios
De tu feliz arribo se prometen
Otros conocimientos más exactos
De la admirable historia de tus reinos,
Y los laureados jóvenes con cantos
Dulcísimos de pura poesía,
Que tus sencillas ninfas enseñaron,
Aspiran á grabar tu excelso nombre
Para siempre del Pindo en los peñascos,
Donde de hoy más se canten tus virtudes
Y no las iras del furioso Janto.
Ven, Sacro Paraná, darás impulso
Al inspirado ardor: bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos.
No quedarás sin premio, premio santo.
Recibirás cercados de diamantes
Y de rojos rubies, dos retratos:
Dos rostros divinales que conmueven:
Uno de Luisa es, otro de Cárlos.
Ves ahí que tan magnífico ornamento
Trasformará en un templo tu palacio:
Ves ahí para las ninfas argentinas
De su dulce cantar asunto grato.

Este romance endecasílabo, juntamente con el Soneto de Maziel á los portugueses, son las columnas del portal de nuestra literatura nacional. Menendez y Pelayo, que no tiene por ésta mucho entusiasmo, dice que la Oda mencionada es lo mejor que contiene y que, por sus rasgos felices, había muy pocos versificadores en América capaces de competir con Labarden. Su inspira-

cion es científica, y esta circunstancia ha dado lugar á que comprenda, tan bien como el mejor de los poetas modernos, la importancia agrícola y civilizadora de este río magestuoso y fecundante. ¿Quién no ve en el pensamiento y hasta en algunos giros de esta oda,—dice el sábio crítico español,—un no remoto parentesco con las *Silvas Americanas* de Bello? Yo diría: con la *Oda á la Agricultura de la Zona Tórrida*, á punto de que nunca he podido leer la de nuestro compatriota sin que se me vengan inmediatamente á la memoria:

Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra
.....
Tú vistes de jazmines,
El arbusto sabeo,
..... (1)

No diré que el poeta venezolano se inspirara en Labarden, ni que ambas composiciones puedan compararse en merito literario,—pero tienen mucho de parecido! ¿Coincidencias? Me las explico: Labarden, era, como Bello, un espíritu social, ardiente de progreso científico y no podía considerar el asunto de otra manera.

La Oda al Paraná, en cuanto apareció en el Telégrafo, produjo la admiracion consiguiente. Su autor fué considerado el gefe del Parnaso, y Prego de Oliver, que no pulsaba mal la lira, escribió otra oda en loor á la de Labarden. Dice el administrador de la Aduana de Montevideo, que el Paraná:

Hace desde hoy, sin duda, más famoso
El poema que clojia tu riqueza
Que las aguas que anuncian tu grandeza.

(1)—Versos intermitentes de la oda *A la Agricultura de la zona tórrida*, de Bello.

No es posible hacer un mayor elogio de la poesía de Labarden,—y agrega:

Si tú, de clima en clima,
Haces que se deslicen tus caudales,
También la santa rima
Que supo dar loor á tus raudales,
Pasará ciertamente
De region en region, de gente en gente.

Estas alabanzas y otras que recibiría el Dr. Labarden del señor Prego de Oliver, le decidieron á escribir una Fábula con el título: *Nuevo renombre de Apolo*. Se halla en el *Telégrafo* sin su firma,—pero sabemos que le pertenece, porque la hemos visto con su nombre entre la donacion del Dr. Olaguer Feliú. La transcribiremos.

Los dioses aburridos
Del cúmulo de insulsos epitetos
Con que malos poetas
Rellenan sus insípidos sonetos;
Trataron de fijar sus apellidos
Vedando para siempre tales tretas.
Y un día de convite,
Entre el sorbo de néctar y el confite,
Tomar quisieron, como acá los hombres,
De los árboles sacros sus renombres.
Jove tomó la palma victoriosa
Y el *Palmtgero* ya llamarse quiso,
Por el ciprés funesto
Se nombró el infernal Dios *Cíperino*.
Momo dijo de presto:
Yo que me quiero llamar *Momo Figuera*
A honor de la Brevera.
Del gran Jove la esposa
El grato *Cinamono* pretendía;
Más le fué prohibido,
Porque ya entre los Dioses se ha sabido
Que trasplantado al Español imperio
Del Indico hemisferio,
Cultivándole estás tú, Filis mía,

Por eso airada Juno
No tomó árbol alguno
Al Rey consorte demostrando enojos,
(¡A quién no dieron celos esos ojos!)
La tutelar de Guido
No encontrando apellido
Que á su dulzura comparable sea
El *Mirto* se llamó *Venus Mirtea*.
Así se divertían;
Y ya medio alegrete el consistorio,
Con divino jolgorio
Los árboles sagrados repartían.
Más ni entre Dioses hay gusto completo,
Y este vino á estorbar el indiscreto
Marte, con disputar para sí solo
El *Laurel* consagrado
De inmemorable edad al digno Apolo,
Por lo que es respetado
De la ira del Tonante;
Pero Marte arrogante
Ni dice ni oye nada,
Y fla sus razones á su espada.
Con que por no turbar la paz del cielo,
Apolo dijo; tomaré la Oliva,
Exclamó el gran Congreso ¡Apolo viva!
Y volaron las copas de ambrosia.
Siguió la zamba, y el Señor de Delo
Oliver se llamó desde aquel día.
Y siendo veraz para los mortales
Las chanzas celestiales,
Bajo este nombre ya los Argentinos
Pastores le hacen fiestas,
Y en dísticos divinos
Vuelvo *Apolo Oliver* sacras respuestas.

El Dr. Labarden, no obstante su liberalismo, es clásico por su forma. Se inspira, científica y patrióticamente, en la naturaleza, y á pesar de su personalismo, que lo empuja á cada instante á las licencias, no abandona la mitología. La fábula que acabamos de copiar, es un juguete verdaderamente mitológico. Se explica; el romanticismo no había nacido aun, y con todas sus

innovaciones y buen humor, sigue aferrado á la antigua escuela. Carece de afectacion gongórica,—pero es discípulo de Moratin. Más de una vez nos hemos preguntado, con la idea más avanzada sobre el carácter de Labarden, si podía tomar el género mitológico y pastoril á lo sério,—y ante estas dos composiciones, le consideramos uno de los tantos reaccionarios del reinado de Cárlos IV, tratando con Melendez, Gonzalez, Jovellanos y de la Cruz, de resucitar el espíritu nacional en las letras españolas, abatido y degenerado por la influencia borbónica.

Este es un fenómeno extraño en un escritor educado solo ó inspirado en el renacimiento. Revolucionario por temperamento, sus concepciones y argumentos contrastan sobremanera con el estilo. Romántico por el fondo, es clásico por la forma, apareciendo muchas veces cargado con todas las nimiedades y resabios que persiguieron la literatura de la madre patria. ¿Cómo, con su personalismo, no se emancipó? El personalismo no es la originalidad; el personalismo reside en el carácter y no en la inteligencia; Labarden, en una palabra, no era un génio; por la sicología y el mundo exterior, creaba y sentía; pero sin ambiente en que desplegar sus alas, ni estímulos literarios de ningun género, su mentalidad, sugestionada por su época, se desarrollaba como podía con el lenguaje extricto de aquel tiempo. Se nos aparece como un caballero moderno revestido de hierro y con las armas de las luchas medievales. No es extraño; el pensamiento sale vestido del cerebro; el estilo, es su sombra,—lo persigue do quiera que vaya,—y Labarden no era Quintana, para desasirse con desprecio de los antiguos ropajes y crear el verdadero estilo lírico, conforme á la poesía moderna y que palpita en el alma contemporánea. Era un simple aficionado á las musas en una colonia sin luz, que marchaba á la zaga de su siglo; sin embargo, en Siripo su estilo es más moderno,—seguramen-

te por que vése forzado á ser más sicológico, reflejando todas las pasiones y trances del argumento. ¡La mitología, la mitología!,—juntamente con las pastorales, bucólicas é idilios, ha sido la plaga de la poesía española. En unos versos que publica el Dr. Gutierrez (1), vemos, complacidos, que estos defectos desaparecen. Son los siguientes:

Quiero mirar el astro refulgente
En su elevado trono al mediodía,
Y el fulgor que de allí radiante envía
A oscuras deja mi confusa mente;

Pero cuando se abate al Occidente
Por entre velos que la tierra cria,
Se observa, y forma ya la mente mía
Concepto á su alcanzar correspondiente.
.....
.....

A observar algo presumida frente
Al astro luminoso en alto día,
Y halla la oscuridad mi fantasía
Del mismo resplandor en el torrente.

Mi escarmiento le busca en Occidente,
Y entre vapores que la tierra envía,
Se presta fácil á la mente mía,
Claro más, cuanto menos refulgente.
.....

Será por la armonía con el asunto,—pero el estilo de estos fragmentos es, con todos sus defectos, bien romántico. Son el primer paso hácia el futuro romanticismo. ¡El estilo, el estilo! Es como la corriente: arrastra, sin querer, al que sobrenada, llevándolo por canales hácia el inmenso río,—y todos estos matices del estilo, los hallamos muy conformes con el carácter del Dr. Labarden, variable, dúctil y suave, adaptándose, como el agua, á todas las formas.

(1)—Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX, pág. 112.

XI

El *Telégrafo Mercantil*, por falta de dirección, favor público y ambiente intelectual, desapareció al año y medio más ó menos de su fundación (1), y como si hubiese sido un ciclón, arrasó también con toda la colonia literaria de la *Sociedad Patriótica*. Después, nadie oye hablar del Dr. Labarden, hasta que en 1821 y 1825 aparece sucesivamente en *Maria Retazos* (2) y en la *Lira Argentina*, pero con todos los títulos y grados oficiales de su padre, con motivo de la reproducción de su Oda *Al Paraná*, como el primer paso de la fatalidad para confundirlo durante setenta y cinco años con el ilustre autor de sus días. Se pierde, como un viajero del polo, en la noche de nuestra historia, y nadie, nadie sabe más de él. ¿Muere en las invasiones inglesas? ¿En las primeras luchas por la independencia? Ilustre en aquel tiempo, habríase sabido siquiera su muerte, porque sus contemporáneos lo habrían glorificado... El Dr. Gutierrez al fin, después de largas investigaciones, lo descubre en la Colonia del Sacramento, à principios del siglo XIX, donde muere enseguida del movimiento de Mayo.

Veamos. En Setiembre de 1802, un mes antes de la desaparición del *Telégrafo*, aparece el segundo periódico, publicado por Vieytes con el título de *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. Importaba, por su formato y dirección, un progreso sobre el decano del periodismo, y à pesar de su título, que lo hacía aun más adaptable al carácter de Labarden, no pronuncia su nombre, ni publica ninguna elucubración de su pluma. ¿Desengañóse de la publicidad? ¿No escribe nada entretanto en su hogar, siquiera para descargar su alma? ¿No preten-

(1)—Octubre de 1802.

(2)—Nº. 10, periódico del padre Castañeda.

de volver á San Carlos, aunque fuese de examinador? ¿Qué hacía un espíritu de su temple en ese pequeño mundo, que principiaba á enardecerse con el liberalismo? ¡Misterios!—y, sin embargo, muy lógicos, porque ¿cuántos hombres, cuando no se hallan al nivel de su época, prefieren encerrarse en el hogar y seguir por la ventana el progreso social? ¿Sobróle lo que,— se llama vulgarmente,— carácter, es decir, amoldamiento, ó, mejor dicho, convencionalismo con los hombres y las cosas? Tal vez. Nos atrevemos á creerlo así, juzgándolo al traves de las apariencias; quizá nos engañemos y dependa su ostracismo literario de algun distanciamiento con Vieytes, — que muchas veces las antipatías personales suelen tener trascendental influencia en el destino de los hombres y en el de la patria misma,—pero,—como dijimos,—veamos. . . . Sus compañeros en el concurso de 1786 á la cátedra de Filosofía en San Carlos, Dres. Laguna y Reynal, habían desaparecido también. . . (1)!

Conocidas son las causas que originaron en 27 de Junio de 1806 la primera invasion inglesa, al mando de Sir Guillermo Carr Berresford. Apoderados los ingleses de esta ciudad, y enarbolado en el Fuerte al dia siguiente el pabellon británico, el pueblo, indignado al verse desamparado por el virey Sobremonte, no pensó más que en armarse y prepararse para expulsar á los invasores. Protejido por la legitimidad de su derecho y la lealtad de su energía, pudo antes de mes y medio retar á duelo al enemigo para tratar de conquistar palmo á palmo el territorio. El 10 de Agosto del mismo año se presenta Liniers por retaguardia y, al frente de su ejército, intima rendicion á Berresford; éste, rechaza la intimacion, y líbrase al dia siguiente el sangriento combate del Retiro, en que nuestras fuerzas llegan, á pesar de los pantanos y albardones, á esa

(1) El primero ausentóse á Corrientes, y el segundo, á Minas, Brasil, donde dejó valiosos bienes.

plaza defendida por doscientos enemigos y la toman valerosamente, causando treinta y cinco muertos, cinco heridos y diez prisioneros. Berresford, ante tal desastre, acude en auxilio de sus tropas al frente de una columna de cuatrocientos hombres, más ó menos,—y ante el fuego de los vencedores, se desbandan y huyen, quedando muchos enemigos en el campo. Los soldados ingleses se diseminaban, desembocando en pelotones por las boca-calles de esas inmediaciones. Las familias, que ignoraban si venían en son de guerra ó para refugiarse, huían despa- voridas ó se subían á las azoteas.

El Sr. D. Gervasio Antonio Posadas, que despues fué Director de las Provincias Unidas, vivía en la calle de Tucuman entre Reconquista y 25 de Mayo, mirando al norte y señalada hoy con el N.º. 342. Era una casa inmensa, de dos departamentos. Actualmente está tal cual era entonces, con la diferencia de que se halla convertida en conventillo, y el portal, por haberse bajado enormemente la vereda, es más alto, existiendo además unos escalones para entrar al zaguán. El Sr. Posadas tenía á su esposa enferma en cama, y embargado más por su afición doméstica, prefirió dejar abierta de par en par la puerta de calle y que los ingleses entrasen, decidido á defender su hogar si no respetaban su situación. Los ingleses venían corriendo en esa dirección por las calles de San Martín y Reconquista, y en ese instante, á favor de la barranca que daba á flor de la vereda, un airado gine- te, montado en brioso corcel, salta el portal, penetra en el zaguán, y haciendo caracolear la cabalgadura en el patio, le avisa al futuro Director que se pusiera en salvo. ¿Quién era este mensajero de paz? ¿Quién había de ser sino el que estaba destinado á aparecerse en este escrito por segunda vez á caballo! ¿Quién había de ser sino nuestro paisano D. Manuel J. de Labarden, que, dejando algunas veces á un lado su título y lira, se transformaba en centauro!

—¡Dios lo guarde, amigo!—exclamó el Sr. Posadas, al verle.

Como no pudiera moverse, Labarden llevóse consigo algunos parientes, la gente menuda y la servidumbre. Este dato diómelo un descendiente del Sr. Posadas, y me agregó que Labarden se fué con tódos del lado del bajo,—lo que prueba que se había mudado por allí.

Era una casa grande y en su vasto patio había ya numerosa gente, amigos suyos y que trajo para guardarlos. Varios sirvientes,—agrega este testigo,—repartían provisiones y pan fresco en abundancia.

¡Siempre este hombre á caballo!—diréis. En efecto; se nos pierde, y, de repente, se aparece magistralmente montado. No extrañéis,—en aquel tiempo, todos los vecinos, hasta los viejos, tenían, por falta de vehículos, caballos,—caballos que esclavos cuidaban en los fondos de las casas,—y nuestro vate, como sabéis, era aun jóven y muy ajil. Visitas, diligencias,—todo lo que distase unas cuadras, hacíase como en el campo, por el mal estado de las calles, á caballo. De los entierros, ¡para qué hablar: ¡parecían regimientos de caballería...! Había además aficionados, personas que gustaban, por ejercicio, de la equitación,—y Labarden sería, seguramente, una de éllas.

Este dato, constata que nuestro vate era opuesto á que los ingleses se apoderasen del territorio. Creía que la raza era la nacionalidad, y no quería que cambiásemos de sangre; eramos españoles é hijos de tales, y deseaba que siguiéramos lo mismo hasta que nos independizásemos. No habríamos hecho, á su juicio, más que cambiar de amo, cuando sentía en las fibras populares suficientes fuerzas y alientos para libertarnos y gobernarnos á nosotros mismos. Estas ideas no está demas dejarlas expuestas, porque muchos, por simple diferencia de religion, se oponían á que entrasen los ingleses; ótros, los creían herejes, y era tal la supersti-

cion dominante, que, al verlos vestidos de colorado, no faltaron quiénes los tomasen por mandingas. ¿Cuántos heridos no fueron registrados, para ver si tenían rabos!

Peleóse,—como se sabe,—todo ese día. Los ingleses fueron derrotados, y Berresford, vencido en la Plaza Mayor, tuvo que entregarse en el Fuerte al son del tambor de D. Hilarion de la Quintana, juntamente con 1600 fusiles, 26 cañones, 4 obuses y las banderas del regimiento 71. Perdieron 412 soldados y cinco oficiales, entre muertos y heridos; pero esto no es nada: 1200 soldados aguerridos, fogueados en las guerras del viejo mundo, desfilaron ante nuestro ejército vencedor y rindieron sus armas. Las pérdidas patriotas fueron, relativamente, insignificantes (1), y si se tiene en cuenta que el tal ejército no era sino el pueblo armado por la primera vez, compuesto, en gran parte, de jóvenes, niños y aun mujeres, hallárase razon al entusiasmo con que se festejó el triunfo y la justicia con que la sociedad argentina adquirió la conciencia de su propia soberanía.

Apagados los fuegos de esta primera invasion, al día siguiente, 13, se reunió el Cabildo en acuerdo, «y se trató que habiéndose reconquistado esta ciudad el día anterior por la energía de nuestras armas y una gloriosa victoria, era indispensable acordar ante todo y pérdida de momentos el modo de darle gracias á Dios por tan singular beneficio y los medios de asegurar esta victoria y como para ello sea muy propio y aun necesario el concurso de luces y conocimientos de las personas que componen los tribunales de esta Capital y demas del estado eclesiástico, militar y civil; considerándose este Cabildo autorizado para convocar y celebrar un Congreso general en circunstancias de hallarse ausente el Exmo. Sr. Virey y no haberse formalizado el Tribunal

(1)—El Dean Funes los hace ascender á 180 y D. Francisco Sagui, en *Los últimos cuatro años de la dominacion española*, etc. etc., á 200.

de la Real Audiencia, acordándose se convoque á este Congreso General para el día de mañana á las 11, convidando por esquila al Ilmo. Sr. Obispo y dos individuos del Cabildo Eclesiástico, á los Sres. D. José Portilla y D. José Gorbea y Badillo, ambos del Consejo de S. M., á los Sres. Ministros de la R. A., Tribunal de Cuentas y Real Hacienda, á los Prelados de las religiones y personas condecoradas del estado militar y civil, en cuyo Congreso deberán proponerse los puntos concernientes á tan importante objeto, reservándose para mejor oportunidad extender en actas separadas la relacion pormenor de la victoria (1)».

El Congreso tuvo lugar; la asamblea fué numerosísima, rebotante de alocuciones patrióticas, resolviéndose efectuar un tedeum en la Catedral. Entre los asistentes, figura el Dr. Labarden. No sabemos si fué á caballo,—pero su firma al pié del Acta, prueba su presencia, uniéndose á este acto final con la misma franqueza y liberalidad que se apareció montado en el patio de la casa de Posadas!

XII

¡Y vuelve otra vez á desaparecerse como un fantasma! Estos hombres que se pierden en el fondo de la historia, para surgir, como peces que se zambullen, á lo léjos,—no sabemos, si por falta de mayores datos, los vemos á traves de la imaginacion,—lo cierto es que aparecen realmente fantásticos. Y por esa tendencia inseparable de la memoria á recordar siempre tal ó cual personaje ó persona en la primera actitud que le conocimos ó que más nos impresionó, nunca Labarden

(1)—Cópia de la sesion respectiva, inserta en las Actas Capitulares existentes en el Museo Histórico. †

se me presenta en el cerebro sino á caballo como una estatua ecuestre, sofrenándolo y asentándolo en las patas traseras á estilo de los atridas,—y, por lo general, haciéndolo rayar en el gran patio de la casa Viamonte 342! Y no sólo á caballo, sino de capa y sombrero de tres picos (1)!

Viene, al año siguiente, la segunda invasion inglesa, y en 1810, el alzamiento de Mayo. ¿Por qué no aparece Labarden en estos sucesos? Nada tan apropiado, dado su carácter y amor á las libertades. ¿Era godó? No lo creemos, porque si estuvo en la primera invasion en contra de los ingleses, probando que prefería para él y sus compatriotas la nacionalidad española, sabía que debíamos tener una patria, y conciente el pueblo de su soberanía, era la hora de conquistarla para independizarla y establecer el propio gobierno. ¿Dónde estaba? Aquí viene su retirada para la Colonia, que fué la definitiva. Quizá tomara parte en la segunda invasion,—pero el 3 de Setiembre de 1809 fallece su madre D.^a Josefa Aldao, y heredando, en condominio con su hermana Martina, la casa paterna, Bolivar y Alsina, la venden á D. José Marcó en treinta mil y pico de pesos (2). Estos dos acontecimientos lo desvincularon más de la vieja familia de sus hermanos, y casado; con la Ranchería quemada y el *Telégrafo* fundido, que arrastraron sus sueños literarios,—sin aficiones políticas seguramente, pensó en una vida tranquila, conforme á

(1)—Tal se vestía el Dr. Labarden. Véase su correspondencia original con el Dean Funes, existente en la Biblioteca Nacional.

(2)—En el protocolo de D. José Inocencio Agrelo consta que los hermanos Manuel José y Martina de Labarden vendieron esta casa situada en el barrio de los jesuitas, formando esquina al Sud y Este, lindando por el frente con la calle que va de la plaza á dicho Colegio, nombrada de la Santísima Trinidad; por el Sud, calle en medio con dicho Colegio, y por el Norte y Oeste, con casas que fueron de D. Isidro de la Peña.

sus gustos íntimos. Fué entonces que se le aparecía, entre las brumas de la mente, la casita blanqueada de la Colonia. Era su propietario,—la casa llama á su dueño,—y como estaba en territorio nacional, la cuestion para él no estaba sino en cruzar el río.

¡Se fué donde pasaría los años más tranquilos de su vida! El hombre desengañado es como el anciano: busca al fin el silencio para replegar su tienda y morir. Gustaría de la soledad, y el campanario de la iglesia, apuntando á las nubes con su flecha, traeríale el recuerdo de la mayordomía que tanto pleiteó; pero el Dr. Labarden no era un inerte; buscaba simplemente acomodamiento á los estados de su alma, y una vez hallados, no pensaba sino en actuar de cualquiera manera, porque era activo hasta la inquietud. Parecía perseguirlo más bien una fiebre de accion. Despues chocaba con lo imposible, que se yergue como un *ffjord* para impedir el paso. Las ideas se desbaratan, y el pobre obrero de la vida, cae, ante la terrible realidad, como un soñador, creyendo que ha nacido tarde ó demasiado temprano. ¡Y sin embargo, no es un impotente!,—lleva en su alma todas las ideas del porvenir, que son los gérmenes de los hechos,—pero sólo á otros séres más felices les es dado realizarlos!

Este mal, nacido de la desproporcion con su tiempo, no es moderno: ha existido siempre,—y ha sido el lote de los que piensan en todos los ideales, sea por patriotismo ó anhelo al progreso. ¿Conoceis la Colonia? Nada tan bello como sus suaves cuchillas de esmeralda, fecundadas por sus plateados y rumorosos arroyuelos, y al remontarlas, con el caserío á la espalda, las brisas, que hencherían sus pulmones, le harían pensar en el más allá, en el campo, en ese campo que se destiende en la imaginacion como un desmayo. Allí, sin quererlo, lo llevaban sus desengaños; los años habiánlo puesto obeso, y sin ser sedentario, buscaba más la tranquilidad que el descanso.

¡La vida horaciana! Pensó en ella para reposar sus ilusiones queridas. ¡Allá van al fin los vencidos y los que no han luchado sino consigo mismos! El *yo* es el peor de los enemigos y, muchas veces, invencible.

Con la mitad del precio de la venta de la casa paterna, era rico,—rico para aquéllos tiempos en que con una bicoca se adquirían grandes extensiones de tierra. Se hizo estanciero á inmediaciones del Sauce; no sabemos si por arrendamiento ó comprando,—pero sintiéndose con energías para dominar el campo, fué, dada su tendencia progresista, un estanciero civilizador. El Dr. Gutierrez sospecha que desempeñaba el cargo de Administrador de las propiedades rurales de la Corona, conocidas con el nombre de *Estancias* del rey (1). Ignoramos la existencia de estos bienes reales,—pero tratándose de simples sospechas, creo que el Dr. Gutierrez confundirá con el puesto de Mayordomo de la Fábrica de la Iglesia que desempeñó allí durante tres años. En uno ú otro caso, fué el primer importador de carneros merinos á la Colonia para refinar nuestras majadas pampas. Fué amante tambien de los negocios. Convenció á la Corte que las carnes beneficiadas en el Río de la Plata, eran mejores que las europeas para la marina de la península, y asociado al comerciante D. Tomás Antonio Romero, celebró un contrato por cinco años con el Rey para abastecer de tasajo los arsenales de Cadiz y del Ferrol (2). Proveyó como veinte mil quintales de carne, y su empresa tuvo tanta acogida en la metrópoli, que el gobierno exceptuó del servicio militar á los peones de su establecimiento, porque prefería que estuviesen ocupados en las faenas.

(1)—Apuntes Biográficos de Autores, Oradores y hombres de Estado de la República Argentina,—por el Dr. D. Juan M. Gutierrez—pág. 147.

(2)—*Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-Americanos anteriores al siglo XIX*,—por el Dr. Juan M. Gutierrez.—pág. 114.

Empeñado en estas tareas, muere. El Dr. Gutierrez lo da vivo hasta 1813 (1), pero el Dr. Angel J. Carranza, en una carta al Sr. Rafael Hernandez (2), dice que falleció el 31 de Octubre de 1808. Este dato, por consignar una fecha determinada, parece que tuviera más apariencias de verdad, agregando que su muerte efectuóse *un dia de su llegada de Buenos Aires*, porque el Dr. Labarden, mientras fué Mayordomo de la Fábrica de la Iglesia de la Colonia, hizo continuos viajes á ésta, como lo prueban su colaboracion en el *Telégrafo*, su vinculo con la *Sociedad Patriótica*, su correspondencia con el Dean Funes y su aparicion á caballo durante la primera invasion inglesa en el patio de la casa de Posadas,—pero dale tambien el Dr. Carranza el nombre de Juan Manuel y una hermana Francisca que no conocemos. Esto último, no importa tanto, acostumbrados á verlo confundido con su padre, sino que el 3 de Setiembre de 1809 hereda de su madre la casa paterna, enseguida la vende y en 5 de Octubre del mismo año transfiere al Sr. de la Canal su casita de la Colonia (3). No ha podido, pues, fallecer el 31 de Octubre de 1808. No obstante estas divergencias, creemos que expiró antes de 1810, porque, de otra manera, no nos explicamos su ausencia en la revolucion de Mayo. Su carácter é ideas liberales lo arrastraban á la plaza de la Victoria, á punto de que su vida entera, retardada en su destino é interrumpida en todas sus empresas, fué un fracaso por el coloniaje. El 25 de Mayo de 1810 era tambien su redencion, y emprendedor, arriesgado y republicano de corazon, habria figurado desde las reuniones de Vieytes con Berutti y French entre los más ardientes conspiradores.

(1)—*Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y hombres de Estado de la República Argentina*,—por el Dr. D. Juan M. Gutierrez,—pág. 145.

(2)—*Pehuajó*,—por Rafael Hernandez,—pág. 10.

(3)—Protocolo de Inocencio Agrelo, Archivo de los Tribunales.

Hay una lógica que rige la conducta de los hombres, y no dudamos que, á haber estado vivo en 1810, habría sido uno de los corifeos de Mayo. Habriase aparecido en el gran escenario de la emancipacion y, por tercera vez, á caballo seguramente, con capa quizá tambien,—pero con chambergo en lugar de sombrero de tres picos, que habría arrojado como el último vestijio del vasallaje. Yo, que he seguido con fervor su itinerario mundanal, lamento con dolor histórico su intempestiva desaparicion, porque hoy tendríamos el consuelo de ver su existencia febril, interrumpida por tanto contratiempo injusto, noblemente complementada. Aparecería ante la fantasia contemporánea como un prócer de 1810, y, no lo dudeis, á caballo,—y si Moreno fué el génio de la Revolucion, él sería el centauro. ¡Lástima, porque tiene versos que son palpitations precursoras de la República!

XIII

Muerto el Dr. Labarden, preguntémos, como una síntesis de su existencia: «¿Qué fué?» Nada. «¡No haber sido nada!»—exclamará algun vanidoso, desalentado. Nó,—es su primer honor, porque despues de una vida combatida, en que podría haber ocupado diversas posiciones, resulta que prefirió ser poeta,—nada más que poeta. Así es el poeta. Hablo del poeta verdadero, del poeta que el concepto histórico nos ha legado,—que, á lo sumo, admite un Mecenaz,—y si deja la lira, es para morir como Byron en Misolonghi!

He tenido vergüenza de recordar que fué Mayordomo de la Fábrica de la Iglesia de la Colonia, y si lo revelé, en nombre de la verdad histórica, no me creo con el derecho á repetirlo cuando reasumo su existencia. Fué la única posicion que ocupó en su país, y el vulgo, que juzga á los ciudadanos por sus empleos, creará

que no tuvo capacidad para nada superior! ¿Por qué lanzar á la picota póstuma á quién no fué quizá sino una víctima de la injusticia?... ¿Quereis,—por otra parte,—nada más vergonzante que la biografía de muchos poetas modernos? Han ocupado los puestos más antipoéticos, como directores de Bancos y Ferrocarriles; ótros han sido miembros de Cámaras de Apelaciones, que es cuanto se puede ser de más contrario á la subjetividad del espíritu,—en fin, posiciones que sólo se explican en la vida inorgánica de las nuevas sociedades, á impulsos de la tiranía de la vanidad y del estómago. Labarden fué poeta á la antigua, y si no ostentó, por falta de estímulo contemporáneo, poemas dignos de la inmortalidad, fuélo, al menos, por su vida.

Su existencia es diáfana como un cielo, y sus apariciones á caballo en la sociedad ó en días solemnes de la historia, son nubes que estallan como la tormenta y contribuyen á hacerla más poética todavía. Lógico con sus inclinaciones, hizose estanciero. El campo, con su labor fecunda y pingües ganancias, le llamaba, y admirador de la naturaleza, sus vastos horizontes lo encantaron despues de los rudos y solitarios esfuerzos. «¡Pobre Labarden, ¡no fué nada!»—exclamará todavía algun lector. ¿Qué entendéis por ser algo? ¿Haber ocupado empleos? ¿Creís que el poeta no sea tambien personalidad? De ninguna manera se honra mejor á la patria que con el génio,—y,—si hemos de ser más francos,—agregaremos que se la sirve mejor de estanciero que de empleado,—sobre todo, depónese en sus altares mejores ofrendas.

¿Qué pudo ser, por otra parte? ¿Regidor, Síndico Procurador, Catedrático de San Cárlos, Miembro de la Junta de Temporalidades, empleado del Tribunal de Cuentas? Digamos que prefirió ser poeta á oficialista, y ante su fracaso literario, por la desaparicion de la *Rancheria* y el *Telégrafo*, retiróse como Horacio á gozar de la soledad campestre á favor de su patrimonio mater-

no. *El Sauce* fué su Tibur (1). ¡Al fin hálleme con un compatriota intelectual que no ha sido *nada!* Harto de oficialismo, es decir, ver que todos son personajes: Presidentes, Ministros, Senadores, Diputados y que la sugestión empleómana hace altos dignatarios aun de tintarillos, buscaba hace años, con la linterna de Diógenes, un compatriota de carne y hueso que no tuviese más títulos que los que otorga la academia de las propias facultades. Hélo aquí,—y satisfecha mi curiosidad, ingrato sería si no le diese un abrazo á través de la tumba. ¡Un intelectual que no ha sido *nada!* ¿Os parece poco? Es un mirlo blanco, una sirena, un pegaso, un unicornio, un milodon, es decir, algo que no existe sino en la fantasía. Saludémosle.

El Dr. Labarden, era, psíquicamente, un miembro de la sociedad moderna, á punto de que, á haber estado vivo en 1810, habría tomado parte ardiente en el movimiento de Mayo de la misma manera que emprendió con ahinco la ejecucion de sus proyectos progresistas, literarios y económicos. Nació para una nacion organizada, constitucionalmente establecida; parecía, por sus gustos enérgicos y refinados, criado y educado en Europa, y su carácter independiente é ideas liberales impulsáronlo más á contrastar con su época. Si no chocó con sus contemporáneos, fué por su modo de ser amable y caballeresco. Espíritu sin hiel, estuvo de buen humor en los malos como en los buenos tiempos, y el mundo, que quiere, con razon, buena cara, le alargó siempre la mano, otorgándole las más ardientes simpatías.

En Madrid, habría brillado, por su vivacidad y esfuerzos, en el círculo de Moratín. ¿Cómo no habría de

(1)—Afirma el Dr. Gutierrez, en sus *Estudios Biográficos y Críticos sobre algunos poetas Sud-americanos anteriores al siglo XIX* pág. 113, que allí estableció el Dr. D. Juan M. Labarden su estancia. *El Sauce* es un distrito de la Colina, y posee un puente del mismo nombre.

sentirse enjaulado en el coloniaje! Agotadas sus ilusiones literarias, huyó al campo como un pájaro que recobra su libertad,—al campo de los vastos y rosados horizontes, para agitar su alma solitaria y brindarle siquiera unos instantes de goces íntimos. No tuvo sino sonrisas para todos, y si no fué un hombre feliz en el sentido moral de este adjetivo, tampoco llenó el ámbito de lamentos. Si Maziel terminó sus días en un calabozo, él expiró en el inmenso mundo, que no deja de ser igualmente cárcel cuando se contrasta con su época. Se vive también con el cerebro encadenado, y la muerte entonces aparece como la suprema libertad del alma, que no la ofrecen las emancipaciones políticas. « ¡No diga Usted eso,—no diga Usted eso! »—exclama la hipocresía, que impide el adelanto social,—y el escritor, para no caer rendido por las preocupaciones, ambiciona más inmediatamente la libertad del pensamiento. « Ella nos dará todo lo demás »,—dice,—y en efecto, como es cerebral, nacen después los derechos y las otras libertades.

Objetivo por su género descriptivo, no habría sido nunca lírico, y aunque Maziel escribió en verso antes que él, fué en el coloniaje el precursor de la literatura moderna. Si no la predijo, la sintió, é inquieto dentro de la clásica aldea por su estrechez y ríjidas costumbres, ved cuántas veces no cambia de domicilio, iniciando, con sus mudanzas, estos tiempos vertiginosos, que se caracterizan por la vida inestable y en que se anda de un lado para otro con los muebles!

Amante del domicilio permanente, que fué el encanto principal del coloniaje, aparéceseme como el primer mártir de las mudanzas, porque,—á la verdad,—causa horror vivir más en los carros y por las calles. No pretendo que mis biografiados sean mártires,—pero andar rodando,—como se dice vulgarmente,—es el trastorno más antipático de las sociedades modernas!

Labarden era mas bien bajo, rubio y de ojos azules, estrellados. Nervioso y rápido en sus movimientos, ganábase inmediatamente la simpatía de sus interlocutores por su cultura que rayaba en la jovialidad. Era verboso hasta la locuacidad, y su franqueza hacía adivinar, por la expresion de su fisonomía, lo que pensaba é iba á decir. Festivo, siempre andaba con chistes. Se le apreciaba altamente, y cuando se le buscaba, yacía encerrado con sus libros, embargado por sus proyectos ó ausente... Movedizo por las dificultades de nuestras sociedades embrionarias, aparecía inconstante, cuando no trataba sino de fijar sus ideas para realizar el pobre destino que llevaba en su cerebro. Pensó, pero no sufrió. Murió relativamente jóven, y, — estamos seguros, — sin amargura, con todo de ser un verdadero vencido en las luchas de la vida, porque creería que cada hombre es hijo de su tiempo. No dejó sucesion que continuara su obra, y esta circunstancia, que debió ser, en su última hora, el mejor consuelo, tal vez nublara su mente, — pero no exhaló una queja, porque era espíritu de tomar la vida como venía y dejarla correr como las olas del Paraná que inmortalizó con su Oda inolvidable. ¡Paz en su inmortalidad! — y guardemos su memoria en el corazon, porque se permitió, en su soberbia con el destino, hasta el lujo de no dejar huesos. ¡Al menos, no se sabe dónde están (1)!

(1) — He notado hasta aquí, despues de tirados los pliegos, muchos errores de todo género. Como creo que el autor es el peor corrector de sus propios escritos, porque lee más con el pensamiento, — las grandes se le van y las chicas se le escapan, — me he fiado demasiado en el encargado de esta tarea. Por ejemplo, en la línea 8.^a de la pág. 213, donde dice: «es decir, amoldamiento etc. etc.», — debe leerse: «resistencia al amoldamiento, etc. etc.», — para no entender la idea al revés. Recomiendo en la imprenta mayor atencion para lo sucesivo, y yo no descuidaré mi supervijilancia, á fin de que el lector tenga, dentro de la imposible correccion perfecta, una impresion la más fiel al original, porque las fés de erratas no se leen.

Dr. Pantaleon Rivarola

I

Este ilustre compatriota, con todo de nacer á los pocos días del Dr. Labarden, es un jalón más en nuestra historia literaria, porque vivió más tiempo y sus frutos fueron de época madura. Representa un justo medio entre el coloniaje y la revolucion, y como ingresó en el Parnaso por sus poemas sobre la Reconquista, podemos decir que es el poeta de las invasiones inglesas. (1).

La colonia se va... ó, mejor dicho, somos nosotros, á medida que avanzamos en los estudios biográficos, que la dejamos atrás con sus costumbres arcaicas y arraigadas. Todo sigue, sin embargo, lo mismo: los vi-
reyes, sucediéndose,—el comercio y las industrias, estancadas,—excepto la poblacion, que se había casi duplicado, y las ideas sociales que, con la influencia de la revolucion francesa, tomaron tintes de reforma progresista y autónoma. Se iba formando un pueblo, poderoso por el número, la produccion y el intercambio con el Alto Perú, y vigorizado con la conciencia de su propio poder, adquiriría el carácter nacional que había de darle el

(1)—Sobre el Dr. Rivarola sólo se han escrito catorce líneas. Su autor fué el Dr. D. Juan M. Gutierrez, en sus *Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*, pág. 123, sin dar datos concretos, ni donde nació siquiera. Era un misterio, habiéndome dado varios datos de familia su sobrino nieto, nuestro distinguido compatriota, Sr. Don Angel Elfa Rivarola.

patriotismo y la suficiente fuerza para contrarrestar las usurpaciones británicas. Pero vamos á nuestro actual personaje.

Nació el Dr. Pantaleon Rivarola el 27 de Julio de 1754 en esta ciudad. Eran sus padres D. José Rivarola y D.^a Cayetana Villa, personas pertenecientes á la clase acomodada, y por su cultura y bienes, de lo más distinguido. Tuvo tres hermanos: Francisco Bruno, Félix María y Maria Tomasa. El primero era el primogénito y fué nada menos que el Dr. D. Francisco Bruno Rivarola, abogado de nota por su erudicion y carácter; D. Félix, murió soltero en Trujillo, dejando allí valiosos bienes, que al fin se perdieron, y Da. María, entró de Monja.

Sus hermanos varones tomaron las profesiones más en voga entonces: la de abogado y la de comerciante, y él, obedeciendo á inclinaciones de su espíritu, prefirió la de sacerdote. Despues de hacer aquí sus estudios menores, dirijióse á Chile en 1774, porque quería graduarse de Doctor en ambos derechos, y á los cuatro años le otorgó la Universidad de San Felipe tan hermoso título. Distinguióse tanto por sus facultades, que fué nombrado, no obstante su juventud, Sustituto de la cátedra de Prima de Leyes, que dictó por más de dos años, ejerciendo al mismo tiempo en Santiago el Ministerio de Notario Mayor del Santo Oficio. Recibióse ademas de abogado, y si mal no recordamos, estuvo tambien en Charcas,—pero dejó todas estas posiciones por servir á su país. Instituído el colegio de San Carlos, le vemos así nombrado catedrático de Filosofia, dictando el curso, en reemplazo del Dr. García Posse, desde el 17 de Febrero de 1779 hasta 1781.

Un hombre de su alcurnia intelectual, con tales títulos y antecedentes, no podia dejar de pertenecer al cuerpo docente de nuestro San Carlos. Su accion fué loable, porque continuó el impulso liberal iniciado en la filosofia por su antecesor, y será siempre su honra en la

posteridad haber tenido discípulos como Melchor Fernandez, Ramon Vieytes, Planchon, Castex, Castelli y Salcedo, etc., etc., que ilustraron más tarde los acontecimientos de la historia nacional. Dos años estuvo al frente de esta cátedra, y de ahí le vemos pasar al puesto de Prefecto de Estudios del mismo establecimiento, nombrado por el virey Vertiz.

Estas nuevas funciones, dado su carácter amable, fuéronle muy agradables, porque lo ponían más en contacto con la juventud. No las aceptó, con todo, sino mientras no hubiese colejiales pasantes, y en cuanto hubo uno, renunció, solicitando que lo sustituyese, no obstante de que se le asignó ciento cincuenta pesos anuales (1). Fué nombrado en su reemplazo D. Felipe S. Reynal (2). Esto tenía lugar en 1785. Treinta y un años contaba el Dr. Rivarola, y sin duda no esperaba sino entrar á ejercer sus funciones sacerdotales, porque enseguida le vemos Capellan del 3^{er} Batallon del Rejimiento de Infantería, llamado vulgarmente del Fijo.

Era este el puesto que descaba el Dr. Rivarola: en su ministerio sagrado, y, al mismo tiempo, de accion. Sabido es que en tiempo de guerra, un Capellan sale á campaña lo mismo que un oficial, pasando por iguales penurias y peligros, y sus deberes regulares eran llevar el Rejistro de matrimonios, nacimientos y defunciones del Rejimiento, como si se tratase de una parroquia. Su sueldo era exíguo: treinta y dos pesos, no excediendo los emolumentos del Rejistro de ciento cincuenta pesos anuales (3).

(1)—Expediente de su referencia. Archivo Nacional.

(2)—El mismo que aparece en las páginas 213 y 153, que en 1783 se recibió de Abogado en Córdoba, y como poseo datos de él, por ser mi tío bisabuelo por línea paterna, diré que nació en esta ciudad el 30 de Abril de 1758, siendo sus padres D. Antonio Reynal y Da. Francisca Javiera Dávila, argentinos, y falleció el 7 de Julio de 1830.

(3)—Véase los expedientes de su referencia en la Curia Eclesiástica.

II

El Dr. Rivarola pertenecía al antiguo clero argentino que, encabezado por Maziel, contribuyó al liberalismo de la juventud, preparándola para el ejercicio de la democracia. Si no brilló en el púlpito, arrojó desde la cátedra de filosofía ideas no menos progresistas en el espíritu de sus alumnos, que despues fueron los revolucionarios de Mayo, y donde quiera que estuvo, en San Cárlos como en San Felipe, hizo levantar la mirada y que se pensase en un más allá. Habló de la existencia de un Dios y, en consecuencia, de la inmortalidad del alma; al tratar de los deberes del hombre, diría que no podría cumplir su destino sin la libertad; el pueblo no es sino una evolucion del hombre y, lógicamente, caería, por el racionio, en la necesidad del gobierno de sí mismo, que produce el sistema republicano,—lo que hay, es que este preclaro compatriota, araba, por su carácter, paso á paso y en silencio como el buey. Si le faltaban impetuosidad y vehemencia, tenía manse-dumbre sobrada para ir léjos....

Amaba más la toga eclesiástica, y renunciando á San Cárlos, se encerró en la capellanía de su batallon. Era de deplorar, porque eran los grandes días, en que el pueblo, leyendo el *Telégrafo* y el *Semanario*, en las cátedras y hasta en los sermones de las tardes, se le ensanchaba el corazon y se inspiraba en el porvenir; pero cada hombre tiene su senda, por la que va, regándola con el sudor de su frente, hácia los horizontes que sueña... Prefería el ejercicio de su ministerio, que no era el silencio de ningun refugio, sino el de la vida activa. No había nacido para la existencia contemplativa del claustro, y allí, por su jurisdiccion privativa, tenía lo que pocos prelados: libertad. En efecto,—podía ser destituido,—pero nadie le usurpaba sus facultades, y esta

independencia, para un carácter como el suyo, amante de la autonomía, constituía el mayor mérito de su nuevo porvenir.

El cuartel para un soltero como el sacerdote, tiene sus encantos. En primer lugar, no tiene más que alzar con su lecho y sus trastes, y en segundo, se halla enseguida en su propia casa y entre los suyos. Agregad ei compañerismo, las dianas de mañana y todos los demas accidentes que gastan las asperezas de la disciplina, y teneis á su habitante feliz para entregarse á los devaneos del porvenir. Y si es un capellan, que tiene su cuarto independiente, la felicidad es completa. En aquéllos tiempos, no había destino político; el criollo, por más altamente colocado que estuviese en la sociedad, no tenía por qué soñar; no podía aspirar á ser virey, ni siquiera Regidor, y no existían cámaras ni ministerios; á lo sumo, era empleado del Tribunal de Cuentas; el hijo de familia mejor nacido contentábase con un pobre sueldo para las miseras exigencias de antaño, y si era Doctor, con una cátedra en San Cárlos. Rivarola prefirió la capellanía del Cuartel.

«¿Por qué no entró de militar? La milicia entonces, como carrera nacional, no existía. Los militares y la misma tropa que componía la guarnicion, eran, en su mayor parte, españoles; sabíase, por otra parte, que eran los destacamentos enviados por la corona para sostener á sus vireyes en prevision de cualquier alzamiento criollo; el espíritu nacional, con la division de españoles y españoles—americanos, estaba herido, inquieto, y el hijo del país, si no se doblegaba á las trabas del comercio, no tenía más recurso que el empleo ó el doctorado en teología, porque para ambos derechos había que ir á Chile. Hé aquí por qué la sotana era bien mirada. Agregad ahora que era española, importada é incorporada ya á nuestras costumbres, y tendreis que era una distincion como la de ser abogado. Véase por todas partes el

hábito sacerdotal; rara era la familia acomodada que no tenía un miembro clérigo,—y el clero entero, por su carácter nacional, el imperio del espiritualismo y su mision docente en la juventud, era respetado y tenido en muy alto. Vemos así cómo Rivarola, siendo sacerdote, encontraba su puesto en la vida según sus inclinaciones y el alto criterio social.

Cuarto, sueldo, emolumentos..... ¿qué más quería! Agregad á las consideraciones sociales por sus títulos, varias capellanías que aumentaban su renta (1), y tendremos que muy pocos paisanos se hallaban en aquel tiempo en posición más independiente. Si sus padres murieron, su hermano Francisco, á quien él casó en 1790 con Da. María Josefa Martínez de Haedo, se hallaba en la plenitud de su fama, y su domicilio, situado en la calle de las Piedras entre Victoria y Alsina (2), era su hogar, aunque el propio estaba primeramente en el cuartel. Allí veíasele los domingos. Era un gran fumador, y en la cuadra, los soldados, después de comer, veían hasta la hora del sueño una sombra que se paseaba de un lado á otro de sus veredas con una chispa á manera de luciérnaga. «¡Es el capellan!»—exclamaban,—que saboreaba sus cigarros (3).

Tan acentuados rasgos varoniles no amenguaban su urbanidad, que rayaba en la dulzura en el trato familiar. Sacerdote de vocación, no podía ser de otra manera, y sus gustos literarios le llevaban á convertir su cuarto, en las horas de descanso, en un sitio de solaz. ¿Quiérese nada más ameno? Hoy mismo, con todas las exigencias complejas, constituye una existencia, envidiable por su independencia. Y su físico era prueba de su cultura: más bien alto, delgado, tenía la palidez de la cera,—los ojos, azules,—el cabello, rubio y la expresión del hombre bien nacido y bondadoso.

(1)—Véase la relación de estas capellanías en el expediente de su referencia en la Curia Eclesiástica.

(2)—Antigua casa de los Cano.

(3)—Recuerdos del señor Trelles.

III

Pocos datos más tenemos sobre el Dr. Rivarola,—y ¡gracias!, porque era un misterio. Respetuoso de la verdad histórica, me detengo temeroso de caer en las fronteras de la fantasía. «Tanto mejor, ofreciendo lo principal,—me he dicho muchas veces,—porque entonces la imaginación del lector hará lo demás, tomando al personaje por un sér fantástico y revistiéndolo quizá de cualidades que no tenía». ¿Cuántos biografiados no ganan por ser oscuros!,—tanto como ótros pierden por ser conocidos. Su misma popularidad los vulgariza, mientras los que quedan en la penumbra, sólo ostentan la silueta. No serán, es cierto, nunca amados; no sublevarán pasiones,—pero no serán abominados ni discutidos siquiera, y vivirán en la imaginación pública, que, en ciertos instantes, los entreverá con perfiles iluminados.

Tienen el encanto de lo desconocido, y dada la imperfección humana, siempre les valdrá más vivir en las tinieblas de la historia. Son los predilectos de la juventud, que ama el misterio, y con su savia exhuberante, los viste y los rodea de fulgores ventajosos. ¿Qué más queremos saber, teniendo todos los datos sobre su vida pública, exígua, modesta? Si con un miembro solamente, podemos reconstruir un esqueleto, fácil nos es saber qué vida llevaría Rivarola en el cuartel del Fijo. Es una deducción lógica. El sér cerebral necesita la independencia, y al conquistarla en el laberinto de este mundo, siéntese feliz, y,—convencéos,—aquélla, la ansiada, en que se funda la libertad personal, sólo se obtiene en el refugio. Hablo del hombre intelectual, que en cuanto al vulgar, cuanto más gente lo rodee para expandirse en franquezas, mejor se siente; el hombre que piensa, en fin, huye de los demás, porque cuando, por el instinto de sociabilidad, busque charlatanes, ya le sobra-

rán,—y es tan cierta esta afirmación, que muchos prefieren el retiro absoluto y eligen un convento.

«¿Por qué Rivarola no se hizo fraile?»--preguntareis. No había nacido para tal. Era sacerdote, quizá porque su hermano Francisco fué abogado; hoy, dada la abundancia de profesiones, sería, para satisfacer la vanidad social, quizá médico ó ingeniero, aunque tal vez hubiese sido estanciero como Echeverría. No era un sér contemplativo, y el éxtasis no estaba en sus tendencias. Llevaba sotana, como ciertos jueces se ponen peluca,—nada más,—y en el cuartel tenía toda la independencia que quería, y cuando se aburría, le sobraría con quien conversar. Las dianas y las retretas le alhagarían más que los ecos de los salmos y del angelus, y en la disciplina y movimiento diario de la vida militar, hallaría más atractivo que en el misticismo del claustro,—al menos, creería ser más provechoso á sus compatriotas. Así como los pájaros, mi querido lector, hacen en esta tierra su nido segun sus inclinaciones, de la misma manera el hombre el suyo para ser tambien más eficiente. Sólo el egoísta, en este alojamiento universal, se aparta y se retira, no haciendo muchas veces en ningún punto su nido, para, como ciertas aves de rapiña, introducirse en los ajenos.

Hé aquí una faz social de la vida colonial,—y la traigo á colación, para probar con cuán poco llenábase entonces un destino. ¿No se es feliz hoy en la pampa con un rancho? Lo mismo pasaba entonces, porque no se necesitaba más para vivir. Son las exigencias de las épocas lo que hacen la vida más ó menos simple, contribuyendo más bien sus complicaciones á hacer desgraciado al hombre. ¿Y seré yo quién prefiera la existencia actual, llena de gastos é impuestos, que convierte á los más grandes trabajadores en esclavos? ¡Qué esperanzas! Hablo socialmente, señores patrioterros, porque hoy, para construir un hogar, es necesario llevar á la Escribanía

un carro de dinero, y para adquirir una modesta bóveda en el Cementerio, veinticinco mil pesos,—¡una fortuna! Actualmente, no se puede vivir ni morir así no más,—al menos, la vida háse tornado dura, difícil, sobre todo para el hombre de principios, viéndose sucumbir á muchos, nada más que porque fueron buenos!

¡Antes caían los malos! Los sociólogos convencionalistas, que todo lo remiendan con sus explicaciones casuísticas, atribuirán el cambio á la diferencia de vidas; pues bien, yo prefiero, socialmente, aquélla, porque se me aparece plácida como una noche de luna. Vivir y ser feliz era sinónimo, mientras que hoy la vida es una lucha, tan fatigante como en el mundo antiguo, sin que tengamos mayores libertades políticas, económicas ó sociales, y las diversas comodidades que se ofrecen, si no son, por su complicacion, para hacerla mas incómoda, existen sólo para los que las pueden pagar..., como en cualquier parte. Las comodidades de esta época, producto de nuestra invencion, son para los ricos, quedando, en consecuencia, el problema social sin resolverse, porque el pobre, que es la mayoría, está peor que antes: su pan es duro, amargo,—muchas veces fáltale trabajo,—y pronto se despedirá de la carne como de la fruta... en este país de la ganadería y de la agricultura,—todo, todo por los impuestos!

¡Feliz de tí, Dr. Rivarola, que al toque de oraciones, despues de comer, podías pasearos tranquilo en la vereda de vuestro cuarto en la cuadra del cuartel del Fijo! ¿Con qué placer no saborearíais vuestro cigarro? ¡Con razon os quedábais hasta tarde, y muchas veces, á media noche, os levantábais para fumar ótro y ótros! Así se puede fumar. El cigarro es el compañero más fiel del hombre,—pero es muy distinto fumar para sobrellevar dolores que por ser feliz. Rivarola fumaba de puro satisfecho, como diría Ascasubi en su estilo gauchesco, y al arrojar al aire las bocanadas de humo, al compas de sus pisadas concientes, creeríase más ,porque, en aque-

lla vida sin ambiciones, era cuanto podía ser para bien de sus compatriotas y porque,—efectivamente,—llenaba un destino. No hay egoísmo en la felicidad, cuando se siente al través de las exigencias de sus contemporáneos y se ha depuesto el alma entera en obsequio de sus ideales, sino, por el contrario, generosidad, abnegacion, porque el Dr. Rivarola que, á nuestro juicio, se sacrificó como clérigo, habría brillado en las varias esferas que ofrece la vida moderna al hombre intelectual. El lo ignoraba; lo demostraba su tranquilidad, que acusaba satisfaccion,—pero lo sabemos nosotros, y afirmamos que, como tantos otros ilustres compatriotas, fué una víctima de su época, de aquella época que parecía carecer de sol, porque todo, principiando por los hombres, era opaco, por falta de un foco universal de luz que iluminase todas las cosas.

Esta vida es tan corta, que pasa como una onda de luz en la vorágine; es sobre todo, íntimamente, tan personal, que no importa ser; la cuestión es el sentimiento, y sintiéndose Rivarola feliz, ¿qué le importaba de lo demás? El hombre, por otra parte, en esta situación, es hijo de su época, y, con todo, él se creía feliz. Creíase feliz por sí y por los demás, porque dábales cuánto podía ofrecerles, y confirmábase de este estado moral, porque, en la fragilidad de la existencia, cuando dábase vuelta y arrojaba en la cuadra el pucho de su cigarro, entraba en su cuarto, y allí, en tan estrecho y pobre recinto, veía todos los útiles del hombre intelectual: su escritorio, el papel, la pluma, la tinta,—la lámpara, para encenderla en las noches insomnes, — y sus libros, sus libros queridos, sus verdaderos compañeros y mejores amigos. El coloniaje, á no ser por la necesidad de emanciparnos, habría sido civilmente, por el silencio y la falta de aspiraciones, el mundo ideal para el hombre psíquico, para aquél que vive de la vida del alma y del pensamiento.

IV

El Dr. Rivarola no se olvidaba que era tambien cura de almas y que fuera del cuartel existía un pueblo pecador, y de vez en cuando le componía algunas oraciones para que las recitase. Tenemos una de estas por delante. Es una novena, editada por la Imprenta de Niños Expósitos el año 1790 (1). Dios quiere simplemente que se cumplan sus mandamientos, para que cada sér contribuya al progreso universal, y al abrir las páginas de este librito, hemos visto con gusto que huye de ese cristianismo servil, que abunda hasta en las pastorales de los Obispos. Dios, en efecto, es Señor, Omnipotente, Trino y Uno, Magestad y cuanto titulo Augusto y Soberano quiera dársele,—pero no desea que la criatura se prosterne humillada ante la imágen de su Hijo y avergonzado de su impotencia, sino, simplemente, humilde, pidiendo el perdon de sus culpas. El Dr. Rivarola tiene el buen gusto de huir de estas exageraciones, que pervierten hasta el sentimiento religioso, y en lenguaje sencillo y conciente inspira y levanta el alma de los fieles. «Como teneis prometido,—dice,—que en cualquiera hora que el pecador llore sus pecados será perdonado, me arrojó, confiado y arrepentido, á vuestros piés, sintiendo de todo corazon haberos ofendido. Pésame, Dios mío de mi alma, de haber pecado, y quisiera derramar abundantes lágrimas de penitencia, para lavar con ellas la multitud de mis iniquidades. Propongo, Señor, firmemente la enmienda, ayudado de vuestra divina gracia. Así lo espero conseguir mediante los infinitos merecimientos de la santísima vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo y la poderosa intercesion de nuestro glorioso siervo San Martín. Romped pues, Dios mío, las cadenas de mis culpas, con que tanto tiempo ha

(1)—Sólo conocemos la reimpresion del año 1811.

vivido aprisionada mi alma, y dame tu gracia, para que, sirviéndote fielmente en esta vida, merezca verte y gozarte en la eterna gloria» (1). Así se reza y no llenándose el sér de improprios, como si la Omnipotencia divina naciese de la pequeñez humana. Dios es superior y omnipotente por sí mismo, y si nosotros, que somos su mejor obra, resulta un compendio de vicios y defectos, degradamos su propio poder. ¿Qué valdría un Dios que produce una criatura tan despreciable como el hombre! Nó,—Dios no necesita de nuestra horfandad ó miseria para ser grande, y la mejor manera de honrarlo, es aparecer digno de su misericordia, — pero si nos presentamos, por una falsa modestia, mintiendo para humillarnos y rebajarnos, nos despreciará.

Ved cómo se agradece el don de la cristiandad. «Misericordiosísimo Señor, que viniste á iluminar á los que vivían de asiento en los errores de la gentilidad: yo te doy las más rendidas gracias por el singular beneficio de la vocacion al Cristianismo con que me has distinguido de los paganos é infieles que yacen sumergidos y obstinados en el abismo de sus falsas y erradas sectas, y te ruego humildemente por tu bondad divina y por los méritos de tu glorioso siervo San Martin Obispo, me asistas con tu gracia, para que persevere constante en el gremio feliz de los verdaderos creyentes y para que viva conforme al espíritu de esta sagrada religion hasta la muerte. ¡Dios y Señor, que resistes al soberbio y ensalzas y das gracias á los humildes: yo te ruego por la profundísima humildad de vuestro ungénito hijo, mi señor Jesucristo, y por la de nuestro glorioso siervo San Martin Obispo, destierres de mí todo espíritu de soberbia y me hagas verdadero humilde de corazon, para que merezca conseguir las gracias y dones que tienes prometidos á los profesores y amadores de esta virtud, que tanto os agrada!»—exclama en otra oracion.

(1) Novena citada, pág. 7.

Nos ocuparemos de esta produccion, porque, entre las oraciones, tiene varias antifonas muy adecuadas y una Dedicatoria á la *muy ilustre y noble ciudad de la Santisima Trinidad* de Buenos Aires. Nada tampoco como estas producciones para dar á conocer el espíritu cristiano de un sacerdote. Héla aquí:

A vos, ciudad ilustre, cuyos timbres
De la fama resuenan en los ecos,
En compendiosas páginas humilde
Y obsequioso se ofrece mi respeto.

Presenta á vuestras aras obligado
Mi leal conocido rendimiento
Este breve librito, que por breve
Apenas en verdad parece serlo.

Aunque si bien lo admira tu cuidado,
Verá en este volúmen tan pigmeo
Dibujado un gigante, que fué siempre
Y es de tu devocion el tierno objeto.

Verás tambien en él con vivas señas,
Un palpable constante monumento
De ser mi insinuacion aunque tan leve
Natural produccion de mi deseo.

Recibe, pues, benigna y generosa
El corto donativo que os presento,
Que á mucho más se extiende mi cariño
Aunque á menos alcanzan mis esfuerzos.

Y aunque anhelar no debo á recompensas
Cuando os vuelvo lo mismo que es tan vuestro,
Con todo, si recibes mi trabajo,
Me das, con recibirlo, todo el premio.

Su estilo es sencillo, familiar, como corresponde á un sacerdote al dirigirse á los fieles. En la prosa, quizá por la superioridad de los asuntos, suele ser elocuente, pero con esa elocuencia de la verdad, que dimana de su propia sencillez. En la última oracion, dice: «Soberano y Eterno Dios, en cuya presencia es preciosa la muerte

del justo y abominable la del pecador: yo te ruego humildemente por la muerte santísima de vuestro dulcísimo Hijo mi Señor Jesucristo y por la de vuestro glorioso siervo San Martín, Obispo, me asistas con tu gracia, para que viva ahora tan arreglado á tu ley y preceptos, como en la hora de la muerte deseáse haber vivido. Ruégote también, Dios mío, que muerto yo á mis pasiones y al mundo entero por una perfecta negación de mí mismo, viva sólo para Vos, sirviéndote y amándote con fidelidad hasta la muerte. Amen.» Sé que los que no son religiosos, barrerán con la escoba del desprecio estos trozos de rezos con todos sus comentarios, porque la alta ciencia moderna, que produce sólo los progresos materiales, principia por negar á Dios; es su divisa, su norma, su lujo,—pero el que lo admite, tiene que aceptar implícitamente á la oración como el único y mejor medio de comunicación con el Creador que le dió el sér. Es la telegrafía sin hilos, que inventó Jesús con el *Padre Nuestro* en las sinagogas y legó, antes de sacrificarse, á la humanidad, para que las criaturas constituyan la relación espiritual necesaria con Dios é impuesta al menos por la gratitud de la vida.

V

Así pasaba la vida el Dr. Rivarola, compartiendo su tiempo entre las tareas oficiales del cuartel y su grata satisfacción de encaminar las almas de los fieles. Espíritu elevado y dado á vivir de sí mismo, lógico es creer que, mientras no estaba absorbido en una ú otra ocupación, leería y pensaría para confortar su alma. Su prosa puede dividirse en dos géneros: el de los asuntos religiosos y el de los prólogos y comentarios ilustrativos de sus romances, que son los únicos que se conservan de él. En el primero, muéstrase, aun en los instan-

tes íntimos, sério y digno; llamaría á su forma, varonil para distinguirla de la otra, en que aparece comunicativo y hasta festivo. Conócese, cuando escribe oraciones, que ha leído á Feijóo é Isla. Franco, sincero, plégase á la evolucion que estos padres originaron con su critica en el estilo de la literatura religiosa, y si hubiese sido predicador, habría seguido las huellas de *Fray Gerundio*. No conozco, en sicología, nada más sencillo y amable que este espíritu nacido para la accion y la lucha, y que, por no culpar á su época, aparecía inconcientemente feliz, con el hábito sacerdotal y de capellan en un batallon. Si no era militar, vivía en el cuartel,—hacía vida de soldado, no oyendo sino voces de mando, cajas y cornetas. Cuando no podemos ser en esta vida lo que queremos, salvamos la forma para disfrazarnos de algo. ¡Es un consuelo siquiera!

¿Advertíalo Rivarola? Debería, al menos, sentirlo, porque los sicólogos como él principian por conocerse á sí mismos,—pero ¿cómo rebelarse contra el destino? ¿No dijimos que la carrera militar no existía entonces y que la eclesiástica era tan principal como la de abogado? ¿Cuántos espíritus fuertes y audaces no contrarian hoy mismo su fin, entre los inmensos y vastos rumbos abiertos á la instruccion superior?,—y sin embargo, pásanse por alto los sufrimientos, como si la vida fuese una horma demasiado dura. No es que nadie esté contento con su suerte,—sino que hay que doblegar el deseo á las circunstancias y amoldarse á la realidad, tanto más que la imaginacion engaña y toma muchas veces el hueso por el trozo sustancioso.

Esta incomodidad moral le hizo pensar en su retiro. La vida en el coloniaje, sin sucesos ni distracciones, recojía demasiado íntimamente al sér, y tornábase al fin monótona y pesada como si fuese demasiado larga. Siempre en el cuartel, viendo y oyendo lo mismo, cansariase al fin, y no pudiendo cambiar de profesion, so-

licitó su jubilacion. Sería con este motivo que en 1805 presenta una solicitud al Illmo. Teniente Vicario General Castrense, pidiendo *las letras testimoniales para los fines que le fueren convenientes, á fin de acreditar su conducta y desempeño en el cargo de Capellan* (1). Debería ser tan sofocante el ambiente de aquella época, que un funcionario, despues de encanecerse en el servicio público, no hallaba mejor aspiracion que volver otra vez á su hogar para seguir envejeciéndose y esperar la muerte. Y había que soportarla en silencio y de buen grado en cambio de la existencia familiar, barata y sin impuestos, porque en este mundo todo está contrapesado, á punto de que actualmente si no fuese por los progresos materiales ¡quién sabe cuál sería el fin de nuestra fermentada civilizacion!..

¡Qué mansas se deslizaban las existencias en aquellos tiempos! Sin embargo había almas que pensaban y sentían como hoy,—pero ante las aspiraciones inútiles que socavan el alma, preferible es la filosofía práctica, que atempera el carácter y contribuye al bienestar. ¿Qué valdría sublevarse? ¿Contra quién? Mejor era estar quieto y ver correr los días, que se convertían en meses, años y, al fin, en canas, sobre todo cuando el Dr. Rivarola volvía, despues de buenos servicios, á su hogar, al hogar respetado de su ilustre hermano Francisco Bruno, jubilado, con alguna renta (2) y con el amor á los buenos libros que dulcifican las horas y el carácter tambien!

Por esta circunstancia no estuvo el 27 de Junio de 1806 en el Regimiento *El Fijo*, cuando en el puente de Barracas estaba destacado para impedir el paso de las columnas de Beresford en la primera invasion inglesa. Habriase tomado un buen arrebató ante la cobardía de Sobremonte, la fuga de muchos y el desconcierto de al-

(1)—Espediente de su referencia en la Curia Eclesiástica.

(2)—Véase en la Curia Eclesiástica las varias capellanías que gozaba el Dr. Rivarola.

gúnos, que dieron lugar á que los ingleses franquearan sin tropiezos el río de Barracas y entraran triunfantes hasta la Plaza Mayor y el Fuerte, donde izaron el pabellon británico. ¡Qué contraste aquél! Fué necesario que un pueblo fuese sorprendido, abandonado por sus autoridades, rendido, apresado, para que volviese en sí con la conciencia de su poder y de ser vencedor.

VI

Los ingleses, vencedores, entraron al frente de Beresford por la calle de Defensa y se apoderaron del gobierno y sus tesoros. Principiaron á dictar bandos entre el pueblo más atónito que amedrentado ante lo ocurrido, porque fué más una sorpresa que una victoria. Suponeos que el enemigo sólo alcanzaba á mil quinientos sesenta soldados, número suficiente para que el pueblo lo hubiese deshecho á pedradas,—pero era en ese instante la autoridad, y bien sabido es cuánto vale, en el ánimo de las sociedades, poseer el poder y la fuerza.

¿Qué sucedió? Lo consiguiente:—que pasada la primera impresion, el pueblo no pensó sino en desalojar al enemigo para reconquistar á su querida ciudad. El Cabildo hizo pasar inmediatamente á Montevideo á D. Santiago Liniers, Comandante de la Ensenada, para requerir los auxilios del Gobernador Ruiz Huidobro. Enseguida marchan allá D. Juan Martín de Pueyrredon, D. Manuel Arroyo y D. Diego Herrera para lo correlativo á instrucciones, suministros de dinero y aprestos bélicos,—pero regresa Pueyrredon, y junto con D. Martín Rodríguez, principian á reclutar gente en San Martín. A pesar de la reserva con que procedieron, Beresford conoce el plan, y para desbaratarlo, marcha el 31 de Julio á las 12 p. m. al frente de quinientos hombres de artillería, verificándose al día siguiente el combate de *Perdriel*, en

que los patriotas, con todo de poseer tres piezas de artillería, fueron deshechos y dispersados.

Liniers, entre tanto, llega de Montevideo á la Colonia el 26 de Julio; allí le esperan nuevos refuerzos, y al frente de una escuadrilla de veintinueve buques, dirigida por el Capitan de Fragata, D. Juan Gutierrez de la Concha, entra en el Paraná de las Palmas. Llega el 4 de Agosto á Las Conchas, donde ve engrosadas sus filas, y teniendo apenas la caballería suficiente para arrastrar la artillería, acampa el 10 del mismo mes despues de una penosa travesía; por entre bañados y matorrales, en el Miserere, hoy plaza 11 de Setiembre. Venía con mil doscientos hombres, y sintiéndose fuerte el popular caudillo, le envió á Beresford, con uno de sus ayudantes, el conocido mensaje: «La suerte de las armas, —le decía,—es variable,—y si hacía poco más de un mes que se había posesionado de esta Capital, venía él dispuesto á reconquistarla; que con el fin de evitar los horrores de la guerra y una inútil resistencia de su parte, le proponía honrosos partidos de rendicion.» El general inglés, no dudando tampoco de la variabilidad de las armas, contestóle que se defendería hasta dónde las fuerzas le permitieran.

Abiertas las hostilidades, Liniers ese mismo dia, sin más trámite, dirijióse al Retiro,—tomó la guardia y se posesionó del parque. Sabedor Beresford de este avance, sale inmediatamente del Fuerte al frente de quinientos hombres; trata de recuperar la fortaleza,—pero es arrollado y vése obligado á reconcentrarse en la Plaza Mayor que, juntamente con el Fuerte, eran sus principales dominios. Los patriotas, envalentonados por tan inesperada victoria, divisan frente al Retiro fondeadas una cañonera y una corbeta inglesas en la cabeza de un banco y principian á dispararles cañonazos. Inutilizan la primera, y á la corbeta le derriban el paño de mesana, donde tremolaba la bandera inglesa, que cae al agua.

El triunfo, más fantástico que real, impresionó de tal manera al pueblo, que mirándolo al través de la imaginación, considerólo principio de grandes hazañas. Gran número de vecinos presentáronse á Liniers al Retiro á ofrecer sus servicios,—únos, armados,—ótros, con sus hijos, y tódos dispuestos á entregar sus vidas,—no faltando valerosas mujeres que daban muestras de valor. Tódos querían arrastrar la artillería y lanzarse sobre los invasores. Los días 10 y 11 fueron de continuas guerrillas, llevadas ya por vecinos ó por compañías del batallón de *Miñones* que, llevado del entusiasmo, abriase paso hasta puñal en mano, derribando centinelas avanzadas y la guardia del presidio de San Miguel. Los ingleses, replegados en la Plaza Mayor, pusieron artillería en algunas bocacalles y tropas en las azoteas. Estaban sitiados.

Llega el 12,—el 12 de Agosto, señalado en la historia como la primera victoria guerrera de nuestros antepasados en el Plata. Al primer rayo de sol, Liniers se dirige, al frente de sus huestes, á la Plaza Mayor, y en el camino, por la calle de San Martín, ve á los *Miguelletes* y al *Fijo* batiéndose con una de las avanzadas inglesas. Concorre al refuerzo,—dobla para tomar la calle de La Merced y ve ya al pueblo en las calles, azoteas y balcones tiroteándose con las fuerzas invasoras que ocupaban el Cabildo y la Recoba Nueva. ¡Hermoso espectáculo: ¡hasta los niños, los ancianos y las mujeres peleaban!,—y arrollados los britanos por tal entusiasmo, se replegaron sobre la Recoba Vieja. A esa fuerza y la del *Fuerte*, quedaba reducida toda la dominación inglesa, y las muchedumbres al verlo así, precipitáronse en masa de todas partes, arrastrando cañones y envalentonando á los batallones de línea con gritos y alaridos populares.

Los defensores de la Recoba Vieja fueron deshechos,—cae el ayudante Kennet,—y Beresford, para salvar su vida, se retira con sus restos al Fuerte. Quedaban allí encerrados, é incomunicados con su escuadra, estaban

como prisioneros. El pueblo comprendiólo así y queriendo vencer por sí solo, pujaba por tomar al asalto la fortaleza. Ya trataba, con colchones y otros medios, de cubrir los fosos, cuando ve izarse la bandera de parlamento. No había otro recurso. Apareció en el fuerte á caballo, en nombre de Liniers, el jóven D. Hilarion de la Quintana,—entró por el puente levadizo, y tódos vieron enseguida, con gran júbilo, arriarse en el baluarte la bandera inglesa para ser inmediatamente sustituida por la española. Vióse más aun: á los ingleses, en virtud de la capitulacion, entregar en el Cabildo al ejército vencedor 1600 fusiles, 36 cañones, 4 morteros, 4 obuses y las banderas del célebre regimiento 71!

Estaban tódos entregados al festejo de la victoria, cuando Liniers recibe una nota del virey Sobremonte, acampado en Fontezuelas con tres mil hombres, en la que le desaprobaba la idea de reconquistar la plaza y le ordenaba que no se moviese hasta su llegada. El pueblo entonces, indignado ante la insensatez del virey, cuya insólita cobardía habíalo puesto fuera del derecho al mando, presentóse en tumultos ante las autoridades, pidiendo resueltamente que no se le permitiese entrar en la ciudad y que se confiase á Liniers el gobierno. Una diputacion compuesta de los Sres. D. José Gorbea y Badillo, Fiscal del Consejo de Indias, D. Lucas Muñoz y Cervero, Regente de la Audiencia, y D. Benito Iglesias, Síndico de la Ciudad, partió á Fontezuelas y puso en manos de Sobremonte el acuerdo del Cabildo que lo destituía, nombrando, en su reemplazo, á Liniers con el título de Gobernador político y militar de la plaza. Aferándose á su puesto, contestó que era un delegado de su S. M. y no podía ser destituido ni reconocer otra autoridad. Defendió sus fueros,—pero los hechos dominaron las palabras, y no se le permitió ni acercarse á la ciudad.

Pasó á Las Conchas, donde estuvo algunos días,—de

ahí á la Colonia y enseguida á Montevideo. El General Huidobro le entregó el mando, y ante la intimacion del General Achmuty de entregar la plaza, contesta enérgicamente. Trata de resistir, y ante la vista del enemigo, vuelve á huir, sin disparar un tiro, al frente de la caballería hasta treinta leguas de Montevideo. En cuanto se supieron aquí estos hechos, el pueblo se indignó y pidió al Cabildo que se apoderase del virey y lo juzgase. Así se efectuó, yendo en su busca el comandante de vizcaínos, D. Prudencio Murguiondo. Aprehendido, fué desembarcado por la Recoleta y juzgado en la Convalecencia, de donde salió humillado para no poner los piés más aquí.

Liniers, posesionado del mando, trató de armar á toda costa la poblacion en prevision de una segunda invasion más poderosa, que ya se temía. Formáronse cuerpos de todas armas y denominaciones. Al poco tiempo había más de siete mil hombres en pié de guerra, listos para entrar en combate y, en su mayor parte, ciudadanos que se alistaban voluntariamente para defender la situacion. No se hablaba sino de la próxima victoria,—no se veía sino soldados, y la ciudad era un vasto cuartel, que pasaba sus días y sus noches entre las dianas y el entusiasmo guerrero. ¡Cómo olvidar la revista militar efectuada en Barracas el 15 de Enero! Era la primera de las Provincias Unidas y tal vez de la América del Sur. A las 3 a. m., cien hombres, al frente de lucientes bandas de música, salieron del Fuerte tocando generala y anunciando á la poblacion que debía ponerse en pié para la partida. Dirijéronse enseguida á Victoria y Defensa, donde era el punto de reunion, y una vez que fueron llegando los regimientos que componian el ejército, pusieron en marcha seguidos de nuestra sociedad más culta, familias, damas y señoritas en carruaje y á caballo. Era oscuro todavía. A las 5 a. m. llegaron á Barracas; á las 8 a. m. el Obispo dijo

una misa, que fué saludada con descargas de artillería; á las 10 a. m. se verificó la revista, y acto continuo principi6 el almuerzo general de la tropa y el pueblo. Las familias llevaron provisiones, y allí, tendidas en el césped, alternaron con los milicianos 6 eran convidadas por el vecindario. Fué un día de jolgorio y expansiones patri6ticas, pasado entre músicas marciales. A las 7 p. m. recién regresó el ejército, y fué tan numerosa la revista, sin duda por el pueblo que la engrosaba, que, llegando á la Plaza, la retaguardia daba á San Telmo. Despues, en la ciudad, vinieron los banquetes, y fué tan vasto el ofrecido á Liniers, que asistieron los miembros de la Audiencia, del Cabildo, todos los Comandantes, numerosos oficiales y hasta soldados.

Beresford y sus oficiales, despues de alternar con lo más distinguido de nuestra sociedad, fueron confinados á Lujan, de donde terminaron por fugar á Montevideo. Vamos á la segunda invasion. Despues de los sucesos de Montevideo, desembarcó Whitelocke á mediados de Junio en la Ensenada al mando de diez mil hombres próximamente. El 1.º de Julio llegó á Quilmes atravesando fangales, á punto de que dejó encajados en la playa dos cañones de á diez y ocho. En ese instante, en virtud de un pliego llegado de la Corte, la Audiencia nombró Virey de estas provincias á Liniers. Grande fué tambien el entusiasmo del ejército. Lo primero que hizo Liniers, que acababa tambien de ser nombrado Brigadier General, fué marchar al frente de las fuerzas, que ascendian á 6.200 hombres, á buscar al enemigo. Situóse á la izquierda del río de Barracas. Al día siguiente vadeó este río y presentó línea de batalla, pero el Mayor General Gower, que hizo lo mismo, en vez de atacarlo, prefirió, felizmente para la suerte de nuestras armas, pasar por Paso-Chico y situarse en Miserere. Tenia 1700 hombres. Hacía un tiempo lluvioso, intransitable. Liniers, deseoso de combatir, en vez de replegarse

á la ciudad para dar descanso á la tropa y esperar al día siguiente, va ciegamente en busca del enemigo. Era casi de noche. Gower, al verle, le presenta alguna fuerza, que él trata de deshacer,—pero aparece el General Crawford con una poderosa columna,—lo envuelve, y para evitar de caer prisionero, no tuvo más que retirarse á las quintas contiguas. Perdió bastante gente, tres piezas de artillería, é intimándole Gower la rendición, pidióle las condiciones.

Dispersada la gente y desalentada la poblacion por este fracaso, si el ejército inglés avanza, toma esta ciudad. No habría tenido obstáculo insuperable. Felizmente el general Whitelocke, por ignorancia de su vaqueano, no pudo reunirse hasta los tres dias con el grueso de su ejército, teniendo tiempo el Cabildo de tomar algunas precauciones. Era Alcalde de primer voto, D. Martín de Alzaga, hombre activo y de carácter, y dándose cuenta del peligro de la situacion, trató primeramente de infundir valor, levantando el espíritu de la poblacion. Ordenó iluminar la ciudad y atrincherar las boca-calles de la Plaza Mayor, colocando piezas de artillería, y el Cabildo, despues de otros preparativos, dijóle á Liniers que el pueblo estaba decidido á resistir hasta lo último.

El general Whitelocke dividió su ejército, para el ataque, en tres cuerpos; el primero, era el ala izquierda, al mando del general Achmuty,—el segundo, la derecha, al del general Crawford, y el tercero, el centro, compuesto de los carabineros del Regimiento 9 de dragones, entró, con dos cañones de á seis, por la calle de Rivadavia. Whitelocke y Gower quedaban en Miserere con la reserva. Avanzan estas fuerzas, al aclarar el 5 de Julio, trayendo á su frente cabos gastadores con hachas para derribar las puertas. Anuncian su entrada con el estampido de cañones y descargas de fusilería. Muchas balas cayeron en el centro de la Plaza y una en la sala del Cabildo. Todo el ejército inglés alcanzaría á 12.000 hombres.

La poblacion no se sorprendió. Desvelada, esperaba ansiosa el ataque, y las fuerzas patriotas estaban principalmente en el Fuerte y coronaban las azoteas de los alrededores. Principió Achmuty por el Retiro. Defendido por mil doscientos hombres al mando de Gutierrez de la Concha, el capitan D. Jacobo A. Varela y el teniente D. Andrés Domínguez, se rindieron éstos despues de tres horas de heroica resistencia por terminárseles las municiones, logrando el segundo retirarse con su compañía á la Plaza Mayor. El general Lumley, entre tanto, había tomado posesion del convento de las Catalinas, entre la fusilería de las azoteas y los balcones. Era tal la metralla, que el Regimiento 88 tuvo que rendirse, mientras el 36, al frente de aquél General, lograba llegar por Corrientes y Cuyo á la Alameda. Aquí trábese un combate entre una compañía de granaderos al mando del Teniente Coronel Burne y las fuerzas de Elio. Pierde éste, al primer empuje, dos piezas de artillería, y habría tenido que rendirse á no ser el Capitan Bustos, de Arribeños, que acude con diez y ocho hombres y hace prodijios de valor.

Lumley, al verse flanqueado por los fuegos de la casa de Sotoca, los de la calle y azoteas circunvecinas, resolvióse á replegarse al Retiro, que estaba en poder de Achmuty. Sus pérdidas fueron importantes; los heridos estaban en medio de la calle, y las veredas, regadas con sangre de ambos bandos, anunciaban de léjos que allí habíase peleado con encarnizamiento. En ese instante sosteníase otro reñido combate por San Miguel, en que caían mal heridos los getes Kingston y Brunell.

El general Crawford acababa de tomar la Residencia. Como, por falta de fuerza, no tuvo oposicion, dejó allí un destacamento al mando del Teniente Coronel Guard, y avanzó con su cuerpo de ejército hácia la Plaza Mayor. Al llegar á San Francisco, que trataba de tomar, segun el plan de ataque, oye fuertes detona-

ciones; da vuelta por la calle de Moreno en dirección al Oeste, y ve al famoso Teniente Coronel Pack con varios batallones y artillería sufriendo los fuegos de los bravos Patricios. Fué tal la resistencia que encontraron en este punto, que los ingleses tuvieron que replegarse: Pack á Santo Domingo, y Cadogan, con más de doscientos hombres, á la casa de la vireina, esquina Perú y Belgrano. Crawford, ante semejante descalabro, deja de posesionarse de San Francisco y reconcentra sus fuerzas, como de mil hombres, en Santo Domingo. Derribada de un cañonazo la puerta de este convento, subieron los ingleses al campanario, entablándose un reñido tiroteo con los cantones de las azoteas inmediatas.

Se peleaba al mismo tiempo en San Miguel, en Temporalidades y donde estaban los Patricios. El estampido de los cañonazos y de la fusilería atronaba el espacio. Crawford temiendo que el templo fuese asaltado, ordenó á Guard, que estaba en la Residencia, que viniese á apoyarlo, mientras el mayor Trotter salía de Balcarce y lo defendía por Belgrano. Venía Guard, á paso redoblado, por Defensa, cuando al pasar por el Hospital de Belen, Varela, que había conseguido atravesar hasta allí, le hace varias descargas. Fueron tan certeras, que cayeron á montones los ingleses en la vereda, y Trotter, al sentir el estruendo, acude en auxilio de su compañero. Aquí se traba una lucha encarnizada. Varela cae herido, y Guard y Trotter, muertos, en tanto que el Teniente Coronel Butter expira en una de las casas vecinas.

Aislado Crawford en la torre de Santo Domingo, principió á ser cañoneado desde el Fuerte. Vencidos Guard y Trotter, restableciéronse cantones en las inmediaciones, y continuaron las guerrillas,—pero Crawford estaba perdido. Así lo comprendió él mismo, y en cuanto recibió parlamentarios, se rindió á discreción. Restaba Pack, que, para salvarse, acojióse á la misericordia del padre Grela,—mas..... tuvo que entregarse también!

Whitelocke, al ver tremolar sus banderas en el Retiro, Residencia y Santo Domingo, creíase vencedor en toda la línea, y desde su cuartel y la escuadra eran saludadas con salvas y dianas. Mueve dos columnas por Rivadavia y Victoria al mando del coronel Kingston. Son acribilladas por los Patricios en Alsina. Cae el mayor Buller, y el mismo Kingston. Replegados, los capitanes Davenport y Fisher toman el mando y se acantonan en una azotea para continuar el ataque. En esta situación, llega el coronel Bradford y traslada estas fuerzas enemigas á los campanarios de San Juan, Monserrat y la Piedad, desde donde veían varios cantones ingleses luchando desesperadamente.

Así pasó el 5 de Julio, el día más sangriento que había tenido hasta entonces Buenos Aires. No se veía sino muertos y heridos en las calles y veredas, y entre las descargas intermitentes de fusilería, oíanse los ayes de los caídos. Todo era sangre y duelo, y tras del entusiasmo del triunfo, se abrieron todos los hogares para recibir y curar los heridos sin atender su nacionalidad. Creíase Whitelocke siempre vencedor, cuando, en la madrugada del día siguiente, recibe la famosa carta de Linniers. Decíale en ella simplemente la verdad: que tenía ochenta oficiales y más de mil soldados prisioneros, fuera de los numerosos muertos, heridos y dispersos, y que no habiendo tocado su ataque el centro de la defensa, era tiempo de poner fin á una efusión inútil de sangre por medio de una capitulación honrosa, tanto mas que él, á pesar de ser General, no respondía de la justa indignación de un pueblo vencedor. Propúsole, en consecuencia, que se reembarcase inmediatamente con todas sus fuerzas, evacuando á Montevideo y todo el Río de la Plata, prévio canje de prisioneros tomados en esa jornada y en la del 12 de Agosto del año anterior.

Aceptadas al fin estas bases por el generalísimo inglés, cumpliéronse al pié de la letra por los asaltantes,

quedando afianzada nuevamente en estas Provincias la soberanía de España. Napoleon felicitó á Cárlos IV por la victoria y tambien á Liniers, que en ese instante recibía de la Corte de España, en testimonio de agradecimiento, el nombramiento de Virey de Buenos Aires. Así terminaron las intentonas de apoderarse la Gran Bretaña de estas provincias del Río de la Plata. Los ingleses tuvieron, entre muertos y heridos, como mil hombres, siendo nuestras pérdidas, proporcionalmente, insignificantes. El entusiasmo popular fué inmenso y llegó hasta el delirio, durando varios días en medio de todo género de fiestas públicas y familiares. Como no hubo más que un vencedor, el pueblo, éste adquirió, con esta victoria, la conciencia de su fuerza, y principió á pensar en los derechos de su personalidad y de su futuro destino. Agradecido, no obstante, á los que lo ayudaron en tan patriótica y magna empresa, no vió más, aparte de los esfuerzos de Alzaga, que un héroe: Liniers,—á quién colmó, en sus manifestaciones, de honores y lisonjas, reconociéndolo, desde ese momento, su gefe, caudillo y salvador. «¡Viva Liniers!»—exclamaba todo el mundo,—y el cantor del himno, en el *Triunfo Argentino*, llámale *heroico gefe de la patria amada!*

VII

No hemos pretendido hacer siquiera una descripción de las invasiones inglesas; ahí están, para los que quieran conocerlas, las notables obras de Mitre y Lopez; hemos querido simplemente hacer pasar ante la vista del lector todos los sucesos y combates que originaron, para demostrar que si Rivarola no fué actor en la Defensa y Reconquista por no ser ya Capellan del *Fijo*, las siguió desde su retiro con su mente y corazón de patriota hasta ser evacuada la ciudad. ¿Cómo comprobar sus impresiones, entusiastas unas, tristes ótras? Estas victorias,

á pesar de las campañas de Napoleón, llamaron la atención del mundo entero y de nuestra raza, y mientras en España poetas como Nicasio Gallego empuñaban la trompa épica para celebrarlas, aquí el Dr. D. Vicente Lopez y Planes y D. José Prego de Oliver, en la otra banda, les entonaban los cantos más guerreros. El Dr. Rivarola, que ya había lucido su estro, no podía quedar enmudecido ante tales acontecimientos que hicieron vibrar todas las almas generosas del continente, y les dió lo que posee de más caro el sér intelectual: el pensamiento. Era el poeta de las invasiones inglesas, como dijimos al principio, — y tal era su destino, impulsado por su propio temperamento. Nacido para la acción, si su retiro del *Fijo* impidióle seguirlo en los combates y demás peripecias gloriosas, tenía inspiración para cantarlos.

Templó la vieja lira y cantó. Su alma, contenida, bullía, y como Ercilia y Barco de Centenera, describió en sencillo verso las impresiones de los sucesos que siguió con el alma anhelante y que debían ser glorias de su patria. « Presentó en verso suelto, — dice, — la historia de la gloriosa reconquista de la capital de Buenos Aires, que fué sorprendida y tomada por los ingleses el día 27 de Junio de 1806. » Se pregunta: « ¿Por qué no la doy á luz en prosa? » Se responde: « La pongo en verso, porque la poesía, desde el principio del mundo, ha sido la que ha inmortalizado los gloriosos hechos de los héroes de la religión y de la gentilidad. » ¿Por qué no escribió en verso heroico? « Escribo en verso corrido, — dice, — porque se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y, por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados y la gente comun por las calles y plazas. » Quería ser, sin caer en la vulgaridad de Azcuénaga, el poeta popular, — y con razón, desde que se trataba de acciones populares, de las que el pueblo era el único autor.]

Eran los tiempos de la letrilla y las canciones, y á falta de mayores entretenimientos sociales, la poesía se aplicaba á la música entrando tan facilmente en los salones como en las columnas de los periódicos. Vagaba como ráfaga por las calles y la modulaban los lábios de los pasantes. La música era entonces el alma de la poesía, y desde el estrado hasta el rancho, oíase, en el piano ó en la guitarra, remontarse el verso en los espirales de las armonías como el mejor medio de penetrar en el corazon y popularizarse. ¿Cómo nuestro pueblo no había de cantar sus primeras glorias? Agradecido al dios que se las deparaba, no esperaba sino el vate que las celebrase con el estro.

El Dr. Lopez y Planes publicó el *Triunfo Argentino*; aunque ardiente é inspirado, era una simple poesía; José Prego de Oliver era español y residía en Montevideo, y Labarden seguía alejado de las musas, embargado más por sus proyectos económicos y agrícolas. Era el Dr. Rivarola, espíritu subjetivo y versificador ampuloso, quién debía, para consolarse de su inaccion, rimar las primeras glorias patrióticas, y como Camoens, no nos ofreció una elucubracion suelta, sino un poema, un verdadero poema. Un poema, dije; son dos, que, juntos, suman dos mil setecientos seis versos! Hoy, aparte de su mérito literario, son, juntamente con varios testimonios históricos, las crónicas más fehacientes de las invasiones inglesas, constituyendo reliquias del pasado y guía segura del investigador.

Dije que prefirió el verso suelto al de arte mayor. Principia, como todos los poemas clásicos, por invocar en su favor á la inspiracion divina, y el autor, no olvidándose que era sacerdote, dice:

Santísima Trinidad,
Una, indivisible esencia,
Desatad mi torpe labio
Y purificad mi lengua,

Para que al son de mi lira
Y sus mal templadas cuerdas,
El hecho más prodijioso
Referir y cantar pueda.

.....
Ya de tu sagrado fuego,
Mi débil pecho se lleva,
E inflamado de su llama,
Siento que mi voz se esfuerza.

Terminada esta introduccion consagrada al escolasticismo, comienza así, en estilo verdaderamente familiar.

Ea escuchadme, señores,
Que la relacion comienza...
La muy noble y leal ciudad.
De Buenos Aires (¡qué pena!),
Por un imprevisto acaso
O por una suerte adversa,
Del arrogante britano
Se lloraba prisionera,
Sin que pudiese romper
Las fuertes duras cadenas
Que hacian toda la gloria
De las lúgubres banderas.

Exclama:

¡Ay!, ya no somos de España:
¡Somos ya de la Inglaterra!

Y se pregunta:

¿Qué será de nuestra patria?
¿Qué será de la religion nuestra?
¡Despojo será sin duda,
De la britana soberbia!

Vuelve á interrogar:

¿No habrá un David esforzado,
Que valeroso se atreva
A humillar de este Goliat
La erguida cerviz proterva?

Continúa así:

¿Dónde, amable España, están
Los héroes de vuestra esfera?
¿Dónde están las Cides y Albas?
¿Dónde los Atriscos, Leivas,
Los Montemares, los Gages,
Los Ceballos y Villenas,

.....
.....
¿No hay alguno, que valiente
A nuestros ecos se mueva,
Y de nuestro cautiverio
Rompa las duras cadenas?

.....
.....
Así lloraban las ninfas,
Así expresaban su pena,
Corriendo por sus mejillas,
En vez de lágrimas, perlas.

.....
.....
Entonces nuestro gran Dios
Cuya omnipotente diestra
A los soberbios humilla
Y á los humildes eleva,....

Entonces compadecido
A nuestras súplicas tiernas,
Suscita un nuevo Vandoma,
Un de Villars, un Turena,
Que émulo del mismo Marte,
Sea más que Marte en la guerra.
Es D. Santiago Liniers
Y Bremont....

Eloja así al héroe:

Ocioso fuera
De este ilustre caballero
Decir las brillantes prendas.
Su relijion, su piedad,
Su devocion la más tierna

Al santo Dios escondido
En misteriosa apariencia
En los templos humillado
Lo declara y manifiesta.

Si el lector se fija, dos sentimientos inspiraron á tomar las armas: el de la patria y el de la religion, y si los analizamos, veremos qué ideas tenían al respecto nuestros antepasados. «¿Qué será de nuestra patria? ¿Qué será de la religion nuestra?»—pregunta Rivarola, en tono quejumbroso. El temor, como se ve, no era por el territorio, porque no iba á desaparecer,—ni por el gobierno, desde que eramos súbditos,—sino por la raza. No querían que fuésemos hijos de ingleses, sino de españoles, y, á nuestro juicio, tenían razon, porque la raza es la nacionalidad. Ella, más que ningun otro elemento, produce el sublime sentimiento del patriotismo, que hace adorable á la patria, porque lleva en sus entrañas á la familia argentina y en virtud de la cual todos nos reconocemos compatriotas. Tenían nuestros padres, pues, un concepto más verdadero de la patria, porque ¿dónde esta hoy nuestra raza? ¿Somos hijos de españoles?... Pertenecemos á todas las razas, y para ser hijos espúreos; no valió la pena perder nuestra nacionalidad!

Independizarnos y cambiar de nacionalidad, son dos cosas diferentes; lo primero es un derecho, un deber y un honor en un pueblo para entrar en ejercicio de la soberanía y gobernarse á sí mismo; lo segundo es una traicion, porque inutilizamos, bajo el punto de vista español, el descubrimiento y la conquista. ¿Qué interés podía tener España en descubrirnos y colonizarnos para perdernos ó para otras naciones? De la independenciam, no se irroga la ruptura del vínculo de la paternidad fundado en la sangre. Las catorce repúblicas sudamericanas y Cuba, recién redimida, son, á pesar de su soberanía, españolas por su orijen y constitucion pública y moral, y seguirán siéndolo por la eternidad de los siglos,

mientras nosotros hemos renegado de nuestra filiación, tradiciones y costumbres. Y ello es imperdonable, porque no es obra de los acontecimientos, sino de nuestra voluntad, por sacrificar hasta lo más caro en aras del vellocino de oro. Más aun: por nuestra vida orgánica, conseguimos constituir la nacionalidad argentina; formaba parte de ella la raza porteña; ambas son la expresión del sacrificio de tres siglos, que consigna la historia con sangre y lagrimas,—y todo lo olvidamos por constituir una nueva nacionalidad. La reconquista de 1807 fué un movimiento como el de 1810, con la diferencia de que, en vez de ser para independizarnos de los españoles, lo era respecto de los ingleses. Era otra revolución, revolución eminentemente popular, y toda revolución tiene su dogma. ¿Cual era el dogma de la revolución de la reconquista? Conservar nuestra nacionalidad, es decir, la raza, impidiendo que nuestros hijos lo fuesen de ingleses, como el dogma de la revolución de Mayo fué independizarnos de España. Aquél era étnico, de carácter social; éste eminentemente político. Hemos sido traidores al dogma de la Reconquista, y nuestra deslealtad es más fundamental por bastarse en la sangre y porque la raza, al producir la nacionalidad, es la más fiel encarnación de la patria!

Ya que dilucidamos la cuestión en el terreno positivo, debemos preguntarnos: « ¿ganamos en el cambio? », porque sólo en caso afirmativo se explica tanta deslealtad. Sin nacionalidad aun definida, dos hechos sobresalen: seguimos siendo espúreos, y formados principalmente por residuos de razas inferiores, jamás fundaremos en el suelo querido de la patria un Estado bajo la base de las libertades personales, que asegure, á su vez, el imperio de las políticas, para que nos gobernemos á nosotros mismos y seamos realmente soberanos,—nos veamos libres de caudillos,—porque, de lo contrario, no habremos hecho sino cambiar también de amo, y de amos que

valen menos que España! Por lo pronto, despues de destruir cuanto era argentiuo, predomina en el pueblo la nacionalidad originaria del sur de Europa, y la invasion de estos modernos bárbaros ha trastornado nuestras leyes y costumbres, llevándolas á la vida pública con perjuicio de la justicia, del derecho y la libertad, formando un ambiente asfixiante por la falta de ideales, anárquico, preñado de huelgas, babilónico y donde no nos entendemos ni nosotros mismos. ¿Querrán fundar en nuestra patria, como decia Sarmiento, el nuevo imperio romano? Lo cierto es que en mèdio de este incendio que ha devorado el pasado con sus glorias y virtudes, la Calabria es actualmente nuestra madre patria. Pregunto: ¿vale más que España? ¡Qué esperanzas! España fundó sobre las barrancas del Plata la raza porteña, que con sus virtudes y costumbres, salidas del hogar, nos dieron patria, produciendo la independenciam y la organizacion definitiva!

No es nuestro ánimo terminar diciendo que, para semejante resultado, fuera mejor haber dejado á los ingleses y arrojarlos en 1852 en vez de á Rosas; nó,—no pretendemos discutir ahora semejante cuestion, sino simplemente dejar constatado que nuestros antepasados, por una idea más exacta de la patria, fueron más consecuentes con la nacionalidad argentina, cerrando, por el afecto de la fraternidad, los ojos y los oidos á las promesas y esperanzas mas alhagadoras del destino. No amaban la vida sino entre compatriotas. Sólo así podían ser felices. El argentino era hijo del español, y antes de verse descender de otra raza, prefería morir ó matar al vencido, como Oteló á Desdémóná. Tal sintieron la nacionalidad nuestros padres, y habrían creído cometer una deslealtad entregar la patria á otra raza. ¡El patriotismo era sinónimo de fraternidad!

«¿Qué será de la relijion nuestra?» Esta pregunta no se conoce hoy, y sin embargo, no se concibe la patria sin relijion; es una faz de ella, porque toda nacion necesita invocar, para existir por lo menos, la proteccion divina y no

puede ser libre, próspera y feliz sin el cumplimiento de los principios de la religión, cualquiera que ella sea, porque aun las paganas admiten dogmas, de donde dimanaban sistemas de moral y leyes reguladoras de la sociedad. Tened en cuenta ahora que se trataba de una cristiana, y que Rivarola era como su patria: católico,—y vereis con cuanta justicia y lógica la defendía. Así como no quería ser inglés, no quería ser protestante,—ni que lo fuesen sus compatriotas. Quería que el catolicismo se salvara para las generaciones futuras.

Así comprendían también nuestros padres la religión. Inherente á la patria, era un vínculo espiritual con el Creador, siquiera en gratitud de la vida, para mantener relaciones constantes por medio de la oración, mientras que hoy.....! Tenemos, en virtud de la libertad de cultos, muchas religiones,—hasta el Estado sostiene una,—pero no existe el espíritu religioso, y esta decadencia ha ido desnaturalizando poco á poco nuestro catolicismo, á punto de que hoy, como la política y el gobierno, es una cuestión de industria, de negocio y de vanidad. Doloroso es decirlo, — pero sólo la verdad es útil y fecunda. Téngase en cuenta, por otra parte, que Rivarola era ministro de la Iglesia apostólica romana, y se verá con cuánto derecho no defendía los fueros de su institución.

La importancia de esta ardiente defensa, está,—vuelvo á repetirlo,—en considerar á la religión inherente á la patria. Cometiendo un dualismo filosófico, ejerciase un acto político,—y la religión, considerada en su influencia moral en el gobierno y la sociedad, no es sino cuestión política también. Soy liberal,—porque soy cristiano;—creo,—ya que hemos cambiado de nacionalidad,—que los anglo-sajones son más civilizadores que las razas que permitimos entrar á nuestro sublime suelo (¡no sé, de amor, cómo llamarlo!),—pero ¡vivan nuestros padres, porque fueron lógicos! ¡Hurraaahhh! La lógica es la moral de los pueblos como de los hombres!

VIII

Sigamos con nuestro análisis literario. Liniers, como dice el Dr. V. F. Lopez, era un católico fervoroso. No era extraño, porque en aquel tiempo la clase acomodada principalmente era muy dada á las prácticas devotas. Cuenta Rivarola, en su primer poema, que viendo Liniers que un sacerdote ocultaba por las calles los santísimos sacramentos que llevaba á un moribundo por temor á los ingleses....,—no sabemos si será esto cierto ó fantasía,—lo cierto es que:

Le acompaña reverente,
Le adora, y en su presencia
Se enciende su devocion
Y se avivan sus potencias.
.....
Siente un fuego que le abrasa,
Siente un ardor que la quema,
Un celo que le devora,
Una llama que le incendia,
Un furor que le transporta
Por el Dios de cielo y tierra.
.....
Los espíritus vitales
Nuevo ardor dan á sus venas
Y allí mismo se resuelve
A reconquistar la tierra,
Para que el Dios de la gloria,
Señor de toda grandeza,
Sea adorado como antes
Descubierto y sin la pena
De verle expuesto al desprecio
De su gente insana y soberbia

Este incidente aparece como la causa ocasional del levantamiento de Liniers; quizá sean creaciones de Rivarola para darle un origen divino, recordando los agravios de las Cruzadas,—y luego de hacerle jurar su resolución de emancipar al pueblo, agrega:

Se prepara
Con la devocion más tierna
Para emprender con acierto
Accion tan gloriosa y bella
.....
¡Qué cuidados! ¡Qué temores!
¡Qué sobresaltos le cercan!
¡Qué grandes dificultades
Se le oponen á la empresa!
Pero ya determinado,
Los peligros atropella,
Y por caminos secretos,
Arroyos y ocultas sendas,
En alas de sus deseos,
A Montevideo vucla

Exclama:

¡Ea, genios tutelares
Del reino y nacion Hesperia!
Dirijid á nuestro héroe
En ocasion tan estrecha!

Relata así los preliminares de su expedicion:

Allí con sabia enerjía
Vivacidad y elocuencia
Propone á su ilustre jefe
La accion que medita y piensa
De reconquistar la plaza
Antes que el socorro venga
De la Europa ó del Cabo,
Que los ingleses esperan
El valiente y sábio jefe
Que la generosa idea
Había ya concebido
De tan distinguida empresa,
Una expedicion formada
Tenía por mar y tierra
Pronta ya para salir
Y para marchar dispuesta;
Sin embargo á Liniers oye,

Medita, examina, ruega
Al Señor de las victorias
Para que en tantas tinieblas
Le alumbré, encamine y guíe,
Y que lo mejor resuelva

.....

Después de muchas consultas
Y meditaciones serias
Determina valeroso
Que reconquistada sea
La famosa capital,
Que es de todo el reino puerta.
Expide convocatorias
De marcial ardor compuestas
Convidando generoso
A la más gloriosa empresa.

.....

No así los valientes griegos
Viendo robada á su Helena
De Menelao al convite
Corren presurosos, vuelan
Como nuestros compatriotas
Oyendo la voz que suena
De este Mavorte español.

.....

Los valientes voluntarios
Dejando sus conveniencias,
Con valor inimitable
Se alistan para la empresa,
Sin escuchar los gemidos
Y lágrimas las más tiernas
De sus amadas esposas,
Hijos y otras caras prendas,
Llevando solo en sus pechos
El honor que los alienta
Por su Dios y por su rey.
¡Oh, acción gloriosa! ¡Oh grandeza!
La ilustre gobernadora,
Más ilustre por sus prendas,
Con gracias y donativos
A los soldados alienta;
Los exhorta con dulzura,
Les reparte escarapelas,

Y ellos, llenos de entusiasmo,
Le ofrecen con entereza
De pelear hasta vencer
O de morir en la empresa.

Así termina la primera parte del primer poema, compuesto de tres partes. Hé aquí el principio de la segunda:

Preparadas ya las tropas,
El bélico parche suena,
Y á su horrísono clamor,
Acompaña la trompeta,
Que en roncós sonidos dice:
¡Arma, arma, guerra, guerra!
Todos parten presurosos
De Belona á la palestra.
Rayos despiden sus ojos,
Sus corazones, saetas.

.....
.....
Parten de aquella ciudad
Alegres por mar y tierra
Los héroes, cuyo valor,
Cuyo aliento y cuya fuerza
Las edades posteriores
En armoniosas cadencias
Cantarán para su gloria
Y para emulacion muestra.

.....
Con indecibles trabajos,
Fatigas, gastos y penas,
Bosques, arroyos, pantanos
Y caminos atraviesan
Hasta llegar reunidos
A la orilla más frontera
De la ilustre capital,
Y de allí, como más cerca,
El claro argentino cortan
Hasta la opuesta ribera.

.....
Los ilustres Argonautas
Plácidamente navegan.

Los bajeles presurosos
Corren la plateada esfera.
Sus quillas cortan el agua,
Hincha el céfiro las velas.
Los tritones bulliciosos
Y las hermosas nereidas,
Con sus retorcidas conchas
Y voces suaves celebran
De los nuevos campeones
El valor, la fé y paciencia.
Al cabo de doce días
De trabajos y molestias,
Felizmente nuestros héroes
Al puerto de Conchas llegan,
Y desde allí, sin fatiga,
Trabajo, angustia ni pena,
Al lugar de San Isidro
Todos unidos se acercan.
Allí las gentes del país
De contento y gozo llenas
Se apresuran á porfia
En obsequiar con franqueza
A sus reconquistadores
Que como á padres contemplan.
El sexo suave con modos
Muy obligantes se empeña
En servir á nuestros héroes,
De cuyo valor esperan
Sacudir el duro yugo
De la esclavitud inglesa.

.....
Detén aquí pluma mía,
Detén tu vuelo y carrera
Mientras en breve episodio
Mi pobre númen celebra
Una accion la más brillante,
Que en las edades postreras
Será el honor de este suelo
Y gloria de nuestra Iberia.

Refiérese al combate de Perdriel. Dice que se iban reuniendo allí gentes armadas, cuando aparece Beresford

con quinientos soldados, y despues de batirlos, los dispersa. Describe la prudente retirada de los blandengues.

Pero, ¡oh, valor español,
Superior á cuanto pueda
Referirse en las hitorias,
Fábulas, romances, poemas!
Cuarenta y nueve resuelven
Mantenerse en la palestra
Y sostener el ataque
De toda la gente inglesa.
Dijeron, y luego al punto,
Se preparan á la guerra.
¡Viva España!, dicen todos,
Y que muera la Inglaterra!
Rómpe se el fuego, y el campo
Un Vesuvio representa.
Los tiros de artillería
Por todas partes resuenan.

Elogia enseguida el valor de Pueyrredon, que

Sin temor de la muerte,
Embiste, corre, atropella,
Y un carro de municiones
Hace generosa presa.

Relata despues que le matan el caballo,—

Pero con gran lijereza
En ancas de otro montando,
Sin daño escapa, ni ofensa.

Cita entonces los nombres de Martín Rodriguez, Tejo y Anzoátegui, que se destacan en la pelea y que tal vez habrían escapado al cronista.

En la *Tercera Parte* describe la tempestad que sufrieron nuestras fuerzas en San Isidro.

Allí á nuestro general
Noticia le dan secreta
Que Guillermo Beresford
Con trenes y soldadesca

De la ciudad ha salido
Y que viene en busca nuestra.

.....
Tócase el arma al instante,
Fórmanse todos en guerra,
Y lloviéndoles encima
Sin reparos, ni defensa,
Valientes como sufridos
La noche pasan entera.

Sigue fielmente el itinerario de la Reconquista, con todas sus peripecias. Cuenta que, despues de azotados por la lluvia, llegan á la *Chacarita*.

En donde son obsequiados
Con gusto, amor y franqueza.
Todas las gentes á gritos
Los aclaman y vocean.
Todos ofrecen sus bienes,
Su pan, su vino y pobreza:
Tan disgustados estaban
Con la autoridad inglesa.

Refiere la incorporacion de los blandengues y la numerosa gente que llega de todas partes al ejército.

De valor y patriotismo,
Honor y religion llenas.
.....
.....

En esa misma mañana,
Horas de las diez y media
A un puerto importante arriban
De la ciudad media legua
Y es una grande llanura,
Que de una posesion vieja
Corrales de *Miserere*
Se denomina en la tierra.

¡El 11 de Setiembre,—la vieja plaza de carretas del 11 de Setiembre, convertida hoy en jardin público è importantísimo centro comercial!

Desde aquí el General
A su ayudante le ordena
Lleve un oficio al inglés,
En que se le intima con fuerza
Desampare la ciudad
Con brevedad y presteza,
Si experimentar no quiere
Los rigores de la guerra;
Que sólo quince minutos
Permite para respuesta.

.....
Detenido el ayudante,
La comitiva y trompeta
Al campamento nuestro
En breve tiempo regresa.

.....
Segunda vez nuestro jefe
Manda á su ayudante vuelva
Con la última intimacion,
Que si detenerlo intenta,
No volvería otra vez
A usar esta diligencia,
Estándose á las resultas
De los derechos de guerra.

.....
Entonces vivo el britano,
Sagaz disculparse intenta,
Y que á defenderse siempre,
Está pronto le contesta.

.....
Recibido ya este oficio,
Nuestro general ordena
Que al parque de artillería,
Que el título y nombre lleva
Del *Retiro* se dirija
El avance.....

Avanzan los intrépidos Miñones, entre caminos intransitables, arrastrando á su frente dos obuses.

Corren, vuelan.....
.....
Es innumerable el pueblo
Que aquí se junta y congrega.

Los cañones van volando
En brazos de gente nuestra,
Ya no alcanzan los fusiles,
Sables, pistolas, ballestas,
Todos claman en voz alta
¡Viva España! ¡el inglés muera!

.....
Avanzan por fin los nuestros
Al parque que dicho queda
Como furiosos leones
Que temen perder la presa.

.....
Avanzan con gallardía,
Sin que nada estorbar pueda
De su intrépido valor
La invencible ardiente fuerza.

¿Quereis saber cómo pelearon?:

Hieren, matan, acuchillan,
Y en breves momentos queda
Por nuestro el Parque y su plaza,
Con las calles que le cercan.

.....
A golpe tan impensado,
Se asusta el inglés, se altera,
Y con cuatrocientos hombres
Y tren volante que lleva,
Hacia el *Retiro* se avanza
Con ardor y ligereza.

.....
Pero el valiente Agustini
Con frescura los espera,
Y con su obús á metralla
Con tal primor tirotea
Que los ingleses huyendo
Corren á carrera abierta,
Quedando muertos algunos
Aun en la misma carrera.

.....
Si á este tiempo el general
El último avance ordena,
El Fuerte, plaza y ciudad
Toman ya sin resistencia,
Porque el inglés fugitivo
Solo en escaparse piensa...

.....

Pero la noche iba entrando
Y exijía la prudencia
No exponerse á una emboscada
De las que admite la guerra,
O por no dañar al pueblo,
Que ignoraba esta sorpresa.

.....
Luego que el fuego suspende
Y la gente se sosiega,
El pabellon español
Se enarbola, y la bandera,
Con gritos y aclamaciones
De toda la gente nuestra,
; Viva el Rey! — dicen algunos:
Otros, ; muera la Inglaterra!

Continúa la relacion así:

El día once siguiente
Guerrillas bravas comienzan
Los valientes catalanes
Y las gentes que se agregan,
Persiguen á los ingleses
Con tal valor y destreza,
Que en aquel entero dia
Y mañana del que empieza
Acabaron con las guardias,
Soldados y centinelas
Que ocupaban las entradas
De la grande plaza nuestra.
.....
Empeñada así la accion,
Socorro que los sostenga
Suplican á nuestro jefe,
Y éste, en situacion tan bella,
Entra con toda la gente,
Más que en marcha, de carrera..
Y todos, á grandes voces,
Su entusiasmo manifiestan.
.....
Avanzan por ocho calles,
Que son otras tantas guerras,
Pues estaban defendidas
Con cañon y soldadesca.
.....

Los ingleses á montones
Ocupan las azoteas,
Torres, ventanas, balcones,
Y desde allí tirotean
Con la singular ventaja
De que nadie les ofenda.

.....
Pero nuestros españoles,
Cada uno parece un César:
Rompen por entre las balas,
Por entre el fuego atropellan.

¿Quereis daros una idea del estampido de los cañonazos, de las descargas de fusilería y del fragor del combate? Aquí la teneis en esta metáfora:

¿No habeis leído que el Vesubio...,
No habeis leído que el Etna
Embravecido á las veces
Contra las nubes se altera,
Y que erupciones terribles
Arroja de azufre y piedras,
Que el espanto y el horror
A larga distancia llevan?
Así, pues, en este día
La implacable parca horrenda
De las fraguas de Vulcano
Rayos despide y centellas,
Que la muerte á todas partes
Con horrible aspecto llevan.

.....
No se oye otra voz á todos
Que la brava centinela:
¡Avance! ¡Fuego! ¡A ellos!
¡Viva España! ¡El ingles muera!

Entra Liniers con el Coronel Pinedo por la calle de Mercedes y D. Juan Gutierrez de la Concha, por la del Cabildo, seguido por el ilustre jóven D. Victorio de García y Zúñiga. Vienen enseguida el Teniente de navio D. Juan Angel Michelena y D. Cándido Lasala con la

marina de guerra. Por la calle de las Torres, se bate el *intrépido* Murguiondo con un cañon de á diez y ocho y un obús de treinta y seis.

Por otras calles entraron
Con invicta fortaleza
El generoso Mordell
Con su marina francesa.
Los fuertes Balvin y Ellauri
Y el valiente Chopitea,
Los insignes partidarios
Nufiez, Vivas y Valencia,
Los Alvarez de Bragaña,
Los Puyrredones y Arenas,
Buferull, Grau, Salvañac,
Mendez, Ferrer, Somellera,
Fantin, Irigoyen, Pasos,
Viamont, Zamudio y Correa,
Córdoba, Toledo, Ruiz,
Miranda, Cos é Iglesia,
Con otros varios sujetos
De tanto valor y fuerza,
Que á su vista desaparecen
Lo que las historias cuentan
De los Hectores de Troya,
De los Aquiles de Grecia.

Una bala de fusil entra por la boca de la carabina del *valiente* Sousa, é inutilizada, la arroja y toma otra.

A estos héroes generosos
Una amazona se agrega,
Que oculta en varonil traje,
Triunfa de la gente inglesa.

¡Es Manuela, la tucumana!

Aquí un prodigio admirable,
Una maravilla resta
Que referir sin segunda
En las historias de guerra.
Innumerables muchachos
En medio del fuego entran.

Ellos arrastran cañones,
Y cartuchos acarrear,
Ellos rompen su ropita
Para tacos, y vocean:
¡Viva España y Carlos Cuarto
Y que muera la Inglaterra!
Muerto un artillero nuestro,
Un niño toma la mecha
Y prende fuego al cañon
Con valor y fortaleza.

Sigue la reseña del combate en todas sus direcciones, mencionando á cada instante los nombres de Pueyrredon, Fantin, Alvarez Bragaña, Tomás Valencia, Chain, Balbin, Santenach y Forneguera, que se distinguieron donde actuaron, hasta que los ingleses alzan bandera de parlamento. Exclama Rivarola:

¡Oh Soberano Señor,
Magestad de cielo y tierra!
¿Qué labio podrá explicar,
Ni que brillante elocuencia
Los gritos y aclamaciones
Al ver tan gloriosa escena!
Unos se explican con voces,
Otros con lágrimas tiernas.

.....
Las campanas todas juntas
De conventos y de iglesias,
En repiques muy alegres
La ilustre victoria expresan.

En seguida termina el primer poema. Se denomina *Reconquista y Defensa* de Buenos Aires, y el segundo, *Gloriosa Defensa*, porque una vez reconquistada la ciudad, toda la accion fué tendente á defenderla. Ambos son bastante extensos, y sólo por demostrar que se trata de verdaderas crónicas en verso, fuera del comercio y que constituyen, por su rareza, curiosidades bibliográficas, reproducimos algunos detalles del primer poema. El lector ve que, por más que estimemos al autor, no nos caímos

de espaldas ante la inspiracion de su estro; consideramos sus versos bien sueltos y sencillos,—pero tienen, bajo el punto de vista de nuestra literatura histórica, el inapreciable valor de aparecer, despues de un siglo, como uno de los documentos principales de las invasiones inglesas,—tanto más verdadero cuanto que fué escrito *de visu*. Rivarola, si no fué actor, fué testigo, y escribió lo que presencié, coloreado con las impresiones del instante. Hoy, á pesar del tiempo, fulguran, por el patriotismo local, como relámpagos de gloria que inmortalizan aquellas hazañas.

El segundo poema, despues de solicitar la inspiracion del Dios omnipotente, principia con el relato de la segunda invasion. Es doblemente más extenso, y siguiendo un orden rigurosamente histórico, aparecen el 26 de Junio de 1807, desde las playas de Quilmes, las numerosas velas que componian la escuadrilla inglesa. Sigue al día siguiente el desembarco, el desastre de *Paso Chico* y los combates en las calles, azoteas y torre de Santo Domingo, que desalojan á los ingleses para siempre de esta ciudad, originando la consabida y ruidosa capitulacion. Viene despues el reembarco de los vencidos y los festejos populares por la gloriosa victoria.

IX

No había ni asomos de la revolucion de Mayo, y Rivarola, consecuente con el espíritu dominante, era español y monárquico. Todos sus vivas son á España y Carlos IV. Queda, pues, muy tranquilo y feliz, despues de tamañas victorias, dispuesto á seguir gozando de la vida pacífica y patriarcal del coloniaje, cuando el 30 de Abril de 1810 le vemos nombrado Teólogo Asistente Real en reemplazo del Dr. D. Juan Nepomuceno de Sola. Este puesto era algo así como Asesor letrado del virey en

cuestiones eclesiásticas, pues sabido es que él era Doctor en ambos derechos.

A pesar de estar jubilado de Capellan del *Fijo* y de su mala salud, debería sentir la nostalgia de la vida activa. Vivía en casa de su hermano Bruno, á quien él casó en 1790 con Da. Josefa Martinez de Haedo,—pero no era hombre, como lo sabeis, de satisfacerse con leer y fumar. Aunque la vida sedentaria del coloniaje mataba toda aspiracion, él quería cualquier género de funciones que le obligasen á salir á la calle, y aceptó aquel puesto que lo volvía á poner en contacto con sus compatriotas, porque, á la verdad, en la casa solariega de D. Bruno no hacía más que leer y fumar. El alto de los puchos dejaba, como D. Domingo de Oro, al cabo del día; vivía en una atmósfera de tabaco, y á la oracion, despues de comer, paseábase, á falta de cuadra, en la huerta de la casa. ¿No extrañaba las retretas y las dianas? ¡Cuántas veces no debió recordarlas al verse léjos de su Regimiento!

El 22 de Mayo de 1810 asiste al Cabildo abierto, que depone á Cisneros y crea la Primera Junta Gubernativa. Era su último acto público, y el 24 de Setiembre de 1821 muere, haciendo su testamento y eligiendo su sepultura en San Ignacio, donde fué enterrado. Así se vivía en la colonia, prodigándose el tiempo en algunas ocupaciones modestas, hasta que el sér, oscurecido, cerraba los ojos en alguna mansion solariega ó humilde, sin dejar otro recuerdo que en el corazon de la familia y en los libros parroquiales. Vivíase y moríase seriamente, á falta de las actuales crónicas sociales que hacen del viaje de un pobre diablo á Mar del Plata, por ejemplo, un acontecimiento público.

Felizmente hay justicia,—justicia póstuma,—y en busca de nuestros queridos poetas, escudriñamos los orígenes de la sociabilidad argentina, que nos hace tropezar con un Maziel como con un Labarden ó Rivarola. Rivarola

es el tipo del eclesiástico seglar, enérgico, activo, que prefiere, amoldándose á su carácter, desempeñar sus funciones más en un Regimiento que en una Iglesia. No nació para regular de ninguna orden ó compañía, y un curato, urbano ó de campaña, habría sido para él un ostracismo. Amaba la severidad en la disciplina, la responsabilidad, el trato social y el movimiento, y en nuestra vida moderna, que ha abierto vastos horizontes al sacerdocio, habría hallado más útil y noble empleo á sus excelentes facultades. ¿Por qué escribió los poemas sobre las invasiones inglesas? Porque no estuvo en ellas debido á su jubilacion, contentándose así con relatarlas,—porque,—estamos seguros,—habría agradado más ser actor.

No queremos decir que, á haber tomado parte en ellas, no habría escrito; nó,—habría escrito seguramente con mayor viveza, por la impresion que causa la realidad, porque era escritor de vocacion y dado á exteriorizar sus ideas, sino que, buscando la causa determinante de su literatura, hallámosla en el tributo de su sicología á esas dos acciones memorables que fuéle dado presenciarse y las primeras en conmover el organismo de nuestra sociabilidad. Fué, ante todo, un hombre moderno, y,—lo que fué peor para su destino,—vaciado en el molde de una sociedad antigua, que le impidió expandirse; sólo le fué dado vivir y morir tranquilamente,—y,—si el lector se fija,—su estilo, tanto en prosa como en verso, marca un grado de adelanto sobre Maziel, Labarden y demas escritores de su época.

Es necesario leer las actas de antiguo Cabildo y demas documentos del vireynato. No se entienden. No es gongorismo, sino un *misticismo* intelectual, nacido del oscurantismo reinante, y cuando los Regidores ó dignatarios trataban en asambleas ó espedientes los asuntos de mayor trivialidad, hablaban con tal ampulosidad, que el lector se desespera hoy por saber qué dijeron y sobre todo qué resolvieron. En Rivarola, nó; su estilo,

por su soltura, representa, en esta campaña de la verdad, una evolucion, y cuando reflexiono que no hablamos y escribimos lo que pensamos, deduzco que el oríjen de la mentalidad está en la concepcion. Pensad con claridad y escribireis más claramente aun, porque el estilo es la retorta donde se purifica el pensamiento, desvelándose de los toscos ropajes con que nació. ¿Por qué se envolvian nuestros antepasados en semejantes telarañas? ¿No existían los objetos de que hablaban ó la confusion nacía de la creacion subjetiva? Nó,—los habían visto, sino que, como no tenían nada que hacer, ni la idea siquiera del tiempo, poníanse á hablar siglos sobre cualquier cosa, y cuando terminaban, era imposible ver, por el estilo enmarañado, lo que había adentro. Quedaban, sin embargo, todos muy conformes,—lo que prueba la bondad de ánimo ó la inconciencia de antaño, que en cuanto á mí, he salido las más de las veces, de mis investigaciones, como Bertoldo: con la cabeza caliente y los piés fríos!

La erudicion de Rivarola llama tambien la atencion. Sin dejar de ser greco-romana, se emancipa del escolasticismo y considera á la naturaleza como la mejor fuente de inspiracion. ¿Quereis nada más sincero y realista que los prólogos de sus poemas? Además de buscar los argumentos en la vida militante, escribe en lenguaje popular para que todos lo entiendan. Esto no es sino un reflejo del amor á la verdad, de la verdad que tiende á universalizarse, apesar de todos los tamices que atraviese, á punto de que podría afirmarse que el mejor escritor es el que mejor la comprenda y más la ame. El escritor, en una palabra, no es sino un filósofo, y Rivarola, que fué catedrático de filosofía en San Carlos, ha dado pruebas en sus escritos de tal afirmacion.

Su voto en el cabildo abierto del 22 de Mayo, declarando que no obedece á otra autoridad que la que represente á Fernando VII, se explica. Se sobrentiende, en primer lugar, que es entretanto,

es decir, mientras no sea sustituida por otra legítima, á la que él, como criado en la disciplina, le dispensaría respetuoso acatamiento, y, en segundo, *no estaba instruido*, como lo expresó, *en los datos suficientes para votar en materia tan árdua*. De abolengo, formaba parte, por su alcurnia, de la sociedad conservadora que había fundado nuestra nacionalidad, y creía un deber sostener el orden de cosas existente, mientras no viniese otro legal. ¿No era mejor que sostener la monarquía en el Congreso de Tucuman y ante las cortes europeas? Con este criterio, que inspiró sus poemas de las invasiones inglesas, vió desenvolverse también el drama de la revolución emancipadora.

¿Era godo? Nó,—no se había creado aun el partido retardatario conocido con este apodo, y cuando se levantó Alzaga, Rivarola, por la misma razón que en el Cabildo abierto del 22 de Mayo se afirmó al antiguo régimen, se plegó al nuevo orden de cosas. Era cuestión de disciplina ó, mejor dicho, de forma, de forma legal en el gobierno, é instituida la Primera Junta, pocos le prestaron más sumisión y respeto.

No era revolucionario. ¿Acaso porque no amaba á la República? Nó, porque era liberal. Creería que no estábamos aun preparados para emanciparnos —hé ahí todo,— y ¿cuántas veces, ante los estragos de la guerra civil y la anarquía, no hallóse razón! ¿Tuvo razón? ¿No la tuvo? Pero fué lógico, y esta circunstancia, gobernada siempre por el pensamiento, hará respetable tan conciente actitud. Fué, por sus principios, republicano; es lo esencial,—y por su liberalismo en la enseñanza y la vida pública, forma parte del antiguo clero, encabezado por Maziel, que preparó con su cristianismo evangélico épocas de grandeza para la patria. Es su mérito histórico, intrínseco, brillante, y al par de Fray José C. Rodríguez, Achega, Agüero, Castro Barros, Molina y Santa María de Oro, pasará á la posteri-

dad con la corona de poeta formada de las rosas silvestres de nuestros cercos y sin ninguna espina que hingue su frente pálida y pensadora.

Llámame la atención que, siendo Rivarola tan apegado á su raza, se aparte tanto de las escuelas de Calderon y Lope de Vega y de Moratin y Cienfuegos. No existen para él. Su educacion es greco-romana, citando con preferencia á Homero y Virgilio, y si se acuerda de los poemas de Ercilia y Barco Centenera, es por americanismo. Esta preferencia, no es horror al neo-clasicismo, sino muy propia de los teólogos. Familiarizados, por sus estudios escolares, con las lenguas muertas, saborean á los creadores de la literatura en sus fuentes originales, y esta ventaja los vincula para siempre. Allí está todo: el pensamiento, el estilo y la retórica, y consideran á los mismos poetas del renacimiento como simples imitadores. Los verdaderos sabios son los padres,—se dicen; ellos, sin maestros, todo lo crearon,—y por la tendencia á escarbar el tronco, se conocen tambien las raíces de las voces, y se consideran, al fin, al latin y griego como las lenguas madres y soberanas por excelencia.

Desapareció á los sesenta y siete años, — edad relativamente jóven dada su naturaleza y lo que podía esperarse de él, — pero reinaba la anarquía, despues de grandes conmociones intestinas, y estos estados son lo menos propicios para los hombres de pensamiento. No son los ancianos los que han vivido mayormente, sino los que han pensado más, y al entreabrir las puertas del Parnaso, vemos á Rivarola descansando de sus paseos de oraciones, pero sobre sus dos poemas, que lo declaran el poeta de las invasiones inglesas en la historia de la literatura argentina!

Fray Cayetano J. Rodriguez

I

En una plaza del pueblo de San Pedro situada al borde de las barrancas del Paraná, se levanta sobre un pedestal de granito una magnífica estatua de bronce mirando al horizonte, al infinito, con el rayo profundo de la inmortalidad. Si el pasante se fija, representa à un fraile, un fraile franciscano,—y antes de preguntar si hizo algo más que empolvar sus sandalias en las huellas terrenales, véamos por qué está allí: porque allí nació, y se quiso que en ese sitio encantador arrullara su vida de gloria con los remansos del río que meció los ensueños de su adolescencia, extasiando su mirada, en las horas de soledad y en las noches cristalinas, con los riachos, las islas y las selvas que se pierden en el confín.....

«Debió ser eminente ese fraile, para que una sociedad liberal, en una época casi de descreimiento, le erija tal apoteosis»,—se dice uno, sin quererlo, despues de contemplar la estatua y dejarla mirando, mirando siempre al horizonte infinito. Antes de hacer su sicología, diremos que con este vate entramos en plena revolucion

de Mayo, aunque naciera casi medio siglo antes. Si no la representa solo como Rivarola á las invasiones inglesas, es porque al empuje del liberalismo que abrió nuestros puertos al comercio del mundo entero, declarando todos los derechos del hombre, las letras y las artes rompieron tambien el molde colonial y se expandieron, compartiendo con otros ilustres contemporáneos la gloria de celebrar las victorias de los ejércitos emancipadores, de enardecer el espíritu público y el valor de los combatientes. Otra época, otros hombres y, de consiguiente, otra literatura, otras ideas, más liberales y, sobre todo, más nacionales. Ya no somos súbditos ni españoles, sino ciudadanos argentinos, y el pueblo entero pónese de pié para constituir su nacionalidad y adornarla con todas las riquezas y galas del espíritu humano.

La reconquista y defensa de Buenos Aires en las dos invasiones inglesas, venciendo un pueblo pacífico por sí solo á todas las fuerzas terrestres y marítimas enviadas por la potencia más poderosa del mundo, hizo nacer en su espíritu la conciencia de su poder y de su personalidad. «Si podemos ser libres, debemos serlo.»—dijéronse nuestros padres, é hicieron de la emancipacion un dogma, lanzándose á la contienda con denuedo y fe, porque si acababan de vencer á la Inglaterra, bien podían libertarse de España. La Península acababa de ser dominada por Napoleon, y si no tenía rey legítimo, menos podía poseer vireyes en sus colonias, y esta situacion originada por la política europea, robustecía el derecho á emanciparse. Una corriente libertadora electrizó á las masas, y no se pensó más que en libertarnos de España para crear el gobierno propio. Los poetas, en esta evolucion social que se nutría con las ciencias y los ideales de una nueva nacionalidad, eran los heraldos de la opinion é inflamaban el ambiente popular con sus cantos para inspirarlo con la patria na-

ciente y les señalaban nuevos horizontes. La oda épica, los himnos y las canciones sucedieron á los sonetos y las letrillas, y la poesía dejó de ser un pasatiempo oscuro para convertirse, en alas de la imprenta, en la fuente de inspiracion que ofrecía al pueblo sus mejores y más puros entusiasmos. Divorcióse del escolasticismo, dejando de ser clásica para ser romántica,—pastoril y bucólica, para ser guerrera y personal, y fué subjetiva para pensar y sentir con el alma de las multitudes.

Sopló como una tempestad, barriendo las añejas preocupaciones, y creáronse otras tradiciones. Principiaron á desarrollarse otros principios literarios y retóricos, y no obstante su sentimentalismo desbordante, contenían las ideas propias que trabajaban á la moderna sociabilidad. Fray Cayetano José Rodríguez fué uno de los inspirados de esta pléyade que marchaba á la vanguardia de las multitudes para embriagarlas con el verso sagrado y encaminarlas por la senda luminosa de la redencion. Lloró á Moreno, su amado discípulo,—cantó á la libertad de los esclavos, decretaba despues de la defensa de las invasiones inglesas,—al 25 de Mayo de 1810,—al paso de los Andes, á Chacabuco, á Maipú, á San Martín, á Alvear y numerosos acontecimientos. No hay una gloria que no cantara, ni desgracia que no llorara, ni héroe que no coronara. Tras del poeta había el filósofo, y tras el filósofo el cristiano, envuelto en el hábito franciscano. Así revestido, ardiendo en las ideas más puras, entró en la política emancipadora sustentado por la fe republicana é inspirando con sus cánticos al pueblo que dió en tierra en 1810 con el poder de la metrópoli. Si hubiésemos de definir con una palabra su personalidad, diríamos que representó la virtud de la Revolucion, tanto en la accion como en la idea, asaz necesaria en la república y en las sociedades que proclaman su soberanía para librarse de los excesos y de la anarquía. Y esa virtud, fué amor á la verdad, respeto á los principios que cons-

tituían el dogma de su fe, para redimir á sus compatriotas, que eran tambien su grey amada en la gracia divina y en la liberacion del pecado.

Toda revolucion tiene sus héroes, sus políticos, sus filósofos, sus poetas y sus mártires. En la del 93, resplandecieron conjuntamente Mirabeau como Robespierre, Danton como Vergniaud, Marat como Carlota Corday, María Antonieta como Madame Roland. Rodriguez fué el apóstol de la nuestra, izando la blanca bandera del cristianismo para propagar los principios democráticos y enardecer á las legiones que marchaban á los combates. Con fe profunda en el destino de la patria, no desmayó un instante en las horas de la anarquía que todo parecía arrasar, y sobre todos sus dones y virtudes, la bondad dominaba su alma. «Es que era un santo»,—direis. ¡La bondad es divina!....

II

La colonia se va; la colonia se fué... con sus casitas blancas iluminadas. Parece que, yendo en el tren, las hubiésemos dejado atras. Huyen como una nube de gaviotas que levantan su vuelo en las costas marítimas, y todo, ante el movimiento revolucionario, pasa y se esfuma: el virey con la audiencia y sus dignatarios,—el Cabildo y Regimiento, con su Alcalde de 1^{er} voto,—sus Regidores, con la vara de la real justicia,—el Alfez Real, con su estandarte y espada,—las Temporalidades, el Tribunal de Cuentas, los besamanos y las intrigas palaciegas. La franqueza y la audacia suceden á la tiesura, y el pueblo, librado á si mismo, ya no piensa en Fernando VII sino en los destinos de la nueva patria. Se arroja un velo al pasado para mirar al porvenir. El antiguo y pacífico vecino se siente ciudadano y con derechos políticos,—sale á la calle, forma multitudes,—éstas se agolpan en las plazas,—deliberan,—discuten,

porque ven que se gobiernan á sí mismas, y ráfagas de libertad soplan de todas partes, irguiendo las frentes y los ánimos como olas del océano que pretenden arrasarlo todo y fecundar nuevos horizontes. Se extraña, sin embargo, el silencio,—el silencio que adormecía el coloniaje como la luna en las noches estivales, y la vida, en vez de ser letargo, es accion, lucha, excitadas por febriles esperanzas. ¡Adios casitas blancas iluminadas! Y con los vireyes se van la vida patriarcal, las siestas, los verdaderos dignatarios, los trajes galoneados y espadines,—los hogares españoles, que fueron cuna de una generacion aristocrática y, á la vez, revolucionaria,—las costumbres sedentarias y los hábitos tranquilos, que significaban virtud, modestia, sencillez, amparados por una paz inalterable.

De allí salieron caracteres como el de Fray Cayetano. Con todo su ardor revolucionario, exaltado por el espíritu de Mayo, tiene el sello de la colonia. No puede negarse que allí nació, y si el lector para mientes, todos estos varones, Maziel, Labarden, Rivarola, Molina y muchos otros, tienen la misma fisonomía histórica, acentuada con los rasgos de una mansedumbre espartana. Nótese igual fenómeno aun en los que eran niños al tiempo de la revolucion, como Miralla ó Rojas. Era, por decirlo así, el carácter familiar de las generaciones del coloniaje, porque con Mayo vienen otras ideas y sentimientos á agitarlas y arrojarlas en la pendiente revolucionaria,—y esta peculiaridad, á nuestro juicio, era debido al hogar de aquellos tiempos, dominado por un espíritu religioso más severo y una sumision á la voluntad paterna que recuerda la del *pater-familia*. El padre, por las ideas monárquicas dominantes, simbolizaba tambien el poder absoluto, y como en los romanos, representaba hasta los derechos religiosos y divinos. El hogar ¡el hogar antiguo!... Es una de las reliquias del pasado, porque en todas las sociedades el hogar es cuna de su propia

civilizacion, y de los del coloniaje salieron San Martin, Belgrano, Guido, Las Heras y todos nuestros próceres formados para la revolucion y fortalecidos por las virtudes cívicas para crear la república.

¡Y si se considera que Rodriguez nació en San Pedro!.. ¿Conoceis este pueblo? Es uno de los más bellos de la hermosa y fecunda provincia de Buenos Aires. Situado sobre las barrancas del Paraná, miran sus blancas casitas, sus plazas y campanario al horizonte infinito, compuesto de islas, arroyos y vastas campiñas inconmensurables,— pero cuando nació él, no existía aun. Fray Juan Noble Carrillo afirma que antes de 1749 San Pedro era un desierto. Solo existían unos ranchos de paja. Allí moraban los religiosos encargados de la fábrica del templo del pueblo. En su principio fué convento y se llamó de San Pedro en homenaje á haber sido Pedro Regalado su primer titular. Esta ranchería fué la base de esta poblacion, y con motivo de los franciscanos que la habitaban, poco á poco fueron levantándose en los alrededores las blancas casitas que fueron el primer núcleo de aquella pintoresca localidad y despues ciñuelo de las numerosísimas que hoy se yerguen orgullosas sobre las faldas del poético río. Es necesario ver las que se empinan en las barrancas, como si quisieran contemplar mejor el remanso de las aguas. ¿Y las que yacen escondidas, medio cubiertas por el follaje como las tapadas limeñas? Parecen, en las horas estivales, torcaces que durmiesen aletargadas por el silencio, y á la tarde, las brisas las refrescan, despejan sus faces y pierden su mirada en el confin preñado de lagos y flores-tas encantadoras. Recuerdan las mansiones señoriales de San Isidro, y más poéticas, por su distancia de Buenos Aires, no tienen rival como refugio. Las almas vencidas, desengañadas del mundo, «¡Aquí quisiera vivir!» — exclaman en cuanto las ven.

Yo he sentido al visitarlas, perdiéndome entre los zanjones de las barrancas, tan misteriosa atraccion, y

entonces era jóven, sonriente, lleno de esperanzas..., al menos para mí mismo. Es el encanto del silencio á la luz de un clima radiante, que impulsa á morar en tan risueños retiros para gozar el alma enteramente con todo egoismo,—porque los corazones cansados, cansados de la lucha y del vértigo del mundo, quieren el descanso para sí, para sí solos. En tal bella comarca nació Cayetano José Rodriguez en 1761. Eran sus padres Don Antonio Rodriguez, andaluz, y Doña Rafaela Suarez, portefaña, que poseían una magnífica Estancia á cuatro leguas del convento. Si San Pedro era un desierto, ¿qué no sería el lugar en que se levantaba el hogar de Rodriguez! El campo raso. La Estancia aparecía á todos los vientos como punto céntrico del horizonte, y juntamente con la ranchería, eran las únicas poblaciones de la redonda.

Los padres de Rodriguez eran de aquellos que creían que no habia hogar completo sin Dios, y en la Estancia, ademas de todas las comodidades, tenían un oratorio. Alabamos los hogares coloniales, pero éste, alzándose en el desierto, libre del contagio de las llagas sociales, es, por su pureza, un lirio del valle. Allí pasó su niñez bajo la severidad vigilante de sus padres, viendo y oyendo practicar la virtud y todos los nobles sentimientos é ideas que eran la base del hogar antiguo. Los padres franciscanos del convento de San Pedro, á imitacion de los de San Francisco en esta Capital, enseñaban la instruccion primaria á los hijos de los primeros pobladores atraídos por su ranchería y que fueron los fundadores del pueblo. Sin duda la circunstancia de ser el jóven Rodriguez uno de sus discípulos, contribuyó, junto con las prácticas devotas en el oratorio familiar, á decidir su vocacion por el sacerdocio. Es que era un espíritu evangélico. La educacion no crea,—desarrolla,— y alternando su existencia con el hogar paterno, solitario, su tierno corazon abrióse á la oracion y al lenguaje místico para recibir las auras

del cielo. Así formó su alma—así nació para la religión quien debía representarla en todas las facetas de su ministerio y llevarla á la vida pública como credo de la nueva época que se iniciaba bajo los auspicios del patriotismo y de la libertad.

«En aquella edad en que el corazón del jóven es un azogue que no puede fijarse y es capaz de vender por un confite su primogenitura, ya penetra Rodríguez en el santuario del Infinito y del Eterno. Huye de las conversaciones que corrompen y de las diversiones que distraen. La asistencia al templo y ejercicios de piedad son la diversion que dilata su espíritu (1).» Tal pinta su panegirista Fray Pantaleon García, en su elogio fúnebre, su entrada al mundo en la plenitud de la juventud, arrullado por las mágicas esperanzas de la fantasía. El resultado debía preverse: decidióse por el sacerdocio, y el 12 de Enero de 1777, apenas cumplidos diez y seis años, tomó en el convento de San Francisco el hábito de servicio de manos del padre predicador general, Fray Antonio Oliven, por delegacion del presidente, Fray Nicolás Palacios, efectuando su profesion religiosa el 13 de Enero de 1778 ante el R. P. Lector de Vísperas, Fr. Gregorio Gonzalez, comisionado al efecto por el guardian, Fray José Tomás Ramirez.

III

No faltará á esta altura algun liberal de nuevo cuño que lamente la decision de Fray Cayetano, como si, vistiéndose el hábito religioso, no pudiese servirse

(1)—El M. R. P. Fray Pantaleon García, de la órden de San Francisco, nació en Buenos Aires y fué catedrático de la Universidad de Córdoba. En 1810 publicó en Madrid gran parte de sus sermones y panegíricos, formando seis volúmenes. Su último discurso impreso fué el que pronunció en las exequias fúnebres de Fray Cayetano José Rodríguez, de quién fué compañero de claustro y amigo ferviente. El padre García era uno de nuestros mejores oradores sagrados del coloniaje y de la Revolucion.

igualmente á la patria. Lo he dicho, al hablar de Rivarola: la carrera eclesiástica era entonces una de las más sociales y bien miradas; los hijos de las familias más pudientes se dedicaban á ella, y si prefirió ser fraile á seglar, sujetándose desde temprano á la vida regular del convento, fué porque sus tendencias psíquicas llevábanlo más á la meditacion que á la observacion objetiva. Quizá influyera la existencia pasada en la solitaria Estancia de sus padres, alternada con su ir continuo á las lecciones de los Padres Lectores de la Ranchería de San Pedro, porque el espíritu humano sólo halla su inspiracion en el mundo exterior,—pero fuera ó nó cierto, nadie púsose el hábito franciscano con mayor humildad y decidido á cumplir con todas las rigurosas prácticas conventuales. Era un fraile, un fraile en la acepcion sicológica de la palabra: subjetivo, reconcentrado, pensador, tierno, extremadamente bondadoso y profundamente amable.

He hablado tambien, en mi escrito sobre Maziel, de la vida del claustro. Sin entreverla sombría ni estrecha, abre, por el contrario, á los séres subjetivos las puertas del pensamiento. Allí el fraile, viviendo consigo mismo, se hace pensador, y la soledad, de que tanto huye el sér mundano, abre su vasta inmensidad, para que, bajo la accion del recogimiento y la meditacion, se desenvuelva el espíritu. La vida subjetiva dale esa superioridad relativa á los demas, que principia con el conocimiento de sí mismo, y las ideas nacidas de la observacion, tienen la pureza ingénita del alma, sin el hálito ponzoñoso de las pasiones. Rodriguez, vistiendo, niño, el hábito de San Francisco, fué un fraile de vocacion, y el claustro, recogiénolo en sí mismo, completó su educacion y lo hizo sumiso, suave, paciente y tierno.

Fué fraile siempre,—fraile hasta su último momento,—y su mayor honra es haber pertenecido al antiguo clero argentino, que se plegó, con el martirio de Maziel, al libera-

lismo que nos emancipó de la metrópoli. Este es su título de nobleza, por no decir de gloria, y sus compañeros fueron el obispo Molina, Fray Pantaleon García, Rivalola, Santa María de Oro, Castro Barros, Chorroarin, Montero, Agüero, Achega,—catedráticos, en su mayor parte, de San Carlos,—famosos predicadores ó prohombres de la Revolucion. Fiel á su origen histórico, en cuanto se ordenó de sacerdote, se entregó al magisterio.

Dije que era un fraile de vocacion. En aquellos tiempos la instruccion pública estaba en manos de religiosos. Casi todos los catedráticos de San Carlos eran sacerdotes. Los conventos de San Francisco y Santo Domingo fueron las primeras escuelas, y podía tolerarse este anacronismo, porque aquel clero fué liberalísimo. Educaba á la juventud, por patriotismo, para la Revolucion, y Rodriguez, en vez de ser misionero ó un monje contemplativo, no quiso ser menos y prefirió tambien la enseñanza. Activo, ardiente, emprendía una verdadera mision,—sino religiosa,—loable y altamente fecunda, y si no convertía gentiles en cristianos, conquistaba siempre almas, arrancándolas de las tinieblas del oscurantismo. Era igual, porque Dios y ciencia son la verdad, tanto más que su arma de combate sería principalmente el nuevo testamento, liberal é igualitario y demócrata en todos sus idealismos.

Nó,—no era hombre de pasarse la vida en una celda, orando ó haciendo penitencias. Habría creído perder el tiempo; era ademas patriota, y su hábito de franciscano, ante su misma vista, lo realizaba para su mision. Dadas las ideas dominantes, ¡quién sabe si no se ordenó sacerdote para emprenderla!,—porque, á la verdad, era una mision educar, instruir,—tanto más moral cuanto más patriótica. Si prefirió la Universidad de Córdoba al Colegio San Carlos, fué porque ofrecíale un campo más vasto, y así lo vemos dictar durante ocho años en aquel establecimiento las cátedras de Hermenéutica y

Filosofía. No creo que haya en los pueblos nuevos, destinados á independizarse, una profesion más digna y patriótica que la del magisterio, porque arranca las inteligencias de la ignorancia, iluminándolas con la ciencia para abrirles el camino del porvenir. Es un verdadero apostolado, y cuando se piensa que obra sobre la juventud, que es la esperanza, sus apóstoles, al calor de sus mágicos resplandores, se presentan como los verdaderos generadores de la patria. Otros la descubrieron y la poblaron,—pero ellos fecundaron el alma. Fueron los colonos del espíritu público, los que araron y arrojaron en los surcos luminosos del alma las semillas del saber, aquellas primeras que, como las estrellas de la oracion, abren, con su reguero de luz, el espacio á constelaciones y mundos superiores, y así como aquéllos rompieron la punta de su arado en la tierra endurecida como el bronce, ¿cuántas veces no se estrellaron las inteligencias ante las preocupaciones! «¡Aberraciones!»—direis; pero ¿qué otra cosa son los errores?... El sol ahuyenta, es cierto, á las tinieblas,—pero tratábase de preocupaciones heredadas, con raíces en las costumbres y tradiciones, y aquí estaba precisamente el mérito de su accion trascendental. Como los colonos antes de empuñar el arado, arrancaban del campo la maleza, y enseguida comenzaban la tarea.... ¡Benditos sean, y que la patria algun día recuerde sus nombres!...

Fueron los verdaderos precursores de la Revolucion, los precursores científicos, porque trabajaron en el alma pública, despertando las ideas. Fray Cayetano enseñó Hermenéutica en la Universidad de Córdoba. Esta ciencia es la interpretacion de las escrituras, con el auxilio de los santos padres,—en una palabra, la Biblia razonada. Tal materia, lleva así enseñada, por el cristianismo, directamente á la democracia.

Ella, como dogma político y sistema de gobierno, es la única que resuelve la libertad dentro de la igualdad

y fraternidad y tambien la felicidad general. Aquellos primeros maestros, vestidos de franciscanos y dominicos y despues de sacerdotes seglares, fueron, adelantándose á su tiempo, los reveladores de nuestro porvenir político en su inspirada mision de precursores. Al arar el espíritu de la juventud, le arrojaban, en las ondas de su elocuencia ardiente, las ideas revolucionarias, que fermentaron en las victorias de las invasiones inglesas, y como obraban, conciente y deliberadamente, para independizarnos de la madre patria, se convertían en revolucionarios. Ellos fueron los primeros, porque todas las grandes revoluciones destinadas á cambiar la faz política de un pueblo principian por el cerebro. Allí, en ese mundo oscuro, nace la idea luminosa. Dios mismo creyó necesario crear el sol para el universo y la luz no solo disipa las sombras, sino que es calor y vida.

Agregad ahora que Rodriguez, en la cátedra de Filosofía, sería espiritualista. Hablaría, por consiguiente, de Dios; comprobaría, con los argumentos clásicos, su existencia,—creería en el alma, en su inmortalidad,—y todas estas ideas, que son verdaderamente dogmas para el espíritu, preparaban á la juventud para conquistar las libertades políticas. El cristianismo y la filosofía son la aurora de la democracia. ¡Qué bello papel el de Rodriguez en la Universidad de Córdoba! Con el hábito franciscano, y rodeado de la juventud, que escucharía, arrobada, sus lecciones, aparece ante la fantasía moderna como uno de los creadores de nuestra nacionalidad. Así nació la patria argentina: de las entrañas de la ciencia, como el rayo, de la nube,—como la llama del fuego, — para perpetuarse por la verdad en la eternidad de los siglos. Ella y solo ella la hará imperecedera para resistir á los embates de sus enemigos y de las pasiones políticas, y si ha triunfado hasta ahora, ha sido por principios inmortales, proclamados desde el coloniaje por inspirados de la libertad como Fray Cayetano.

¿Por qué prefirió las aulas de Córdoba? Sin duda por las mismas razones que los misioneros buscan los desiertos. Excitando la periferia, fluye la sangre al corazón, y la Universidad de Córdoba, con todo de poseer un selecto cuerpo docente, numerosos alumnos y entre ellos muchísimos porteños, contribuía, despertando su patriotismo, á las palpitaciones de la vida nacional. A tan alto fin iba su palabra, — obra trascendental, grande, porque se educaba científicamente el alma del pueblo para formar su conciencia en la realización de su destino. ¿Cuántos jóvenes no oyeron allí sus lecciones? ¿Cuántos porteños, que fueron á esa Universidad á doctorarse en derecho, no fueron sus discípulos? Así Córdoba, la ciudad mediterránea, la ciudad de las iglesias y de los conventos, concurrió, contrastando con su fanatismo religioso, al movimiento liberal de la emancipación. La patria nació en la Plaza de la Victoria el 25 de Mayo de 1810; ella fué su cuna,—pero se independizó por el espíritu general de la Nación. ¿Qué no hicieron, en esta obra nacional, Mendoza, Salta y la misma Córdoba? Aunque era la obra comun, la obra de todos y para todos, no podía ejecutarse sino por la acción de un conjunto de ideas, esencialmente espirituales, que moviese y agitase el alma de los pueblos. Ya sabemos donde están las raíces de ellas, y ¿quién mejor que Fr. Cayetano, cristiano y filósofo, para propender á este génesis de luz? Amaba los principios, y no podía dirigir el espíritu de sus alumnos sino en el sentido de las libertades públicas. ¡Allá iban todos, inspirados por su elocuencia!

Las aulas, de esta manera, se constituían en la mejor escuela de la democracia; eran su ideal,—y el agente era la palabra. Si resonaba en las bóvedas de los templos, surjía ardiente de las cátedras, y mientras Maziel, García y Agüero se agitaban en los púlpitos, Fr. Cayetano en Córdoba y García Posse y Chorroarin en San Carlos complementaban la propaganda. Aquéllos habla-

ban á la mente de los padres y esposas para independizar el hogar, y éstos, á sus hijos, para que concurriesen todos á la creacion de la patria. ¿ Quiénes fueron más eficaces? No sabríamos decirlo; fueron todos, y en este gran proceso que tiene sus prodromos á fines del siglo XVIII, todos tienen tambien igual mérito ante la sicología histórica, porque fueron eficientes, sirviéndose del hogar y la escuela, estas dos grandes fuerzas sociales, para hacerlas servir de palancas en el resurgimiento de nuestro mundo político. La historia de la revolucion argentina no arranca de las conspiraciones que sucedieron á las invasiones inglesas, sino del alzamiento del espíritu público que principió por divorciarse de los vireyes. Nacido del púlpito y la cátedra, el pueblo dejó de ver en aquéllos simbolos divinos y comprendió que no había nada superior á su soberanía. Sus cortes palaciegas desaparecían en su fantasia como en las escenas de un teatro, y en este gran drama político representado al aire libre y bajo los auspicios de la libertad, el sociólogo tiene que considerar al púlpito y la cátedra como el punto de partida de nuestra independencia. Allí nació la idea. Fué la fragua que produjo, por los golpes de la elocuencia, la chispa revolucionaria. Renovóse el ambiente moral, y las ideas se convirtieron en estrellas para iluminar el espacio y nuestro paso en el instante fecundo y sublime en que la patria argentina surjía de entre las brumas y aberraciones de la monarquía antigua. Las ideas nos trajeron la luz; á ellas debimos el conocimiento de nuestro sér, la conciencia de la libertad y el deber de gobernarnos á nosotros mismos. Ellas nos enseñaron que constituyésemos una patria, una patria civilizada y digna de la extension y riqueza del territorio,—pero era necesario independizarla primeramente, y nos dieron la fuerza para quebrantar las vetustas cadenas.

¡Cómo no, si las ideas son divinas, y cual el rayo,

todo lo pueden: ¡despedazan y aniquilan! Despues vinieron la conciencia popular, las deliberaciones y discusiones que nos dieron personalidad política,—pero,—entendámonos bien,—por la accion del púlpito y de la cátedra libre, representados casi completamente por nuestro clero, porque, contra sus tradiciones, fué liberal. Dióse cuenta de la época, y comprendiendo su mision, hízose, por patriotismo, hasta revolucionario. La patria nació del cristianismo,—pero del cristianismo puro, aunado á la ciencia, formando su conjuncion la mejor filiacion histórica de una sociedad civilizada que se emancipa de sus tutores para ser libre y feliz. Fr. Cayetano, al plegarse, por su destino, á estos progenitores de nuestra nacionalidad, vino sin duda á honrarse,—pero á honrar tambien. Si no fundó como Maziel este núcleo glorioso, lo enriqueció con sus fecundas facultades, y plegándose á su tradicion liberal, fué, por la pasion de los ideales, un demócrata sincero y un republicano de corazon. Nadie lo sobrepasó en amor á la libertad, y cuanto más fervoroso cristiano y ardiente filósofo, fué más liberal todavía!

IV

Fray Cayetano, mientras estuvo en Córdoba, vivía en San Francisco (1), porque el fraile, donde quiera que va, tiene su hogar en el convento de su orden. Allí, en su celda ó paseándose en los corredores, pensaría lo que diría al día siguiente á sus discípulos, saliendo sus palabras directamente á emocionar las almas. El cerebro es un mundo creador,—pero no hay ideas como las que se producen en la soledad.

Y nada más apropósito que el convento para el pensamiento. Aunque instituido para los frailes ó mon-

(1) Iglesia y Convento de este nombre.

jes, es un nido para el cerebro. Así pensaba una vez que estaba yo en uno visitando á un franciscano. La celda, con ventana á un vasto patio lleno de naranjos,—los corredores, iluminados por un sol tranquilo, y el silencio, interrumpidosólo por el cántico de algunosgilgueros, incitaban al recogimiento. Apenas, poniendo mucha atencion, se oía, de vez en cuando, el ruido en el empedrado de algun carro que se iba. . . . y que las ráfagas traían como un recuerdo del mundo,—nada más. Toda la vida universal parecía absorbida por el patio rectangular. . . . Allí se reconcentraban todos los pájaros del barrio, como si los llamasen; sí, los llamaba el silencio, —y hasta los árboles, al verse resguardados por los altos muros, columpiaban de gozo sus copas, exhalando, en las mañanas y las tardes, el aroma resinoso de su sávia. ¡Qué tardes: ¡apacibles, silenciosas, tranquilas! Descorrían su velo de sombra, verdaderamente como una monja, dejando ver, al resplandor de la luna, su semblante pálido. ¿Y las noches? Claras ó sombrías, incitan al recogimiento. ¿Quiénes son esas sombras que pasan por los muros de los claustros? Monjes que van rezando.... Murmuran como nubarrones tormentosos que ruedan al horizonte. . . . Parece que llevaran en su seno la tormenta,—y es tal la vida subjetiva que se despierta en la soledad, que cada uno, con solo recojerse íntimamente, ve el fondo de su alma como un lago cristalino. Los amantes á la contemplacion del *yo*, quédanse, con sólo agacharse moralmente, extasiados, porque se reproducen como en un espejo ó en la linfa dormida de un pozo.

No hay sol como el de los conventos. Parece que entrase más que á iluminar; baña, y las haces de luz pasan por entre los pilares y se adormecen en los patios de los claustros, secando los pisos y el aire. La humedad se va, y se siente, distintamente entre las ráfagas, el olor de las violetas del jardín, que recuerda el montañar de las campiñas. Hasta el campo, con su silencio y

embriagueces, está allí; representado por la soledad, —y la luna, como si quisiera lucir su poder maravilloso, torna en día las noches calladas, quedando el patio traspasado de luz cual un aquarium. Las palomas y las golondrinas, duermen en los torreones; los pájaros, que han preferido hacer allí sus nidos, sueñan en los árboles con la noche negra; las plantas crecen y extienden sus alas; las flores tiemblan de amor y exhalan su casto aliento, y el pensador....., el pensador piensa. Sólo él, mientras el murciélago hiende la penumbra con sus chillidos, vela, y la lámpara descubre al desvelado pensador, porque hasta el alma necesita luz para trabajar.

Piensa..., ó, mejor dicho, escribe lo que ha pensado, mientras todo duerme á su alrededor. Hasta el buho del campanario se ha recogido en sus alas. Así vivieron Maziel, Rivarola, García, Iturri y tantos otros que se educaron en los conventos. Fr. Cayetano ha sido el tipo clásico del convento. Nació, puede decirse, en él, porque ingresó á los diez y seis años para no abandonarlo nunca. Representa, sicológicamente, la más alta educación claustral, y cuando se recuerda que no pasó su vida orando ni infligiéndose castigos inútiles, sino pensando, pensando al traves de las ciencias morales y políticas para dilatar el espíritu de la juventud, su alma se agiganta y proyecta en la historia su haz de luz también. Tal fué, moralmente, el compatriota que enseñó filosofía en las aulas de Córdoba.

Lo saludamos maestro. Muy pocos han subido á la cátedra como él, y cada vez que los conventos franciscanos que lo albergaron abrieron sus pesadas puertas, haciendo crujir sus goznes para que saliese á sus triunfos de la vida pública, vimos en la prensa, en el púlpito ó la tribuna un filósofo, un filósofo formado en el recojimiento y la meditación. Hijo del claustro, conservó el hábito del pensamiento, el amor á las ideas, y sin las hipocresías del sacerdote industrial, fué amable, bon-

dadoso y tierno. Y ya que hablamos de sus glorias populares, ¿acaso salía del convento por vanidad? Nó salía para hacer eficaz su pensamiento. Pensaba en el convento,—pero en asuntos públicos, de carácter político y trascendental. Pensaba en la patria,— en la patria que no existía, pero que debía crearse, é inspirado en el cristianismo y los principios, pensaba en nombre de todos y para todos. Pensaba con el alma del pueblo, y pensaba en el convento para pensar mejor.

Así sereno, palidecido por el pensamiento, se aparece en 1791 en nuestro convento de San Francisco á continuar sus tareas. ¿Por qué abandonó á Córdoba? Porque, á su juicio, la juventud de aquella ciudad había escuchado sus lecciones,—habíale dado cuanto podía ofrecerle, y sin duda dejábala preparada para comulgar con los ideales democráticos. «Ahora al corazón, á Buenos Aires» — se diría. No vino á ser uno de los tantos *Padres Lectores*; no lo fué nunca; fué catedrático, dictando, como en Córdoba, cátedras científicas. Aquí enseñó Teología, y en vez de Filosofía, Física. Fué la única diferencia; en lo demás, fué el maestro de siempre, amplio, pensador y dueño de su cátedra.

V

Tal fué el fraile que volvió en 1790 á su convento, al Convento Grande (1), á continuar sus tareas escolares. No venía cansado, desilusionado, sino enérgico, lleno de ideas, como un misionero que hubiese conquistado muchos prosélitos. En efecto,—¿qué otra cosa que una misión fué su viaje á Córdoba? Duró ocho años, y en tal largo tiempo, cambiando completamente de residencia, conquistó almas, arrancándolas de la ignorancia. Las misiones pacíficas no son sino conquistas

(1)—Así se llamaba á nuestro convento de San Francisco.

morales. Las evangélicas van en busca de la fe, y las espiritualistas, de la creencia. Fe ó creencia, se obtengan ó nó por el razonamiento, son siempre idea, idea que nace en el alma, y tras de la cual va el misionero, sea relijioso ó simplemente filósofo. En ambos casos, es siempre apóstol, porque va propagando sus ideas, discutiendo, luchando moralmente para difundir la luz intelectual.

Fr. Cayetano fué misionero y, al mismo tiempo, filósofo, porque mientras enseñaba Teología, probando con la fe y la interpretacion de los Santos la existencia de Dios, la demostraba científicamente con la Filosofía, —pero siempre apóstol, por la trascendencia política de sus ideas. En la Universidad de Córdoba y en el Convento Grande, fué siempre el mismo propagandista, tenaz, ardiente, y si en este último enseñó Física en vez de Filosofía, como dijimos, era tal el cúmulo de cuestiones que, por su atraso, contenía aquella ciencia, que sus explicaciones conducían al mismo fin. La antigua Física, por no haberse descubierto muchos de los fenómenos actuales, hablaba de Dios, del universo y de las cosas, y debido á su indigencia, artes sobrenaturales como la nigromancia avanzaban sus dominios. Formóse, es cierto, en las doctrinas peripatéticas,—«¿pero no es su mayor gloria deber á su genio la distincion entre la moneda falsa la verdadera?»—dice Fr. Pantaleon García, en su elojio fúnebre. Agrega que detestó el ergotismo, la teología sistemática y las cuestiones inútiles, y dice el Dr. Gutierrez «que en la enseñanza de la Física hizo por primera vez comprender á sus discípulos que era ésta una ciencia de hechos y de mera experimentacion (1).» Estas disquisiciones con la escuela de Aristóteles, dieron lugar á que, pujando contra las

(1)—*Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*, por el Dr. D. Juan M. Gutierrez, pág. 133.

antiguas doctrinas, escribiese una obra sobre Física. Está en latín y se halla manuscrita en el archivo del convento de San Francisco (1).

En estas cátedras, fué más trascendental que en Córdoba,—no porque se sintiese entre los suyos, sino en la capital del vireinato, en una poblacion más densa y numerosa, donde, por su mayor contacto con la Europa civilizada, recibía las ráfagas del liberalismo. Esta era su punto de apoyo; de aquí, si la juventud estaba preparada para recibir el verbo democrático, partirían, por la comunicacion de las ideas, los efectos populares á los pueblos del interior y del litoral; la cuestion para él, en consecuencia, era educar á los estudiantes portefíos. Filósofo por temperamento, comprendería que, aunque nos emancipásemos de la metrópoli por la fuerza, el movimiento tenía que partir de la inteligencia; que debía ser cerebral,—producido por la idea, que engendra los hechos,—y que era necesario crear la generacion de pensadores, filósofos, publicistas, tribunos, poetas y políticos que precederían á los militares y á los héroes. Como Hegel, su fuerza, fundándose en la dinámica del mundo moral, era la idea, y su palanca, la ciencia,—las ciencias divinas y morales, de que era representante, y que, por su plan pedagógico, abarcaban las cuestiones políticas y sociales.

Formado, así, en su cerebro el programa, halló sin duda á la juventud portefía más imaginativa y nerviosa, y, de consiguiente, menos subjetiva y pensadora que la de los demas pueblos. Firme en la creencia de que ella era la fuerza inicial de la emancipacion política, pro-

(1)—Lleva, segun Fr. Pacifico Otero, el título siguiente: *Fecunda Phiciæ Pars seu Phisica Particularis quæ in rerum naturalium contemplatione versatur seu juxta recentiorum placita*. Está dividida en cinco libros, de los cuales solo se conservan dos; el primero: *De mundo ac de precipuis mundi sistematis*,—y el segundo: *De cælo et cuporitris cælestibus*.

nunció la frase más grande de nuestra historia, la más fundamental, porque abrió el movimiento intelectual, precursor de la vida social y tribunicia que preparó los ánimos para las agitaciones ulteriores. Exclamó, oíd bien cuatro millones de argentinos: *¡Es necesario formar hombres...!* Estas palabras, inmortales por su trascendencia, fueron el primer eslabon que se rompía de la cadena que nos unía á la metrópoli,—el primer escalon, el primer paso hácia la revolucion de Mayo. Fueron la llave de oro que nos abrió el periodo revolucionario, que principiaba en el cerebro para continuar en la prensa y, despues, en los campos de batalla....!

Si hubiese habido filósofos en los gobiernos contemporáneos, estas sublimes palabras, en las fiestas mayas, habrían sido escritas con lamparillas eléctricas, para que, encendidas, el pueblo, que se agolpa, por patriotismo, en esas noches á conmemorar los grandes días de la patria, las leyese fulgurantes en la oscuridad del espacio. Sería la más grande enseñanza histórica. Aprendería que nuestra independecia no fué una revolucion de cuartel, sino un vasto movimiento social,—que como todos los que han cambiado la faz de las naciones, tuvo su punto de partida en las ideas,—y que, para prepararlo, hubo veinte años antes un filósofo que inició pacientemente el proceso intelectual y, para honra de nuestro clero, fué un fraile, un fraile franciscano que enseñaba á la juventud en el Convento Grande. Divorciado el pueblo del catolicismo por el fanatismo industrial y falso, se conciliaría con la religion de sus mayores,—vería que siendo amigo de la libertad, puede ser columna de la patria, y que habiendo sido un fraile en un convento el precursor científico de la emancipacion, lógicamente el púlpito tórnose en fragua de las primeras ideas liberales. Así el pueblo, tornándose más creyente, sería doblemente liberal y feliz.

¡ Formar hombres ! ¿ Puede darse, despues de Dios,

una fuerza mayor? El los crea, y Fr. Cayetano, alentado por el patriotismo, los formaba, valiéndose de la influencia de la educacion. Sabía cuánto vale un maestro, un maestro tenaz y perseverante, y enardecido por sus ideales, la juventud, por la ductibilidad de su espíritu, se plasmaba en el molde de las ideas modernas, llevada tambien por sus propias conveniencias. Esto es verdaderamente arar la tierra, para que ótros, más felices, arrojen las semillas,—pero ¿quiérese nada más noble? *¡Formar hombres!* —es decir, encaminar niños, dirigir su espíritu! Es la tarea más dulce, más tierna de la humanidad,—y si la ejerce un fraile, un fraile liberal; en nombre del verdadero cristianismo, fuente de puro amor y caridad, aparece con resplandores divinos. Parece, en el torbellino del egoismo contemporáneo, Jesús en las puertas de Galilea rodeado de niños. Trabajaba por la patria. ¡Oh, sí, por la patria intelectual, que debía libertar más tarde á la patria política y social!

Sin más tradiciones liberales que el martirio de Maziel, que murió en el estoicismo de su destierro con el silencio de los grandes, estaba solo, casi solo; Rivarola paseaba su rígida figura en la cuadra del cuartel del Fijo, apegado á la disciplina militar y eclesiástica, aguardando su destino poético en las invasiones inglesas; apenas en los púlpitos y en San Carlos se oían las voces viriles de García, Agüero y Posse; estaba solo, casi solo..., y esta situacion moral, debía, con toda su fe en la accion de las ideas, desanimarlo, abatirlo. No me refiero á esos instantes en que el sol de la esperanza se apaga, dejando el alma á oscuras, sino á esas nubecillas que pasan por su disco y desalientan á los espíritus más fuertes. Téngase en cuenta que Fr. Cayetano tenía entonces treinta años: ¡un jóven, casi un niño por la inexperiencia!,—y sin influencia fuera de los muros del convento, no contaba sino con la de su palabra, ó, mejor dicho, con la de la verdad, bajo la base de la buena fe. El patriotis-

mo era amor á España, sumision á Cárlos IV, y tenía que principiar por crearlo, á impulsos de la nueva patria. Es como quien, restregando piedras, enciende fuego con unas leñitas en un bosque, confiado en las ráfagas del viento. ¡Pobre Fr. Cayetano!, tan pobre como grande,—tan grande como todos los que trabajan en el silencio,—y es en estas tareas del porvenir, que tornan la vida en un drama psíquico, á la sombra de esas horas melancólicas, que exclamó tambien: *¡Steriles, transmissimus annos!* Otra frase inmortal: *¡Estériles años estamos pasando!* La pronunciaba con fé profunda en el porvenir, á la luz de la esperanza, de la esperanza inmortal de los apóstoles en las grandes causas fundadas en el desenvolvimiento del espíritu humano,—pero los años, con todo, no dejaban de ser estériles. Eran, segun él, años perdidos para la república, como diría Ciceron, y su ahinco, su tarea, era convertirlos en fecundos, tornándolos en previos y preparadores de la comunión democrática. ¿Dí, lector, si este fraile no soñaba con la patria y el sistema republicano? Me hace el efecto de los mineros, de esos valientes, de rostro ennegrecido, que descienden á trabajar en el seno de la tierra en la oscuridad y el silencio. No hay nada que los aliente, ni una ráfaga de vanidad humana, sino la fe en su obra, demostrada muchas veces, á la luz del día, por vetas ó piedras preciosas que estimulan y excitan.

Nacido para pronunciar frases inmortales, volvió á exclamar: *No sé qué presajios advierto de libertad.* ¿Dí, lector, habeis visto nacer en el mar ó en el desierto el sol en el horizonte? Rayos colosales, fulgurantes, lo anuncian. El mismo efecto me causan estas palabras. ¡Son los rayos del sol de la libertad argentina, los heraldos de la revolucion, porque el día fué antes aurora! Y su mérito personal está en que fué el primero en advertirlos. Revela un oído finísimo, porque es como sentir las vibraciones del éter por la luz ó en la noche la gestacion de

la naturaleza. Es que se trata de sentidos morales, y en esta vía, los frailes sicólogos van más lejos. Acostumbrados, en sus oraciones, á destender su espíritu hasta el Creador, tienen mayor fuerza moral, ó, mejor dicho, su espíritu más alcance. Algunos llegan hasta la adivinación. De ahí vienen las apariciones, el *epuduam*, las sugerencias, y, si se quiere, hasta la manía religiosa,—pero es indudable que es cuestión de ejercicio, así como otros no ven sino con los ojos y una cuarta más allá de sus narices.

Advierto, en medio de estos años estériles, presajios de libertad, y es urgente formar hombres!—parecíame oírle exclamar. Es la síntesis histórica de la filosofía de la revolución. El la pronunció, condensando, en pocas palabras, todo el programa que requerían aquellas circunstancias. Cumpliéndolo bastaba, y no era necesario más. Estas palabras inmortales son toda una fórmula revolucionaria y deben grabarse en bronce. Son el pedestal de la gloria de Fr. Cayetano, porque son el génesis, el *fiat lux* de la revolución de Mayo.

Un espíritu que condensaba su pensamiento en fórmulas tan concretas para ponerse á la altura de momentos tan solemnes, á punto de que escribe con pocas palabras, pero inmortales, la teoría científica de la revolución, no podía quedarse, despues de pronunciadas, callado. Era demasiado activo. Verdadero apóstol, había nacido, por otra parte, para ejecutar sus ideas. No vislumbrábase tampoco el momento de la acción. La época era de preparación, de preparación moral, arando simplemente el terreno. En frente, bajo las bóvedas de su aula, tenía los colonos, los que debían agitar el espíritu público, que fueron despues los *pioners* de la revolución. El era el maestro, y por su hábito relijioso, simplemente el iniciador de la idea, su inspirado. Jesús tampoco pretendió más que propagar sus doctrinas, y él, á su imitación, buscó entre sus discípulos quiénes la pro-

pagasen. Ellos debían ser los apóstoles de la revolución,—los elementos activos, y todo su afán, llevado también de la pasión del maestro, era reproducirse en ellos para multiplicarse y generalizarse por la sugestión de las ideas.

Así la juventud de Mayo se iniciaba, en las aulas de los conventos, en el liberalismo emancipador, mientras en San Carlos los Chorroarín, los Montero, los García Posse y los Agüero marchaban á la vanguardia del movimiento. Entre los alumnos de Fr. Cayetano que se sentaban en los toscos bancos de su clase, destacábase una cabecita resplandeciente, de cabellos enrulados. De rostro moreno, tenía la mirada vivaz, profunda, anunciando, con sus rayos misteriosos, un destino superior. Era Moreno. Genio ó núnmen de la revolución, Fr. Cayetano, al penetrarlo, comprendió, en su tarea de formar hombres, que de ese niño podía sacar algo muy grande para la patria. «Otros harán lo demás»—se diría. Concretándose á la misión inmediata y previa, hizo del jóven Moreno su predilecto. El fué su Pedro. Franqueóle su confianza, su amistad y sobre todo la biblioteca del Convento, donde tenía silencio y libros sobrados para estudiar. Fué su discípulo amado. Para él fueron las explicaciones sugestivas, las controversias peripatéticas y los paseos familiares por los claustros antes de entrar á las discusiones trascendentales. Después vendrían la iluminación intelectual, el despertar del corazón, el alumbramiento de la conciencia....,—y Fr. Cayetano, ante Moreno palidecido por ideas y sentimientos extraños, le diría: «¡Allí está la patria!» — señalando los comienzos del siglo XIX, como quién enseña en los rayos del horizonte el sol naciente.

Rodríguez no era el fraile Aldao para salir á la calle, arremangados los hábitos, con sable en mano, por más que se precipitase la revolución. Bien lo sabía,—y contentándose con su papel de filósofo, púsose á formar

hombres. No existía una tarea más fecunda, trascendental y patriótica. Niños, serían lo que él, por su destino, no podía ser: hombres de acción, de acción intelectual,—de aquéllos que vienen al mundo para convertir en hechos y leyes las ideas. ¡Formar hombres! ¿Sabéis lo que es? Dilatar su espíritu,—iluminarlo,—darles ideas,—ensanchar su corazón,—llenarlo de sentimientos,—inspirarlos con los principios,—sugestionarlos con la vida pública,—hacer de ellos ciudadanos, ciudadanos patriotas. Y si se tiene en cuenta que se trataba de una juventud monárquica, con ideas políticas y religiosas atrasadas, comprenderéis el inmenso trabajo previo que emprendería antes de arrojarse la semilla luminosa. Y su misión práctica, esencialmente humana, no se redujo á Moreno, porque tenía delante de sí centenares de otros jóvenes notablemente dotados, igualmente argentinos y destinados, por su época, á ejercer los mismos derechos en la evolución de su país. Y cuando pienso que enseguida pasaban á San Carlos, aptos para escuchar liberalismo más trascendental, y de ahí á Córdoba, á Chile ó á Chuquisaca para graduarse en Teología ó en ambos derechos, el Convento Grande se me aparece como el Jordán de la nueva religión política.

Fijóse en Moreno primeramente, como Jesús en Pedro, porque aparecía más vivaz y ardiente. En todas las grandes transformaciones sociales, los seres impulsivos ejercen un papel poderoso, definitivo. Vió su mirada radiante, su faz atrevida. Era el fuego sagrado, y no se engañó. El no creó; despertó,—y hé ahí su gran obra, porque ¿qué era Moreno, para el sociólogo, en los prodromos de la revolución, anunciándola, proclamándola y precipitándola? El mismo Fr. Cayetano, que no podía, por sus hábitos, salir á las conspiraciones y tribunas callejeras,—su discípulo, que triunfaba en nombre del maestro. Eran sus ideas que vencían,—las mismas que proclamó en las aulas. Así se forman los hombres y ejerce el maestro su gran misión!

Descendamos á nuestra conciencia,—seamos sinceros y confesaremos que somos obra de alguien. Alguno tuvo su influencia definitiva, dándonos impulso inicial. El, padre ó maestro, señaló nuestro destino; si no nos creó, nos enseñó á pensar; sus ideas son las de él, y cuanto decimos, escribimos y seguiremos diciendo tiene su raiz en la primitiva transformacion de nuestro sér. Leed cuánto escribió ó dejó Moreno: está vaciado en el molde de Fr. Cayetano. Ellos dos unicamente poseyeron, en el periodo de la gestacion revolucionaria, el estilo ámplio, razonador, militante, ciceroniano. Estilo de combate, tenía filo y punta para abrir brecha. ¡Qué Moreno tenía más genio! Es que el maestro no lo necesita. El maestro debe ser paciente, manso, perseverante, dulce, amable no más; bástale tener ideas para inculcarlas,—saber enseñar y todo su talento debe consistir en hacer discípulos, es decir, formar hombres, eligiendo los más sobresalientes, los de mayor asimilacion para reproducirse. Es el discípulo quien debe ser superior, y, si es posible, génio, para sobrepasar al maestro y propender á levantar la razon pública. Sólo así triunfa la humanidad, sobre todo en los momentos críticos que exigen grandes caracteres. Yo veo, sin menoscabo del mérito personal de ambos, la gloria conjunta del maestro y del discípulo, en virtud de la armonía de las fuerzas de la naturaleza; cada uno, en distinta esfera, ejerció su mision, y si Moreno tuvo más genio, Dios se lo dió y el honor de F. Cayetano fué despertárselo para la obra comun. Este vínculo fué tan sincero, que se convirtió, á pesar de la diferencia de edad, en amistad,—y cuando el discípulo pasó á San Carlos, en la biblioteca del Convento Grande estudiaba,—con Fr. Cayetano seguía razonando, discutiendo,—él era su mentor,—por sus consejos, resolvió partir á Chuquisaca para optar al doctorado en ambos derechos,—púsole recomendaciones en sus petacas,—lo abrazó al partir y le abrió las puertas de la vida pública.

Así se forman hombres,—y cuando se piensa que hay que hacer primeramente al discípulo, la figura del maestro se agiganta como la de un herrero al resplandor incendiario de la fragua. ¡Formar hombres! No hay egoísmo en esta misión, porque no se forman para sí mismos, sino para la patria,—y cuando crecen y se levantan á la sombra de la amistad, se bendice á la naturaleza que ha creado tan sublime sentimiento científico entre el discípulo y el maestro para honra del alma humana!

VI.

Mientras repartía de esa manera el pan intelectual entre sus alumnos de San Francisco, no olvidó que sus hábitos le asignaban deberes religiosos. No nos referimos á los subjetivos é inherentes. «Orar, asistir al confesionario, endulzar con las esperanzas de mejor vida los últimos instantes de los enfermos, fueron sus principales ocupaciones»—dice el Dr. Gutierrez (1). Agrega Fr. P. Otero: «Nunca se le encontraba ocioso, sino en el templo orando ó ilustrando sus dotes intelectuales en la consulta de los inspirados libros, ó bien amparando al moribundo en el supremo instante de la partida (2)». «¡Ah, qué cuenta nos espera en no sacrificarnos á la existencia de los enfermos! ¡Cuántas veces una amorosa reconvenccion saca lágrimas de dolor de los mismos ojos á quienes la pasión había hecho derramar lágrimas delincuentes (3)!».—solía exclamar. Era, por su profunda fé, un cristiano de las Cruzadas; no contentábase con creer: quería

(1)—*Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina.*—pág. 132.

(2)—*Estudio Biográfico sobre Fr. Cayetano José Rodríguez,*—pág. 8.

(3)—*Oración fúnebre del M. R. P. Fr. Cayetano José Rodríguez,* por el M. R. P. Fr. Pantaleon García.

que los demas creyesen tambien, y llevado de su afan á derramar el maná religioso, á prodigar el bien, ¿qué creís que hace? Acepta el nombramiento de Director Espiritual de las monjas Catalinas y Clarisas.

Tal cargo no podia darse sino á un sacerdote reputado por su virtud y espiritualismo, tanto más que Fr. Cayetano era jóven todavía. Sus atenciones eran múltiples: asistir al confesionario, atender consultas y muchas otras tareas espirituales que reclamaban su asistencia diaria á ese convento. Veinte años desempeñó estas funciones, y á los quince de su ejercicio, hizose de tiempo,—como si no tuviese bastante quehacer,—para ejercer igual cargo en la Casa de Ejercicios. Durante cinco años soportó sobre sus hombros este peso, pero más pesado moralmente, porque entonces era sitio donde se recluía á toda la plebe. Negras, pardas, mulatas,—arrepentidas de baja esfera social y menores incorregibles del sexo femenino, eran sus clientas espirituales. Aquéllo era un hacinamiento que suplía en parte la actual Cárcel Correccional de Mujeres, donde fermentaba, por el analfabetismo, la corrupcion y el delito inconcientes. Local malsano, solía hasta ser visitado por pestes, y se requería tener todo el amor á la humanidad de Fr. Cayetano para entrar allí con la sonrisa en los lábios.

Doble era su tarea espiritual: en las Catalinas, mantener viva la fe por las oraciones y las prácticas, y en los Ejercicios, confesar, aconsejar y disipar, con la enseñanza religiosa, la oscuridad de esas pobres almas, muchas de ellas vírgenes, inocentes,—otras caídas en el crimen por la ignorancia,—para volverlas redimidas á sus hogares y á la sociedad. ¡Y para ejercitar tan piadosos deberes, recorría diariamente la distancia entre ambos Establecimientos, que no era menor de media legua! Tal trecho en aquellos tiempos, en verano ó en invierno, era verdaderamente un sacrificio, porque Buenos Aires no tenía empedrado y estaban las calles llenas de pantanos

y lodazales. Al salir de los Ejercicios y al llegar á las Catalinas, había cercos de tuna, y era tal entonces la soledad é inseguridad en esos extremos, que era necesario ser fraile, un fraile formado en el cristianismo, para no temer ser asaltado por malhechores.

¡Y los solazos, los fríos y las lluvias! Para ellos se necesitaba ser valiente, valiente con esa paciencia y energía capaces de dominarlos.

El lector impío, aquel cuya sabiduría lo ha llevado á la negacion de Dios, se reirá con menosprecio de estas prácticas religiosas cumplidas con sacrificios y peligros; no cree en nada, y deduce, por lo tanto, que nada debe existir. No trataremos de probar la existencia de Dios; existe el alma, ó, por lo menos, una sustancia psíquica, independiente de nuestra constitucion física. Susceptible tambien de yerros, por la flaqueza humana, sólo tiene un remedio en las caídas: la oracion. Tan moral como el alma, es su medicina, la única. «¡Qué Dios no existe!» La oracion, en efecto, es dirigida á Dios,—pero es tal su efecto sicológico, que, instantáneamente, el alma se pone en contacto consigo misma, se recoge y se produce el arrepentimiento. El arrepentimiento es el dolor de la culpa, el sentimiento de haberla cometido. La divina doctrina de Jesús no exige más para ser perdonado,—pero el arrepentimiento no existe en sí,—nace como un efecto de la conciencia. La conciencia, á su vez, no es una facultad independiente; es la misma inteligencia que se replega sobre sí misma, y al contemplarse empañada, manchada, se humilla. Podríamos decir, sicológicamente, que el arrepentimiento es el rubor, la vergüenza de la inteligencia conciente.

Así como es imposible negar á la luz la existencia de los objetos, no hay nada que impida la confesion de las faltas. El alma se aclara, porque amanece á la razon, al juicio, que demuestran, en toda su deformidad, los yerros humanos. Un antro de luz se abre,

y aparece otro mundo, un cielo iluminado por los astros de la virtud, de la bondad, de la caridad, del amor y de todas las ideas cristianas. El corazón entonces no sólo está arrepentido, sino iluminado.

Por esta evolución se ha arrancado un alma del pecado. Primeramente, para sí mismo, para la verdad, y después, para la familia, para la sociedad y para la práctica del bien. La ciencia es una guía, porque distingue el bien del mal,—pero sólo la oración puede operar este cambio, porque obra directamente sobre el corazón, abriéndolo como una flor á las auras celestiales.

Es una medicina más segura para el alma que la que el médico prescribe para el cuerpo enfermo. Tan moral como élla, solo élla puede curarla en sus afecciones y dolores. ¿Y cuándo está abatida! Como un astro se despierta en el horizonte y la levanta. Estos eran los beneficios que operaba con la oración Fr. Cayetano. Médico del alma, llevaba en sus palabras un específico y antídoto para todos los males de la debilidad y de la culpa. Si no enseñaba, abría, con sus consejos, el corazón á la luz de la razón y del amor al prójimo. Si no se creía, por la ignorancia, en Dios, el efecto moral, por la existencia del alma, es igual, porque no hay nadie que resista á la oración. Es la luz, la verdad. Hé ahí el beneficio psicológico de la religión, aunque se profese el ateísmo ó Dios no exista; beneficio puramente moral, nacido para el alma, no tiene, para su ejercicio, más que las regiones espirituales; pero en la casa de Ejercicios habría quinientas pecadoras, quinientas pecadoras que se alternaban continuamente, que salían curadas para dar lugar á otras, porque el mundo es insaciable en el error. Así la religión, que no es, en su principio, sino la salvación de un alma por su propia psicología, se convierte en la obra social más grande y poderosa de la humanidad; lo que hay, es que, como la política, es arma de dos filos, según quién ó cómo se esgrime,—y, por lo tanto, despreciada también por los falsos apóstoles.

Esta era la tarea diaria de Fr. Cayetano. ¿Cuántos arrepentimientos no causó, cuántas culpas no borró y cuántas almas no salvó, devolviéndolas fuertes y útiles al mundo! ¡Qué mision tan noble, que raya en la sublimidad! «¡Cuántas veces una amorosa reconvenccion saca lágrimas de dolor de los mismos ojos á quienes la pasion había hecho derramar lágrimas delincuentes!»—y nosotros repetimos sus inmortales palabras, porque las sacó de su propia experiencia, que le costó fatigas y dolores.

Tal fué el poder, por la sicología del alma, que Jesús, con sus doctrinas, legó al hombre. No es como el humano, que es arrebatado; divino, tódos lo pueden ejercer; el Maestro lo delegó en una turba de pescadores, porque basta oír, para que el corazon, como el mar, se distienda á la luz del amor. ¿Y cuándo se piensa lo que habrá sufrido! ¿No se enternece el médico ante el espectáculo de las miserias? Mayormente el sacerdote, porque para conmovier las almas, tiene que ejercitar la suya, sufriendo tambien por si mismo.

Se suda dolor, hasta lágrimas. Y despues, ¡caminar con sandalias entre el barro y el polvo hasta San Francisco, para no encontrarse sino con una celda solitaria, desnuda y fría! Tal era su descanso. ¿Qué obtenía en cambio? Pan y agua,—nada más,—y como verdadero fraile, no necesitaba más tampoco para vivir. «¿Qué obtenía?»—dije. La inmensa satisfaccion de cumplir con su deber, de arrancar almas del pecado, porque ese era su deber,—y dábase por bien pago cuando las devolvía útiles al mundo...! Experimentaría el placer de quien salva náufragos y los deja en la playa,—placer íntimo, puramente espiritual, que sólo conocen y pueden saborear los que se entregan á este rescate ó salvataje en el torbellino humano.

Así el fraile, que miramos con indiferencia ó menosprecio por la calle, concurre al progreso moral de la humanidad, en que consiste la verdadera civilizacion.

Refiérome al verdadero fraile,—no diremos como Rodriguez, porque, por patriotismo, se excedía en su misión, dándole formas más externas y trascendentales,—sino al que cumple simplemente con los deberes de su consagración, muriendo para el mundo y todos los sensualismos. Borra los errores del alma, la purga con el arrepentimiento, la ilumina con la fe, la fortalece con la ciencia y la salva con el temor de Dios y los castigos de la vida ulterior que es necesario infundir á los que no respetan aquí abajo las leyes positivas ó morales.

Cuando pienso que es imposible la existencia del mundo sin la religion,—que élla, por los falsos apóstoles, ha sembrado más bien la duda que la fe,—esos millones de almas que en todos los pueblos ha permanecido fiel al cristianismo á pesar de sus errores y cataclismos sucediéndose al traves de los siglos, se me aparece como la fuerza dinámica de la humanidad. Además de ser universal, es la pira de la patria, manteniendo, en sus altares, vivo el fuego sagrado. Y entre esa turba de creyentes, diseminada en la redondez de la tierra, aparece el fraile como la sombra de Jesús sobre la tierra. El seca las lágrimas,—infunde valor con su voz suave,—levanta el corazón desfallecido, hace brotar, con la vara mágica de su consejo, la paciencia, la resignación, la humildad, la bondad, la fraternidad, el amor y demás virtudes ingénitas del espíritu. El vulgo, embrutecido por el materialismo, ignora que las posee y sea capaz de producirlas; él, con su acento insinuante, las hace fluir,—y nacen, desde ese instante, los elementos de una ciencia nueva: la educación moral,—que el fraile ha creado con su vida subjetiva y que el mundo, por su aturdimiento, desconoce completamente. Es la ciencia, sin embargo, del desarrollo íntimo del alma,—la ciencia de la superioridad y de la felicidad humana,—que hace al hombre, por la reflexión y la bondad, verdaderamente sublime. No hago la apoteosis del fraile, sino que él, por la

inconciencia en que vivimos, es, por su educacion solitaria, el mejor ejemplo de la vida subjetiva. Y el eco de la voz de nuestro amado fraile era tan dulce, tan tierno, tan afectuoso, que despertaba el alma, alzándola en sus alas á las regiones celestiales como un arpejo del órgano sagrado! ¡Es que era un corazon del cielo!—como dijo su cófrade Fray Pantaleon García.

VII

Fué en medio de estas tareas arduas y estoicas que apareció en el púlpito. Era en las Catalinas el 8 de Setiembre de 1795. Fué,—puede decirse,—su primer paso en la vida pública, su primer escalon,—lógicos dada su investidura,—y espíritu sistemático, su grey era el pueblo que se convertía en heraldo de sus ideas y le preparaba su fama para propagandas futuras y más trascendentales.

Iba á cumplir treinta y cinco años. Jóven, de proporcionada estatura, descarnado y con la frente iluminada por las ideas, parecía un profeta que traía en sus lábios el verbo de la verdad. Virtuoso, amado y filósofo, sus fieles, al verlo ascender á esa cima intelectual, debieron saludarlo con esos murmullos tan sugestivos y que, por los nerviosos, son verdaderamente aplausos en la iglesia. No venía á improvisar; decía lo que había pensado, lo que había sufrido en veinte años de fraile, condensado en frases y palabras dignas de ser escuchadas por un pueblo nuevo y que debía trabajar por sus propias libertades. Era, sobre todo, el fruto de su descanso, de su descanso robado al sueño, porque, para él, pensar despues de las fatigas diarias, de las que llegaría á su celda empolvado y cansado, era descansar. Su descanso,—dice el Dr. Gutierrez,—era el estudio de la

ciencia y de los bellas letras (1). Descansaba pensando, de día, de noche y á cada instante en que se hallaba solo, porque había nacido para reconcentrarse. Su pensamiento era su fuerza y su destino. Era tambien, como ser psíquico, su placer, su placer supremo. Había estudiado bastante, y ¿con qué gusto no subiría á la tribuna despues de haber preparado almas para el cristianismo por la concepcion y práctica del bien! ¿Con qué satisfaccion, despues de haber formado hombres para la vida democrática! Llevaba la conciencia de haber cumplido con su mision de maestro y director espiritual que se había impuesto,—y podía decirse: «Ahora puedo aparecer en público,—tengo algo que decir!—saboreando la aspiracion de los que pueden dar forma pública á sus ideas sujeridas en la soledad.

Fraile en un púlpito, ¿qué podía decir sino un sermon? Versó sobre la Natividad de la Virgen María. No importa; revela, por su fondo, ciencia, meditacion,—por su extension, aliento, y por su vuelo, la independencia propia de quien se ha desenvuelto por sus propias ideas. No conocemos su biblioteca,—pero sus citas son clásicas, de la lengua madre, y su estilo, por haberse emancipado del escolasticismo, es suelto, ampuloso y gira al romanticismo. Aquella concurrencia que, en las principales iglesias, sintióse arrobada por Maziel, Agüero y García, le escucharía con respeto y placer, porque veía al fraile sincero, siempre abnegado, llevando su palabra reposada, despues de haber combatido con la accion, para convencer con la bondad cristiana. Hoy mismo no hablan mejor nuestros reputados predicadores. Era, juntamente con García, la honra y prez del púlpito argentino, y ese vacío que deja en el alma á pesar de la extension de sus aren-

(1) *Apuntes biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*, pág. 132.

gas, no debe atribuirse sino á falta de principios de la época. La inteligencia volaba y volaba, y no teniendo donde reposar, perdíase en la inmensidad, regresando muchas veces, como el cuervo del Arca, cansado y entre una atmósfera velada y confusa. Yo veo en la variedad de la instruccion de fines del siglo XVIII el misticismo de que habla Max Nordau, manifestado por ese estado nebuloso de la inteligencia universal, en que la humanidad, como si estuviese adormecida, tuviese pereza ó temor de pensar (1). Me refiero á los principios en materia política. No se habla de libertades, de derechos, de justicia, y el espíritu aparece dominado, muy satisfecho del coloniaje. No se trasluce ni la idea de la independendencia, y Fr. Cayetano, que la llevaba en sí como una ansia, habríase guardado muy bien de evocarla siquiera, temiendo caer en herejía.

Todos los sermones de esta época véense así concretados á su cuestion respectiva, sin otro marco que la teología y sin aplicaciones sociales de ningun género. Apenas alguna consideracion filosófica cuando hablan predicadores como Maziel, Rodriguez ó García. Aquel pan intelectual era muy pesado; se admira el aguante del público, porque cada sermon duraba varias horas, y á falta de diversiones, se consideraban como fiestas.

El 4 de Octubre de 1797 predicó por segunda vez. Fué en San Francisco, é hizo el panegírico de los Santos Domingo y Francisco. Principia por enaltecer á la iglesia católica que ha producido tales mártires, y desarrolla la tesis de que ambos eran nobles, porque eran virtuosos. La nobleza, para él, es la virtud. Fué otro discurso extenso, y se aparta, en sus apreciaciones, de tal manera de los lugares comunes, que el Dr. Gutiérrez (2) no puede menos que asombrarse ante su filosofía,—pero

(1) *De la Degenerescense*,—pág. 10.

(2) Revista de Buenos Aires, tomo 2.

eran sermones concretados á sus argumentos respectivos. Llevaban, como obra de la soledad, el sello de la meditacion, pero no salían de la teología y de la historia. No se podía admirar al sociólogo, que estudia, en las evoluciones sociales, el porvenir de los pueblos. Es que su espíritu esperaba otra tribuna, otra tribuna que había de venir!

VIII

Conocido como maestro de la juventud, religioso abnegado y orador público hallóle la revolucion de Mayo. Os podeis imaginar cuánta no sería su satisfaccion al ver realizado su sueño, su sueño de tantos años y por el que había trabajado arduosamente en el silencio y en las aulas.....! Ahora podía dar rienda suelta á su corazon y expresar sus aspiraciones; ahora, sí, podía revelarlas, — podía exclamar al fin ¡viva la patria!,—la patria que había presentido y que contribuyó á crear con su patriotismo. Pero no fué ese día glorioso á la plaza de la Victoria..... por sus hábitos; de lo contrario, habría formado parte con Alberti de la Primera Junta. Quedóse en el convento, oyendo del claustro los tumultos populares, y cuando las campanas de San Francisco se echaron tambien á vuelo, nadie sintió más las emociones del triunfo y la trascendencia del acontecimiento. « Somos libres: ¡ya no dependemos de España! » — se diría, al tener noticia del derrocamiento de Cisneros y de la creacion de un gobierno propio.

¿Con qué placer no se pasearía, en sus ejercicios solitarios, por los jardines del convento! ¿Con qué satisfaccion no entraría á su celda! Tendría, á pesar de su humildad, aire de vencedor, porque había triunfado, ó sus ideas, que era igual. El no trabajó para sí, sino para

su patria, y estaba, por otra parte, contento al ver que había *formado hombres*, muchos hombres. Los años ya no eran estériles y veía á su discípulo Moreno de Secretario de la Primera Junta y apóstol de la redencion, despues de haber sido precursor de la emancipacion y propagandista del comercio libre; era, como muchos ótros, lo que él, por sus hábitos, no podía ser, y seguía tranquilo en su celda, dando sus clases en el Convento Grande, asistiendo á los Ejercicios y á las Catalinas, sabiendo que el nuevo gobierno estaba en buenas manos.

El general D. Tomás Guido y Fr. Pantaleon García le presentan como precursor de Mayo (1); fuélo, sino en conspiraciones por ser religioso regular,—en el sentido filosófico, que es el más elevado en los movimientos de principios. ¿Quién penso antes que él en la patria redimida? Fué el primero en advertir *presajios de libertad*, y escuchándolos, convirtióse en maestro y *formó hombres*. No pudo ser más filósofo, ni tampoco más práctico. La generacion liberal, que derrumbó, con Moreno á la cabeza, el antiguo régimen, se crió en sus aulas, oyendo su palabra. ¿Qué más pudo hacer... sin empolvar sus hábitos!

Había ya publicado algunas poesías, que le agregaron el título de poeta popular, y el nuevo gobierno, haciendo justicia á su fama intelectual, nombróle, juntamente con el Dr. Segurola, para que fundara, por medio de una suscripcion pública, la actual Biblioteca Nacional. Por el decreto respectivo, el Dr. Mariano Moreno tenía el cargo de Protector. ¿Quién mejor que Fr. Cayetano, amante del saber y de los buenos libros, para arrojar las bases de esta institucion? El gobierno patrio, que creaba al mismo tiempo la Escuela de Matemáticas, no podía tener mejor Bibliotecario. Lo mismo decimos del doctor

(1) *Estudio biográfico sobre Fr. Cayetano José Rodriguez*, por Fr. Pacifico Otero, pág. 36.

Seguro, porque contribuía con su instrucción y escritos al liberalismo científico. Allí, en el consorcio de este par de religiosos, está el origen de la Biblioteca Nacional, y los servicios de Fr. Cayetano consideráronse desde un principio tan importantes que la Primera Junta se dirigió el 24 de Setiembre de 1810 al R. P. Provincial Fr. Francisco Javier Carvallo, solicitando que lo eximiese de todo oficio para que dedicara su mayor tiempo y atención á su nuevo cargo. El mencionado P. Provincial no sólo atendió á la súplica, sino que donó cincuenta pesos fuertes para la Biblioteca.

La Revolución, con este nuevo cargo, emancipó también de las Catalinas y los Ejercicios; dejó así mismo sus clases en San Francisco,—porque aunque sabía multiplicarse, carecía de tiempo para aquellas viejas tareas. Se habían tornado demasiado pesadas y debían dejar libre el paso á las nuevas. Nueva época, nuevas exigencias y nuevas aspiraciones. Era además un verdadero hombre público,—tenía sobre todo cincuenta años y debía servir á la política de su país que tanto habíale costado crear. Pero no dejó su celda. Fraile hasta la muerte, siguió fiel al Convento Grande. Allí tenía su lecho, sus libros y sobre todo silencio cuando se recojía á pensar ó escribir. Hirviendo su celda de recuerdos, no la habría podido abandonar nunca.

Fué en estos instantes que su comunidad elijiólo Padre Provincial de San Francisco. Su posición podría sintetizarse así: adentro, autoridad suprema, y en la calle, todos los respetos que merecía por su puesto público y sus antecedentes personales. La política, sin embargo, lo atraía. La república reclamaba su saber, su experiencia y su virtud. Era un varón justo, en la acepción romana.

(1) *Estudio Biográfico sobre Fr. Cayetano José Rodríguez*, por F. P. Otero, pág. 51.

El pueblo de Buenos Aires, que hasta entonces no había ejercido el derecho electoral sino entre asonadas y disturbios, le eligió Diputado á la Asamblea del año 12 (1). Era su paso trascendental en la vida política. Este cuerpo legislativo, en su primera sesion del 4 de Abril, nombra, en virtud del *Estatuto Provisional*, á D. Juan Martin de Pueyrredon miembro del Triunvirato en reemplazo del Dr. Passo, que había cumplido su término. No pudiendo aquél entrar en ejercicio de su cargo por hallarse ausente, la Asamblea designó tambien el reemplazante. Rivadavia, que ejercia la presidencia del Triunvirato, se opuso á esta medida alegando que el *Estatuto* designaba de antemano á los Secretarios como suplentes de los miembros ausentes. Pero la Asamblea hizo más aun: declaróse con existencia permanente para controlar los negocios del Estado, ó, mejor dicho, para contrarrestar el poder centralista de Rivadavia; dióse tambien el título de *soberana*, porque el *Estatuto Provisional* fué dictado invocándose la autoridad originaria de Fernando VII, y queríase, con semejante declaracion, levantar sobre la tumba de los últimos resabios monárquicos la soberanía del Rio de la Plata. Aquí Rivadavia, que no tenia nada de acuerdista, paró mientes, y herido en sus sentimientos políticos, que debían enardecer más tarde sus proyectos gubernativos, hizose de toda su energía y, pretextando que la Asamblea había cumplido su mision, la disolvió sin más trámite. Rivadavia hacia de Primer Cónsul entonces; su poder era omnímodo,—su absolutismo, temido, y la opinion, al ver la autoridad amenazaba por conspiraciones y movimientos anárquicos, sufría todas las medidas represivas. El cuerpo legislativo, ante los altos intereses de la salud pública, acató el decreto dictatorial y se disolvió,—y Fr. Cayetano no protestó ni

(1)—Se componía de 23 diputados por la capital y 11 por las provincias.

reclamó derechos; tomó el vasto y profundo camino de su celda. Bastante tenía, por el momento, con sus tareas de Bibliotecario, y se dedicó á ellas con la conciencia de haberse puesto como Diputado á la altura de las circunstancias.

«¡A la Biblioteca!»—se diría, decidido á servir pacientemente á su país. Solo se permitió dirigir á su amigo y confidente, el obispo Molina, la siguiente carta, que más era una queja irónica que un reproche: «Me tocas el punto de la gloriosa Asamblea, de que fui indigno Vocal. Apenas quisimos ser superiores por ocho días, ya les pareció que les queríamos arrebatár para siempre la supremacía. *Disolvatur*. Lo más gracioso, es que después han estampado un manifiesto lleno de mentiras y cosas en que ni hemos pensado para acallar los gritos del pueblo que brama con semejante hecho.... Yo celebro muchísimo la disolución de la Asamblea.... (1).»

Vibraban aun en la sociedad bonaerense los ecos de la apertura de la Biblioteca; celebróse con gran pompa; pronunció el discurso inaugural el distinguido abogado, Dr. José Joaquín Ruiz,—en fin, esta ceremonia fué un acontecimiento, de cuyos recuerdos, en aquellos tiempos patriarcales, se vivía aun. Había afán de leer, de aprender; en todas las capas sociales palpitan las ansias de mayores conocimientos; creíase muy acertadamente que la emancipación era obra del siglo XIX que difundía sus mayores luces por todos los ámbitos de la tierra, y las generaciones de Mayo querían ponerse á la altura de la época. Delirábase también por emancipar la razón pública de las antiguas creencias é ideas, porque se consideraban un obstáculo para entrar en el nuevo régimen. Levantábase altares al enciclopedismo,—amóse á Diderot y púsose en voga Juan Jacobo. Rodríguez,

(1)—Carta del 10 de Mayo de 1810, al Dr. José Agustín Molina, Obispo de Camaco y poeta de la Independencia.

ante tal ambiente, recojióse en la Biblioteca á cumplir con su mision,—pero con amor no se manda al mercado.

El decreto de su institucion era bien claro: queriáse, por estrechez del Fisco, que surgiese de suscripcion popular á impulsos de la ráfaga intelectual que orientaba la sociabilidad. Teniase fe en el patriotismo, en el patriotismo que acababa de romper los vínculos coloniales y que produciria hazañas gloriosas; pero la gente era pobre,—y aunque fuese rica, no había libros, ó, por lo menos, eran muy escasos y caros.

Todo faltaba en el ramo, y en aquellos días no existian librerias; apenas veíase quincallerias, donde se vendia papel, textos escolares, catecismos, devocionarios y útiles de escritorio. Ante este problema, que debía resolverse con tan escasos elementos domésticos, halláronse Rodríguez y Seguro, porque ni por las mientes cruzóseles la idea de adquirir los libros en Europa. Habriase tenido que enviar un comisionado,—desconocíanse entonces aquí los idiomas extranjeros,—y ¿el dinero?

Volvíase siempre á la necesidad del trigo para tener harina y hacer pan y, de consiguiente, de la semilla respectiva,—y no tuvieron, con toda su buena voluntad, más que continuar con la suscripcion y, á medida que adquirían dinero, compraban libros en plaza ó los encargaban á España. ¡Para qué repasar esta Odisea! Todos sabemos lo que es pedir, y poniendo ambos bibliotecarios peso sobre peso, mientras hacían papel de mendicantes, consiguieron algunos fondos, entre tanto que por otros conductos obtuvieron donaciones de libros.

Así, ladrillo sobre ladrillo, como quien hace una casa, formóse nuestra Biblioteca. Gran parte de la seccion de Teología, que hoy se halla en la calle de Moreno, fué fruto de la paciencia y perseverancia de Rodríguez y Seguro, terminando este último por legarle todos sus libros y papeles.

La Biblioteca, á mi juicio, tuvo un efecto tras-

cidental en la existencia de nuestro protagonista. Exteriormente, lo separó de las oscuras y pesadas tareas de las Catalinas y los Ejercicios, trayéndolo al terreno de la vida práctica; dióle ocasion para ser elegido diputado el año 12, é, intimamente, fué la escuela donde completó su instruccion superior. La transicion era fuerte,—pero necesaria. Fr. Cayetano estaba en condiciones de servir á la Revolucion, desde que se había preparado para ella y *formado* tambien hombres,—pero no era propio que saliese de un convento. Era una salida demasiado brusca; aparecía como un hombre de accion, como un revolucionario vehemente, contrastando con sus hábitos, cuando era un filósofo, un pensador manso y espiritualista, con fe profunda en los principios. Un ciudadano sale de su hogar á la calle al primer tumulto; todos lo miran como muy natural,—pero un fraile sujeto á la vida regular, no puede, sin menoscabo de su carácter, arrojarse en el proceso revolucionario. De la Biblioteca, era diferente. Seglar, estaba, como cualquier ciudadano, en la calle ya. Estaba en la pendiente, mirando desde los balcones de su Oficina el desarrollo de los sucesos en relacion con la vida democrática y los hombres. Veía, como desde el borde del mar, cómo se desenvuelven los acontecimientos,—cuán semejantes son á las olas,—cómo nacen,—cómo se agitan y cómo mueren en la playa, despues de tanto andar y de tanta lucha para parar en un puñado de espuma! «La gloria se evapora como las burbujas»,—se diría,—pero si el hombre desaparece en el océano de la popularidad, el vaiven de la política dále una idea justa de la inmortalidad del pueblo por el cambiante de las cosas y de los hombres. Y pocos, sin duda, necesitaban esta contemplacion más que él, porque aunque había *formado* hombres para la revolucion, le era urgente complementar con la experiencia su temperamento de filósofo y pensador. *Fraile de corazon de ángel*

(1), necesitaba, para ejercer un rol eficiente, empolvar sus sandalias en las huellas mundanales é hincarse los piés en las zarzas, es decir, dejar la cátedra del convento, la vida espiritual de las Catalinas y los Ejercicios y darse la mano con los hombres, conocerlos y adquirir en el roce diario el arte de defenderse de sus ambiciones, para que no estorbasen el rumbo de sus ideales y sentimientos puramente patrióticos. Necesitaba, en fin, ser primeramente un hombre social, civil, para ser un buen político.

¿Y el contacto con los libros! Sólo el afán de su adquisición abrióle un nuevo mundo intelectual. Aunque ortodoxo, comprendió siempre que la verdad científica, en el orden político y moral, se halla fuera de la jurisdicción de la iglesia, y en el deseo de ponerla al alcance de todos, reconocía siquiera con la vista los nombres de autores sobre tantas é infinitas materias. Requeríase realmente ser bibliotecario y el encargo de formar una biblioteca para engolfarse entre tales catálogos interminables, porque, — vuelvo á repetirlo, — tenía en sus manos, por falta de libros, un problema irresoluble. Era muy fácil llenar estantes con miles de mamotretos en latin con tapas de pergamino sobre cuestiones teológicas y que, como un saldo de la ignorancia del siglo XVIII, yacían rezagados en las sacristias y en las familias de clérigos y jesuitas pelucones, pero se trataba de encabezarla con obras científicas, literarias y artísticas que arrojasen más luz en el espíritu de la época. La juventud, destinada á abrir nuevos horizontes, debía ilustrarse, y ¿qué placer el de Fr. Cayetano cuando recibía por cualquier conducto alguna obra nueva! ¿Con qué delicadeza no la tomaría y admiraría su encuadernación artística y dorados filetes? ¿Cuánto no gozaría al ponerla en los estantes! Estos placeres son conocidos

(1)—José M. Estrada,—Lecciones de Historia Argentina,—tomo 2º.

sólo del bibliotecario, del bibliotecario que, por sus circunstancias, tuvo que hacerse bibliófilo y bibliófilo patriota, porque trataba de formar una biblioteca para su patria. Toda esta vida psicológica, verdaderamente sentimental y llevada con amor, universalizó sus conocimientos,—lo puso en contacto con todas las ciencias y artes, — lo familiarizó con la humanidad superior, que el vulgo llama escritores, y su liberalismo tornóse más científico. Estudió, en su descanso, para la patria, y gestionado por una atmósfera intelectual más amplia, el fraile ortodoxo se fortaleció é inspiró en todas las verdades y teorías de la ciencia moderna, mientras al contacto de los gobernantes, de los políticos y de sus conciudadanos en la vida pública, endurecía su epidermis de idealista, dándole esa frialdad y ese tacto para apreciar los sucesos y los ciudadanos militantes. Era sereno, manso, resignado y paciente por su espiritualismo; creíase, por su falta de ambiciones mundanas, superior entre tantos demagogos que aparecían diariamente,—pero debía robustecerse con la experiencia, verificar y confirmar la teoría con la práctica, estudiar la historia viva con el espectáculo de los acontecimientos. Así formó su carácter público,—adquirió lastre científico y se abriollantó, y sin dejar de ser el mismo fraile subjetivo en cuanto entraba á su celda y se recojía en sí mismo, no pudo impedir que sus compatriotas, atraídos por su virtud, patriotismo y saber, le rodeasen, amándolo y admirándolo. Tal surgió al escenario político.

La política tiene tambien su diplomacia. Ella enseña á tratar á los hombres, no como merecen, sino como ellos quieren ser tratados,—y Fr. Cayetano, con su fraternidad, trataba á todos con igual cultura, no obstante de saber cuánto valía cada uno. Defendido por su propia virtud y saber, todos sus contemporáneos le rendían el homenaje de su respeto y consideracion, formándole esa aureola de simpatía que neutralizaba la emulacion y las

franquezas de los ambiciosos procaces. Cristiano, no respiraba sino amor,—y sin embargo, albergaba, como dice Estrada (1), un alma de revolucionario, oponiendo su figura, en el proceso emancipador, con los resplandores de Saint Just. Había asistido, en el breve espacio de dos años, al movimiento más audaz de su tiempo; el Triunvirato había sustituido á la Primera Junta,—Belgrano acababa de triunfar en Tucuman, y veía, con su criterio de filósofo, que la patria á pesar de los movimientos atávicos y de los prodominios de la anarquía, marchaba á la resolucion de su gran problema y á la fundacion de sus instituciones. Republicano de corazón, contemplaba con fe, sin resabios monárquicos, el desenvolvimiento de los sucesos, no dudando que ellos al fin vencerían á pesar de la oposicion de muchos y la inconciencia popular. Había derramádose ya la sangre de Liniers,—junto con Alzaga fueron ejecutados treinta y tanto ciudadanos,—Belgrano, con sus victorias, despejaba el Norte de enemigos; la emancipacion ya no era una incógnita, sino un problema que se resolvía; pero Moreno había muerto! No lloraría al discípulo, al calor de los recuerdos clásicos, sino, por patriotismo, al tribuno, al tribuno revolucionario, necesario para precipitar los acontecimientos estancados en la política por ignorancia ó resabios tradicionales!

La revolucion estalló en la plaza de la Victoria á impulsos de una inspiracion nacida de la debilidad de España. El momento fué providencial,—pero se necesitaba la fe en el triunfo, la fe que nace de la conciencia del derecho, del sentimiento de la libertad, de las leyes de la historia y del destino de nuestros pueblos de América. El, como filósofo, llevaba en su alma estos ideales,—pero no era tribuno popular,—y las asambleas, la prensa y

(1)—*Lecciones de Historia Argentina*, por José Manuel Estrada, —tomo 2.º

los corrillos lo requerían permanentemente, porque allí había que dar también batallas y vencer con las ideas para mover á los ejércitos que peleaban en las fronteras territoriales. Murió el superior: Moreno. El lo lloraba, porque desapareció en la hora más crítica,—porque era intrépido, fogoso, vehemente, audaz, pensador y sobre todo porque se le llamó el génio de la revolucion y el pueblo le amaba, le seguía y tenía fe en sus palabras. Si Moreno fué su discípulo, sobrábale lo que á él le faltaba. El pensamiento, la teoría, la conciencia y la fe, no bastan cuando hay que salir á la calle; necesítase, además de la toga patricia, la accion que sugestiona á las masas populares, y cuántas veces no exclamaría: ¡Si viviese Moreno, la revolucion marcharía velozmente! Era, estamos seguros, en su feliz situacion personal, su gran dolor, su dolor patriótico, porque se complementaban con el gran tribuno, y, juntos, habrían sido dos fuerzas eficientes en el proceso emancipador!

IX

Lo que más resalta en la sicología de este fraile, es el sentimiento republicano. Ya lo hemos dicho: era un republicano de corazon. ¿De adónde sacaba ese amor á la república en tiempos que las personalidades más conspicuas giraban desalentadas al rededor de utopías monárquicas, sugestionando á las masas inconcientes? Volvemos á repetirlo: de su fe religiosa,—del cristianismo, que le había enseñado que todos somos libres, hermanos y, de consiguiente, iguales,—que nadie es superior y que solo el pueblo es soberano. La democracia, de tan sólidos fundamentos, surjía invencible, y, patriota sincero, la meditacion del claustro hizole más adorables los principios y las ideas. Es que no era un clérigo de la Europa bárbara, recién desembarcado de un trasatlántico y, que con la

sotana arremangada, trataba de traficar con Cristo, ni más ni menos que los políticos industriales con los derechos sagrados; argentino, tenía sus raíces en los albores de la conquista, y con espíritu nacional, presentía la patria y la quería redimida para sí y sus compatriotas, hermanos en Dios y en los Evangelios. Cuando hablé de Maziel, demostré la superioridad subjetiva del fraile y la influencia cerebral del claustro; religioso, amó la libertad,—maestro, la enseñó á sus discípulos, y político, fiel á su educación platónica, la proclamó á todos los vientos.

La disolución de la Asamblea dejó el espíritu público agitado, airado, y la victoria de Tucuman, al robustecer el partido liberal, lo enardeció, inspirándole mayor fe en el éxito de la revolución. Las energías de Rivadavia eran innecesarias, y el pueblo, conciente de su poder, buscaba más la fuerza en sí mismo que en el gobierno. Vino la revolución del 8 de Octubre, de la que fué alma Monteagudo, apoyado por las armas de San Martín, Alvear, Pinto y Ortiz de Ocampo. Desaparecida la influencia de Rivadavia, por derrocamiento del Triunvirato á que perteneció, el nuevo Poder Ejecutivo no trató (1), para satisfacer las ansias públicas del instante, sino de proponer otra Asamblea. Adoptóse un sistema electoral más directo que el anterior. Nunca, desde que se inició la revolución, hubo una elección más popular, y honradas con los sufragios las primeras personalidades del país, Fr. Cayetano no pudo menos que ser también elegido. Formaban parte de la Asamblea General Constituyente: Monteagudo, Agrelo, Alvear, Valentín Gómez, Vicente López, Posadas, Perdriel, Chorroarín, Fr. Ignacio Castro Barros, Vieytes, Sarratea, Moldes, etc., etc., y el General Mitre, al mencionar, entre los diputados, á Fr. Cayetano, dice: «tierno y elegante poeta, en quien la virtud se hermanaba á la inteligencia, arrancado de la

(1)—Lo componían Juan J. Passo, Nicolás R. Peña y Antonio Álvarez Jonte.

apacible soledad del claustro, donde había dado las lecciones á Moreno, venía á continuar la tarea del discípulo muerto (1)».

La Asamblea se instaló el 31 de Enero de 1813, y á su respecto, escribió: «se abrió con pompa y magnificencia» (2). ¿Quereis conocer las ideas con que fué? El 26 de Junio de 1812 escribía: «Procuren, por Dios, nombrar un apoderado de ese pueblo, que tenga cabeza y le haga honor. Dénle instrucciones completas é infúndanle pensamientos *liberales*, para que la *mezquindad* de ideas no haga bastardear nuestro idioma. Aquí hay unos tontos (bien que pocos, pero tienen manejo) que creen todavía y lo persuaden, que los pueblos interiores deben ser pupilos de Buenos Aires y entre ellos no deben mandar sino las bayonetas, haciéndoles entrar por donde quiera la capital. *Maldito sea este modo de pensar*, tan contrario á las ideas que se han desplegado en los papeles públicos y han engolosinado á los pueblos. Nada. Cada pueblo es una parte de la soberanía, y de todos y cada uno debe arrancarse la voluntad con que legalice las acciones y ulteriores actos del gobierno. Lo demas es una maldad y echará un borron ignominioso al sistema que se adopte. Por Dios, piensen de este modo. Pueyrredon piensa así, por fortuna nuestra. Da encanto leer el acta de la independencia de Caracas, fundada en estos principios que ya supongo habrás leído...» (3) Hé aquí lo que decía pocos días antes de la apertura: «La Asamblea se acerca. Veremos cuál es su fin y qué gobierno sanciona. Gritan muchos por que la independencia se declare; otros, *temiendo salir del cascaron en que estuvieron siempre metidos, dicen que aun no es tiempo*. Este ha de ser un punto de discusion bastante agrio. *Aun les parece corto el tiempo de nuestra esclavitud y mucho rango para un*

(1)—*Historia de Belgrano*, tomo 2º, pág. 125.

(2)—Carta al Obispo Molina del 10 de Febrero de 1813.

(3)—Carta al mismo del 26 de Junio de 1812.

pueblo americano el ser libre. Vamos, pues, Fernandeano por activa y por pasiva, casados con nuestras malditas *habitudes, más arraigadas que el sebo de las tripas (1)*». ¿Fernandeano? Sí, porque debido á la política incierta, se soñaba, á favor de la anarquía incipiente, en la forma monárquica. ¿Cuán necesario no fué Moreno en estos instantes nebulosos, que impedían ver claro! Fr. Cayetano, como sabeis, no podía sustituirlo; sólo le era dado pensar y sentir los principios republicanos, con fe ardiente en el porvenir. Felizmente San Martín y Alvear hicieron uso de su influencia popular, y para poner coto á la indecision, dijeron que era menester abandonar las hipocresías diplomáticas y decir claramente, á la faz de todos los pueblos, que la revolucion de Mayo se hizo para independizarnos y proclamar la soberanía nacional. Pero Rodriguez no era persona de callarse tampoco; sobrabanle sinceridad y enérgia para tener el valor de sus opiniones,—solamente que no teniendo más pedestal que la Biblioteca, hablaba sólo en los corrillos, entre los amigos y en la correspondencia. Sus ideas, por fortuna, eran conocidas, y animadas por su ardor republicano, irradiaban su mansa y simpática personalidad, que aparecía, entre las muchedumbres inconcientes y demagogos ignorantes, como el apóstol evangélico del nuevo orden institucional.

Abatida la preponderancia del antiguo régimen por los fusilamientos de Liniers y Alzaga, abrió sus fauces la hidra doméstica que aun nos devora: la lucha entre las provincias y la capital,—y la carta del 16 de Junio de 1812 al Obispo Molina tiende á evitar el antagonismo, fundado en la pasion, que nos ha sido fatal. ¿Cómo? Organizándonos bajo la base de una perfecta igualdad, porque *cada pueblo es una parte de la soberania y de todos y cada uno debe anunciarse la voluntad con que legalice las acciones*

(1)—Carta al mismo del 10 de Enero de 1813.

y ulteriores actos del gobierno. Al efecto cada pueblo debe nombrar un apoderado que le haga honor, es decir, una persona seria, para que las provincias no sean pupilos de Buenos Aires, ni manden tampoco las bayonetas. ¡Maldito sea tal modo de pensar!—exclama,—y tales palabras en un portefolio como él son doblemente valiosas, porque aparecen libres de toda pasion y diseñando la conducta preventiva de males que nos han dañado tanto. Si no admite la preponderancia de Buenos Aires, tampoco la de las provincias: el equilibrio político,—un perfecto equilibrio, fundado sobre el derecho comun. Habla, por sus lábios, la ciencia, la ciencia que no admite pasiones, y levantando la autonomia de los Estados, aparece, en su republicanismo, como Moreno, partidario del sistema federal. No hacemos, en nuestra democracia inórganica, más que violarlo, practicando, por el contrario, un unitarismo violento y feroz,—pero siempre será un honor para su memoria haber sido tambien precursor de las instituciones vigentes, cuando los políticos más populares no sabían determinar ni discernir entre ambos sistemas.

Hé aquí al político. Con tales ideas entró en la Asamblea del año 13. Consecuente con sus declaciones, escribe: «Corre que suspende la Asamblea sus funciones por dos meses, para dar lugar á los Diputados de los pueblos del Perú á que se reunan. Hasta que estén todos no quieren tocar punto alguno de Constitucion. *Me agrada mucho esta deferencia con los pueblos. Este es el modo de afirmar las cosas con buenas bases*, y poner una barrera á los reclamos y resentimientos (1)». «Se discute fuertemente,—agrega,—si ha de rolar la capitalía entre los pueblos de las Provincias Unidas ó si ha de fijarse capital. No sé en qué quedarán. Muchos piensan que rolen. Todo esto me cuadra, porque van conociendo los derechos de los pueblos y que Buenos Aires no se trague á todos (2)». ¿Qué tal el anti-

(1)—Carta al mismo del 9 de Abril de 1813.

(2)—Carta al mismo del 10 de Mayo de 1813.

guo compatriota! Con estas ideas púdose verdaderamente constituir una patria grande, libre y feliz, sólo por la union, por la union que hace la fuerza y la prosperidad,— pero pudieron más las pasiones!

Vamos á la Asamblea. Hija del sufragio popular, sentíase, por las recientes victorias de Tucuman y Salta, prepotente y soberana. Parecía sentirse con los brios necesarios para levantar el edificio de nuestra nacionalidad. Principió por sancionar una fórmula de juramento, tanto para la jurisdiccion civil como para la militar, en la que se hacía desaparecer el nombre de Fernando VII usado hasta entonces, y lo sustituyó con el suyo. El 7 de Febrero (1) robusteció nuestra nacionalidad, dictando una ley por la que obligaba, dentro del término de 15 días, á todos los europeos que sirviesen empleos civiles, militares ó eclesiásticos á que tomasen carta de ciudadanía, so pena de remocion. Esto, como dice muy bien el general Mitre, era romper abiertamente con la madre patria. El nombre de Moreno estaba, por los desvíos de la politica, un tanto olvidado, y para rehabilitarlo, en homenaje á la revolucion triunfante, aumentó la pension de la viuda. La efigie real de la moneda la reemplazó con el escudo actual; abolió los mayorazgos, los blasones y todas las distinciones familiares, ordenando que se bajasen de las fachadas de las casas las armas de familias.

Se reorganizó el poder judicial, aboliéndose, en última instancia, los recursos á la metrópoli; prohibió la introduccion de nuevos esclavos y declaró la libertad de vientres; legisló sobre la educacion de los libertos; abolió la inquisicion y el tormento en los juicios; derogó la *mita* (2) y revalidó las leyes sobre la libertad de imprenta; declaró el comercio libre y la facultad de

(1)—De 1813.

(2)—Tributo á los indios creado por el Cabildo.

entrar y salir del territorio; creó la iglesia nacional, enarboló la bandera de Belgrano y, por inspiracion de Lopez, dió á la patria el Himno Argentino. Numerosas fueron las medidas fundamentales ó puramente aparentes que sancionó la Asamblea para despertar los sentimientos patrióticos, destinados á fortalecer la nacionalidad. Estos eran, á su juicio, los resortes que debía desarrollar, porque eran la fuerza moral que enardecería á los combatientes y que nos desligaría de España. Hé aquí el triunfo de la filosofía. Convertida en base de la política, inspiraba, en estos instantes reparadores y tambien creadores, todos los actos que debían vigorizar el espíritu público con la capacidad y la conciencia de su fuerza, para independizarse por leyes y hechos inmortales mientras los ejércitos vencían en los combates y conquistaban palmo á palmo el territorio.

Es que la Asamblea, como hemos visto, estaba compuesta, en su mayor parte, de hombres civiles, es decir, de pensadores, que principiaban por desdeñar la teoría de la fuerza material. Eran doctores en ambos derechos, filósofos, eclesiásticos y catedráticos, que no creían en otra fuerza que la de las ideas. Estas, á su juicio, eran las que debían remover nuestro mundo, barriendo los obstáculos é impulsándolo en la esfera de las libertades; ellas eran las que debían inspirarnos, darnos bríos, valor y conciencia; ellas eran, en fin, tambien el camino y el fin, la luz y el bien, porque eran la ciencia, la ciencia triunfando siempre. A todas estas medidas contribuyó Fr. Cayetano, mientras ejercia el cargo de Bibliotecario, con sus facultades, carácter y patriotismo. Infaltable á las sesiones, mezclóse en las liberaciones, llevando su liberalismo en los instantes de pusilanimidad y su moderacion cuando las pasiones extraviaban el criterio legislativo. Para él no había más que un norte: la independencia, y como todos los fines, era, á su juicio, una resultante de la aplicacion de todas las fuerzas morales, combinadas con las materiales, para obtener el éxito.

Vino Posadas, bajo cuyo Directorio se tomó á Montevideo,—se creó la escuadra y partieron á Europa Rivadavia y Belgrano para obtener de España é Inglaterra el reconocimiento de la independencia. Subió Alvear al poder, pero su caída arrastró á la Asamblea, y disuelta, consecuente siempre con sus gustos íntimos, siguió con la Biblioteca. Todos los días veíasele ir y venir del Convento Grande, donde continuaba con su celda, porque ella era su refugio, el nido de su alma y de sus pensamientos, muy conciente de haber contribuido hasta la disolucion de la Asamblea con su filosofía á la creacion de la legislacion nacional y á la consolidacion de la nacionalidad de la patria que amamantaba con su savia en sus ensueños delirantes.

X

La revolucion de 15 de Abril, que derribó á Alvear y á la Asamblea, impuso al nuevo gobierno el deber de constituir un Congreso para que dictara la ansiada Constitucion. El Director Rondeau, en vista de esta imposicion, dirigió circulares á las provincias para que procediesen á la eleccion. El Paraguay se aisló; la Banda Oriental, Entre Rios, Corrientes y Santa Fe se unieron á Artigas, y sólo las provincias de Cuyo, Tucuman, Salta, el Alto Perú y Córdoba, con la reserva de su soberanía interior, se prestaron poco á poco á la convocatoria electoral. Pudo al fin reunirse en Tucuman, indicado de antemano como punto céntrico para alejar los celos del localismo.

Sérios sucesos se produjeron entre tanto. Las misiones monárquicas de Rivadavia y Belgrano fracasaron en Europa, debido á la deslealtad de Sarratea y Cabarrus; Fernando VII, por la caida de Napoleon, era restaurado en el trono de España y llegó la noticia

de que se preparaba allá un ejército de 15.000 hombres para someter á nuestros pueblos rebelados; Artigas, á la sombra del federalismo, se alzaba en la Banda Oriental, arrastrando á varias provincias argentinas que encendían la tea de la anarquía; vinieron los desastres de Vilcapujio, Ayouma y Sipe-Sipe y la desmoralizacion del Ejército del Norte; se verifica la sublevacion de Fontezuelas,—caen el Directorio y la Junta de Observacion,—y la opinion, anarquizada, no ve sino en un Congreso General la salvacion del pais.

Todo estaba comprometido: la revolucion, el sistema republicano, la integridad territorial, y, lo que era peor, la conciencia del destino, porque nadie ya, perdidas las ideas y los rumbos, sabia lo que deseábamos y á dónde íbamos. Tódos, en tan aciagos momentos, reconcentraron las miradas en ese grupo de compatriotas, que, de diferentes puntos, se dirigían silenciosos para reunirse en Tucuman. Felizmente lo primero que hacen es nombrar Director á Pueyrredon, y los pueblos y los ejércitos, acallados ante sus tradiciones patrióticas y la elevacion de su carácter, se serenán. El horizonte político se iluminó.

Las esperanzas de mejores dias, de retrotraernos á Mayo, en que todo era independencia, victorias y brios, volvieron, y tódos dirigían sus tristes ansias á Tucuman. Aquel puñado de hombres, á juicio de los ciudadanos prudentes, era el destinado á salvar la nave del Estado de entre las borrascas que la combatían, —salvacion que comprimía el alma de todos los pueblos, porque adentro iban nada menos que la patria y la nacionalidad. O vencíamos ó sucumbíamos,—tal era el dilema, —expuéstos todavía, no obstante de vencer, á ser súbditos de una nacion extranjera y, seguramente, no republicanos, con la pérdida de la nacionalidad; pero la providencia velaba por nosotros. En esto, llega Belgrano al Congreso, y con su obsesion incásica, sigue

trabajando por la monarquía. A Dios gracias, este ilustre compatriota, así como Rivadavía, se habían convenido en Europa que nada se podía ni debía hacerse en nuestro país sin declarar primeramente la independencia. No eramos una horda, sino un pueblo con inmensa jurisdicción territorial, y á semejanza de los Estados Unidos, queríamos fundar una nacionalidad propia y gobernarnos por nosotros mismos. No se cometía un delito; se ejercía un derecho, un derecho legítimo y honroso, y debía declararse á la faz de todas las naciones, para salvar la conciencia pública, infundir fe en la causa popular, á fin de que todos, propios y extraños, nos ayudasen y compartieran las vicisitudes gloriosas.

Todos los diputados, no sintiendo sino con una misma alma, no vieron, en esos instantes, sino la suerte de la patria, y haciendo abstracción de las pasiones intestinas, se pusieron de pié como un solo hombre y unánimemente declararon el 9 de Julio de 1816 nuestra independencia. Pueyrredon, deja, con Güemes, guarnecidas las fronteras de Salta; verifica en Córdoba la memorable conferencia con San Martín; acepta su plan de campaña, levanta un empréstito para su ejército y lo auxilia en todo; vienen las victorias de Chacabuco y Maipú que libertan á Chile, y el pueblo, al ver triunfante la revolución, se une en el propósito de libertarse primeramente de la metrópoli. Este Congreso fué, en su principio, juguete de las discusiones del momento; ya se ocupaba de mediar entre Güemes y Rondeau, que se hostilizaban, — de enviar diputaciones á Artigas, para que sus pueblos designasen representantes al Congreso ó de dirigir expediciones á la Rioja, que se había separado de Córdoba; pero sólo nos ocuparemos de los grandes actos que produjo en su refugio mediterráneo, porque fueron trascendentales para los objetivos primordiales. No hizo la independencia; ella fué resuelta por los ejér-

bitos,—pero al declararla, infundió, en la opinion desalentada, fe en la causa,— que era, en ese instante, lo más urgente. Un pueblo declara su independencia, porque es capaz de conquistarla con la fuerza,— y este acto, al legalizar su derecho, dábale conciencia, valor y audacia,—por lo menos ante los demas. Hizo algo más, esencialmente patriótico: legisló sobre la bandera,— estableciendo que los colores celeste y blanco, usados hasta entonces, eran propios de la Argentina, y que debería usarse en adelante en los ejércitos, buques y fortalezas. Ella atrajo todas las miradas, todos los corazones; simple símbolo, se alzó desde ese día como la imagen de la patria libertada, y los ejércitos fueron con ella de victoria en victoria, amparados por sus sacrosantos resplandores, hasta el Ecuador.

A este Congreso, que salvó la Revolucion con la jura de la independencia y el nombramiento de Pueyrredon, dándole despues bandera para sus triunfos, perteneció Fr. Cayetano Rodriguez. Si analizamos los nombres de sus miembros, resalta más, por su modestia, dentro de su obra trascendental. No eran personalidades como los de las asambleas anteriores. Con la conciencia de su mision, tenían la unidad del propósito, carácter, firmeza y sobre todo dábanse cuenta de la situacion anómala y conocían las exigencias públicas. Despojados del idealismo teórico, ibanse en derechura á la resolucion de los hechos, sin más, algúnos, que su propia experiencia, demostrando que la política es una ciencia práctica y que en las circunstancias decisivas los ciudadanos sencillos, inspirados por el patriotismo, son más útiles que los doctrinarios que extravían á las masas con su elocuencia sofisticada. Y Fr. Cayetano, representante de su provincia natal, sobresalía, entre ese grupo de patriotas, por su inteligencia, ilustracion y antecedentes. Su humildad, envuelta en los hábitos franciscanos, lo realizaba más, á pesar de estar allí sus cófrades Saenz, Santa Maria de Oro y Castro

Barros y políticos como Passo, Anchorena y Medrano. Era espíritu, por sus cualidades intrínsecas, capaz de brillar en cualquier centro agitado por ideales patrióticos.

Nombrado, en cuanto entró al Congreso, Secretario y Cronista, mezclóse en todas las deliberaciones de las asambleas. Nadie tuvo una idea más concreta de la situación; dábase cuenta especialmente de sus peligros, y en el *Redactor* decía: «Divididas las provincias, — descuidados los pueblos y aun los mismos ciudadanos, — rotos los lazos de la union social, — inutilizados los resortes todos para mover la máquina, — criados los gobiernos sobre bases débiles y viciosas, — chocados entre sí los intereses comunes y particulares de los pueblos, negándose algunos al reconocimiento de una autoridad comun, — en diametral oposicion las opiniones, — convertidos en dogmas los principios más distantes del bien comun, — enervadas las fuerzas del Estado, — agotadas las fuentes de la pública prosperidad, — paralizados los arbitrios para darles un curso conveniente, — pujante en gran parte el vicio, y extinguidas las virtudes sociales por no conocidas ó inconciliables con el sistema de una libertad mal entendida, — conducidos en fin los pueblos por unos senderos extraños, pero análogos á tan funestos principios, á una espantosa anarquía, mal el más digno de temerse en el curso de una revolucion iniciada por meditados planes, sin cálculo en su progreso y sin una prudente prevision de sus fines, — ¿qué dique más poderoso podía oponerse á este torrente de males políticos que amenazaban absorver la patria y sepultarla en sus ruinas, que la instalacion de un gobierno que salvase la unidad de las provincias, conciliara su voluntad y reuniera los votos, concentrando en sí el poder?» Ninguno apreció mejor la importancia del Congreso, ni rindió más elevado culto á sus fines inmediatos. Puso al servicio de la declaratoria de la independencia y del nombramiento de Pueyrredon para Director Supremo, toda su actividad y enerjía.

Estos dos actos, á nuestro juicio, fueron decisivos

para la revolucion, y estudiándose sus propias palabras, se deduce que la situacion política urjía por dos cosas: exteriormente, fe para triunfar, é, interiormente, gobierno, concentrándose las riendas en una mano autorizada, séria y severa. Esas dos necesidades satisfizo, con su clarovidencia, el Congreso Tucuman. Diremos más aun: el espíritu relijioso, bebido en el verdadero cristianismo, salvó la república,—y al aceptar la mayoría de los diputados la forma monárquica, desalentada por las luchas domésticas y los estragos de la anarquía, Fray Justo de Santa Maria de Oro dijo que si volvía á tocarse otra vez semejante cuestion, se retiraría de la Asamblea! . .

Sabido es que no era carácter para *fernandear*, y siempre será para él una gloria haber pertenecido á este grupo de hombres que, léjos de la capital, oyendo sólo las palpitaciones de su propia conciencia y en medio de las pasiones desencanadas, salvó la patria y la nacionalidad. No pudieron, en su aislamiento, combatidos por las provincias segregadas y el espíritu localista, hacer más en beneficio de los altos ideales nacionales, retardando todavía la anarquía que avanzaba y precipitaba los acontecimientos. ¿Cuánto no luchó Fr. Cayetano por retardarlos! Ejerciendo aquella ecuanimidad que demostró en la Asamblea del año 13, combatió sin cesar el localismo, porque sabía que era un peligro para la libertad. Enérgico, ardiente, luchó sin cansancio, con su elocuencia suave, por sus ideas y sentimientos, hasta que el Congreso se deshizo, como una de las primeras manifestaciones de la anarquía del año 20. Aquéllos peregrinos de la libertad, que fueron á buscarla en esa tierra de las frondas iluminadas por los prismas del Aconquija, se desbandaron para sus hogares, llegando él aquí, pálido, con las sandalias empolvadas del largo camino,—pero vencedor. ¿Adónde? ¿Qué puerta golpeó? ¿Cuál había de golpear sino la del Convento Grande, que se abrió de

par en par, al primer aldabazo, para recibirlo. Quería descansar, después de tantas agitaciones; estaba cansado y convencido que únicamente el hombre es libre cuando está solo, porque la soledad y el silencio son indispensables para el pensamiento! Allí estaba su querida celda, que lo esperaba para hacerle producir muchas páginas brillantes!

XI

Conocemos al patriota y al político. Veamos ahora al hombre intelectual.

Cuando le consideramos como orador, no mencionamos su discurso en las exequias de Belgrano, por seguir, en el análisis crítico, un orden cronológico. En Rodríguez, hay dos hombres: el fraile y el hombre público. El primero, sin dejar de ser patriota, es paciente, manso, abnegado, subjetivo y pensador,—el segundo, sin apartarse del cristianismo, enérgico, práctico, brioso,—muchas veces, vehementemente y principia el año 10,—con esta particularidad: que el claustro es siempre su laboratorio. Lo único que cambia es la forma de su espíritu, y como el líquido en las retortas del alquimista, se adapta á los diversos instantes. El mencionado discurso es una prueba de esta asercion. ¡Cuán diferente de los pronunciados en loor de la Virgen, San Francisco y Santo Domingo! Han pasado más de veinte años y respiran experiencia de la vida pública. No es un novel que habla, ensayándose, temeroso de la retórica y del público; nó,—es un orador conciente de su fuerza, que se engolfa en las profundidades del pensamiento, seguro de salir triunfante á la orilla, — un atleta que pisa fuerte intencionalmente, para oír el eco de sus pasos, — un ave de las montañas que vuela de pico en pico, y cansada del llano brumoso, sube á las nubes, se extiende en el cénit para que lo admiremos y sin temor de que una borras-

ca repentina le haga pedazos las alas. Lo he seguido en estos fantaseos, y he visto que tiene pasion por las alturas.

Hay mucho de la educacion mística, de la existencia seráfica, en que todo, desde el espíritu hasta la mirada, tiende al cielo. Es que Rodriguez amaba al General Belgrano; creía que todas sus rivalidades se fundían para formar una gigantesca unidad y le adoraba como enviado para salvar la patria. El vencedor de Salta era para él la más alta expresion de la virtud y el patriotismo. No obstante, ¡qué consideraciones, qué imágenes, qué devaneos! Aquéllo es una tésis moral sobre el General Belgrano, tendente á probar que fué el más puro y el más grande de los argentinos.

Allí, en su celda, escribió todas las poesías que le conocemos, y tienen, sin sujecion al medio, el carácter propio de su tiempo. Podemos dividir las en dos épocas, hasta antes y despues de la Revolucion. La primera composicion que escribió, fué un poema en octavas, en que relata los padecimientos de la monja María Ojeda que tomó el velo en uno de los conventos de Córdoba por haber perdido á su esposo en el alzamiento de Tupac Amarú. No tenía aun treinta años, y lo escribió en aquella ciudad, mientras fué catedrático de la Universidad y á pedido de su prelado. No lo hemos visto,—pero, por el argumento, debe ser, con toda su tradicion americana, una de esas elucubraciones místicas, inspiradas en la conquista y que fueron la delicia de muchos religiosos de fines del siglo XVII y XVIII. En seguida nos hallamos con otra compuesta en honor del bando del Cabildo que libertaba por medio de un sorteo á los esclavos que tomaron parte contra las invasiones inglesas de 1807. Tiene el título de poema,—y á la verdad que el asunto lo merece, porque era tambien la primera manifestacion de libertad, que daba en tierra con aquella institucion patriarcal nacida en los oscuros y tenebrosos tiempos de la conquista.

Antes de cortarlo, para ofrecer, de muestra, algunos

versos, prefiero copiarlo íntegro. Así el lector, ante su unidad, puede juzgarlo y saborearlo mejor. Sólo el doctor D. Vicente Lopez, en sus arranques de inspiracion, escribía mejor; por lo demas, era, con Labarden, el mejor vate del coloniaje. En España mismo, solo Moratin ó Cienfuegos le sobrepasaban, porque sin perderse de vista en las alturas, revela conocimientos de retórica, gusto literario y amor á la forma. Hélo aquí:

Llegó el felice día,
¡Oh, Pueblo, á todas luces venturoso!,
En que la musa mía
(Cediendo sus temores á su gozo)
Puede cantar tu triunfo, tu victoria,
Tu más heróica accion, tu mayor gloria.

Para ceñir tus sienes,
Esta piedra faltaba á tu corona:
¡Oh, Pueblo, ya la tienes!
Y ella es, sin duda, la que más te abona,
Pues al nombre de *fiel y valeroso*,
El dictado añades de *piadoso*.

Disfrutabas contento
De dulce paz, efecto de tu brazo.
Tu victorioso aliento
Te preparó morada en su regazo;
Pero esta gloria fuera muy menguada,
Si tu piedad quedase desairada.

Tú, sin par generoso,
Por un rasgo de honor inimitable,
Realzando lo piadoso
Te prestas á favor del miserable,
Dejando de algun modo satisfechos
De libre condicion justos derechos.

Más humano que aquella
Antigua Roma, la ciudad del mundo,
Tu honor piedades sella,
Que te hacen el primero sin segundo:
Pues si Roma forjó cadenas tantas,
Tu, vencedor con gloria, las quebrantas.

No dictó sabia Atenas
Dictámenes más bellos. Tú has formado,
De amor y piedad llenas,
Leyes que al oprimido han sublevado,
Consagrando á su alivio y su consuelo,
Tu gratitud, tus bienes y tu celo.

El secreto has hallado
De aumentarte celosos defensores,
Pues tan bien has pagado
De su inculto valor raros primores.
Ni saben cuál es más al mejorarlos,
Si haberte libertado ó libertarlos.

No gima ya la triste
Humilde condicion el miserable,
Pues que desde hoy ya viste
Librea nueva de honor más respetable.
A su heróico valor se lo ha debido
Y á tu piedad. ¡O Pueblo agradecido!

Jamás te ha amanecido,
Buenos Aires feliz, más claro día
Que aquel en que has sabido
Los llantos convertir en alegría,
A tantos redimiendo del pesado
Yugo de esclavitud que habían cargado.

Esta accion te coloca
Al lado de mentor, del sábio Minos.
Como á ellos dar te toca
De gobierno dictámenes divinos:
Pues es menos vencer, puesto en partido,
Que premios saber dar al que ha vencido.

Doquiera que el sol luce
Y de esta noble accion se haga memoria,
Al punto se trasluce
Tu fama, tu piedad, tu honor, tu gloria;
Y envueltas quedan en conceptos vagos,
Las Espartas, las Romas, los Cartagos.

No ya solemnes vivas,
Escuches de los pueblos más lejanos,
Ni placemes recibas,

Porque heróico venciste á los Britanos:
Que más gloria te da lo generoso
Que la nota de invicto y victorioso.

En tu intrépido aliento,
De Sagunto y Numancia copia fuiste,
Y quizá algun momento
Tan valientes excesos excediste.
Mas en premiar del pobre el heroismo,
Eres ejemplo y copia de tí mismo.

Aunque te son debidas,
Están de más columnas é inscripciones:
Están bien esculpidas
En el alma de todos tus acciones,
Pero esta solo erige un monumento
Por único y por raro es un portento.

Si á la par de tu anhelo,
Acreciera tu haber hasta lo inmenso,
Ejercicio tu celo
Hallará en tus piedades más extenso,
¡Y qué fuera, si fuera tu tesoro
El encanto vellocino de oro!

Tanta piedad consuela
A quien el hado barajó la suerte,
Y fino se desvela
Por motivo más noble en defenderte,
Reputando quizá yugo suave
El que antes soportó molesto y grave.

Esto hace tu decoro,
¡Oh, Pueblo fiel!; y accion de tanto grado
Es la manzana de oro
Que te hará en ambos mundos envidiado:
Ni será la discordia por ganarte!
Sí, por tener la gloria de imitarte.

Del argentino Río
Las aguas publicaron tu victoria;
Pero á esta accion le fio
Que eternice en el Globo tu memoria.
Asi resonará de polo á polo
Con crédito inmortal tu nombre sólo.

¡Oh! quiera grato el cielo
Impartir premios con benigna mano,
Dando á tu heróico celo
Guirnalda eterna ¡premio soberano!
Porque una accion que en sí todas encierra,
Recompensa no tiene acá en la tierra.

Entretanto recibe
El aplauso comun, pues él te aclama:
Feliz descansa y vive
En brazos del honor y de la fama,
Y sea tu nombre célebre y famoso,
El Pueblo *fiel, valiente y generoso.*

Del incienso que quema el autor en los altares de la patria, no surge un grito de libertad á pesar de estar en los umbrales del año 10; sería un grito rebelde, que repercutiría como una nota desafinada en la celebracion de una victoria tan armónica, — pero se advierte ese orgullo argentino, nacido de la inmensidad del territorio, de su belleza y de la benignidad del clima, que ha producido siempre el presentimiento de un porvenir privilegiado y que, á nuestro juicio, ha sido el orijen sicológico de nuestra independencia.

«Un pais tan vasto, con un destino tan inmenso, tiene que ser libre»—nos dijimos. La primera manifestacion de liberalismo, la debemos á nuestra grandeza y á nuestro destino. Nuestro orgullo ingénito no era vanidad, vanidad hueca, sino orgullo legítimo, de raza, fundado en una intuicion tan segura, que nos impulsó, por la fraternidad política, á emancipar tambien pueblos hermanos.

«Cuando se hable,—dice,—de nuestra fama, piedad, honor y gloria, Esparta, Roma y Cartago quedarán atrás,—ó sea todo el mundo antiguo.» «No hay pueblo como el nuestro,—no hay hazañas como las nuestras.» Este es el sentimiento nacional, que amanecía en esa época y que condice con aquéllos versos de Lopez:

Calle Esparta su virtud,
Su grandeza calle Roma,
Silencio, que al mundo asoma
La gran Capital del Sud (1)!

Y séanos permitido, despues de un siglo, batir palmas á este orgullo legitimamente fundado y que nos dió conciencia y valor para libertarnos. Descendiendo ahora al proceso mental que ha precedido á esta composicion, diremos que, si no se abre con aquellas invocaciones de la poesía del Renacimiento, ni zahuma el ambiente con la inspiracion pródiga del lirismo, es porque el númen del autor no había salido aun del molde clásico. Gracias que, haciendo escolasticismo á un lado, se abandona al sentimiento, é impulsado por la fantasia, que no es siempre velera, nos ofrece una primicia patriótica, sellada con nuestra mejor literatura colonial. Tiene la fluidez de Cienfuegos, con toda la erudicion clásica de los poetas del siglo de oro.

Es cuanto conocemos en verso de Fr. Cayetano antes de 1810. Con todo de tratarse de los mejores versos del coloniaje, es poeta de Mayo. Dióle á la poesía un carácter patriótico, y poniendo su lira al servicio de la emancipacion, fué uno de sus Tirteos. El encabeza la falanje de vates que, enardeciéndose con la libertad, cantaron sus victorias, entusiasmando á las multitudes para apoyar á las juntas y los directorios y á armarse para alistarse en los ejércitos. Con él entramos en plena revolucion, en pleno periodo revolucionario, y nos damos la mano con otros compatriotas más ardientes. Nacidos y criados en el vireynato, el orgullo nacional, en las luchas democráticas, produjo esa irupcion de liberalismo, que no era sino la voráGINE de sus ideas y sentimientos contenidos. Molina, Lopez, Castañeda, Luca, Rojas, Lafinur y demas de sus contemporáneos.

(1) Cuarteta del Dr. Vicente Lopez.

tienen igual sello,—el sello de su época,— y el mismo Rodriguez, dejando de ser maestro en el Convento Grande y cura de almas en Las Catalinas y los Ejercicios, concurría á dar á su generacion el empuje y los bríos batalladores. Todos templaron sus liras, y rompiendo en acordes, forman un verdadero concierto revolucionario, en que la oda épica se mezclaba á los himnos y las canciones guerreras. La revolucion de Mayo, que terminó en Ayacucho, hizo su marcha triunfal desde el Plata hasta los Andes y el Ecuador al son de los cánticos de sus poetas!

Rodriguez, que se arroja desde 1810 en los acontecimientos, pone su estro á su servicio. Produjo las primeras canciones que entonaron coros infantiles al rededor de la pirámide de Mayo, y al tiempo de la emancipacion, tenía ya un cuaderno de poesías. No todas se imprimían entonces; manuscritas, pasaban de mano en mano de aficionados, y la primera que ve la luz pública en esta época es un pequeño poema en que ridiculiza á los enemigos de la revolucion. Titúlase *El sueño de Eulalia contado á Flora*, y Tartaz, popularizado por el Dr. Lopez, acostumbraba recitarlo en los salones. Es una fantasía de carácter festivo, muy digna de su fama. Principia así:

—Amiga: ya no puedo, ni es posible
Calmar mis inquietudes,
Y será muy factible
Que si á mi corazon pronto no acudes,
El defallezca al fin, sobrecojido
De un poderoso sueño que he tenido.
—Amiga, dime: ¿qué te ha sucedido?
Sabe, Flora del alma,
Que cierta noche de un alegre día,
Cuando en la dulce calma
De un suave sueño plácido yacia,
De repente me vi, ¡más con qué susto!
Ante el solío real de Jove Augusto.

Eulalia quedóse atónita y sin sentido ante el dios
tonante. Al despertar, dice que sus ojos

Eran un Etna que vibraba enojos.

Ofrecemos al lector, sin orden, estas estrofas:

El astro luminoso
Que en sus luces baña aqueste suelo,
Ve demasiado el gozo
Sobre su hermosa faz. Un nuevo cielo
Cubre sus habitantes y á porfla
Himnos te cantan, Jove, noche y día.
.....
Cuántos, te acordarás, cuántos deseos
De ver entre *dos palos*
A aquellos consabidos fariseos,
A aquellos hombres malos....
Tú me entiendes. ¡Oh, qué amarga historia!
Todo, amiga, me vino á la memoria.
.....

Así estaba esperando
Entre crueles síntomas de muerte,
Mi último fallo, cuando
Atentó decidir Pluton mi suerte:
Sepultémosla, dijo, en el Leteo,
Donde perezca ella y su deseo.
.....
Pudiera con un rayo
Reducirla á ceniza en un momento;
Pero válgame Mayo,
Válgame ser mujer, y que es mi intento
De tal modo aplicarle penitencia,
Que sea víctima cruel de su conciencia.
.....

Será, pues, mi decreto irrevocable,
Para eterno escarmiento,
Antes que castigarla á fuego ó sable,
Entregarla al momento
A los muchachos; ellos darán cuenta
De su bulto, de modo que lo sienta.
.....

Y pues sueño tan raro y tan extraño
Puede ser un anuncio
Que nos sirva á las dos de desengaño,
¿No te place? Renuncio
Mi modo de pensar, quédate sola:
Como yo pase bien, corra la bola.

Pocos escritores tienen una idea más elevada del clásico día de Mayo. En una oda al *Augusto día de la Patria*, dice:

Veinticinco de Mayo, fausto día!
El alma se enajena
Al pronunciarlo. ¡Ah! De la alegría
La suave voz resuena,
Cuyos ecos cubriendo el continente
La hacen pasar veloz de gente en gente.
Veinticinco de Mayo... ¡Dulce acento!...
Por quinta vez se escucha
¡Con qué gozo y placer! Primer momento
De la constante lucha
En que el más inconcuso fiel derecho
Empeña el noble Americano pecho.
¡Veinticinco de Mayo, sí, gran día!
En que ve ¡con qué pena!
De su periodo el fin la tiranía;
Día de gloria en que estrena
En nuevo, bello y prodijioso gusto
La santa libertad su traje augusto.

Que hoy, despues de un siglo, al ver transformado nuestro país por el progreso, las ciencias y las artes, entonemos himnos á la libertad política, no es extraño; sus efectos son reales y saltan á la vista,—pero nuestros antepasados deberían tener muy desarrollado el sentimiento del derecho para entusiasmarse de tal manera ante la idea solamente de la emancipacion. No era más entonces,—una simple esperanza,—porque esta poesia fué escrita en 1815, cuando la revolucion era un problema,

y un problema sombrío. El alma de Fr. Cayetano no se henchía sino ante, — lo que se llama, — el grito de Mayo, — porque hasta entonces no había más. Léase concientemente estos versos y se verá que su autor sabía, políticamente, el significado del 25 de Mayo de 1810.

Decimos esto, porque muchos compatriotas, ante el libro abierto de nuestra historia, se han preguntado si la generacion de 1810 tenía conciencia de la trascendencia de su paso. ¡Vaya si la tenía!, — y más que nosotros, porque fundaban la independendia en algo más que el gobierno propio: en la nacionalidad. Querían separarse de España, para fundar una propia; ella debía ser la base de todo lo futuro, — y tan la tenían, que fué toda la pasion con que defendieron la patria en 1806 y 1807. No querían que los argentinos fuesen hijos de ingleses; si no, se habrían entregado, porque Beresford y Whitelocke prometían todas las garantías, prerrogativas, libertades y seguridades desconocidas hasta ahora mismo, mientras que nosotros, traicionando aquellas tradiciones, inutilizando aquellas glorias, hemos cometido una herejía: despreciado aquella nacionalidad. Creímos que no era sino la generacion del mate y del cigarrillo negro; la hemos despreciado, cuando era la gloriosa, porque creó todo lo existente: independendia, libertad, gobierno, instituciones, sin exigir nada á la patria, — mientras nosotros, devorados por el falso modernismo, hemos creado una nueva. No importa que sea á costa de la antigua; la cuestion es que sea *nueva*. ¿Y es mejor?, — sería ahora la ocasion de preguntar. Baste decir que, para fundarla, se han abierto las puertas á todas las razas del globo, y por nuestro sistema de inseguridad, ha venido, entre poco bueno y regular, mucho, muchísimo malo, compuesto de residuos de razas inferiores. Los hijos de San Martin y Belgrano han sido sustituidos por sus descendientes, el epicureismo en la política y las ideas han arrasado con las tradiciones y costumbres nacionales, y un progreso puramente material, importado, con una civi-

lizacion propia. El ambiente, en vez de principios é ideales ó siquiera ideas y sentimientos, contiene avaricia, sensualismo, materialismo, en medio de una universal anarquía, anarquía moral en que fermentan el socialismo, el comunismo, el anarquismo y todos los *ismos* importados, fruto de las inmigraciones que vienen gimiendo de la Europa víctimas de todos los sufrimientos sociales por el desequilibrio político (1).

Nosotros no vivimos actualmente en la vida ni en la historia argentinas, sino en esta sociabilidad extraña que hemos creado y que fermenta de descomposicion. Nuestro presente no es una continuacion, ni mucho menos un desarrollo lógico del pasado. Es algo de informe, que solo puede ser calificado en la evolucion degenerativa; de ahí es que toda nuestra literatura histórica, que representa el pensamiento público en su más alta expresion, hable de Mayo con extrañeza, sin palpitation nacional, como si se tratase de otra raza, poniendo en juego únicamente la fantasia, cual si penetráramos en la mitología pagana. A lo sumo algun orador llama á esa generacion *nuestros padres*; pero titulo tan afectuoso, aparte de lo glorioso, lo he visto repetido hasta por los inmigrantes. A ningun escritor he oido hasta ahora, ni en la sicología histórica, afirmar, con la conciencia social que da la unidad étnica: «aquellos antepasados éramos nosotros mismos, porque eran nuestros representantes, que triunfaban en el pasado, para legarnos la herencia de Mayo». Ninguno ha expresado

(1)—La prueba es que, como lo ha demostrado Lombroso últimamente en un opúsculo, Inglaterra, con 60,000,000 de habitantes y estrechada en una pequeña isla, es el único país de la Europa civilizada que no tiene nihilismo, anarquismo, comunismo, ni siquiera socialismo; ningun ismo,—á lo sumo, huelgas, y en un minuto los comités de patrones las deshacen con su sistema de libertad. En el inglés, la libertad es una llave, y la más barata, con que abre todas las puertas.

esta solución de continuidad,—y con razón, porque no la sentiría, sugestionado por el ambiente, y hablaría para un pueblo desnacionalizado, que la entendería menos. Soy enemigo de la literatura patriótera; paréceme chocante, hasta rimbombante; profeso también horror al patriotismo, porque aparte de ser la máscara del verdadero patriotismo, conviértelo en ludibrio y traicionalo muchas veces, siendo uno de los obstáculos más serios para nuestra transformación social y política,—pero en la desunión étnica, sellada con un silencio glacial, que raya en la indiferencia, esos voceros del pasado son los únicos que mantienen vivas las tradiciones y nuestras glorias. ¿Qué sería de las victorias, de los triunfos y de los nombres de los capitanes argentinos sin ellos? No los veríamos escritos, ni los oiríamos en ninguna parte; tendríamos que buscarlos, como curiosidades históricas, en las efemérides, mientras ellos nos familiarizan con su martilleo recalcitrante, mancomunándonos con fechas y hazañas inmortales y haciendo sentirnos argentinos al menos por el sentimiento y el orgullo nacional.

La cuestión era, como Fr. Cayetano, darse una idea cabal del 25 de Mayo de 1810 sin la fantasía y bien lejos de la realidad, entre los pantanos y huellas de carretas de la plaza de la Victoria, cuando no era sino un grito, un simple grito dado por un tumulto en una madrugada lluviosa. Era indudablemente la exaltación del verdadero patriotismo, que presiente una gran nación al través de ese orgullo nacional, que parece ser ingénito al espíritu argentino,—muy superior al patriotismo histórico, que mira al porvenir, constituyendo casi una clarovidencia, una visión mística, una adivinación. Si no sabemos escribir historia, aprendamos siquiera á leer las producciones patrióticas de nuestros antepasados, para sugestionarnos con su espíritu y sentirnos argentinos al menos por la solidaridad del pasado y por el destino.

Transcribimos estos dos sonetos, que no son menos sugestivos. Son al 25 de Mayo de 1810.

I

Entre llantos la América gemía,
Bajo opresores grillos agobiada,
Sujeta ¡oh Dios! á venerar postrada
Los tiránicos golpes que sufría.

Su dolor al Olimpo enternecía;
Más el Ibero con injusta espada
La libertad le niega suspirada,
Por sostener su orgullo y tiranía.

¡Oh duro estado! Más llegó el momento
Y el día *Veinticinco* reservado,
En que cayó de un golpe aquel cimientó.

Que al despotismo tiene entronizado,
Y en que la libertad subió á su asiento
Y á un trono por tres siglos usurpado.

II

Veinticinco feliz, hoy tu victoria
Derrocó la soberbia de un tirano,
Y levantó con triunfo soberano
A nuestra Patria al colmo de su gloria.

La época empezaste de una historia
En que pudo el humilde Americano
Desatar la cadena de su mano,
Llenando de grandezas su memoria.

¡Oh día grande, heróico y memorable!
¡Oh día de virtud! ¡Qué regocijo
Al oír tan sólo tu nombre amable!

De la América sienta inclito el hijo!
Tú mereces loores, cuanto es dable,
Pues que el Dios de la Patria te bendijo.

Y sin embargo, aquellos hombres, por lo mismo que todo lo hicieron y lo vieron con sus propios ojos, deberían expresarse con indiferencia del famoso grito de Mayo, tal como los viejos soldados cuentan sus hazañas. Es que hablaban con el corazón; sentían la patria en sus entrañas, y hablaban por ella, interpretando su soberanía y su destino. Hoy, nosotros, tenemos que valernos de la memoria; por la distancia con los hechos, salen los relatos más vívidos,—la imaginación es la encargada de colorearlos,—pero reconócese á lo lejos los reflejos prestados por la fantasía. El calor del alma, es, como el del sol, propio; de ahí nace también su eternidad; pero ese sentimiento no es inconciente: inspirado por la idea justa que tenían nuestros mayores del grito de Mayo, lleva la conciencia de su glorioso trascendentalismo y palpitará inalterable al través de los tiempos.

Grandes fueron nuestros antepasados: además de ejecutar hazañas con su sacrificio, las glorificaron con su géneo patriótico. Leed este soneto, que demuestra la idea que tenía del congreso de Tucuman:

Congreso agosto, alma, aliento y vida
De los pueblos del Sud. Patrio Senado,
Honor y gloria, en el más alto grado,
Te tributa la patria agradecida.

Cuando incauta la vista casi hundida
En un caos de discordias, tú, esforzado,
Un grito diste al Sud. Libre ha quedado
Y la patria en sus fueros sostenida.

Jove escuchó tu voz. Su soberano
Decreto lo confirma: en él divisa
Sancionada su ruina el cruel tirano.

Y la patria su suerte inmortaliza;
Y hoy repites con voz más imponente:
Libres, Pueblos del Sud, eternamente.

Fr. Cayetano glorificaba con canciones los hechos históricos. Compuso un Himno, para ser cantado en las fiestas mayas. Entresacamos estos versos:

Aplaudid la aurora
Del día glorioso
Que al pueblo animoso
Dichas anunció.

Del celestial orbe
Bajó la victoria
Su nube de gloria
Las armas cubrió;
Sembró de laureles
Nuevos y triunfales
Las sendas marciaies
De nuestro valor.

La sonora trompa
Sonó de la fama
Y su voz proclama
La nueva Nación;
Al oirla, tiembla
La antigua malicia,
La Ibero injusticia
E Ibero furor.

Más toda la tierra
Con rara alegría
Celebra el gran día
Que grillos rompió.

A hacer cosas árduas
Preparóse el genio,
Y previó el ingenio
Futuro esplendor.

.....
Digno es de su esfuerzo
El formar naciones,
Y á grandes pasiones
Poner sujecion.
Es la obra más grande
Hacer libre á un mundo,
Que en sueño profundo
Tres siglos durmió.

Logró sorprenderlo
En débil infancia,
Bárbara arrogancia
De un vil invasor.
Fué pequeña gloria
Así esclavizarlo:
Más es libertarlo
Y darle instruccion.

¡Oh, qué perspectiva
Tan grata y risueña!
¡Cuánto es halagüeña
Para el corazón!
Y pues es el día,
Digno de memoria,
En que tanta gloria
La Patria aspiró.

Aplaudid la aurora
Del día glorioso
Que al pueblo animoso
Dichas anunció.

Hállome con otro *Himno á la Patria*, para ser cantado en coro. Ofrecemos estos versos:

Coro

Salve patria dichosa,
¡Oh dulce patria, salve!
Y por siglos eternos
Se cuenten tus edades.

Libre é independiente
De tiranos rivales,
Al templo de la gloria
Te dirijes constante.
¡Qué bellos son tus pasos!
Te los envidia Marte.

.....

Si es que asoma la aurora
Es ya para admirarte,
Que en la cuna del riesgo

Naces libre y triunfante.
¡Oh natalicio hermoso!
¡Oh libertad amable!

Coro, etc.

Roma, Cartago, Esparta
Callen sus hechos, callen:
En alas de tus glorias
Tus virtudes aclamen:
Si aquellos son heroicos,
Estos: inimitables.

Coro, etc.

Si las naciones cultas
Miraron vacilantes
Tus nativos derechos,
Justos, incontestables,
Ya es tiempo te saluden
¡Oh pueblo libre! Salve.

Coro, etc.

Así con paso augusto,
Entre dulces cantares,
Del Olimpo á la cumbre,
Trepando infatigable,
Señora de tí misma,
Vivas eternidades.

Coro, etc.

Nadie sintió más que él la muerte de Moreno. Le dedica este soneto:

Arrebató la parca... (¡Parca fiera!)
Al jóven más cabal (¡vil homicida!),
Cortó el hilo dorado de una vida
Que su guadaña respetar debiera.

La negra envidia (¡Cielos, ¿quién pudiera
Una mano cortar tan fementida!)
A la Patria ha inferido horrenda herida
Que el rival más rival no le infiriera.

¡Oh tú que, amante de la Patria, aspiras
A hacer faustos tus hados rinde honores
Al jóven héroe que ya el orbe aclama.

Si la espada le ha dado defensores,
Del cañón á su pluma, ¡oh pluma! admiras
Vivo fuego brotar que los inflama.

¿Y la canción á su memoria? El maestro Parera
la puso en verso y destila dolor por la desaparición del
discípulo. Puede juzgarse por los siguientes versos:

¡Oh nobles compatriotas!
Cantemos á una voz
Al héroe de la Patria
La más dulce canción.

Cantemos nuestra gloria,
Cantemos nuestro honor,
Pues que Grecia no tuvo
Ni Roma otra máyor.

Su gloriosa memoria
Nos recuerda un blason
Que él ennoblece solo
Al suelo en que nació.

Su talento, sus luces,
Su noble corazón,
Todo dice á la Patria
El gran bien que perdió.

¡Oh suelo venturoso
Que tal héroe nos dió!
Infelice momento
En que se le ausentó!
.....

Envidia nuestra suerte
Toda culta oración,
Pues no ve enriquecidos
Con tan precioso don.

¡Oh jóven siempre invicto,
A quien nunca insultó
Con sus alegres tríos
La negra emulación!
.....

¡Oh jóven nunca visto,
En cuyo corazon
El vergonzoso miedo
Jamás se aposentó!

¡Oh jóven ilustrado,
Con númen superior,
Que aun hoy despide rayos
Su rara ilustracion!

.....
Vivas, vivas eterno
Para inmortal blason
De un pueblo que te ofrece
Primicias de su amor.

Poseyó tambien sobre San Martín las mismas ideas que hoy tenemos despues de escrita á su respecto la obra del general Mitre. En 1817 compuso una *Oda con motivo del paso de los Andes y victoria de Chacabuco*, y los siguientes versos demuestran su admiracion:

Magnánimo, animoso, imperturbable,
Lleno de odio al tirano,
Al tirano opresor de nuestra amable
Libertad, el Anibal Colombiano,
El Napoleon moderno,
Salva escollos, imágen del Averno.
San Martín, de su ejército á la frente
Y en brazos sostenido
De su virtud trasmonta la eminente,
Nevada cordillera, el más erguido
De los montes del mundo.
¡Grande hazaña, prodijio sin segundo!

Este verso es digno de Andrade:

Parece que las nieves, que los mismos
Peñascos eminentes,
Que los profundos, hórridos abismos,
A su valor se muestran obedientes,
Y que las altas cumbres y cuchillas,
Mientras que pasa, doblan las rodillas!

Despues de hacer una lijera descripcion de la victoria de Chacabuco, termina así:

Entretanto, una Diosa que descende
De la celeste esfera,
La sien del vencedor orna y defiende
De un cerco de laurel, y placentera
Dice: *Al invicto Hijo de la gloria*
Sobre el campo de Chile da victoria.

No bastóle esta poesía encomiástica. Imaginándose, ó, mejor dicho, viendo la alegría patriótica de las monjas ante los triunfos de San Martin, pone en lábios de las Madres Capuchinas los siguientes sentimientos:

Las que siguiendo impulso soberano
Y huyendo de este siglo, en el que estamos,
Y hábito franciscano
Con vida Anacoreta profesamos,
Poseidas de un alto patriotismo,
Cantamos tu virtud, tu honor, tu heroismo.
.....
San Martin eres tú, eso te basta,
Pues sirves á la patria, ese es tu encomio:
Y el gefe Macedonio
Que se hizo hijo de Dios por no ser casto
De su padre Filipo, es documento
Que deberá servirte de escarmiento.
No imites ni á Gentiles ni á Paganos,
Ni quieras admitir comparaciones
De tus grandes acciones
Con las de Griegos, Godos y Romanos.
San Martin eres tú, eres cristiano,
Eres bravo y prudente Americano.

De Fr. Cayetano podría preguntarse: ¿Qué gloria no ha cantado? ¿Qué hazaña no celebró? Recorriendo su obra poética, no se ve sino versos á la Patria, al 25 de Mayo, al 9 de Julio de 1816, á San Martin, á Chacabuco, á Maipú é himnos, canciones, sonetos repetidos y composiciones de todo género á nuestros hechos históricos. Es que, como to-

dos los poetas de nuestra revolucion, puso la lira á su servicio para entusiasmar á las multitudes y llevar el ardor patrio á los campamentos de los ejércitos libertadores. Si ellos no iban á sus filas, enviaban, por la imprenta, su pensamiento agitador, que estallaba como una metralla, y en las ciudades recorría como un buscapiés desde los salones hasta los ranchos de los suburbios! Donde quiera así, desde las concavidades de los Andes hasta los caseríos del desierto, hallábase la fibra patria distendida, y cada ciudadano era un soldado valeroso, dispuesto al sacrificio. La palabra patria estaba en todos los lábios, y todos, para celebrar sus recientes triunfos, recitaban versos de Rodriguez, Banfi, Lopez, Rojas ó Luca, porque, sin artificio, sinceros, se habían hecho populares. La poesía, de esta manera, no languidecía en el personalismo egoísta, sino que cumplía un alto destino social, y como la música, se convertía en alas del pensamiento para levantarlo y difundir su fuerza sobrehumana!

Ha llegado hasta escribir cuatro Décimas, que se grabaron en la Pirámide de Mayo y varios *Boleros Patrióticos*. Su voto religioso, al cerrarle la puerta de los afectos mundanos, había enardecido su corazón de ciudadano, y así vémosle, en diferentes ocasiones, acordarse de la ciudad en que se meció su cuna. Al Rio de la Plata le dedicó un soneto, y á Buenos Aires, dos con motivo de su partida á Tucuman. Para celebrar la instalacion de la Universidad, en 1812, compuso una *Octava*, y en prueba de que las pasiones políticas solían tambien agitarle el cerebro, léase su soneto á Moldes.

La poesía en Fr. Cayetano es arma,—arma con la que combatió en la revolucion para redimir á su patria,—sino en los mismos campos de batalla como Luca, Rojas y Lafinur,—haciéndola servir de instrumento social de propaganda y agitacion donde quiera que había un alma. ¿Qué hubiera sido de las ciudades, tan léjos de

los múltiples teatros de la guerra! Diseminadas en la inmensa extension, habrían vivido como en el limbo, ignorantes de los sucesos, y sus versos, ya en forma de odas, canciones, himnos ó sonetos, pasaban como ráfagas, despertando el espíritu patriótico y las levantaban de la inercia, para concurrir, con su influencia moral, vivificante, á la conquista de las libertades públicas. Puede decir tambien: ¡soy guerrero de la independencia!—porque la pluma fué su espada, y con ella asistió moralmente á las batallas, templando el alma de los combatientes con sus estrofas para los triunfos y llorando en el silencio los desastres. Si no derramó sangre, electrizó corazones, — armó brazos, convirtiendo ciudadanos en soldados,—crispó puños,—cantó victorias, las inmortalizó y derramó lágrimas junto con la patria. Pocos poetas fueron más populares y de su tiempo; estuvo siempre á la altura de los sucesos y se identificó con ellos; su corazon sintió todas las victorias y dolores y presintió todas las esperanzas, y sus versos, pensados y escritos en su celda, tenían la fe del patriota y las ansias del revolucionario. Ellos, al complementar su existencia, inmortalizan con perfiles iluminados su vida de político y religioso, que surge vencedora de entre los resplandores de la más acrisolada virtud, porque, con todos sus prismas brillantes y seductores, fué siempre fraile, fraile manso y humilde, con el ardor de Moreno y la sonrisa amable y espiritual de San Francisco de Asis.

¿A qué escuela literaria perteneció Rodriguez?—se preguntará hoy quién quiera estudiarlo. El romanticismo no había nacido aun,—y si fué clásico, independizóse desde que principió á combatir en el Convento Grande el escolaticismo. Esta es su primera manifestacion revolucionaria: apartóse del ergotismo y de los sistemas peripatéticos para emancipar el espíritu de la juventud, —pero, filósofo, comprendió que debía comenzar por

libertarse á sí mismo. Esta evolucion cambió su inspiracion literaria. Fué clásico,—pero clásico á la manera de todos los espíritus independientes y liberales de su tiempo. Su clasicismo, por el cultivo del latin en su educacion religiosa, fué romano,—pero de ese romanismo puro, de origen griego, cuyos representantes son Virgilio y Horacio que brillan por su pureza ática.

No hay nada más que leerlo para convencerse de su instruccion greco-romana. A cada instante cita trozos de autores latinos, y servido su cerebro por un temperamento nervioso, entusiasta, su mentalidad envolvióse en ese estilo libre, pomposo, que asombra todavía por su modernismo. Es que toda revolucion es romántica. Tendente la de Mayo á echar abajo el imperio de la monarquía española en el vireinato, trajo aparejada una innovacion general, que principiaba, para ser eficiente, en las ideas. Vino el divorcio, la disgregacion económica,—y como el árbol gigantesco de la selva, que se desprende, al soplo del huracan, de su corteza y hojarasca para saludar con retoños y flores á la nueva primavera, los métodos sustituyeron á los sistemas en las ciencias y las artes. Todo, preparándose para la revolucion, cambió, y la inteligencia, para poder expresar las nuevas ideas, púsose al nivel del momento social, y á fin de hacerse comprender por un pueblo ávido de regeneracion, empleó otro lenguaje y otro estilo. La prosa de Fr. Cayetano, en los instantes supremos, era esencialmente revolucionaria,—revolucionaria por el fondo y la forma. Hay páginas, que son verdaderas catilinarias. ¿Cómo era posible que al pulsar la lira para entonar himnos al espíritu nuevo, celebrar victorias y entonar el alma popular, no usase igual estilo? Era imposible precipitar revoluciones con silogismos, y de ahí sus himnos, sus canciones y sus odas épicas, destinadas á agitar y conmover hasta en los campamentos. Sin desprenderse de su amor á los clásicos, que fueron

los maestros de su primera educacion, fué, por la idea y la forma, romántico, para ser un poeta verdaderamente social,—é idealista y soñador por temperamento, fué ademas uno de los primeros vates pátrios, que, sin abjurar de su fe en el gusto antiguo, sirvió con la arenga, con el panfleto y principalmente con la estrofa á los grandes propósitos sociales de la revolucion. Así aparece tambien, en nuestra historia literaria, como uno de los precursores del romanticismo,—pero no era romántico porque fué revolucionario; habríalo sido igualmente, precipitado en el nuevo género por toda la vehemencia de su idiosincracia, porque tenía todo el carácter desasosegado y los instintos ambiciosos de la reforma. En Rodriguez, hay dos hombres: el fraile y el revolucionario. Si en esta última forma apareció ante sus compatriotas, aquél, que vivió en la celda, fué su esencia, y lo agitó con su pensamiento educado en el silencio y la soledad.

¿Cuál ha sido su escuela literaria? Educado solo, más propio sería preguntar quiénes fueron sus maestros ó los libros en que aprendió. Apartado, por conviccion, del escolasticismo, no le hemos notado ningun comercio con los literatos españoles, ni siquiera con Fray Luis de Leon, tan amado de los séres retirados. Todas sus citas son de autores latinos. En ellos, por aprendizaje de la lengua materna, formó sus gustos literarios, y sus resabios se ven á cada paso. Su prosa, en los momentos tranquilos, tiene la severidad de Salustio, y cuando se apasiona ó se irrita ante nuestras luchas intestinas, toma un corte verdaderamente ciceroniano. Sus apóstrofes son catilenarios. Clásico por educacion, sus tendencias, arrastrado por el estilo ardiente, revolucionario, que debía cultivar, eran abiertamente románticas. Sus poesías son una prueba. No importa su aficcion á los sonetos. Es lo único que tiene de español,—pero su inspiracion es esencialmente romántica. Al cantar las glorias

patrias, no sólo rompe políticamente con España, sino también con las letras: sus ideas son atrevidas, transformadoras, para encauzar la sociedad en un orden moderno, y su estilo, en armonía con los diversos asuntos, es siempre suelto, armonioso y libre. No deja, como un efecto de su instrucción clásica, de ostentar cierta corrección, que se percibe con agrado; manifiesta, en general, amor á la forma, que es una enseñanza estética para su tiempo, y cuando se desaliña, no produce desagrado. Disculpado por la pasión patriótica, produce más bien buen efecto, porque vése un espíritu de origen clásico librado á las impresiones momentáneas, nada más que por ser fiel á la revolución que debía emanciparnos.

XII

Fray Cayetano, al partir para Tucuman, renunció á la dirección de la Biblioteca, y á su regreso hallóse fuera de la política. Golpeó por segunda vez las puertas del Convento Grande, que se abrió de par en par, generoso,—como siempre,—para recibirlo. ¡Cómo nó!,—allí estaba su celda, y lo esperaban todos sus enseres de labor intelectual. ¡Pobre su celda! Solitaria, vacía, la visitaba sólo una faja de sol cuando se abría una ventana que daba al patio interior. Se extendía hasta el fondo,—parecía que venía á dormir tranquila al rumor de los recuerdos que la poblaban, y en verano, íbase hasta la puerta, como si quisiese abrirla para que entrase su dueño, ausente sólo cuando estaba léjos!

Hélo otra vez fraile, nada más que fraile. Pudo, siguiendo su misión espiritual, emprender nuevamente sus tareas de las Catalinas y los Ejercios; pero nó,—estaba lanzado en la vida pública y demasiado comprometido, por sus patriotismo é ideas, para retrotraerse á su viejo pasado.

Pero era escritor tambien. Estaba traduciendo del francés, en el silencio de su celda, la célebre obra del abate Bonola, publicada en defensa de los derechos de la Iglesia, cuando se agita entre nosotros la cuestion de la reforma eclesiástica, que era un corolario de la independencia política. La apoyaba Rivadavia en el gobierno del General Rodriguez, y resistida por el elemento conservador, nacieron á la palestra periodística *El Ambigü*, *El Espiritu* y *El Centinela* para defender las medidas oficiales... Fué entonces que Fray Cayetano fundó *El Oficial de Dia*. Puso al frente el lema *¡Viva la Rêligion y la Patria!* y combatiendo con aquellos periódicos, inició la campaña. No hacía del caso cuestion política; defendía simplemente los derechos de las comunidades, que creía amparadas por las prerrogativas de la Iglesia y porque creía que, á la sombra de la emancipacion de la metrópoli, queríase sublevar un espíritu anárquico, de carácter social, dispuesto á arrasar con todas las tradiciones y principios que fueron las bases de nuestra sociabilidad.

Juan Cruz Varela redactaba *El Centinela*, y el Dean D. Mariano Zavaleta, nombrado Gobernador del Obispado de Buenos Aires, apoyaba tambien las resoluciones de Rivadavia. Tendidas las líneas, el padre Castañeda (1) le acompañaba en *Doña María Retazos*. La cruzada fué ardiente. Para darnos una idea, basta leer los periódicos de aquel tiempo, donde el padre Castañeda, dando rienda suelta á su modo de ser, se trenza con los periódicos opositores, combate sus doctrinas, discute y les dice cuánto le viene al meollo. Descendióse al personalismo; tratóse á los frailes de *hipócritas*, *asesinos* y *de raza infernal*, y *El Centinela*, para sellar con la poesia esta gresca periodística, publicó el siguiente verso:

(1) — Fray Francisco de Paula Castañeda.

El fraile es una cosa que no es cosa
Ni nunca será nada
Más que fraile no más. Su carga odiosa
A toda sociedad tuvo agobiada
 Cuando el mundo dormido
Casi todo era fraile y atendido.

«¡Bribones!» — exclama Castañeda, lanzándoles una retahila de denuestos, que más parecían insultos. Usóse, en la refriega, de medios reprochables. Una mañana apareció circulando en la ciudad una hoja suelta con este título: *El Religioso Imparcial*, en la que se aplaudía todas las medidas oficiales dictadas sobre este asunto. El autor fundaba su conveniencia social en cuantas calumnias han vociferado hasta ahora los enemigos de la Iglesia contra las corporaciones religiosas, y el escrito estaba firmado con las iniciales F. C. R. Tódos, de contado, dieron á Rodriguez por autor, y tal contradicción aparente de opiniones en un religioso, no tenía otro objeto que sublevar en su contra las iras del clero y de sus cófrades. Después de perseguirlo con la injuria y el ridículo en las columnas de la prensa, queríase arrojarlo al desprecio de sus compañeros y amigos, sembrando la anarquía en su vida, para que su copa rebosase de amargura. Fray Cayetano no se calló; contestó con otra hoja titulada *Junta Defensa*, en la que, negando la paternidad de la anterior, atacaba las ideas de F. C. R. Da gracias al autor del papelucho, porque le ofrece una vez más la oportunidad de defender las prerrogativas del clero. Cumple, en efecto, con su propósito,—pero no se felicita, nó, porque el dolor surge entre las frases, anunciando la pena, la pena que lo consume.

Sancionada la reforma del clero por ley de 21 de Diciembre de 1822, Fray Cayetano, como leal combatiente, se retiró de la arena periodística y se encerró en su celda, en su querida celda, que le recibía, amorosa, una vez más, — pero, en esta ocasión, desengañado, airado,

derramando lágrimas. ¡ Ah, nunca fuéle más consoladora! ¿ Recojiólo para que pensase, escribiese? Nó, recojía á un herido, á un herido del alma que venía á cicatrizar sus heridas mundanales al amparo del silencio y los recuerdos más caros é ilustres. ¿ Obtuvo tan justo anhelo? ¡ Qué esperanza! Solo, en las puertas de la ancianidad, sintióse vencido para siempre; independizada su patria, creyó que no podía ofrecerle más sacrificios, y dejándose llevar por el dolor, bajó la frente y se abismó en la pena. Lloró,—lloró como se llora en la soledad, cuando el alma, arrinconada por la desgracia, vése dominada, con una tormenta encima, que desata sobre la cabeza truenos y rayos. Acometióle una fuerte fiebre, y á los pocos días, — el 18 de Enero de 1823, — expiró en su duro lecho de fraile rodeado del afecto de sus cófrades y de la mayor consideracion pública. Hasta periódicos opositores á sus ideas derramaron flores sobre su tumba; Fray Pantaleon García pronunció en Córdoba su celebrado elojio fúnebre, levantando su nombre al respeto de sus contemporáneos, y tódos, olvidando las discusiones recientes, no tuvieron, para despedirlo de esta vida, sino palabras de cariño. El Dr. Gutierrez dice: « El claustro americano ha producido como el español sus Leones y Gonzalez. Méjico se gloria de su Navarrete; Lima de su Delso; Buenos Aires de su Rodriguez, que merece un lugar distinguido entre sus mejores poetas (1). »

Retrotrayéndonos á la cuestion de la reforma, apellaremos otra vez al juicio de este ilustre escritor. Dijo: « Jamás los frailes, la legitimidad de sus propiedades, los derechos de la iglesia, fueron mejor defendidos que en las columnas del *Oficial del dia*. Allí derramó Fr. Cayetano todo su saber, la amenidad de su estilo y la ele-

(1) *Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*,—pág. 136.

vacion de su alma, resistiendo con una moderacion ejemplar á caer en los excesos á que casi le esforzaban sus adversarios (1) ». Es que era un espíritu elevado y, á la vez, ecuánime,—pero le vencieron la sinceridad y el ardor de sus convicciones. Era la primera batalla que daba en el mundo; era la primera herida que recibía, y por ella escapóse su vida. Es que era fraile de cuerpo y alma. Profundamente sincero, creía en el ejercicio práctico de su mision; la divinidad de Jesús fué un dogma para él, y aplicando lealmente las doctrinas del Evangelio, pudo hermanarlas con los principios republicanos; por ello fué precursor y apóstol de la Revolucion,—más tarde, en la organizacion, las luchas civiles y la anarquía, liberal, y dolióle que sus adversarios, con estos antecedentes, le creyesen un fanático atrasado é intransigente. Nó,—era un patriota,—un patriota tan liberal como los que lo atacaban y con mayores servicios á la causa de Mayo,—pero era religioso y defendía las prerrogativas de la Iglesia y sobre todo era fraile. Era, sicológicamente, fraile, fraile sincero, emancipándose, desde sus primeros años, de la vida regular, para hacer carrera de sacrificio y compartirla entre el gobierno de las almas y la soledad de la celda, y no pudo sufrir que se atacase á Cristo, á Cristo que era el maestro de sus doctrinas! Hoy aparece ademas en la historia como el primer mártir de la libertad religiosa!

Sentíase herido, más que en su fe, en la sinceridad de su creencia, y sufrió como creyente y patriota. Parecía decirse: «¿Estos son los primeros efectos de la Revolucion?»,— y cuando recordaba que la había servido con abnegacion, creía verse perseguido y víctima de la ingratitud. El fraile es el soldado raso del cristianismo, y cuando se entra al convento para ubicar el espíritu

(1) *Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores y Hombres de Estado de la República Argentina*,—pág 136.

y no el cuerpo, la independencia moral, para seguir su mision, es el ideal de la vida. Arrebatada, queda en el vacío, y se considera como un paria (1).

Enterrado en la Recoleta á los pocos días de abrirse al público, su nombre no figura en los libros obituarios, y un pedazo de la lápida sepulcral grabado con su ilustre nombre fué á parar hace treinta años de pavimento del Asilo de Mendigos. Se ignora, pues, el paradero de sus cenizas, y se habrán perdido, devoradas por la madre tierra, como las de tantos otros próceres. Sólo nos queda su recuerdo, que debemos llevar, fieles, en el corazon, como el mejor altar levantado á su memoria, traspasando su nombre de generación en generación para su eterna gloria. Al terminar el relato de su vida pública, sólo me resta mencionar que, comisionado por la Asamblea de 1813 conjuntamente con el Dr. Vicente Lopez para presentar un himno patrio, es autor de una Cancion titulada *Himno á la Patria*, y si fué preferido el consagrado oficial para todas las solemnidades, la posteridad no dejará de reconocerlo, como el segundo poeta de su tiempo. Compartió con el Dr. Lopez el centro de la poesia en aquellos días gloriosos, en que la palabra, puesta ó no en verso, tenía influencia social y era un arma de combate para producir ó celebrar los acontecimientos, y al saludarlo en la inmortalidad con el noble título de poeta, no hacemos sino repetir el mismo con que le designó la opinion pública de su tiempo. Con él vivió y desapareció entre el sentimiento de sus contemporáneos.

(1) —El que desee mayores pormenores sobre esta parte, lea el libro de Fray Pacifico Otero sobre Fray Cayetano José Rodriguez (páginas 53 á 88). Allí encontrará tambien las disposiciones sancionadas aboliendo el fuero personal del clero, los diezmos y reglamentando los conventos y seminarios conciliares, etc., etc.

XIII

Este prócer, á pesar de ser fraile desde la niñez, no era un fraile solitario, sin vínculos sociales, como la mayor parte de los que vemos en el mundo y de los que principiamos por ignorar de dónde han salido; nó,—supimos que tuvo padres, padres bien considerados en San Pedro y aquí vivieron muchos de sus hermanos. El los visitaba á menudo y como aquéllos tuviesen numerosos hijos, sus hogares, en los instantes de soledad íntima, le ofrecían, con el espectáculo de la familia, el encanto afectuoso que necesitaba su alma huérfana para complementar su vida. Hasta estos sobrinos, por el tiempo, han desaparecido,—pero sus hijos, recojiendo las tradiciones, repiten lo que han oído en la mesa de sus padres. No alcanzaron á ver á Fray Cayetano, pero parece, por la intensidad del recuerdo, que lo vieron entrar con su hábito morado, acariciando su grueso rosario y con la sonrisa en sus lábios. Era una fiesta ese día en las casas de sus hermanos,—pero más para sus sobrinos y especialmente para él. Sus sobrinitos se le colgaban de los hábitos, lo rodeaban, le hacían preguntas,—formaban algazara al verlo tan sonriente, y para todos tenía una palabra afectuosa y una caricia. Se sentaba,—descansaba tal vez de sus fatigas,—y mientras acariciaba los rulos de uno, contaba cualquier anécdota á los demas. Os podeis figurar con qué interés no escucharían sus relatos los chiquillos al ver vestido á su tío con hábitos tan modestos y con rostro tan amable y afectuoso.

La simpatía, ese hálito espiritual que despedimos de nuestras palabras y maneras y que se refleja en el rostro, no era vaga ni incomprensible en Fray Cayetano; era real y positiva, y nacía de todo su sér como el reflejo de la luna. Inundaba su alma y se deslizaba en

frases, miradas y expresiones afectuosas, como los arroyuelos en los numerosos brazos de agua que fecundan el suelo y que á lo léjos parecen hilos de plata. ¡Ah, ser simpático, simpático por el afecto! Es conquistarse el corazón de la humanidad y de una manera perdurable, porque el sentimiento es más inmutable que la idea. El talento será muy excelso, pero sólo la bondad es divina. ¡Oh, tú, deidad celeste, que bajas á la tierra á iluminar la vida, tódos te ceden el paso y te saludan! Trás de tí no hay murmuraciones ni envidias,—y Fray Cayetano, que comprobaba sus votos de virtud cón su vida patriótica y abnegada, no dejaba al pasar sino un coro de alabanzas y mucho más en los hogares de sus hermanos, donde era amado y respetado.

La simpatía es un don divino, porque nace del alma, y el cielo lo otorga á los séres superiores, para que, á la sombra de la bondad, hagan germinar ideas y sentimientos en la humanidad. Apóstoles del corazón, llevan la sonrisa en los lábios como una llave de oro para abrir todas las almas. Tienen la pupila cristalina, trasparente, pura como la de los niños y una mirada, ¡ay!, que parece el reflejo de la estrella en los desiertos. Así Fray Cayetano, con esta aureola dorada que circundaba su frente generosa, ganóse el afecto de sus contemporáneos de la misma manera con que irradió en su familia, porque la llevaba en el rostro, en la expresión y era el resplandor de su alma y de su vida.

Al recibimiento bullicioso de sus sobrinos, sucedíase el saludo de sus hermanos y hermanas. Nada de reproches y discusiones; tódos se sentían honrados por sus hábitos religiosos, que él había principiado por enaltecer para lustre de su comunidad, y le apretaban la mano con respeto y afecto. Era el honor de la familia, y en la mesa y á todas horas recordábase su nombre con orgullo, —pero trátase de esos timbres que tienen sus raíces en

el corazón. Se le consideraba, se le respetaba, en fin, porque se le amaba y,—ya lo sabéis,—se le amó porque era bueno. No se sabía, ni se quería saber más en los hogares de su familia, y su angélica bondad, al irradiar en la sociedad, conquistaba el favor público, porque era además un apóstol, un apóstol de ideales políticos y sociales que los llevaba impresos en la frente.

Estos reflejos luminosos de su personalidad eran su consuelo en la profesión que había jurado. Servíanle de oasis al salir á la calle, cuando, causado ó abatido, podía brindarse el placer de estas visitas y en la soledad de su celda, también cuando, al mirar al rededor, veíase solo y sin otra compañía que los cuatro muros blanqueados. La sociabilidad y las relaciones de familia, en los seres afectuosos, son necesarias, porque responden á sentimientos ingénitos, y su desarrollo inunda el espíritu de felicidad íntima. Si es fraile, mucho más, porque la realidad lo convence entonces que no vive solo y que en este mundo tan frío y egoísta hay almas nobles que lo quieren y adoran.

Fray Cayetano era sumamente social, insinuante, amable y afectuoso. No solamente se daba en las visitas familiares á los niños, sino que á las personas mayores que lo recibían les escribía versos. Generalmente eran sonetos y á propósito de cualquier incidente, y todavía corre el rumor de que en una de las casas de sus parientes dejó un cuaderno con ciento veinte de ellos. Seguramente á éstos se refiere el Dr. Gutierrez, cuando añade la facilidad de coleccionarlos (1). Cuando se piensa en el rastro luminoso que deja en este mundo la bondad, queda explicado que el egoísmo lleve en sí, implícitamente, el castigo de sus propias crueldades, porque ni el alma de los brutos goza en el mal. ¡Oh, convencéos: la bondad no es una corona de

(1)—*Apuntes Biográficos de Escritores, Oradores, etc. etc.*

espinas, sino un arco de luz,—pero sólo baja á circundar las frentes superiores! Y el sér vulgar, que lleva en su seno todos los egoismos, muere sin haber vivido, porque la vida es placer, y el placer es sicológico, es decir, nace del alma, y consiste en derramar el bien, la dulzura y el afecto en obras y palabras, que, al repercutir en el corazon, encantan la vida, remontando la humanidad á las cumbres de la sublimidad.

¡Cosas de la colonia plácida y tranquila! — direis. Tal vez, aunque trátase de un fenómeno propio de la naturaleza. El religioso, al cumplir su voto de castidad, desahoga su corazon en los afectos de la familia. Si tiene padres ó hermanos, nadie los quiere como él; sus hogares, son el suyo, y si tiene sobrinos, los ama como á hijos. Recordad que Rivarola, no conoció, fuera del cuartel, más familia que la de su hermano D. Bruno. Allí vivía y allí murió. ¿Cómo, pues, Fray Cayetano, que no veía, tras de su celda, más que sacrificios, no había de entrar sonriente á descansar en casa de sus hermanos y con el corazon en los lábios? ¡Compensaciones del pobre corazon! Nacido para amar, al sentirse, con una válvula cerrada, el mismo se abre otra, y por ahí descarga todo su sentimentalismo. El amor, todo su amor ingénito, se diluía en estas pasiones desinteresadas. Social, amable y altamente afectuoso, ¿cómo no había de ser apasionado en la amistad! Este sentimiento para un fraile de su laya, que hacía una mision de su deberes oscuros, despertó su fondo de ternura, de ternura íntima, que llevaba en su alma, y amó á sus amigos con una intensidad honrosa para la humanidad.

Allá por el año 1786, conoció, para su suerte, al Dr. D. José Agustin Molina, que debía ser Obispo, Diputado, Pro-Secretario del Congreso de Tucuman y poeta. Pero no eran sus destinos los que debían unirlos, sino el mútuo afecto. Era en Córdoba, y como recordará el lector, Fray Cayeta-

no era Catedrático de Filosofía y Teología en la Universidad de aquella ciudad y Molina, su discípulo. Aunque ambos eran jóvenes (1), él le llevaba 12 años,—pero las aficiones poéticas, que fueron sin duda el origen de esta amistad histórica, pudieron más que la disparidad de las edades y se ligaron aquellas dos almas destinadas á amarse más allá de la tumba. Muy hermoso ha sido este vínculo para ambos. ¿Quién amó primero?... De todas maneras, el galardón será siempre para Rodríguez que, siendo maestro, le dispuso su amistad, aunque no fuera el iniciador. Es que nuestro amado fraile ansiaba por amar algún sér para asociarlo á sus esperanzas. Tenía veinticinco años,—edad de fuego,—y no pudo contener su alma impetuosa, y el maestro, como en los tiempos paripatéticos, amó al discípulo. Enaltecedora es la correspondencia entre el Dean Funes y Labarden,—pero éstos no se conocieron nunca, y Fray Cayetano, al abandonarse á sus sentimientos, creaba, sin saberlo, la primera pasión, nacida en las bancas de las aulas, y destinada, por la futura nombradía de los protagonistas, á adquirir en los anales históricos el calificativo de ilustre. Es que él, por su sentimentalismo, era á propósito para llenar el vacío de su corazón con esa pasión que liga al maestro con el discípulo predilecto y que tiene su raíz en las especulaciones cerebrales. ¡Oh, nadie como él para sentirla...!

Nueve años estuvo de profesor en Córdoba, y nueve años duró allá esta amistad. Cuando se vino aquí, era joven todavía y Molina quedaba casi con la edad que él tenía cuando le conoció. Podeis imaginaros cuánto creció esta amistad á impulsos de la juventud de ambos, y es en la correspondencia, á la sombra suave de la ausencia, donde nosotros podemos ver los retoños que produjo en su exhuberancia. No hubo, de parte de Fray Cayetano, reserva en su corazón; todo le comunicó y consultó; primeramente,

(1)—Rodríguez tenía veinticinco años, y Molina, trece.

poesías, — despues, aspiraciones, ideales, y más tarde, cuando estalló la Revolucion, todos sus problemas, glorias y desgracias, como hemos visto anteriormente. «A cada instante tropiezo, — le dice al llegar aquí, — con tu dulcísima y elegante relacion á tus condiscípulos, que llena de sabor mi alma y de fuego mi imiginacion, y me hace acordar de aquellos ratos, que dados á las Musas nuestras señoras corríamos las amenidades del Parnaso, pasándonos de cuando en cuando á beber en las orillas desus abundantes fuentes». Enseguida le escribe: «¿Qué quieres que te diga á la ingeniosa décima que desata al problema de tus grados? No me canso de leerla, ni se cansan de admirarla cuántos la han visto. No dudes que está hermosísima y adecuada totalmente al asunto. Yo la tengo copiada en un gran papel con letras singulares para que la vean cuántos entran á mi celda. Por élla sólo habrá visto ese Claustro tu mérito y sabrá apreciarlo como es debido».

El cariño estableció la confianza, y á su sombra, nació el apodo. *Acutito* le llamaba Fray Cayetano á Molina, y en la ausencia, se consolaba en aplicárselo. «Mi Acutito: Yo no debía escribirte, porque las palabras no son el lenguaje de quien ama, ni la pluma es instrumento capaz de demostrar los sentimientos de amor. Con esto te digo lo bastante, y más cuando conoces el corazón de quien te escribe, que es tu antiguo hermanito, siempre antiguo y nuevo en quererte, porque parece que se reproduce en cada instante para amarte. ¿Cómo estás, mi querido Acutito? ¿Cómo lo pasas en la ausencia de tu Fray Cayetano? Tú me has prevenido muchas veces la respuesta diciéndome que vives triste desde que me aparté de tí. Te lo creo, porque siempre me persuadí que me amabas...» Molina pasa á estudiar Teología, y le dice, con aire de tutor: «Ya eres un señor teólogo. Dóite mil y quinientas enhorabuenas, propias del que más desea tus prosperidades, que es este pobrísimo fraile que te estima». Su discípulo le había re-

galado un gorro; lo llevaba en la manga, y le agrega: « ... me encuentro con el gorrito negro, que será un eterno monumento del amor que me tuviste, y su conservacion es una prueba impagable del mío. Es mi adorno cotidiano para resguardo del inmenso frío que achucharra y hiela mis palabras y sentimientos... De este modo sois siempre *objeto dulce de mi grata idea* ».

Termina Molina su carrera y, en consecuencia, regresa á Tucuman. Despues de felicitarlo, ¿ sabéis lo que le dice?: « ¡ Dichoso Tucuman que te posee! » Y agrega: « ¡ Cuánto gozo tendrá nuestra madrecita en tenerte á su lado! » Y es tal el afecto, que el apodo crea un diminutivo, y con motivo de los obstáculos que los separan, le dice que « hay una muralla de tierra inmensa que hace larga la distancia y estorba comunicar con mi querido Acutí ». Las desgracias de Molina son las suyas. Muere un hermano, y le escribe: « Yo te confieso que la noticia ha sido para mí como una saeta que atravesó de improviso mi corazon, aumentando mi dolor la consideracion del que sentiría toda tu casa y en especial nuestra madrecita que lo miraba como compañero en el último tercio de su vida ». En amistad tan sincera y estrecha, los consejos no podían escasear, y sabiendo que pensaba irse á Córdoba, no pudo menos de decirle: « No sé que oigo yo de tu venida á Córdoba. Me dicen que te inclinas á vivir en la calle, olvidando la casa antigua en que tomaste las primeras lecciones. Aun oido solamente, me incomoda hasta el extremo. Esta será la última y primera pesadumbre que me des ».

En 1811 estuvo en Tucuman y despues de veintiun años viene al fin á ver á su querido Acutito. Los siguientes párrafos de una carta de 1812, podrán dar una idea del sentimiento que experimentó al dejarlo: « Me dices que hasta ahora te dura el dolor de mi separacion de tí. ¿ Qué diré yo, que dejando la más dulce sociedad que me pudo proporcionar la suerte, he venido á meterme

en la confusa Babilonia de este pueblo, lleno por mi abominable empleo de relaciones amargas y capaces de agriar el corazón más almibarado! Qué diré yo, que tocando con las manos las felonías de los hombres (tan gruesas son), les he tomado un odio igual al amor, la confianza, la fidelísima estrechez de mi invariable Agustín! Te confieso ingénuamente que, á pesar de los encantos que proporciona Buenos Aires en la variedad de las cosas que, sucediéndose unas á otras, tienen pendiente el ánimo de quien sabe contemplarlas, yo he llegado á ver en ellas un patigorrillo tan desagradable é insulso, que me hace volver continuamente los ojos á la deliciosa montaña del Tucuman y á aquellas amables soledades donde habla toda la naturaleza y fija las ideas con utilidad y con gusto.»

Viene la Revolucion. Los dos amigos, á pesar de la diferencia de la edad, son ya hombres; sus funciones respectivas dánles un puesto culminante en los acontecimientos y la correspondencia pasa á ocuparse de los asuntos públicos. Hablan de las juntas, de las desavenencias políticas, de la derrota de Belgrano, de la expedicion de San Martín, de Artigas, de cuántos incidentes amargaron el alma y crearon alguna esperanza. Se acerca el Congreso de Tucuman, y en el deseo de tenerlo Rodriguez á Molina por compañero, le escribe: «Me dices que me he figurado que vales algo. Vales mucho. Uno sólo con virtudes levanta con ellas un ejército formidable á los malos. Déjate de humildades extemporáneas y vamos trabajando. Los momentos del Congreso van á decidir la eterna felicidad del país. ¡No te humilles tanto por Dios! Voy á ser tu compañero en la suerte. Mi pueblo acaba de elejirme de diputado para el Congreso entre siete que ha nombrado.» Y recordando que esta circunstancia los reunirá allá, le agrega: «En medio de la convulsion que padeció mi alma con este inesperado golpe, de que no he podido

libertarme, la esperanza de verte y unirme á tí en breve me ha suavizado la pena. Así no hay que pensar en renunciás y prescindencias de la diputacion. Sacrifiquémonos. Tú considera cuánto trastorno voy á padecer. Pero allá voy á ver si fijamos nuestra suerte. ¿Quién nos dijera que nos habíamos de ver! Nuestra salida de aquí, que será siempre en compañía de mi discípulo el abogado Medrano, será en todo el mes entrante.»

Los queridos amigos se ven al fin en Tucuman, formando parte del Congreso histórico. Todos sabemos las funciones que desempeñaron y cuánto les debe la libertad argentina. Había, al salir de aquella ciudad, un inmenso tarco, de cien piés de altura, que alfombraba el suelo con sus flores. Fray Cayetano le llamaba el árbol de la libertad. Allí, — dice el Dr. Avellaneda, — se reunían ambos amigos, y por las tardes, era su solaz y descanso. Conversaban de la patria, de las musas y del porvenir, y regresaban juntos á sus casas, envueltos en la sombras como dos dantescos que hubieran ido á inspirarse en las sombras del crepúsculo. Clausurado el Congreso, los dos amigos se separaron para siempre, porque Fray Cayetano, como se recordará, falleció al poco tiempo de llegar á esta ciudad. Molina, fiel á la amistad, lo lloró como á un hermano. Nadie le sintió como él, y Fray Cayetano, al expirar en su celda, llevóse tambien al otro mundo el honor de haber sido el mejor y más efectivo de los amigos. Hizo del amigo el confidente y el compañero de las grandes causas, haciendo servir el noble sentimiento de la amistad para perfeccionar su alma, encantar la existencia y servir á su patria. ¡Alma pura y elevada, Dios le tendrá en la inmortalidad, porque realizó en este valle de lágrimas el ideal del fraile, del republicano, del patriota y del hombre!

Indice

	<u>PÁGINA</u>
DEDICATORIA.....	3
CARTA AL ESPÍRITU INMORTAL DEL DR. D. JUAN M. GUTIERREZ	5
PREFACIO	15
SÍNTESIS Y EVOLUCION DE NUESTRA POESÍA	39
DR. JUAN BALTAZAR MAZIEL	67
DR. MANUEL J. DE LABARDEN ..	137
DR. PANTALEON RIVAROLA	227
FRAY CAYETANO J. RODRÍGUEZ.....	281



Fe de Erratas

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
5	11	otracismo.....	ostracismo
13	26	expeculaciones.....	especulaciones
33	29	mientes.....	mentís
39	2	los.....	lo
58	1	esperitualismo.....	espiritualismo
80	19	la.....	las
81	1	su.....	sus
82	20	ocasiano.....	ocasionó
100	34	encarnecida.....	escarnecida
127	23	monrir.....	morir
132	16	averifiuar.....	averiguar
133	26	murir.....	morir
178	8	referencia.....	reverencia
180	15	Skakespeare.....	Shakespeare
»	21	»	»
321	8	amoldamiento.....	} resistencia al amoldamiento
267	31	sufriefrieron.....	
279	35	José C. Rodriguez.....	Cayetano J. Rodriguez
280	29	eraciones.....	oraciones
314	22	los nerviosos.....	lo nerviosos
320	29	amenazaba.....	amenazada
331	21	declaciones.....	declaraciones

